

SUSARÓN



José M.^a Goy



JT
COM <

ALVARÓN

+ 1015471
C.

José M.^a Goy

SUSARÓN

NOVELA
DE PAISAJES Y COSTUMBRES
DE LA MONTAÑA LEONESA



Segunda Edición



EDITORIAL LUZ
Apartado 10049
M A D R I D

NIHIL OBSTAT:

Dr. Joseph Grau

Censor

IMPRIMATUR:

Victoriae, die 2 majii 1945

Dr. Eugenius Beitia

Es propiedad del Autor. Hecho
el depósito que marca la Ley, y
reservados todos los derechos.

A la mi señora madre doña
Rosa González de Caso, a los
sus hermanos, mis señores tíos
don Gonzalo y don Daniel,
y a los nuestros parientes
montañeses.

Para antes de empezar

Lector: si, contaminado del actual positivismo, a tus anchas te arrastras con placer a rás de tierra, muriendo la mal llamada vida moderna, tan abíta de egoismos como ayuna de ideales, y, mal maridado con la estéril frivolidad, tuviste la desgracia de permitir se acallaran los ayes del corazón, secándose el limpio manantial de la ternura, no leas este libro; pues no se ha escrito para tí.

Si, por el contrario, gustas de sentires y, por tu dicha, eres de los no poco venturosos, que, en medio de tanta desolación de espíritu, aún conservan puros goces, deleitándose en la contemplación de la siempre bella Natura, y holgándose de morales bellezas, lee estas páginas, seguro de topar en éllas con paisajes, personas e ideas, muy de tu agrado.

Con el hilo de amores humanos, a lo divino ajustados, en ratos de convalecencia y ocio formé la trama de esta novela, encaminada a narrar las hermosuras de la montañesa tierra de León, tan digna de cantarse como ignorada de quienes, buscando quizá en otros países lo que con creces tienen a la puerta de sus casas, a ella no se han asomado, teniéndola a dos pasos.

Común achaque de españoles es preferir lo extranjero a lo nacional y exaltar lo exótico con menosprecio de lo propio.

A corregir este error, describiendo los encantos de lo nuestro, van dirigidas las siguientes líneas, escritas sin ánimo de lucro, que sé positivamente no ha de haber, y sin ansias de gloria, que fijamente sé no he de conquistar en camino, que jamás he pisado y que es, casi seguro, no volveré a recorrer, ya que por otras veredas, barto distanciadas de la novela, andan mis pensamientos, engolfados en el estudio del Código Canónico y Decretales.

La enfermedad y mi amor a la leonesa tierra marcaron un alto en mis habituales ocupaciones de autos y sentencias, y, mira por donde, bondadoso lector, en vez de un estudio jurídico tienes en tus manos una novela.

De ello me admiro yo mismo, y, si con ello te enojare, sírvame de escudo de tus iras mi gran afecto a la tierra de mi provincia, y sea causa de tu perdón mi propósito de enmienda, no volviendo a coger la pluma para tales pasatiempos.

A fin de que nadie a engaño se llame, me place no terminar esta introducción o lo que sea, sin decir algo de mis muñecos.

Afirmaba el insigne Valera que «de una virtud completa no se podía sacar acción, que interesara, ni tuviera algo dramático»; y Pedro Mata corrobora: «Es verdad. Las mujeres completamente

bonradas son como los pueblos felices; no tienen historia». Al mismo Mata le preocupan los señores de la acera de enfrente de los moralistas, y no quiere le digan ha transigido y se ha entregado a la ñoñez. Al gran Benavente, con justicia traído y llevado en palmas, comenzaron a tundirle con el fantasmón calificativo de ñoño, cuando escribía El Collar de estrellas y similares.

Antes que nadie me cuelgue el sambenito, me lo pongo yo solo, y afirmo que, el que no quiera sufrir desengaños, en este mismo instante suelte de la mano este libro ñoño, insuperablemente ñoño, escrito con guante blanco, y en el que ni una sola mujer hay sin virtud completa, y por tanto, en sentir de Valera, sin acción, sin nada interesante, sin nada dramático.

Claro es que, al publicarla yo, persuadido estoy de la falsedad de las anteriores afirmaciones, aunque, por mi mala ventura, no de con el quid de ballar acción, interés, drama, en la virtud de mis femeninos personajes; mas no será esto porque sean incompatibles lo virtuoso y lo artístico y novelesco (a miles hay ejemplos de lo contrario, y los mejores), sino porque, ¡pobre de mí!, y un tanto osado, entreme por caminos ajenos a mis paseos cotidianos.

Debo confesar un gran pecado literario, y es que, para mi objeto, la acción, los personajes, el nudo, el desenlace son algo secundario. Mi primordial fin es describir paisajes y costumbres, mas como no debo hacerlo, valiéndome de las consabidas banderitas, el papel tela y los divertidos planos, forzosamente he tenido que crear mis hombres y mujeres, hacerles hablar, sentir, amar, vivir corto espacio de tiempo en escenario tan grandioso y entre costumbres tan patriarcales, y tan próximas a desaparecer.

No intento, pues, intrigarte y divertirte con las andanzas de

Tino y Cundo, los amores de Nieves y Marusa, y las ideas de D. Manuel y D. Diego.

De éstos y de los otros me valgo, para lo ya dicho; y si consigo acuciar en tí el deseo de conocer tierra tan maravillosa, y mi fortuna llegara a alcanzar que en la taquilla tomaras un billete de ferrocarril, o en tu auto te asomases a comprobar por tí mismo la imponente majestad de aquellas montañas y los encantos de aquel indescriptible Pinar, me daría por muy pagado en todos mis trabajos, sin apetecer otra corona que la de haber salido al mismo tiempo por los fueros de la maltratada ética, recordando ideas muy sanas, que serán muy añejas, pero que son las **únicas** con poder suficiente, para despertar en el alma los dulces sentimientos, que ennoblecen, mediante la ejemplaridad de la siempre amable belleza moral.

Y pues ya sabes a que atenerte, lee o cierra pero en todo caso no olvides la buena intención del autor.

Así Dios te salve y a mí no me abandone.

José María Goy.

Calaborra y marzo—1920—

Indice

	<u>Páginas</u>
Prólogo	7
I La Patria chica	13
II Puebla de Lillo	33
III La yerba	55
IV Cierzo y ábrego.	77
V ¿Qué seré yo?...	97
VI Por las vísperas	117
VII Las nieves.	141
VIII Colonia veraniega	171
IX El Pinar	195
X De re pública	217
XI De ronda	245
XII Sicut vita finis ita	265
XIII Cuando un amor muere otro nace	285
XIV Cabeza y corazón	305
XV ¡¡Adiós la mi Montaña leonesa!!	319
Diccionario	333

Index

181	VI	Los Angeles
182	VII	Los Angeles
183	VIII	Los Angeles
184	IX	Los Angeles
185	X	Los Angeles
186	XI	Los Angeles
187	XII	Los Angeles
188	XIII	Los Angeles
189	XIV	Los Angeles
190	XV	Los Angeles
191	XVI	Los Angeles
192	XVII	Los Angeles
193	XVIII	Los Angeles
194	XIX	Los Angeles
195	XX	Los Angeles
196	XXI	Los Angeles
197	XXII	Los Angeles
198	XXIII	Los Angeles
199	XXIV	Los Angeles
200	XXV	Los Angeles



En aquellas serpeaduras del camino... (pág. 24).



Cierto que las revueltas del río... (pág. 21).



...entre aquellos chopos... (pág. 21).



I

La patria chica



IRALA, mírala, hija mía, aquella es!

—¿Cuál?

—¡Aquella; la más alta de todas; la de trás aquellos montes; de los últimos. Tiene tres picos; desde aquí uno solo se divisa; aquél que está junto al cielo, y se confunde con el color de la

nube, que baja a besarla.

—¡Ay, ya la ve! ¿Aquella tan grande?

—Esa, esa. ¡Qué hermosa es, qué altiva, qué gallarda! Desde ella se ven la Pulcra Leonina, y los Picos de Europa, y los de Mampodre, y el puerto de San Isidro, y pico Torres, y Ventaniella, y... qué sé yo, hija mía, qué sé yo! Ya verás cuando subamos; porque hemos de subir, ¿verdad, vida mía?... No, no digas que te cansarás. A los pocos días de montaña volverá a tu linda cara el color perdido, recobrarás tu vigor, resurgirá tu lozanía, brillarán tus ojos como antes,

y correrás, y saltarás, y triscarás, porque para eso eres joven, y para eso guarda mi Montaña leonesa la mantecosa leche de sus vacas, los frescos huevos de sus aves, sus finas y delicadas truchas, el agua clara de su Fompernal, la jugosa carne de sus ternerillos, la montaraz de sus rebecos, los tibios rayos de su apacible sol, y sobre todo su aire, el aire de sus cañadas y valles, de sus montes y sus llanos, aire purísimo y suave, acariciador y juguetón, impregnado del aroma de tomillos y oréganos, pinos y abetos, yerba buena y hortelana, aire puro, sano, reconfortante, vivificador, que ha de curar a mi nena. Pues no faltaba más; para eso es ella mi Montaña, y para eso eres tú lo único que en el mundo me queda.

Subirás, hija mía; subiremos; y cuando, rodeados de nubes, desde aquella inconcebible altura tengamos a nuestros pies peñas y valles, arroyos y ríos, pueblos y ciudades, y la ermita de las Nieves sea un puntito, que apenas divisemos, de rodillas tú y yo, cuando en la tierra no podamos ver los templos, levantados por los hombres, alzaremos los ojos a lo alto, y, allí, en aquel grandioso templo, por Dios creado, con nuestra vista clavada en el cielo, henchido de gozo le diré: «Gracias Señor, ya está más cerca de Tí y de su madre. Decidla que hasta aquí hemos subido para daros las gracias». Subiremos, pues no faltaba más.

Y como si en el calor de aquellos nobles sentimientos hubiera consumido el caballero la poca energía, que le restaba, cayó en los brazos de su hija, a quien cubrió de besos y de lágrimas.

Ni otra cosa podía ser, porque hartó había contenido el buen señor la intensa emoción de su alma, al irse acercando a su tierra natal, después de tan larga ausencia, durante la que denodadamente luchó, honradamente venció, y, a fuerza de vigiliás y de estudios, consiguió brillante porvenir, que, envuelto en conyugal amor, ofreció y fué aceptado por la virtuosa dama, que supo alegrar la vida del esposo con la dulzura del carácter, la fortaleza de la fe y la fidelidad del amor.

Cuarenta años transcurrieron desde que don Manuel había salido del pintoresco pueblecillo montañés, donde nació; y, aunque pudiera decirse que durante otros cuarenta, ni hora más, ni hora menos, le había acuciado el deseo de volver, es lo cierto que las pícaras realidades de la

vida no le habían consentido satisfacer tan vivas ansias, ¡Sí, sí!, buena es ella para los que vienen a este mundo con unas manos para trabajar y una inteligencia, para... trabajar también; pero sobre todo buena es ella para los que, como D. Manuel, no se encuentran en la tierra con que todo lo tienen hecho, sino con que desde la primera teta la deben a la limosna de almas caritativas, que nunca faltan, y el primer corrusco de pan lo mismo, y lo mismo el primer cuenco *de leche, e idem per idem los primeros calzones... y así todo lo demás.

* Porque nuestro conmovido caballero fué pobre, muy pobre. Al tiempo de venir al mundo, tuvo la desgracia de que marchara de éste quien le trajo, juntándose en la misma almohada las últimas lágrimas y el último suspiro de la madre con las primeras y el primer aliento del hijo; y como su padre, por su extremada pobreza, meses antes había partido, apesar de su enfermedad, «*para la otra banda del mar*», de ahí que, en el primer instante de su nacimiento, se vió solo y sin más amparo que los débiles brazos de su abuela, más pobre que las ratas, más añosa que la más añosa haya, y más débil y más temblona que la brizna de yerba.

Con todo, la abuela fué quien, ante el asombro del pueblo, sacó adelante al *arrapiezo*; y aunque a sus tardos oídos, cuando iba en busca de una *tetada* para el nieto, llegaban las dudas de sus convecinas, que, confiadas en la sordera de la vieja, no se recataban en decir: «Sí, sí, busca, busca, que el pobrecín pocas tetas ha de mamare»; y aunque veía asomar la tristeza al rostro de las mujeres, y la duda al de los hombres; aunque a veces la tía Silda había ido a «*apañare*», y Lucía estaba en la tenada, y Teresa había acabado de dar de mamar al suyo, que era un ternero, y ella, que apenas podía arrastrar sus pies, volvía, rendida, con el rapaz, que pataleaba y berreaba de lo lindo, pidiendo lo que no siempre encontraba, y teniendo que tumbarlo en el camastro, para que allí se desfogara a su gusto, es lo cierto que, con más días de ayuno que de hartazgo, con enseñarle a comer pan con leche, antes de que le salieran los dientes, y con dejarle arrastrarse por el suelo, por no poder tenerlo en brazos, aprendió la criatura primero a andar en cuatro, después se puso en dos, y al fin sabía ya marchar por su pie a casa de la vecina, que

le daba el mayor cacho de pan, untado a veces con manteca.

El padre apenas tuvo tiempo de enterarse de la muerte de su mujer y del nacimiento de su hijo. La ausencia, el recuerdo de la Montaña, la infructuosa lucha por los garbanzos allende los mares, solo y desesperado, todas estas cosas, y su enfermedad, dieron con él en la huesa, encontrando la muerte, allí, donde fué a buscar su vida y la de los suyos. ¡Infelices emigrantes! Pero, a un lado esto, y sigamos con nuestro rapazín.

Poco, mejor dicho, nada era lo que tenía en casa, pero supo buscarlo fuera. Dicen que el ingenio se aguza con el hambre, por eso quizá nuestro Lín era de los chiquitines más listos y traviesos. El sabfa cuando amasaban en todas las casas del lugar, y, burla burlando, se acercaba al horno, para que le mandaran traer unos piornos, en pago de lo cual devoraba con ansia un buen pedazo de torta caliente; él avisaba a la mandona y temible Señá Quica, cuando el gocho de Cobis estaba en las patatas, y no pocas veces, por este servicio, llegó hasta recibir un huevo, que sabía cocer muy lindamente en medio del monte; él era quien primero se daba cuenta de que venían los señoritos a comer al Pinar, y, quien (más atrevido que sus compinches, que, hoscos y desconfiados, como todos los del pueblo, no se acercaban, así les enseñaran buenos chorizos), se llegaba poco a poco haciéndose el distraído, y mirando para otro lado, pero siempre acercándose, hasta que un caballo se desmandaba, o reñían dos burros, o bajaban por agua dos señoritas, que hacían muchos remilgos para cogerla, o cualquier otro pequeño incidente requería la oportuna intervención del servicial rapaz, que por encanto se plantificaba en el «lugar del suceso» prestando, gozoso, su *desinteresada* y utilísima ayuda.

A la primera se captaba la simpatía universal, y ya estaba todo el día trayendo leña, yendo por agua, llevando una petaca, levantando un abrigo, cogiendo arándanos o frambuesa, haciendo en una palabra, presuroso y alegre, todo lo que podía y conocía que agradaba. A maravilla sabía el muy picarín el difícil secreto de estar a tiempo en todas partes, y no estorbar en ninguna.

Así pasaba un día delicioso, comía de todas aquellas cosas ricas hasta el hartazgo, y, después de ayudar en los preparativos de la partida, se hacía el remolón, para quedarse

huroneando en busca de la petaca, la navaja o el abanico olvidados, no con intención de apropiárselos, sino con la de ir corriendo a todo correr, en busca de sus legítimos dueños, quienes, al verle llegar sudoroso y jadeante con el hallazgo, mostraban su agradecimiento, cuando menos con algunas perras, si es que no llegaba a relucir la flamante pesetilla; él era el rapaz más querido del señor Cura, precisamente porque era el más pobre y el más servicial en todo, el más listo en la catequesis, el que ya comenzaba hasta a ayudar a Misa, lo cual le valía alguna perrilla, el permiso de subir al campanario, el honor de llevar el acetre en los entierros y la satisfacción de tener la sal en los bautizos; nada digamos del maestro que era otro de sus protectores, ni del médico, ni de nadie, porque el avisado mocosuelo tal y tal maña se dió que era el perejil de todas las salsas, el perdigón de todos los cascabeles y la gaita de todas las romerías.

De esta suerte corrieron sus once años, sin que el hambre fuera excesiva, gracias a todas sus tretas, con las que llegó, a veces, a satisfacer la no menor de su abuela. Esta pobre vieja ya no se daba cuenta de nada, siendo casi un estorbo para Lín, que en el entierro de la misma llevó el «caldero» con igual indiferencia que en el de los demás. ¡Qué sabía él aún de agradecimientos! Le interesaba mucho más volar a sus anchas libre, como el pájaro, y sin la única preocupación de dormir en casa.

Más ¡oh desdicha! lo que creyó su libertad fué su prisión. Recogieronle unos parientes, que a todas horas le exigían estrecha cuenta de sus correrías, y, allá para San Juan, entre dos novillos y un ternero, le llevaron a la capital, donde le dejaron entregado al capricho de un comerciante, a quien encargaron no poco que le «alineara» sino andaba derecho.

¡Pobre Lín! Cuando a la noche se recogió medroso en su camastrón, él, que no había temblado en medio de los bosques más espesos, y de la noche más oscura... tuvo miedo!

Adiós su montaña querida, con sus terneros, su leche, sus cabritos, sus truchas, sus nidos y su libertad. Allí quedaba todo lo que de ventura llenaba su corazón. Si era feliz, ¿por qué lo sacaron de allí? ¿Qué hizo él, para que le confinaran en aquella cama, mejor que la suya, sí, pero ¡ay! tan solo en aquel sótano inmenso, repleto de fardos y telas,

donde los estrepitosos ruidos que allá encima, de la calle venían, aterraban su alma con visiones de espanto, hacían latir su corazón con vertiginosa violencia, y agitaban su cuerpecito en continuos sobresaltos de nerviosos espasmos? ¿Por qué lo castigaban?...

El piadoso ángel de su guarda posó las manos sobre aquellos ojitos, y, cubriéndole con sus alas... le durmió.

Al día siguiente... ¿a qué seguir? Mezclemos dolores y alegrías, más de aquéllos que de éstas; caridades e infortunios, más de éstos que de aquéllas; amores, ilusiones y desencantos, ardores y desfallecimientos; pasiones, penitencias, arrepentimientos; la eterna lucha de la materia y el espíritu, el inquieto y agobiante batallar por la vida, las angustias del naufragio, que se hunde, desaparece, y se ahoga; el vigoroso impulso, que eleva, que saca a flote, que salva; la férrea voluntad del caminante, cayendo aquí, levantándose maltrecho más allá, subiendo siempre, aunque siempre dejando en él camino girones de alma lacerada, jadeamientos de gastado cuerpo, penas y enfermedades, dulzuras y salud; mezclemos todo esto, volquémoslo sobre Lín, y allá, lejos, muy lejos, altas, muy altas, pongamos las dos lucecitas, que de guía y aspiración le sirvieron toda su accidentada vida; la fe y la ciencia. Quiso saber y por eso supo, y, cuando las injustas realidades de los hombres amenazaban estrellarle, perdida la fe en lo humano, se acogía a lo divino, y seguía caminando. Alentado por la fe y en alas de la ciencia subió tan alto, tan alto, que fué la admiración de sus compañeros, la alegría de sus escasos protectores, el pasmo de sus iguales y el orgullo de sus montañeses.

En esta subida tuvieron no pequeña parte primero los encantos y siempre las virtudes de la hermosa y angelical mujer, que, contra la tenaz e injustificada oposición de su familia, casó con aquel abogadillo incipiente, muy sabio y muy modesto, pero de humilde origen; acaso con gran porvenir, pero cierto que con ningún «presente».

Esta mujer, valerosa en la defensa de su amor hasta sufrir aquella dolorosísima repulsa de sus padres, aquel increíble alejamiento de los seres que más amaba, puso en la vida de D. Manuel todos los afectos de su alma, y de tal manera supo su corazón latir al unísono del de su esposo que a éste pare-

cieron llanos caminos antes inaccesibles, y suaves y deleitosos parajes antes áridos y yermos.

Subió tanto que, al colmarle Dios de venturas, dándole el nombre de padre, no necesitaba ya, para vivir con holgura, del saneado caudal de los suegros, que al señuelo de la nievezuela acudieron, pudiendo entonces admirar el trabajo y el talento de quien tanto despreciaron.

Fué notable jurisconsulto, elocuente orador, integérrimo juez, competente magistrado. Ocurrió lo de siempre; al comienzo injusticias, repulsas, indiferencia... después aplausos, gloria, dinero. Tan injustos fueron los hombres, cuando en su juventud le regatearon méritos, y le cerraron puertas, que tenía derecho a ver abiertas, como injustos fueron, cuando en la plenitud de la vida, exageraron sus dotes, y le exaltaron hasta lo indecible. «Ni tan alto como ahora, ni tan bajo como antes» solía decir él, que en adversidades y fortuna conservó su ecuanimidad.

En medio de aquella bienandanza, precisamente cuando más alto estaba, tuvo el dolor de la prolongada enfermedad, y la inmensa desgracia de la muerte de aquella santa mujer, acicate y premio de todos sus triunfos. Cinco años estuvo enferma, y a D. Manuel se le cayeron las alas del corazón; uno hacía que murió, y el viudo rompió los lazos con el mundo, concentrando aquel privilegiado espíritu todos sus querer en el amor de su hija Nieves.

¡Con cuánta razón se agolparon a sus ojos las lágrimas, al ver la Peña, y con cuánta razón entre sollozos repetía «subiremos, pues no faltaba más»!

A Nieves también se le arrasaron los suyos, pero más serena que su padre le calmó con un par de besos y un fuerte abrazo, exclamando a su oído —«Vaya, vaya, que esto no es lo tratado».

A respetuosa distancia, y un tanto conmovida, hallábase una mujer, como de unos treinta años, alta, seca, angulosa, tostada, envuelta en una saya de tantos remiendos de percal, que se ignoraba cuál había sido el primitivo de aquel abigarrado mosaico, en el que dominaban los desvaídos colores azul, amarillo y encarnado. Con el mantón raído terciado en el brazo izquierdo y la tralla en la derecha mano contempló el abundante chaparrón, en que se resolvió la tempestad del

espíritu del caballero, y, cuando con la natural perspicacia de los montañeses, vió aclararse la nube, antes de que cesara la tormenta, insinuó:

—D. Manuel, que el pueblo está lejos. Por mí no tengo prisa, y no les vendría mal a los caballos descansare un poco más, pero la señorita Nieves va a tener frío, al oscurecere.

No necesitó más el aludido para serenarse, y echar una ojeada a los baúles, que ya estaban uno en el pescante y otro en la vaca de aquel *fementido* armatoste.

—Pero, chica, ¿dónde está el cochero?

—¡Ah, señor, soyle yo—respondió la mujer—no se apuren que hace muchos años que bajo todos los días a la Villa, y sabemos todos el camino. A más, que ahora no es invierno, y no se atolla el coche con la nieve.

¡El coche! De alguna manera se había de llamar aquel destartelado cajón, sin señal de cristales en las ventanillas, con todas las maderas desvencijadas, la puertecilla fuera de sus goznes, el estribo derrengado y sujeto con un solo tornillo, unos cuantos radios de menos en las ruedas y con los muelles rotos, sujetos con cuerdas, que los rodeaban. Esto por fuera... que por dentro! Estaba hecho de tal manera que a lo largo sobraba sitio para dos, pero no lo había para tres, y a lo ancho, por delgados que fueran los viajeros, no había medio de arreglar con decoro la cuestión del emparejamiento de las propias piernas con las del vecino de enfrente, apesar de que los asientos no podían ser más estrechos. Quedaban restos de un tapizado de pana amarilla, por cuyas innumerables aberturas asomaba la estopa; y las tablas del piso peor avenidas que sus compañeras las de las paredes, dejaban ver el suelo de la carretera, teniendo, precisamente encima del eje de las ruedas, espacio más que sobrante para meter el pie. Los arreos de los caballos estaban a tono. Admirable prodigió aquel de la paciencia de quien con badanas, bramantes, correas y trapos (que de todo había) arregló tales colleras y atalajes.

Menos mal que D. Manuel era rico, y como pagaba el coche, éste era particular, es decir, nadie podía ir en él más que el padre y la hija. Allí se subieron ambos, colocándose, según Dios les dió a entender. Después de flojar el torno y quitar dos enormes pedrancones, que calzaban las ruedas traseras, con suma agilidad saltó al pescante la auriga quien

con denuedo restralló la tralla, gritando con agudísima voz :
—«Riá, riá, Califa».

Con la fuerza de la arrancada, al tiempo de santiguarse, Nieves dió de bruces contra su padre, en tanto que un estrépito de dos mil diantres, producido por el furioso entrechocar de maderas y de hierros, que, cual terribles enemigos, incessantemente se acometían, a punto de saltar cada uno por su lado, no dejaba percibir siquiera las sonoras y alegres carcajadas, con que los dos viajeros celebraban la peripecia.

Iba el padre, rebosando satisfacción por todas partes, al acercarse a su tierra, y estaba la hija, si nó triste, al menos melancólica y lánguida, sin esperar gran cosa de aquellos prodigios de la Montaña, que desde muy niña había oído contar al autor de sus días, quien, dicho sea de paso, apenas si recordaba el macizo de Susarón, aunque él, en su gran afecto al país natal, creyera que conocía palmo a palmo el terreno, en donde sólo once años vivió, y de donde hacía cuarenta que faltaba.

Al buen señor le había acometido una locuacidad extraordinaria, que suplía el mutismo de Nieves, dándose tanta prisa a hablar el uno que no paraba mientes en el silencio de la otra. Ponderó..... ¡vaya V. a saber lo que ponderó! la vega, que atravesaban, no fea ciertamente, ni llena de tantos encantos, como veía el narrador, para quien hasta una piedra era motivo de exaltación.

Cierto que las revueltas del río entre aquellos chopos y arbustos ponían en la vista un aspecto de placentera quietud, y denunciaban en sus espesuras, apacibles y frescos lugares, donde pudiera serenarse el más agitado ánimo en aquellas silenciosas umbrías, nuncio de sedantes de cuerpo y alma; cierto que el simétrico mosaico de los prados y su muelle alfombra de un verde indescriptible, convidaban a internarse en una de aquellas apartadas estancias, para gozar a solas y directamente con la naturaleza todos los encantos de la amorosa mano divina, que allí puso tan suave y deleitosa calma; cierto que aquel cielo purísimo, azul, sin una nube que lo empañara, y con un sol que enviaba raudales de luz, pero no de fuego, hacía más agradable aquellos lugares, donde la fresca y acariciadora brisa de las Montañas oreaba un ambiente todo pureza; cierto que los lejanos montes circundaban aquel bellísimo con-

torno, sin desdeñir el marco del cuadro; pero de esto, a decir que aquel rincón leonés era el mejor de España, y aún el mejor del mundo, había no poca distancia.

Y sinó allí estaban aquellas tierras pedregosas, para demostrarlo; aquellas ágrías pençientes, sin más matas que los tojos, áridas, reseca, de un hosco y duro encarnado, pareciendo imposible tan extraño maridaje con los prados vecinos. El sitio era hermoso, si señor, pero no tanto. Alguna mancha había.

Más D. Manuel no reparaba en ellas, como no reparaba en que la Villa era como todas, un pueblo grande, largo, muy largo, y sin más alteración que algún que otro heráldico escudo, signo de pasadas grandezas, algún antiestético o florido hotelito; al principio una hermosa fábrica abandonada, donde las aves hacían sus nidos; y, allá, al fin, un moderno balneario, donde los hombres buscaban salud.

Se halla éste al extremo de la Villa, como si allí lo hubieran confinado sus medrosos habitantes. Apesar de ser aquel uno de los más hermosos lugares, se hallaba muy poco frecuentado, no sólo por la media docena de familias, que constituían la aristocracia, sinó aún por las demás, que completaban el censo, incluyendo hasta al carnicero y a la panadera, que no entraban, sino con grandes precauciones.

¡Pobres enfermos! Los condenados a no curar y a no morir, sinó a arrastrar años y años pertinaz dolencia, que sufren lánguidos y silenciosos, sujetos al intolerable régimen de baños de sol, balcones abiertos, sobre-alimentación, tónicos y reconstituyentes. ¡Pobres enfermos los de exaltado espíritu, viva imaginación, alma vigorosa y fatigado cuerpo! Cuando paso por aquel balneario, asilo de vuestro dolor, y esperanza de vuestra curación, se entristece mi alma y mi espíritu entero se sobrecoge, al pensar en vuestros días interminables, en vuestras noches de insomnio, en vuestros años de constante padecer. Todos sois jóvenes; la herencia, el trabajo, alguna vez el vicio, muchas la miseria, arrebataron la carne de vuestros rostros quitaron la robustez a vuestras piernas, pusieron la fatiga en vuestro pecho, el blanco cera en vuestra cara, el lánguido mirar en vuestra vista, el cerco morado en vuestras ojeras, y tiraron en la «tumbona» la envoltura de aquel espíritu, que a medida que la carne pierde su vigor, vá adqui-

riendo más y más fortaleza, hasta el extremo de que ningún sano sería capaz de concebir lo que concebís, ni de soñar lo que soñáis. Cuando os veo a vosotros los tuberculosos, los anémicos, los escrofulosos, los que andáis en busca de glóbulos rojos, no puedo menos de pensar que ese cuerpo se encorva, se enerva, se *cansa*, porque no ha sido capaz de resistir el empuje de los vigorosos movimientos del alma, su señora. Os sobra de espíritu lo que os falta de materia.

Entre vosotros, secos, delgados, pálidos, cadáveres ambulantes y los otros, sanos, fuertes, gordos, inmensamente gordos, de salud *provocativa*, mil veces prefiero a los que me parecis alma sin cuerpo que no a los que me parecen cuerpo sin alma.

Como vosotros, pálidos y secos, fueron, y son, y serán los más grandes sabios, los más delicados artistas, los más inspirados músicos, los más armoniosos poetas, los más encendidos santos, todos los que supieron sentir, y pensar, y amar. Como ellos, gordos y colorados, fueron, y son, y serán, los pringosos carniceros, los vanos políticos, los egoístas banqueros, todos los que ni piensan, ni sienten, ni aman. Dios, compasivo, puso en medio de los dolores del cuerpo, los goces del alma, y encendió, y mantiene siempre viva en vosotros, la lucecina de la esperanza.

Yo no sé si Nieves pensaría algo de esto; lo que si sé es que, al divisar el balneario, y al encontrarse sus ojos con los de muchas jóvenes de su edad, que en ella los posaron larga y dulcemente, aumentó la laxitud de su alma, subió de punto aquella innata conmiseración, que sentía a la vista de todos los infortunios, y sinó vertió lágrimas, no fué ciertamente sin gran esfuerzo, y, sinó abrazó a sus desconocidas compañeras de anemia, no fué por falta de deseos.

Así que, para no aumentar más su amargura, no quiso visitar la casa del dolor, o de la salud (según quien hable), y se contentó con ver al paso el magnífico edificio que la peña cobija, dejando entregadas a su esperanza a aquellas víctimas de la aflicción, que con la vista siguieron los tumbos del armatoste.

Lo que no quiso evitar la señorita fué complacer a su padre bajando del coche, para subir tropezando por áspera cuesta, donde en la roca viva se veían cinceladas letras bas-

tante carcomidas, que D. Manuel tradujo así del latín: «Alejo Aquilego con sumo gusto cumplió el voto que hizo, construyendo un edificio a la fuente sanguinífgena, o apropiada para engordar, habiéndolo hecho en la era trescientos cincuenta y cinco».

Y tomando pie de la romana inscripción cantó las excelencias del balneario, tan antiguamente conocido, y se enfrascó en interminables disquisiciones filológicas encaminadas a averiguar si realmente se hizo el edificio, o la gratitud del curado Alejo se limitó a la inscripción.

Con esto, y con el paisaje, y con todo, D. Manuel estaba loco de felicidad. Tan grande, tan hermoso era aquello que hasta en los dos kilómetros, en que la tierra se torna repentinamente árida y seca, a falta de otra cosa, con hiperbólicas frases, encareció lo recto de la carretera y el firme de su calizo suelo.

Allí se palpaba toda la Omnipotencia del Creador. En aquellas serpeaduras del camino, que tan pronto subía, agarrado a la peña, teniendo a su vera el abismo, por el que se precipitaba vertiginoso el río de limpidísima e impetuosa corriente, como se extendía en amenísimo y pequeño valle, donde los numerosos e indefinidos matices del verde, lejos de cansar la vista, recreábanla con la increíble variedad de tonos; en aquellas florecillas silvestres, que de blanco y rosa de vez en vez los amenos prados salpicaban, siguiendo el margen de bulliciosos arroyuelos, traviesillos hilos de clarísima agua, que se complacía en dar vueltas y más vueltas, extendiéndose por fin, dulce y tranquila, para descansar en la alfombra de la hierba y recibir, temblando, el beso de un sol tibio, cuyos rayos, al quebrarse, ponían en briznas y gotas cambiantes de iris; en aquellos arbustos, que el hombre precavido puso, para señalar lindes, sin curarse de bellezas, ni de encantos, pero que la naturaleza engalanó con hojas, y flores, y nidos, convirtiendo en líneas armónicas, generadoras de gracia y hermosuras, lo que plantado fué solo con el prosáico propósito de probar en juicio el mejor derecho a una cuarta más de tierra; en aquellas copudas acacias de fresca sombra, frondosos olmos de tupidas ramas, esbeltos pinos de increíble altura, enormes hayas, que dejando la llanura, se agarraban porfiadas a la peña, y con ella subían hasta escalarla, vencéndola allá arriba,

desde donde todavía seguían subiendo, como si pretendieran asaltar el cielo; en aquellos lugarcillos de escasas viviendas, que, a la falda del monte, guareciéndose del norte, aquí y acullá se agrupaban en torno de la humilde iglesia de pobre y derruida espadaña; en aquellas agrestes montañas cada vez más agrestes, bravías, ingentes, donde toda grandiosidad tiene su asiento y toda sublimidad su adecuado trono; en aquella Montaña, en la que, al par que más se ascendía, más se iba descubriendo la aplastante majestad de una rotundidad y suprema afirmación de lo sobrenatural, que achicaba, empequeñecía «*microscopicaba*» al débil hombrecillo, anonadado y absorto ante la portentosa obra de la Creación; en aquellos lugares todo magnificencia, portento, grandeza, el alma, lejos de los ruidos de los hombres, oía la voz de Dios, y plácidamente abandonada en la quietud y el silencio de los seres y las cosas, en beatífico éxtasis sumida, se elevaba al conocimiento del Creador, ante cuyas obras caía humilde y agradecida, entonando cánticos de alabanza y adoración en los que se mezclaban indefinidos goces del cuerpo y amorosas manifestaciones del espíritu.

Tan grande era el poder de aquellos variados y soberanos paisajes que hasta la distraída Nieves, en más de una ocasión, fijó sus hermosos ojos negros en la maravilla de aquellas tierras, que se le adentraban por el alma, inundándola de inconcebido bienestar.

Sobre todo, cuando, al llegar a lo alto de áspera pendiente, que de nuevo al valle se precipitaba, pudo dominar montes y cañadas a sus pies tendidos, dibujando una sonrisa exclamó:

— ¡Qué hermoso es esto, papá!

— ¿Verdad que sí?, nena mía, ¿verdad que sí? Ya te lo decía yo. Baja, baja del coche y verás.

Cabeceaba el día. Las últimas luces del crepúsculo envolvíanlo todo en suaves tonos de misterio, en tanto que los primeros rayos lunares disputaban su dominio a las sombras, que, apenas venidas a la tierra, huían derrotadas a refugiarse en las oquedades de las rocas, en lo espeso de los bosques, o en las profundidades del río. Cesaba el canto de los pájaros, se iba apagando el ruido de los seres, sólo se oía el rumor del agua, el débil jugueteo de la brisa entre la fronda, algún que otro cantar lejano, pausado, lánguido, cadencioso,

cuyas últimas notas iban muriendo en delicado pianísimo.

Parecía que la naturaleza toda había quedado en suspenso; que el reloj de la vida se había parado en aquella mágica hora de ensueños y bienestar, tan dulcemente libados por los dos viajeros, ansiosos de calma y beatitud.

—¡Qué hermoso es esto, qué hermoso! Que me digan a mí, que me digan a mí y que me hablen de los encantos de las ciudades, que no guardan en sus calles más que ingratos ruidos, crispadores de nervios. Que me vengan a mí con discursos sobre la utilidad de centros de reunión, donde la envidia, la ambición, la calumnia y todas las desatentadas pasiones de los hombres están acechándote, para clavar sus garras en tí, eso es, en tí. Que me vengan a contar aquí las comodidades de habitaciones, o palacios, lo mismo dá, en que el hombre, al fin y al cabo, está encarcelado, como un preso. Que me hablen de los goces y diversiones del mundo. Este, éste es el goce puro del alma. Esta, ésta es la comodidad del cuerpo.

Y sino, dime, nena mía, ¿has disfrutado en tu vida, como ahora?; has tenido más paz en el alma?; ¿te has sentido nunca tan tranquila?; ¿te acarició jamás esta placidez?; ¿te has visto nunca más pequeña de lo que ahora te ves, y tan grande, al mismo tiempo, como ahora eres?; ¿has oído en tu vida la voz, que ahora oyes, y te ha llegado nunca a las entrañas como ahora, una necesidad tan grande de amar, y que de tal manera se difunda a todo lo que te rodea, queriendo abrazarlo todo, todo besarlo, fundirte en todo, y ser ave, y ser flor, y ser hierba, y ser río, y ser brisa, y ser luna, y ser cielo, y ser todo? ¿Has visto a Dios alguna vez tan cerca de tí?; ¿te han entrado tantas ganas de rezar, como ahora te están entrando, y de arrodillarte aquí en medio, en hacimiento de gracias al Dios Sabio, al Dios Omnipotente, al Dios Bueno, que tales regalos nos da?

—Señor, la ermita de las Nieves—dijo santiguándose la aptomedonte.

—¡Hija mía, esa era la Virgen de tu madre!

De rodillas cayeron en el camino y en tanto que el venerable señor descubría piadoso su cabeza, mostrando copiosa cabellera de plata, que nimbaron los rayos lunares, cruzaba Nieves sus blanquísimas manos, y con los ojos fijos en la lejana ermita rezaba: «Dios te salve, Reina y Madre...».

Corta fué la oración, pero fervorosa, y tan sentida que, al levantarse silenciosos, llevaron ambos el pañuelo a sus ojos y se entraron en el coche, pausada y penosamente arrastrado por las cansadas bestias.

Escaso tiempo duró el viaje, durante el que, mudos iban cada cual, entregado a sus pensamientos, sin darles suelta, para no angustiar al otro, que en lo mismo iba pensando y de lo mismo cuidaba no hablar.

Allí estaba la ermita de las Nieves, y con ella el recuerdo de la santa, que adoraban y perdieron...

Unas luces, que se iban acercando; algún perro que ladraba; mugidos de novillos descarriados; un carro al pie de una tenada; cuatro hombres con sus azadas en medio de la carretera; rostros, que sigilosamente asomaban al paso del coche; más casas, una plaza, y... parada ante vivienda de pobre aspecto, pero que se permitía el inusitado lujo de tener un balcón.

Apenas se detuvo el coche, ni tiempo tuvo D. Manuel de abrir. La tía Sinda con sus ochenta años se abalanzó a la ventanilla y en el mismo estribo cogió a D. Manuel, le abrazó, le besuqueó, le zarandeó, y, luego en tierra firme, volvió a abrazarle, a besuquearle, a zarandearle, repitiendo entre sollozos y lágrimas:

—Lín, Lín, hijo mío, ¿te acuerdas del pan con manteca?

No poco trabajo costó a los demás que la vieja renunciara a aquel monopolio, pero como todo tiene su fin en este mundo, llegó para el viajero la hora de la libertad, más no pudo éste ayudar a bajar a su hija, porque todos se disputaban el sitio para saludarle.

Separados del grupo y recatándose en la sombra, procuraban ver, sin ser vistos, hasta media docena de mozos. Cuando la tía Sinda echó de menos a su nieto en la recepción, se dirigió a los citados diciendo:

—Cundo, Cundo, arredemonio caite muerto, ¿dónde te has metido hom?

Nieves, al bajar, vió una sombra, que escapó a todo correr con estrepitoso choclear de madreñas.

Las presentaciones de rigor, las exclamaciones de rúbrica, los abrazos consabidos, el interminable besuqueo de la montaña, y... adentro todos, pero todos, sin dejar uno.

Una hora larga pasó y el nutrido coro no se iba. Se habló allí mucho, pero hubo interminables momentos de prolongado silencio, que nadie interrumpía, precisamente porque nada se tenían que decir.

Pusiéronse a cenar y aún quedaron algunos personajes femeninos, dándole a la «tarabica» según decía el Sr. Fiscal del Juzgado.

Nieves cenó bien, algo cohibida, porque era el blanco de todas las miradas. No ponía sus ojos en nadie, joven o viejo, sin encontrarse con otros, que solo entonces se bajaban; así que optó por mirar nada más que al plato, a su padre, y al perro, que, más atrevido que todos, hizo amistades con la señorita, alargando el hocico en busca de la tajada, y poniendo las patas en las rodillas de ella.

A mediados de cena andarían, cuando desconcertado y áspero resonó el parche de un tambor, furiosamente aporreado. Miráronse asombrados padre e hija; cambiaron los demás entre sí una mirada de inteligencia sonriendo y dijo la tía Sinda:

—Son los mozos, ¿no te acuerdas Lín?

—¡Qué se había de acordar él, que salió de allí a los once años!

Al retirarse Nieves a su cuarto, pequeñito, bajo de techo, pero muy blanco, y, sobre todo muy limpio, dijo a su padre:

—Sabes que me va gustando tu montaña.

Alegróse éste de tan sincera exclamación, acarició a su hija y salió de la estancia, entre satisfecho y conmovido, en busca del lecho, donde reparar algunas fatigas del cuerpo, pero muchas más del espíritu.

Disponíase Nieves a rezar sus oraciones, más un imperceptible murmullo excitó su curiosidad, al fin mujer, y entonces reparó en una ventanita, que a la carretera daba. Apagó la luz, se acercó sin ruido, corrió con sumo cuidado la empuntillada cortinilla, y, a la gran claridad de la luna, vió... que parados frente a su casa se hallaban hasta una docena de mozos, jóvenes todos, todos morenos, casi todos delgados y en mangas de camisa. Debían estar discutiendo algo muy interesante, porque accionaban con vehemencia, y todos se dirigían a uno que, a juzgar por sus ademanes, se resistía. Iba con ellos un semi-señorito, vestido de blanco, pareciendo

que llevaba la voz cantante. Era éste el que más instaba, pero ninguno lograba vencer la resistencia del mozo, que a un lado y a otro movía negativamente la cabeza.

¿De qué tratarían?, ¿qué estarían hablando? Tentaciones tuvo de abrir la ventana y escuchar, pero no se atrevió a ello, porque miraban mucho para allí, y, aunque la luna daba en la casa de enfrente, dejando la suya en la penumbra, era mucha claridad de la noche. Pero, señor, ¿qué sería aquello?

El mozo querido, que era sin duda el más fuerte, encogió los hombros en ademán de asentimiento; hicieron corro los demás, se oyó el siseo, que impone silencio, levantó Cundo la gallarda cabeza; moviéndola a un lado y a otro; carraspeó, y vista levantada y ojos en blanco, abemoladamente con el vehículo de una voz potente, pastosa, dulce, sentimental, cantó:

Si no eres montañesa,
sangre montañesa tienes,
por eso llevas el nombre
de la Virgen de las Nieves.

Pegada al cristal, conteniendo el aliento, oía la señorita aquellas suavísimas cadencias, aquella delicada armonía, aquellos pausados tonos, mitad plegaria, mitad canto de amor, que tan suavemente se iban apagando.

¡Qué tonta ella! ¿Por qué lloraba?

La voz volvió a cantar:

Aunque no es día de ronda
salimos hoy a rondar,
por darle la bienvenida
los mozos de este lugar.

Discretos golpecitos sonaron en la puerta de su cuarto. Con precaución abrió Nieves y D. Manuel entraba gozoso, diciendo: ¿Oyes, oyes?

—¡Chiss!, calla y ven, —repuso ella, conduciéndole de la mano a la ventana.

—¡Ah! picaruela—dijo casi a su oído—¿estabas de acecho?

Adiós y duérmete ya
sin miedo en esta montaña,
que están nuestros corazones
rodeándote la casa.

¡iii... ju... jú. ¡Viva la señorita Nieves!

El estrépito más clamoroso, los aplausos más entusiastas, los gritos más estentóreos contestaron aquel viva. D. Manuel y Nieves se abrazaron.

En la calle debía agitarse otra importante cuestión, porque todo quedó en silencio, se armó de nuevo el corro, se accionó, se habló bajo, dieron unos pasos, se situaron bajo el balcón, volvió el mozo a levantar la cabeza, y Nieves, que ya sabía en lo que paraban tales preparativos, suavemente empujó a su padre, diciendo:

—Ahora van a tí; ya que no puedo yo abrirles la ventana, ábreles tú el balcón, y échales algo.

—Pues no faltaba más: —salía diciendo D. Manuel. Aún no había cerrado la hija, cuando volvió a abrir, exclamando:

—Mucho, ¿eh?

—Sí, hija, sí, mucho.

Abajo cantaban:

Y también a D. Manuel
le damos la bienvenida,
porque al cabo de los años
vuelve a la patria querida.

Se repitieron los vivos y los aplausos, abrióse el balcón, se oyó a D. Manuel decir: —Gracias muchachos, gracias—, sonaron en el suelo de la carretara, unos duros, que los mozos recogieron presurosos, marchando la ronda, en busca del inesperado arroz con leche.

Los vió partir Nieves, y hubiera jurado que la ventana de enfrente se abría... ya lo creo que sí... y la indiscreta luna alumbraba un hermosísimo rostro, que, con grandes precauciones, iba saliendo del marco, mirando hacia donde los mozos iban. ¡Qué guapa era! El blanco lienzo de la camisa cubría honestamente su busto, y, apoyada en el montante de la ventana, ajena al espionaje, a que estaba sometida, iba alargando, alargando la cara, estando ya de puntillas, a

juzgar por la postura, y mirando siempre con tristeza al sitio, por donde los mozos marchaban cantando entre gritos e ijujús. Aun siguió un poco la bella sin ventura, y, antes de retirarse, levantó su dolorido rostro hacia la luna, que, siempre indiscreta alumbró dos perlas en aquellos dulces ojos azules.

—¡Pobrecilla! ¿por qué llorará—pensó Nieves. Y dando vueltas a este pensamiento, se desnudó, rezó y... no pudo dormir.

La vecina, la emoción de su padre, que tanto la quería, el recuerdo de su buena madre, la representación de los paisajes, que había admirado, los enfermos del balneario, la ronda, infinidad de recuerdos, todos tristes, sí, pero todos dulces, de un inexplicable encanto, no la dejaban dormir, pero tan lejos estaban de producirle molestia que se hallaba muy contenta en aquel suave sopor, en aquel *dolce far niente*, que la acariciaba, envolviéndola en tan puros y deliciosos deleites.

Así pasó tiempo, mucho tiempo, y, cuando ya sus párpados iban posando, héte aquí que volvió a oír la misma voz temblorosa, cantando ahora tan despacio, tan sumisa, que indicaba desear no ser oída por nadie.

¿Resistió la tentación? Qué iba a resistir, si era mujer. Se levantó, ya lo creo, y en camisa se dirigió a su atalaya, viendo que el mozo de antes, ahora solo, se bajaba al suelo, cogía una piedrecita, la tiraba con mucho tiento a la ventana de enfrente, esperaba un poco, repetía la suerte, y muy bajito, muy bajito, cantaba:

Yo estoy muriendo por tí,
y tú muriendo por otro;
el amor, que estás tirando,
lo quiero yo más que el oro.

Nada; silencio absoluto. No sólo no se abría la ventana, sino que ni siquiera se movía la cortinilla. El mozo allá abajo se desesperaba, tirando la gorra, pateándola; y aunque volvía a la carga de las piedrecitas, y al nuevo cantar, obtenía el mismo infructuoso resultado, hasta que cansado ya y convencido de lo inútil de su esfuerzo, mohino y cabizbajo, lentamente se alejó.

Nieves, recordando la repugnancia del mozo a cantar antes, se durmió, pensando:—¡Si lloraría de celos, porque cantó a mi ventana, y se ha vengado, no abriendo la suya ahora!

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...

... de la vida...
... de la vida...
... de la vida...



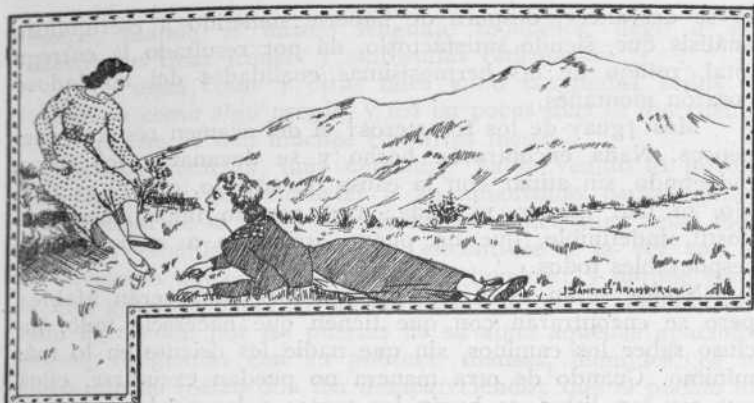
PUEBLA DE LILLO.—Mírclo... (pág. 47).



...la vetusta torre al frente... (pág. 37).



...subo a mi incomparable sierra... (pág. 48)



II

Puebla de Lillo



DOLO quince días habían pasado, desde que Nieves estaba en Puebla de Lillo, y puede asegurarse que ya campaba por sus respetos, tratando a sus moradores, igual que si toda la vida los hubiese conocido. Enseguida se habituó a la franca familiaridad con que todos la brindaban, pero no dejaba de darla que pensar cierta reserva y suspicacia, que en todos pudo apreciar. Con ella no pudieron portarse mejor, acogiéndola desde el primer día no solo con marcada benevolencia, sino con verdadero cariño; mas, apesar de ello, tuvo que reconocer que los avisados montañeses algo más que el negro de una uña pecan de desconfiados y un mucho de burlones. De ingenio despejadísimo y de bastante buena razón natural creen que el forastero, habituado a cosas grandes, se burla de la pobreza y de la ignorancia, que en verdad no tienen, por lo cual le miran con cierta prevención, que so-

lo se desvanece, después de haberle sometido a escrupuloso análisis que, siendo satisfactorio, dá por resultado la entrega total, reflejo de las hermosísimas cualidades del bondadoso corazón montañés.

Más ¡guay de los forasteros! si del examen resultan suspensos. Nada encontrarán hecho y se devanarán los sesos, indagando, sin atinar con la causa de aquello, que ni es desvío, ni mal querer, ni nada; con aquello impalpablemente hostil, indefinible, que no puede atribuirse a nadie, siendo responsables todos.

Nunca verán mala cara; con ellos todos serán afables, pero se encontrarán con que tienen que hacérselo todo, incluso saber los caminos, sin que nadie les oriente en lo más mínimo. Cuando de otra manera no puedan excusarse, ellos, que son tan listos, se harán los tontos o los sordos.

En la conversación oirán que se usa un pintoresco y figurado lenguaje, sumamente profundo, en él que, con agudísimas sutilezas percibidas sólo por ellos, siguen imperturbables su charla con el forastero, dando a entender con las mismas frases una cosa a éste y otra a sus convecinos.

Como a Nieves le trataban con mimo, considerándola de casa, ante ella tuvieron alguna vez esta doble conversación, que no alcanzó a ver en toda su importancia hasta que, alejadas las *víctimas*, la iniciaron en el secreto de las lindezas, que en su misma cara habían soltado los ignorantes rústicos de la Montaña a los ilustrados señoritos de la ciudad.

¡Santo Dios! y como se admiró nuestra simpática nena, al descubrir aquellas tortuosas metáforas, metonimias, etc. etc. 'Maestros eran en todo, pero principalmente en las elipsis y reticencias... ¡Y los pobres señoritos, habían marchado tan persuadidos de la favorable acogida de quienes les despellejaron en su misma presencia, con su mismo asentimiento, y sin que de ello se dieran cuenta!

A Nieves la asustó esta charla, y temía ser la víctima algún día, si es que ya no lo había sido. Pensando en la conducta observada con ella rechazaba tan pavoroso pensamiento, pero realmente les cogió miedo, y, para no pertenecer al grupo de los *despellejados*, sinó se pasó al de los *despellejadores*, porque esto repugnaba a su educación y piedad, se situó en la línea central con tal arte que, al poco

tiempo, usando el mismo lenguaje montañés, llegó a ser maestra en finas ironías y sutilísimas reticencias.

Con estas cosas y otras tales y no tan malas, todos la recibieron como algo propio, y así en pocos días se dió cuenta de lo que no se dan muchos en varios meses.

Estaba contenta, muy contenta; había venido al pueblo resignada, por no contrariar a su amadísimo padre, quien, por la salud de su nena, y buscando un tónico para aquél bien amado y esbeltísimo cuerpecito, encontróse a la vez con el de su propia alma. Se rejuvenecía el hombre; y porque viera la hija gozar al padre, o porque realmente se le hubieran colado de rondón por las puertas de su alma aquellas apacibles gentes, resignadas con su pobreza, mansas, humildes, es lo cierto que su melancolía iba desapareciendo; que el pueblo no le parecía tan sucio, ni los rapaces tan hoscos, ni las mozas tan retraídas, ni tan tímidos los mozos.

Todo esto se lo había dicho una amiga, que, aburrida, había pasado en Puebla de Lillo el verano anterior; así que, al comprobar tamaña falsedad, no pudo menos de escribir a su equivocada informadora, diciéndola que no era la Montaña lo que ella creía, y asegurándola que en quince días sabía ella más que la otra en tres meses. ¡Claro!, como que a Nieves se le mostraron los montañeses tal cual son, y a su amiga, como a la mayor parte de los forasteros, le cerraron las puertas de su alma, no dejándoles penetrar en el castillo interior.

Aquí se vive en la calle, con las ventanas y cancillas bien abiertas, y todo el mundo sabe los arbejos que come el vecino, y las patatas que tiene el otro. Todo está a la vista de todos, cazuelas y sartenes, potes y calderos, aperos y monturas, quesos y mantecas, camas y vestidos: todo al aire, con la casa sola y bien abierta a disposición del que entrar quiera; pero lo que es los pensamientos, las intenciones, los proyectos, esos si que no hay quien los penetre.

Caraş, que no contraen el más ligero músculo, por grande que sea su sorpresa y contrariedad: hombres y mujeres avisadísimos, que saben se las han de haber con otros hombres y mujeres, tan avisados como ellos, y que por lo mismo con toda astucia están a la espera, buscando con increíble paciencia el momento propicio, para lanzar la tan oculta idea

en el preciso instante, en que ha de dar forzoso resultado, no saliendo de las moradas interiores, sinó, cuando, y como debe salir, aunque para ello haya que esperar años y años.

Indudablemente al morador de las montañas no le gusta la línea recta, y anda siempre atrochando por la curva y en rodeo. Acaso le enseñó Natura que en su tierra no es la recta la más corta entre dos puntos, y, acostumbrado a rodear en la senda terrena, rodea también en la intelectual. Al jurisperito don Manuel, dióle no poco que pensar que sus amados paisanos en los pleitos, a los que tanta afición muestran, al consultar con el abogado, suelen exponerle la cuestión del contrario, y no la suya.

Dicho se está que tal modo de ser no encajaba bien con la sencillez y buena fe de Nieves, más como por estos caminos tortuosos andaban solo, cuando mediaba algo de interés, y por otra parte, no veía ella defecto de más monta, llegó no sólo a gustar de su compañía, sino a quererlos con fino amor en gracia a las otras muchas virtudes, que el alma montañesa en sumo grado atesoraba.

No pequeña parte tenía en su bienestar y satisfacción el encontrarse con gentes, muy distintas de las por ella conocidas, y el ir descubriendo patriarcales y santas costumbres, por ella en la vida no vistas e ignoradas; pues aunque, infatigable lectora, en el rico tesoro de sus conocimientos, guardaba ideas de un vivir parecido, prodigiosamente descrito en novelas, como las del Maestro Pereda, con todo, ese paso de lo descrito a lo vivido, de lo leído a lo visto, tenía para Nieves, en extremo observadora, un encanto especial, que la hacía escudriñar, inquirir con verdadero deleite.

Súmense a esto los encantos de la Naturaleza en región tan pintoresca, como varía, y verase que, para un alma, sinceramente amante de lo bueno, y de lo bello; para un corazón joven, a quien tanto placían los puros goces del fervoroso espíritu, afortunado descubridor de las bondades de Dios en todos los seres, ni el paisaje, ni el pueblo, ni las costumbres, ni los habitantes, podían proporcionarle más abundante materia de estudio, ni más motivos de bienestar, dulzura y encanto.

Aquella deliciosa mañana, de una diafanidad etérea, en

la que el sol brillaba con todo su esplendor en medio de un limpio y purísimo cielo, vestido de un azul fuerte, maravilloso, jamás visto, ni aun soñado por Nieves, sentada ésta en la muelle alfombra de las florecillas silvestres del prado, hallábase gozosa en la sierra de Rebollares, con Lillo a sus pies, la ingente Susarón a su derecha, la vetusta torre al frente, los nevados Picos de Mampodre a la izquierda, y, rodeada toda ella de ese incomparable e indescriptible ambiente, sutilísimo, impalpable, acariciador y refrigerante, que envolvía cuerpo y espíritu en ráfagas de vida y dulcedumbre.

¡ Parecía la princesa de la Montaña en su trono de roca ! Y no es que fuera bella, no, pero del conjunto armónico de su cuerpo tales torrentes de simpática atracción se derramaban que, sin parar mientes en ello, aprisionados insensiblemente se veían, cuantos tuvieran la dicha, no de saludarla, sino sólo de verla.

De no mucha altura, pero sí lo suficiente para ser esbelta, su figura, tal sensación de idealismo daba que los ojos, posados en lo material del cuerpo, sin curarse de él, a las mientes llevaban la atrayente espiritualidad del alma, señora de tales perfecciones corpóreas.

Era de rostro oval, de finísima y sonrosada tez, en la que el agua, sin otro afeite, conservaba el prodigio de aquella limpieza y frescura; su frente espaciosa y serena; negrísimas sus pestañas y negras sus cejas; sus ojos pequeños, negros, y con una mirada, tan dulce, tan reposada, tan llena de candor y de bondad, que *materialmente* se veía asomar á ella un alma inmaculada, toda pureza. Parecía que, al posar sus ojos con el auxilio de ingenua, semiimperceptible sonrisa, decían con mimo al áfortunado, que la contemplaba: « Soy muy buena, quírame V. ».

Pequeñísima nariz; no muy grande boca, que al descubierto traía siempre blanca, cuidada dentadura, y redonda barbilla con hoyo en el centro, formaban aquella cara, que, sobre estrecha y torneada garganta, destacaba en el marco de una abundante, rizada, negra cabellera, con extrema sencillez y exquisito arte recogida.

El cuerpo era recto, y de sus correctas líneas eran las formas tales, que ligeramente ondulaban sus diversas proporcionadas partes, sin más que la suave curva, puramente pre-

cisa, para acusar dicha proporción estrechada escasamente en el talle. Los breves pies sostenían tan prodigiosa finura, y el menudo y vivo paso poderosamente admiraba a quien viera caminar a aquella endeble, angelical criatura, que parecía insensible deslizarse a ras de suelo.

Pero lo que más admiraba, atraía, subyugaba, enajenaba y rendía, era lo incorpóreo, la ingravidez, el espiritualismo, que espontáneamente se desprendía sereno de su nunca bien amada persona. Tenía «ángel» en su rostro, y en sus ojos, y en su cuerpo, y en su todo.

Sin ser prodigio de belleza, aquella mañana, y en aquel paraje, estaba hermosísima. Con honesto primoroso escote vestía blanca batista, moteada de imperceptibles puntitos negros, con la que, en inimitable sencillez, rodeaba su cuerpo, holgadamente en el busto, recogándose muy poco en la cintura, para caer después en falda de espontáneos pliegues hasta el tobillo, dejando totalmente al descubierto los diminutos pies, calzados con blanquísima alpargata de lona y piso de cáñamo.

Se hallaba ahora medio tendida, medio recostada en la yerba y contra la roca, que la servía de respaldo, resguardándola de los rayos del sol.

A sus pies, tirada con indolencia en el prado, estaba Marusa.

Ya la conoces, lector. Viste una noche brillar en unos ojos azules dos lágrimas, que alumbró la luna. Aquella sin ventura fué Marusa; la linda vecinita y ahora buena amiga de Nieves. Intrigó a la señorita la pena de la moza en la noche de la ronda, y, sin esperar a más, al día siguiente, supo entrarse de rondón en aquella apesadumbrada alma.

Necesitaba ésta, de algún tiempo acá, otra, que compartiera su pena y, después de no hallarla a placer entre sus amigas, cuando más a solas estaba con su dolor, dióselo el Señor, como la necesitaba, amorosa, desinteresada, compasiva, inteligente y joven. ¡Cómo alivia hallar un ser, en todo compenetrado con la amargura, que el espíritu rebasa! ¡Qué de consuelo al relatar el dolor a un corazón, que comprende la pena, la compadece, y llevadera la hace, solo con llorar, cuando el alma atribulada llora!

Marusa vió todo esto en Nieves. Era joven, como ella,

quizá amante y amada, de seguro no rival, y sobre todo ¡buena, muy buena!

No es por tanto de maravillar que, a las primeras de cambio, entre lágrimas la hiciera confidente de sus desgraciados amores.

¡Lo que habló y lloró la desventurada mocina al día siguiente de llegar Nieves! No la conocía, pero la perplejidad duró solo unos instantes. Se entregó inmediatamente, en cuanto la oyó preguntar:

—¿Por qué lloró V. anoche?

Comenzó con rodeos; mas después, atropelladamente, conmovida, riendo unas veces, llorando las más, dijo que el señorito de la ronda era Tino el americano; que él fué, antes de ir a Cuba, su primer amor; que desde allí le había escrito siempre; que hacía seis meses había regresado; que al verle ella, que, durante años, había esperado con ansiedad, notó con hondísimo pesar el desvío del novio. ¡Dios suyo!... ¿y para esto contó, hasta los minutos que faltaban, para disfrutar de su presencia? ¿y para esto le había sido tan fiel? ¿y para eso tantas lágrimas había derramado? ¿y para eso le había amado, y le amaba tanto, con un amor tan fino, tan hondo, *tan amor*? ¡Dios suyo! ¡Dios suyo! Si se lo leyó en sus ojos; sí, sí; la primera mirada a la vuelta de Tino, no fué de amor, fué de sorpresa, de desencanto, y, después... hasta de desprecio, y de... vergüenza de aquel su amar. No se había equivocado ella, y el tiempo se encargó de comprobarlo.

—Tino, —dijo la desdeñada—, ¿no te parezco igual que antes?

El petimetre no supo balbucear frases de excusa; no las halló. Aquella primera conversación con tan vivas ansias anhelada, se deslizó monótona y tristonca, encontrando Marusa el mayor dolor, allí donde pensó hallar el mayor deleite.

Después, ¡Virgen de las Nieves!... qué sufrir; se alejaba de ella, la huía, y, alguna vez, hasta en sus palabras, claras muestras dió de su desprecio. Entonces quiso olvidarle, pero lo tenía tan adentro, estaba tan hondo, que no pudo arrancar la raíz de tal amor. Al intentarlo, se arrancaba el corazón, y, luego de mucho luchar, decidió vivir con aquella mala yerba, tan arraigada en el antes plácido y apacible campo de su espíritu.

Ella no podía olvidarle; le quería, y, aunque él la siguiera huyendo, seguiría ella amándole, queriéndole, hasta que le rindiera tan amorosa constancia. Para ello no perdonó ocasión, ni sacrificio. Supo un día que el indiano era partidario de las medias caladas, y tuvo el valor, más que heroico en la Montaña, de quitarse sus burdas medias de lana, y presentarse en pleno baile, entre la esperada rechifla universal, con sus flamantes caladas medias.

¡Qué lloro la costó! Ella afrontó los desprecios de las jóvenes; se rió de las puyas de los mozos; no hizo caso de las atinadas observaciones de los viejos, y, hasta oyó, sin pestañear, la justificada riña de su padre. Nada la hizo mella; la impresionaron algo, por el sincero tono de pena estas palabras, que Cundo la dijo quedamente al oído: «Marusa, porque te quiero, te digo que vayas a quitarte eso». Y aún esto fué un relámpago. Todo lo sufrió valerosa. Sólo la hizo llorar Tino, quien, al verla, exclamó en voz alta: «Hay que ver, la Marusa con las patas sucias».

Rieron todos; la asesinaron con la mirada sus rivales Nina y Lucía; marchó ella; rasgó las medias, al quitarlas; las arrojó al fuego en la cocina, y, sentada ante el llar, dió rienda a la angustia, al despecho, producido por el malvado, que ante todos, y tan cruelmente, se burló de un heroísmo malgastado en su honor.

¡Ay qué ahogo! La garganta se le oprimía, como si la agarrotaran; al costado izquierdo sentía incesante, dolorosa punzada, que iba aumentando, aumentando, hasta ocasionarla irresistible sufrimiento; quería llorar, y no podía; creyó morirse; por fin, acodada en las rodillas con el rostro entre las manos, salió impetuosa la catarata del llanto, y, durante buen espacio de tiempo, no se oyó otra cosa en la cocina que el crepitar de los troncos y los gemidos de la angustiada. No podía figurarse la señorita lo que aquello la costó, y, sin embargo, seguía queriéndole!

Sería él tan malo, como contaban; habría venido con mucha «fantasía» y pocos cuartos; estaría toda la vida enfermo; hasta se burlaría de ella, sí; pero le quería, le quería, y le quería, contra el parecer de todos; le quería, y le quería siempre, siempre, aunque él quisiera que no le quisiese.



...basta interceptar después las calles... (pág. 53).



...y tapiar las puertas... (pág. 53).

Y, así, por este estilo, siguió hablando aquel día, y los otros, y siempre que con Nieves departía.

Tendida hoy ante la atrayente señorita mirábala cariñosamente, en tanto era a su vez mirada por Nieves, que se recreaba con la vista de aquella virgen montañesa. ¡Qué hermosa era! Delgada, alta, con un rostro, cuyo cutis se conservaba transparente y fresco, triunfador de los estragos del sol, de la nieve, y de aquel aire, que todo lo curtía, sin que jamás hubiera podido obscurecer la inmaculada blancura de aquella cara, en la que la perfecta nariz, la fruncida boca pequeñísima, las ligeramente sonrosadas mejillas formaban precioso conjunto, al que prestaban vida apacible unos claros ojos, azules, francos, en extremo soñadores, cuya mirada parecía vagar extática en un algo ideal.

Para mayor encanto de tan melancólica figura, su cabecita hallábase nimbada por una abundantísima cabellera de claro rubio, que, rebelde al sencillo peinado, aquí y acullá a sus anchas se esparcía tras las orejas, en el cuello, y, sobre todo, en la frente, donde los dorados, abundantes rizos, parecían orlar con espontánea gracia la delicada hermosura de la joven.

Se deslizaba lentamente, con la cabeza y el busto rectos, los ojos levantados a lo alto, siempre serena, apacible siempre, y siempre lánguida.

—Marusa, ¿estás triste?

—Y qué le voy a hacer señorita, si ese es mi natural.

—Pues mujer, procura distraerte.

—Ya procuro, pero no puedo. Y eso que ahora, mire, no estoy tan triste. Créamelo. Estaba gozando mucho, viendo lo buena que es V., sobre todo conmigo. Dios se lo ha de pagar: que no sabe V. lo a tiempo, que llegó, ni el bien que entróme desde que vino.

—Mira, no seas tonta y a callar. Tú tenías una pena y yo estaba obligada a consolarte, porque soy cristiana, y, aunque no lo fuera, es una obra de misericordia, que me causa a mí, haciéndola, más bien que a tí recibéndola.

—Sí, pero no todas la hacen.

—¿Y a quién le has contado tus cuitas como a mí?

—A nadie; pero ¿quién me preguntó, como V., señorita Nieves? Ninguna. Y ellas sabían todas lo que yo tenía,

y V. nada supo. A más, ellas conocíanme, y V. no; ¿por qué no me preguntaron, como V., y con aquel cariño, con que V. supo hacerlo?

—Oye Marusa, ¿por qué fuiste conmigo tan franca que el primer día ya me contaste todo?

—¡Ay, señorita, no lo sé. Víla y prendóseme el corazón; parecióme que la mandaba la Virgen de las Nieves, para consolarme, y díjela todo lo mío! ¡Qué bien hice!

—Sí que hiciste bien para tu desahogo y consuelo, pero en lo demás nada hemos adelantado, pues yo no he podido arrancarte un amor, que si existió, bien sabes no existe ya más que para atormentarte. ¿Por qué te empeñas en malgastar los tesoros de tu corazón, amando a quien, si un día te quiso, hoy ya no te quiere? Déjalo ya, Marusa.

—Pídame otra cosa, queridina.

—¿Por qué, mujer?

—¿Usted no ha oído la copla? :

Querer a quien no te quiere
ese es el fino querer,
que querer a quien te quiere
no es más que corresponder.

Desconcertada quedó Nieves con la respuesta, siendo tal su admiración a la vista del sutilísimo amor, de tan fina manera entendido y practicado, que, sin responder palabra, dióse a pensar en el como, mudado el objeto de pasión tan noble, aquella virgen de la Montaña pudiera seguir los pasos de la Virgen Avilesa «que vivía sin vivir en ella», y andar por los mismos caminos del poeta «que aunque no hubiera cielo a Dios amara».

Y, puesta ya en la resbaladiza pendiente de su fecunda imaginación puso al Señor en lugar de Tino; contrastó, analizó, aquilató el amor de Marusa, y al encontrarlo tan subido, tan desinteresado, tan inmenso, tan heroico, se la supuso serafín abrasado en el amor divino, lleno de Dios, a quien dirigían su mirada extática aquellos tranquilos ojos azules, que en aquel instante habían fijado su vista tenazmente en el cielo, como buscando algo muy grande, muy noble, que inundara de venturas el alma, sedienta de amores.

Y, puesta a dejar correr la «loquilla de la casa», se imaginó a Jesús hermoso, amante, todo piedad, amor todo, buscando el tesoro del alma, que corría quizá a despeñarse tras del amor mundano, sin oír las concertadas voces del Amado, que suavemente decía: «Dame, hija mía, tu corazón», obteniendo por todo consuelo, sino el desprecio, que de esto no era capaz el alma de Marusa, como no lo es la creyente alma montañesa, si la indiferencia y el olvido de quien, poniendo el afecto en la tierra, poco o nada deja para el cielo.

¡Cómo la entristeció este pensamiento, sobre todo, cuando en alas de su fantasía, puso a Jesús y a Tino, al Dios y al hombre, al Santo y al pecador, ante el alma de Marusa, y vióla suspirar por el que la aborrecía, y olvidarse del Bueno, del que la amaba, hasta derramar su sangre por ella!

Pensó cuanto amor en el mundo se pierde y... no quiso seguir: con esfuerzo de su voluntad apartóse de un camino, en el que, siempre que andaba, venía a dar en melancólica, llegando a dolerle el corazón físicamente.

Marusa seguía con su mirada inmóvil en el firmamento sin pensar nada, pues no podía ella precisar, si admiraba el cielo, se acordaba de la desgracia de su amor, confiaba en su vuelta, o se dolía de su infortunio. Hallábase su inteligencia en pleno marasmo, y solo sabía que se había puesto triste, muy triste, pero con tristeza resignada, suave, hasta paladeando y gustando el placer del dolor tranquilo.

Tal era el ensimismamiento de ambas que no se dieron cuenta de la presencia de Tino, quien, a hurtadillas, por detrás de la roca llegaba. Tal intruso era un joven de veintitantos años, aunque muchos más aparentaba tener, alto, delgadísimo, de un repugnante color cetrino, que semejava sudar aceite; ojos pequeñísimos, de gran pupila y de penetrante y lúbrico mirar; bello, con una enorme boca, que enseñaba entre los escasos negros dientes naturales, otros postizos de escandaloso oro, que, al reirse, veíase también jactanciosamente prodigado en muelas naturales y postizas.

Afeminado en extremo era el corte de su «saco» de trabilla y de su blanco pantalón pretenciosamente recogido, para dejar al descubierto los más churriguerescos calcetines verdes de abundantísimo calado. Se cubría con sombrero «jipi»; calzaba finísimo y escotado zapato, verde también,

y en el bolsillo superior de la americana asomaba el bordado rosa de un pañuelo, también verde, para no desentonar con zapatos, calcetines y rostro.

Empuñaba roten su mano derecha, cuyos dedos, como los de la hermana izquierda, se hallaban abarrotados de gruesas sortijas doradas, con enormes piedras. Dorada y recia era también la cadena, que desde la cintura bajaba al bolsillo derecho del pantalón.

Andaba desmadejado y despacio; hablaba melosamente y con fatiga; quería sonreír sin cesar, e inquieta vagaba a todas partes la insolente mirada.

Así era por fuera; por dentro... ya lo irá conociendo el lector.

Al notar las espiaba tal personaje, salieron las dos de su abstracción, dando un respingo, y en tanto que a Marusa se le iluminaba de contento la faz, exclamó Nieves, mientras su compañera se sentaba:

—¡Ay, hijo, que susto me ha dado!

—Lo siento, mi amiga. Yo no quiero asustarla ¿sabe?

—No querrá, pero me asustó; viene usted siempre recatándose.

—Yo no me oculto; es que ando siempre despacito, ¿no?, y V. suele estar siempre muy no sé como.

—Sí que estábamos algo abstraídas, pero nadie me asusta más que V...

—Que soy quien no quisiera asustarla; ¿sabe?

—¿Pero, no dice V. nada a Marusa?

—Ya la ví esta mañana.

—¡Ah, pícara!, nada me has dicho.

La mozina, que, desde la llegada de Tino, había fijado su vista en él, sin separarla un segundo, dirigióla a Nieves, contestando:

—Como si no le hubiera visto. A mi lado pasó, cuando yo traía los jatos, y ni adiós me dijo.

—Eso no puede ser, —repuso la pícara Nieves—. Yo creo a Tino hombre educado, y no comete él una grosería. No le oírías tú.

Siguió a estas palabras embarazoso silencio, disimulado por Tino, destrozando con su roten las silvestres florecillas, que el prado esmaltaban. De repente exclamó Nieves:

— ¡Qué guapa es Marusa! ¿verdad Tino?

Enrojeció aquella; desconcertóse éste, y dijo con desprecio: — ¡Bah, si trajera otra ropa!

— Huy qué mal gusto. Yo no concibo a Marusa con otra ropa que la que trae. A sus encantos naturales nada le dice mejor que esa sencilla blusa blanca, ese pañuelo de la cabeza, echado a la espalda, la falda plegada, la media blanca y el calzado de escafpín. A mí de cualquier manera me gustaría, pero así más.

— A mí no. De señorita acaso me gustaría, ¿sabe?; sobre todo con la moda de ahora.

— Por Dios, Tino, no disparate V. ¡De señorita! ¿Marusa, de señorita? já... já... já... ¿Y de señorita como las de ahora?... Vd. no está bueno. Marusa con un estambótico peinado de asa, o de moño alto, una blusa con los brazos al aire, indecentemente escotada, con una falda menos que tobillera y unos zapatos con tacón de media vara. No, no, déjela V. con sus madreñas, porque con esos zapatos no sabría andar. ¿Marusa, de señorita, a la última estúpida moda? No, hombre, no.

— ¿Pero a Vd. no le gusta esta moda?

— Qué me ha de gustar. Ni a mí, ni a mis amigas.

— A mí sí. Pero, diga Nievitás, si no les gusta, ¿cómo se la ponen?

— Ya ve V. que yo no visto con arreglo a sus exigencias. Tomo de ella lo que me parece, y desecho lo que no me agrada. Como yo hay muchas, que, por ser ese su deseo, o porque tienen la fortuna de ser hijas de un padre, como el mío, hacen equilibrios, para vestir como el figurín y decentemente, cosa, que cada día ha ido siendo más difícil, y hoy es casi imposible; pero la verdad es que la mayoría llevan sus vestidos a la última, yendo por la calle con harto disgusto. Es un suplicio. Tales son las blusas y las faldas que, no faltando, como no falta, el pudor en las mujeres españolas, se ven comprometidísimas, al menor movimiento. Si se inclina una, hay que cuidar de que no se ahueque el escote; si se baja, hay que hacerlo rectas y sin doblarse; si se suben escaleras no digamos: si hay viento ¡qué apuros!; si encoge una los hombros, allá asoma un dedo de enaguas; en fin, siempre están mis amigas, inquietas, sobresaltadas, violentas.

Añada V. a esto el martirio de esos tacones, y... sobre todo las miradas de los hombres y de las mismas mujeres, y tendrá por resultado que no se sale a la calle, sino a sufrir, y a ponerse coloradas. Cierto es que la mayoría visten a la última, pero bien lo pagan las pobres. No hace mucho me decía mi amiga Blanquita: «Hija, esto es insufrible. Estrené el otro día un traje, reñí con la modista por el escote y lo corto de la falda, me enseñó el figurín; me convenció; salí a la calle, y... no quiero decirte... parecía el mono de la feria... todos me miraban, pero de una manera, que hacían daño. Y no fué eso lo peor. Lo más grave fué, que, días después, fui a la comunión de las Marías, y por poco no comulgo de vergüenza! Cómo que, al acercarme al altar, en devota actitud crucé las manos sobre el pecho y bajo la barba, única manera de ir al comulgatorio.

Y como Blanquita piensan todas; ahora que a unos nos visten las modistas, como nosotras queremos, y a otras como quieren los desaprensivos modistos parisinos. Ea, ya se me fué la sin-hueso. Soy una incorregible.

—Vea, mi amiga, yo la escucho con gusto.

—Si, pero yo charlo de más, y el que mucho habla, mucho yerra; por de pronto ya dije cosas, que debí haber callado ante V.

—Nada dijo V. ¿no?; y, aunque lo hubiera dicho a mi nada me asusta.

—Ya lo sé, ya; pero yo soy muy charlatana; lo reconozco. Y tú, ¿que dices? Marusa.

¿Qué había de decir la pobre enamorada, que sus ojos fijos tenía en el ingrato joven! Le vió como devoraba a Nieves con la vista, en tanto que poco a poco iba volviendo a ella la espalda, y en lo más hondo sintió el desprecio, que la originaba aquellas dolorosas desgarraduras del alma. Calló Nieves, que midió lo profundo de la pena de su amiga. Siguió Tino destrozando flores con su bastón y por unos momentos, que parecieron siglos, el silencio se imponía silencio a sí mismo.

Al cabo el americano, que gustaba del platicar de Nieves, y a quien por otra parte molestaba aquel mutismo, durante el que, muy dentro de sí oía una voz, que le llamaba desleal e ingrato, queriendo acallarla; dijo:

—¿Qué mira V., mi amiga?

—Su pueblo.

—¡Valiente cosa! Más feo, ni más sucio no le hay.

—Para tí es feo todo lo de aquí, —repuso con tristeza

Marusa.

Nieves dijo, al mismo tiempo:—¿A que no sabe V. a qué le encuentro parecido desde este sitio? Fíjese bien. Mire carretera abajo... ¿No acierta?... Pues a una cruz... a una cruz, si señor, no se extrañe. El palo central es la carretera, los laterales están formados por las calles de la Barriada a la izquierda, y a la derecha por las del Valle; y, mire V., mira Marusa, para que la ilusión sea más perfecta, los agujeros de los brazos de la cruz son esas dos casas de dos pisos, hechas con el producto de los «cincos» del copeo madrileño.

—Sí, parece que sí.

—Y no sé por qué le llama V. feo, siendo tan bello, y sobre todo, siendo su pueblo. Usted no le ha visto bien. Mírelo, tendido en cruz, en medio del valle, circundado de esos huertecillos y esas praderas; rodeado primero por suaves altozanos de verde vestidos; más lejos por montañas, que cuando no enseñan su caliza, muestran la exuberante vegetación de hayas y robledares; y allá al horizonte, por altísimos picos, los de Mampodre, de Europa, Tarna, Torres y otros, que aún no sé como se llaman. Mírelo V. bien; si es precioso, a la entrada la iglesita, la Barriada y detrás su alto del Canto; Bajo-Villa y Cima-Villa entre la carretera y los prados; al otro lado el Valle con su encanto de casinas, mezcladas con árboles, al pie mismo de la sierra. Y todo ello, bajo el imponente castillo, el venerable y macizo torreón, que le hace distinguirse de los demás pueblos montañeses del incomparable Riaño leonés.

Si es precioso y a mayor abundamiento regado por tres ríos limpiísimos y cristalinos, de los cuales uno por el mismo centro de la Villa corre, arrullándola los tres con el suave rumor de sus aguas, custodiados en su bulliciosa marcha por las filas de árboles, que armoniosamente rompen la monotonía de los pétreos edificios, dando a este lugar amable aspecto de placidez y reposo.

—Yo no veo todo eso; ¿sabe? Este es un pueblo como

todos, ¿no? y mucho más sucio y miserable que la mayoría de ellos. Además soso y aburrido.

—Tino, ¿aburrido ésto? Marusa, ¿no dice que es aburrido?

—Lo será para él.

—Pero, hombre de Dios; ¿dónde tiene usted los ojos?, ¿ni cuáles son sus gustos? Escuche; yo no soy gran madrugadora, apesar de mis deseos y de lo que con la naturaleza disfruto, por eso no puedo decirle qué pasa aquí en las primeras horas de la mañana.

Oigo mi misa; comulgo, y cuando, después de arreglarme, subo a mi incomparable sierra, comienzo a ver llegar de regreso el ganado. Si viera lo que me distrae seguir con la vista las mansas vacas y los arrogantes novillos, agujados por los niños, que vienen unos con sus flores, con sus cestitas de salguero o piorno, sus coronas, collares, o las mil inocentes chucherías, hechas en los ociosos ratos del cuidado de las reses. Y no digo nada, si a dos respetables «señores» de los de más libras se les antoja poner testuz frente a testuz, afianzar sus patas, acometerse rudamente. Yo, que soy naturalmente pacífica, me enardezco, y entusiasmada sigo sin perder movimiento de la interesante pelea... Después el carro de la leña o la hierba; las labores del campo; las cabras, que saltan; los graciosos chivos, que retozan; el pobre viejo, que busca el sol; hasta los altivos gallos, y los perros, y... qué sé yo; tantas y tantas cosas, y seres, y plantas, y animales, y personas, que a una la distraen, regocijan y embelesan. La llegada del coche...

—Eso sí, la única diversión de la mañana y bien tonta: ver quien viene; saber las lechugas, que compra el médico; la ternera que traen para V., la medicina del enfermo; el tabaco del Cura y otros cincuenta encargos por el estilo.

—Además se aprenden muchas cosas que, al menos yo, ignoraba. Por ejemplo, sabía yo que el perro y el caballo eran animales de gran instinto, pero no creía que del mismo en tan alto grado disfrutaran los bueyes, las ovejas y hasta los cerdos. ¡Si aquí todos conocen su casa! ¿verdad Marusa?

—Ya lo creo:—asintió la joven, que embelesada escuchaba a Nieves, alegrándose tanto de oírla narrar de aquella manera los encantos de su pueblo, como sintiendo no parti-

cipara de ello Tino, que distraído de la conversación no hacía sino fijar insolentemente sus ávidos ojos en la señorita, que, entusiasmada hablando, no reparaba en ello.

—Y todos saben como se llaman. Al principio me costaba trabajo conocer las vacas; me parecían iguales. Ahora ya conozco a casi todas, y muchas me conocen a mí, sobre todo la «Cariñosa» de la tía Sinda y un jato tuyo. ¡Qué picarín! Se acostumbró al pan, y en cuanto me ve, ya no lo puedo echar de encima. Aquél es. Verá V., verá V., Tino.

Echando graciosamente a correr, llegó a mitad de la pradera y comenzó a gritar «Torín»... «torín»... «torín»... El becerrillo levantó su cabeza, al oír la voz conocida, y presuroso vino al lado de la joven, alargando el húmedo hocico en busca de las manos.

—Pobrecín, si no tengo nada. ¿Quieres pan, rico? Si no tengo. Ven, que te rasque.

El recental con satisfacción recibía las caricias, pero de vez en vez levantaba el morrillo, buscando algo más que cariño. Se acercaron Tino y Marusa. Aquél delante, ésta detrás con un trozo de pan negro, que de su mandil sacó, dándolo a Nieves. Apenas lo olió el ternero, dióse a comerlo más prisa de la que Nieves deseara, empujándola, no dejándola quieta un minuto.

—Vé V., vé V.,—decía ella, riendo a placer,—¡picarín!... ¡granuja!... estate quieto hombre... no seas glotón... Despacito... Así... así.

Levantaba ella un pedazo y el becerrillo iba levantando su cabeza y su morro, trás del codiciado alimento. Reía y más reía Nieves. Sonreía Marusa. Se aburría Tino, que soportaba tales expansiones sólo a trueque de no ser odioso a mujer, que tanto le agradaba, y el recental, tozudo, seguía buscando más.

—Vaya, se acabó. Mire qué bonito es. ¡Tan blanco!, ¡tan limpio! Es suizo. ¿Verdad, Marusa?

—Sí, señorita, es el de la vaca Pinta.

—Ah, sí; aquella tan grande, que también me conoce y tanto le gusta la sal. ¡Qué leche más rica tiene, y cuánta manteca dá!

—Por eso, menos la leche, que V. toma, guardamos la demás para mazare.

—Ea, quieto, este bicho no me deja en paz... ¿Qué cara tiene V. Tino? ¿Se aburre?

—Vea, a mí no me divierte esto; yo no sé como está V. tan contenta en este pueblo.

—Claro, —interrumpió Marusa, que ya no pudo sufrir por más tiempo todos los desprecios de la mañana—; como ella no es como tú.

—Y a tí, quien te manda hablar, la gran... tonta.

—Bastante callada estuve; antes bien te gustaba todo esto, pero ahora, ya se ve, como has venido señorito, todo te parece feo, todo te cansa, y ni el pueblo, ni nadie ha cambiado, desde que te marchaste. Eres tú el que cambió. ¡Llamar feo al pueblo más bonito de la Montaña! ¡Llamar feo a tu pueblo!

—Y a tí también, —dijo el indiano, exasperado por la filípica de su ex-novia, con quien ni hablar quería.

Llamar fea a una mujer es la mayor grosería; y, si la mujer es bonita, y además sabe amar, es un sarcasmo. Oyole la moza, y sin responder, viendo que comenzaban a «moscar» los jatos, se separó unos pasos y gritó: «Torín... torín...».

De todos los recodos de la sierra comenzaron a acudir los becerrillos, y era de ver cuál se llegaban unos por este lado, otros por aquél, estos corriendo y saltando, aquellos pausados y paciendo, pero estos y aquellos y todos en dirección a Marusa, que seguía llamando: «Torín... torín... torín».

En tanto el americano, avergonzado de su brusquedad, huyó sin despedirse de Nieves, y, al tiempo que él se alejaba, los recentales rodeaban a la señorita y a la mozina, que, angustiada, decía: —Tiene V. razón, señorita, aquí se aprende mucho. Se aprende cómo los animales agradecen el cariño, y vienen, mientras que los hombres desprecian a quien les quiere, y huyen. Se aprende mucho. La culpa la tengo yo.

—Ahora lo has dicho, mujer, échalo a paseo.

—Si no puedo. Lo que yo he sufrido este rato. Ya ve si la quiero a V., señorita, que por V. daría yo la sangre de mis venas; pues esta mañana sólo porque él la miraba, me dió V. tal rabia que la hubiera arañado. Ya ve que atrocidad.

—Anda, chica, pues no estás poco celosa.

—No, si no son celos, porque de sobra sé yo que V. no se peina para él, aunque ese tonto se figure otra cosa. Es...

qué se yo... que yo hubiera querido ser V.; no porque sea guapa, ni rica, ni sepa tanto, sino sólo porque él la miraba y no me miraba a mí.

—Bobona, Marusa, eso fienes que olvidarlo. Si has de salir ganando. Ahí tienes a Cundo, que vale mucho más que Tino, y que tanto te quiere. Cásate con él, que te ha de ir mejor.

—No, niña, yo con Cundo no me caso.

—Pero, ¿por qué? ¿No es buen mozo?; ¿no es trabajador?; ¿no es un santo?; ¿no está muerto por tí? ¡Qué más quieres! ¡Cuántas desearían que él las dijera algo!

—Es verdad, todo eso lo tiene Cundo y más pa con ello; en nuestra casa es el que más nos ayuda en las labores. Que si la pareja; que si el carro; que si la leña; que si la siega. ¡Madre querida!, lo que él nos ayuda al mi padre y a mí. Dígole, niña, que pocas veces tenémosle que ir a buscare: adivínanos el trabajo, y es el primero en ofrecerse. Por la otra parte ya sé yo que me estima y conmigo quiere tratar de boda. Al mi padre también le gusta y más de una vez me lo ha «emponderado» como trabajador, que lo es, niña, que lo es. Si con alguno me había de casare yo, con él había de sere, y esa alhaja ninguna moza, que no fuera yo, habíasela de llevar: pero mientras viva Tino, o con él, o con nadie.

—¡Ay, Marusa, qué equivocada estás! ¡Cuánto más vale Cundo!

—Valdrá; sí lo vale: que yo no le quito el su valer; pero Tino o ninguno.

En estas y otras semejantes, Nieves con su porfía y Marusa con su obstinación, bajaron de la sierra, atravesaron el rústico y bello puente del Valle, y se dirigieron a la plaza, precedidas de la «vecera» de los jatos, que, a todo correr, llegáronse al magnífico abrevadero, que surte de agua riquísima a vecinos y animales.

Es la tal fuente cruz de hierro, que derrama por ambos caños el abundante y precioso líquido, recogido, al caer, en un muy espacioso rectángulo de labrada piedra caliza, que en su recipiente conserva el agua, siempre a la misma altura, para comodidad de las bestias, y siempre corriente, merced a lo matemático de la entrada y la salida.

Esta fuente-abrevadero sabe todos los secretos del vecindario. Allí las mozinas se cuentan sus amores, las casadas se

despellejan mutuamente; las viejas aprenden, inventan y propagan todos los chismes: los hombres zanjañ sus cuestiones, tasan el ganado, auguran el resultado de la cosecha: los mozos descansan del trabajo, preparan los «aluches», conciertan las rondas; y, allí, a su lado mismo, está el encanto de los montañeses, la ilusión universal, la diversión favorita, por la que los casados abandonan casa y familia; y... lo que es más admirable... lo que no sucede más que en la montaña leonesa, los mozos abandonan... hasta la taberna y... ¡¡el mismísimo baile!!!

¡Cuántas veces las endebles mozinas montañesas durante toda una tarde se hartaron de zurrar el parche a la pandereta, y se desgañitaron, cantando a todo pulmón, sin que ni uno solo de los mozones, jugaran o no jugaran, tuvieran novia, o estuvieran sin amores, se apartara de aquel amado lugar, que con invisibles cadenas los sujetaba, los retenía, los amarraba horas y horas!

Allí estaba la bolera; allí se jugaba a los bolos; y con esto dicho se queda que a su alrededor se abrían las puertas de los tres comercios, mal contados, donde, a más del vino y sidra, se venden alpargatas, telas, sogas, escobas, aceite, arroz, papel de escribir, paños, puntas, palas, azadas, antipirina, yodo, tarjetas postales, puntillas, peinetas, y... todo lo que se comprende bajo el nombre de ferretería, paquetería, quincallería, estanco, comestibles, lencería, soguería, cristalería, droguería... y todas las demás *ías* clasificadas y por clasificar.

Es por tanto esta plaza el centro de reunión de todos los seres.

Allí se juntan por la mañana, para llevarlos al pasto, y allí se dejan por la tarde las ovejas, las cabras, los jatos y todos los que por riguroso turno va guardando en «vecera» cada día un vecino.

Cuando los «Salamanquinos», o los «Extremeños» llegan en junio con sus numerosos rebaños, allí reposan, antes de ir a sus respectivos puertos las cansadas ovejas, que, al llegar, déjense caer jadeantes, y allí se reparte en varios el enorme rebaño, partiendo después cada cual a su coto, para volver a reunirse a fines de septiembre, cuando huyendo de la nieve, regresan a su tierra, dejando al vecindario, sumido en tristeza por el invierno, que, cual siempre temible, se acerca, a en-

volverlos meses y meses en nieve, en mucha nieve, en otras montañas de nieve, que les borran los caminos, interceptándolos, y van creciendo, creciendo, hasta interceptar después las calles, y tapiar las puertas de las casas y subir a las mismas ventanas, y cerrarlas también, y rodearlo... y cubrirlo... todo... todo... hasta no dejar más que la cocina para los hombres y la cuadra para las bestias.

En aquella plaza y junto aquella fuente se detiene el coche y allí paran todos, vecinos y transeuntes, curiosos y turistas, tratantes y lienceros, acaparadores y mineros, cuantos habitualmente o de paso moran en Puebla de Lillo.

Allí se despidieron Nieves y Marusa, ternes cada cual en su punto de vista respecto a boda. A poco se presentó Tino diciendo: —Vea, mi amiga, esa gran tonta me hizo marchar, sin despedirme.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que V. la dió un terrible disgusto. Si viera cómo lo sintió.

—Y a mí qué me importa. Me tiene vuelto loco ¿no?; ya le he dicho que se acabó todo entre nosotros, y moler que moler ¿sabe?; pues que me deje en paz, que mi educación no es la suya.

—Claro que no, —dijo Nieves con ironía desapercibida por el americano, que no entendía gran cosa de tales sutilezas—. De todas maneras... qué sé yo... la chica es muy bonita... y es muy buena; no crea V. que sería un desatino casarse con ella.

—¡Huy, mi amiga, hay que ver! ¿V. se casaría con quien no fuera de su igual?

—No he pensado en casarme, más si en ello pensara, yo no miraría a la posición del que había de ser mi esposo. Yo sólo le exigiría que tuviera salud, que me quisiera mucho y que fuera muy bueno. Es cosa muy seria el matrimonio para andar buscando otra cosa que un hombre bueno, honrado, y trabajador. Teniendo esto, sobra todo lo demás, sobre todo si eso demás, «la plata», como V. dice, la lleva la mujer.

—Entonces V., Nievitas, ¿sería capaz de casarse con su cochero?

—Si mi cochero fuera así, y me gustase, ya lo creo.

—Pues así quisiera ser yo, para gustarle ¿no? ¿Le gustaría a V. que así fuera yo?

—Claro es que sí. Como me gustaría que así fueran todos.

Y viendo que la conversación iba ya, como tantas veces en tan poco tiempo, por el camino, que ella huía, maestra, cual todas las mujeres, en no oír lo que no quieren, aprovechó el paso de Cundo, que de segar regresaba con su guadaña al hombro y su «gachapo» a la espalda, diciéndole a voz en grito: —Espérame, Cundo, que vamos a comer.

Y volviéndose al americano con gracioso mohín le dijo: —Ya sabe V. como me gustan los hombres.

Emparejaron señorita y montañés, marchando carretera arriba, muy entretenidos en plática de amoríos, en la que sonaban a menudo los nombres de Marusa y de Tino, mezclados con los suyos propios.

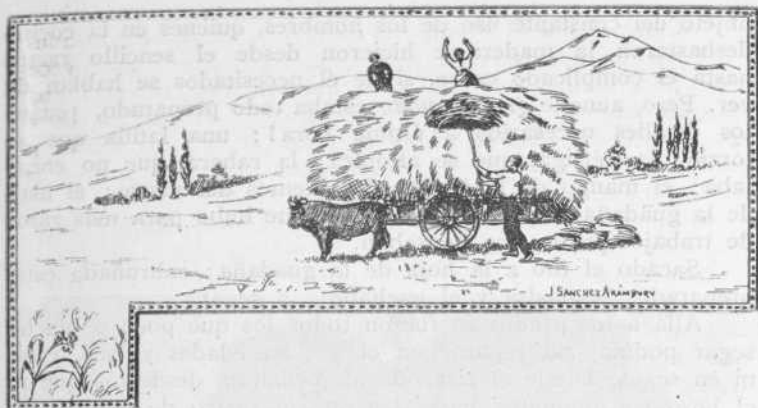
Al entrar en casa decía el simpático mozo:

—Así es el mundo, señorita Nieves, yo muerto por Marusa y ella no me quiere; Marusa muerta por Tino y éste sin hacerla caso; Tino muerto por V.; y al que me dan no lo quiero, y a quien quiero, no me dan! ¡Amor loco yo por Vos y Vos por otro! ¡Y qué bien podría arreglarse todo!... ¡Si V. quisiera al americano!...

Nieves no contestó, pero miró a Cundo de tal manera que el mozo, arrepentido, sinceramente rectificó:

—Perdóneme, señorita Nieves, el amor es egoísta y no sé lo que me digo. No se case con Tino, por Dios no se case con Tino, aunque yo pierda a Marusa, que es lo que más quiero en este mundo.





III

La yerba



UE mes de julio, Virgen de las Nieves! Menos mal que ya se acababa; pero ¡qué mesecito!

Sin haber descansado los trabajadores montañeses de las fatigas en el monte pasadas, para cortar y acarrear la leña necesaria hasta el San Miguel, (puesto que si no se aprovechaba el relativo descanso de los primeros días de junio para nada había que pensar en un minuto de sosiego hasta octubre) hubo, ya por San Juan, que tener arregladas latillas, raberas y celleras, transformando los carros, con los armantes de la yerba, en larguísimos camiones, que, del prado a la tenada, sostener pudieran la inmensa y rectangular balumba de heno, pausadamente por magnífica pareja de arrogantes novillos arrastrada.

Para dar la última mano a los aperos de aquella importantísima parte de la labranza montañesa salieron a relucir herramientas de carpintería, que en el invierno habían sido

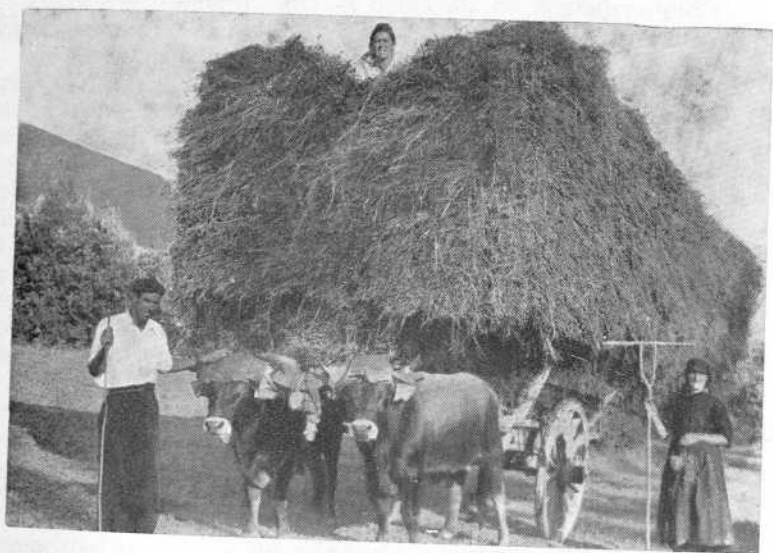
objeto del constante uso de los hombres, quienes en la cocina desbastaron la madera e hicieron desde el sencillo rastro hasta el complicado carro, si de él necesitados se habían de ver. Pero, aunque *grosso modo* estaba todo preparado, ¡cuántos detalles necesarios a última hora!; una latilla que se torció; la péruga, que se aflojara; la rabera, que no encajaba; el mango de la horca; los dientes del rastro; el astil de la guadaña... qué sé yo. Ello es que hubo para más ratos de trabajo que lo que pensaban.

Sacado el filo a la hoja de la guadaña; cabruñada ésta, preparados la piedra y el gachapo... a segar.

Allá a los prados se fueron todos los que poco o mucho segar podían, sin reparar en clases, en edades y casi, casi, ni en sexos. Desde el ricachón al jornalero, desde los que ni el bozo les apuntaba, hasta los que ni rastro de pelo en la veneranda calva tenían, todos fueron a tumbar marallos. Ni aún los del pueblo bastaron. ¡Eran una bendición de Dios aquellos prados!

De Asturias, al acopio de las pesetas, y según cuentan creo que no malas lenguas, al señuelo del vino, muy caro en su país por los malhadados impuestos, y abundante en la montaña, adonde los previsores montañeses en sus mismos carros desde la Mancha lo transportaron, llegó una legión de asturianos, que «echaba la parva», se desayunaba, tomaba las diez, comía, merendaba, cenaba y sobre todo bebía, sin tasa alguna, pues, si no era grande la que en casa del amo les pusieran, durante el día, ellos, no contentos, se encargaban de no tenerla a la noche, dejando en las pocas tabernas del pueblo el jornal que devengaban.

Quizá esta siega y la corta del monte serán las únicas labores de campo, que no haga la honrada, trabajadora y sufrida mujer montañesa; más no es para ella el menor trabajo en este mes de julio. Amén de la interminable labor culinaria de no mucho refinamiento, pero sí de incesante manejo de cuchillo, jamón y cecina, apenas habían caído los primeros «marallos», en el campo estaba ya durante el día la aldeana montañesa, dando vuelta a la yerba, apañándola, rás-treándola, distribuyéndola con maravilloso arte en el carro, donde se cargaba, recogióndola en la tenada, unciendo, des-unciendo... en fin, no teniendo un minuto de reposo en la



Tal se carga. (pág. 65).

recolección durante la que no pocos días, como los hombres, ni se acostaba antes de las veinticuatro, ni se levantaba después de las tres.

Es increíble y admirable su trabajo. Nos han atronado los oídos cantando el heroísmo de francesas e inglesas, que sabe Dios lo que en el campo habrán hecho en estos malditos años de guerra, y quieren que nos admiremos los que en tiempos normales estamos hartos de ver a diario el inconcebible trabajo del llamado sexo débil.

¡Ande V., ande V. con la debilidad de la mujer, que si el carro entorna, se agarra; ¡vaya si se agarra!, a la rueda contraria, y como no sea fuerte la entornadura, restablece el equilibrio de aquella enorme mole de carro, yerba y bueyes, sólo con colgarse mañosamente y apretar de firme... pero de firme... en el sitio preciso.

A don Manuel se lo habían contado, sin quererlo creer, pero tuvo que rendirse a la evidencia, cuando uno de aquellos días, viendo un carro en peligro, al salir de una finca, lo dió ya por tumbado en el suelo, sin que jamás pudiera explicarse cómo la fornida moza, que delante caminaba con la aijada al hombro pudiera en un santiamen impedir que diera la vuelta. Lo vió, y no supo como fué ello... pero ello fué... y al contemplar que los bueyes, aguijados, corrían sin tropiezo, parecióle arte de encantamiento encontrarse en pie la mole, que a ras de tierra vió.

Menos mal que ya tocaban a su fin faenas tan continuadas y trabajosas. Ni un solo día las interrumpió la lluvia, y eso hizo que la yerba se recogiera en inmejorables condiciones, pero en cambio los labradores quejábanse de la prolongada sequía, que en peligro iba poniendo la recolección de patatas, centenos y trigos, sin echar de ver que lo importante para ellos era el inmenso acopio de heno, con el que habían de alimentar el ganado vacuno, base única de su no mal pasar, dado el precio que alcanzaba.

Pero ¡váyanle Vds. con reflexiones lo mismo al labriego de la montaña que al del llano! Todos son iguales: y en cuestiones de lluvia y de cosecha todos descontentos, aunque una y otra a pedir de boca vengan.

En estos apuros de la siega Cundo perdió unos kilos, y Marusa en los huesos se quedó. Bien es verdad que los dos

habían trabajado a más no poder. La segunda solo a su padre tenía en casa, y, con la ayuda de unos segadores, heliogábalos y borrachos, atendiendo a todos y al mismo tiempo trabajando en el campo, consiguió ver hasta cuarenta carros de yerba recogidos, cargando aquel día el cuarenta y uno y último.

Cundo recolectaba menos, porque no tenía tantas praderas la tía Sinda, pero en cambio nadie más que él metió la guadaña en sus fincas y nadie más que él cargó y recogió su cosecha. Por si esto fuera poco en días de apuro, y contra el parecer de su abuela, ayudó al padre de Marusa, para «hacer méritos» y en un prado de éste se hallaba cargando la tarde del día veintiséis de Julio.

Allí estaban también Nieves, el tío Juanón y su hija, cuatro o seis chiquillos y dos o tres mozas.

La tarde era hermosísima y el sitio deleitoso. Se había puesto el cierzo; con ello el calor desaparecía, ahuyentado por la refrigerante brisa, que reanimaba los cansados cuerpos, y en todo iba comenzando el reinado de aquella incomparable calma y placidez, exclusivas de la Montaña. Embriagaba el olor del heno y era general la fraternidad.

Habíase uncido la pareja; dos hermosos novillos, que seguían paciendo y paciendo a más pacer, cual si del hambre invernal quisieran desquitarse. ¡Lo que aquellos animalotes engullían!

El carro estaba a medio cargar y el cuadro era digno del mejor pintor. El prado hallábase junto al río, que mansamente corría entre chopos, salgueras y zarzas, donde los canoros escasos pájaros, libres de la inusitada modorra del sol, en variados y cadenciosos trinos, a porfía entonaban la canción de sus amores. Silbaban los mirlos, los jilgueros gorjeaban, piaban alborotados los pardales, graznaban los pintados y vistosos gayos, las codornices en celo, retadoras, multiplicaban su isócrono «cazcalé», y hasta un ruiñeñor, que se permitió el lujo de veranear en la sierra, al aire lanzaba sus concertados arpegios.

A estos delicados sonos uníanse el dulcísimo susurrar del céfiro en la ronda, el incesante rebullir de las límpidas aguas de ríos y arroyuelos, el metálico ris-ras del acero en la yerba, alguna que otra cantata pausada, y todo ese mara-

villosa e indescriptible conjunto de armonías, cadencias y aritmica expresión de cuanto animado o inanimado vivía, andaba, cantaba, se movía o rodaba en el pintoresco valle donde tan dulcísima y quedamente extática se oía la sonata melodiosa al moribundo sol.

Todo era paz, dulzura era todo. Nada de espasmos, ni de violencias, ni de agitaciones. Todo quietud y placidez. El viento sutilísimo y acariciador; la delicada brisa refrigerante; manso el pensar; amable el trabajo; apacible la vida; sereno el cielo; tranquila el alma; sosegada la tierra.

Cargando el último carro de yerba eran devotísimos fieles, rezando al Hacedor la oración del Trabajo.

Aquella tarde, que moría tan suavemente, de tal manera se adentraba en las almas que las inundaba de ternuras y sentimentalismos, ahuyentando toda impureza. Entre tantos regalos el hombre a la fuerza tenía que ser bueno. Y lo era.

Cundo lo demostraba. En aquel instante la pena de no ser amado se iba obscureciendo, esfumándose, desapareciendo vencida por la hora augusta y por la presencia de Marusa, que desde el carro no cesaba de tender los brazos en dirección al amante, quien, cada vez más ufano, con su horca alargaba voluminosa balumba de heno, amorosamente recogida en lo alto por la moza, que, abrazándola y estrechándola contra su seno, totalmente envuelta y embriagada en la fragancia, con arte y presteza sin igual la volteaba, distribuyéndola mañosamente, y estando al instante en disposición de recoger la nueva horconada. Menudeaba el mozo desde abajo, pero siempre encontraba arriba a Marusa, sonriente, esperando con los brazos abiertos la liviana carga, para distribuirla y estar de nuevo esperando triunfadora. Acuciaba a Cundo el deseo de vencer; más ni una vez se enderezó, sin encontrarse con los brazos abiertos de la moza en lo alto. Ambos gustaban del juego y una y otro de admiración a todos servían.

—No canses, Cundo, que no le dás aguante:—dijo Nieves.

—¿Que nó? Porque no quiero... y póngole la horconada a la su comodidad.

Y era cierto. Por ambos lados del carro se elevaban los montones de yerba seca; junto a uno de ellos se ponía el mozo cargador, sin curarse de otra cosa más que de coger

cuanto heno pudiera en la horca y elevarlo al carro, siempre por el mismo lugar, desde donde en brazadas lo recogía la mujer, que trajinaba distribuyéndole y andando sin cesar de cellera a rabera. No así Cundo. Arriba estaba Marusa, y de Susarón, quebradera abajo, hubiera rodado el mozo, por ahorrar a su bien amada cuanta labor pudiera.

Así que apresurábase a cargar la horca, y con ella en alto, haciendo prodigios de equilibrio y fuerza, y buscando el sitio, donde la moza se hallaba, colocaba la segada yerba en medio de los lindos brazos, que la esperaban, siendo por tanto él y no ella quien a lo largo del carro incesantemente se movía. De sobra lo veían todos y no pasaba desapercibido para la interesada, que gozosa seguía sonriendo retadora. A mieles le sabían a Cundo estas sonrisas, más algo picado con el mudo reto a su amor propio de cargador, exclamó:

—Mira que cargo a ley... y ni la señorita ni tú dais abasto para mí solo.

—¿A que sí?—rió desde arriba Marusa.

—Allá vá.

Colocóse el mozo en un nuevo y enorme montón: escupió las manos, refrególas, empuñó la horca dientes abajo; la hundió cuanto pudo en el fragante heno, e inmediatamente con vigoroso empuje de todo su cuerpo la alzó, llevando con ella inmensa balumba, que envolvió a Nieves y a Marusa. Bracearon ambas, al encontrarse encima aquella mole, y, cuando al aire quisieron sacar bustos y brazos, nueva oleada las cubría sin darles tiempo a distribuir la anterior. No por ello se daban a partido. Marusa aceptando el desafío gritó: —Amontone V. por este lado, señorita.

Iba Nieves a hacerlo, pero otra vez quedó envuelta en el esponjado heno. Aquello era el diluvio. Parecía que la yerba no venía del prado sino del cielo, y que el firmamento entero era inmenso campo segado, que a montones dejaba caer el heno implacable sobre la señorita y la montañesa. El polvillo de la yerba las cegaba y entrando por narices, y boca y oídos, ni las dejaba reír, ni hablar, ni hacer otro movimiento que el del náufrago por las olas arrebatado. Más de medio cuerpo se hallaba ya envuelto. Solo los brazos, moviéndose incesantes, conseguían apartar un segundo la yerba, que caía, y caía, y caía sin cesar. Siempre parecía la mayor la última

horconada. ¿De dónde salía tanta yerba, Virgen de las Nieves? Marusa misma acostumbrada a tales faenas, apenas si pudo recoger tres brazados. Enseguida se vió envuelta como la señorita.

—¡Por Dios! ¡por Dios!,—decía ésta.—Basta; Cundo, basta.

La débil vocecilla, ahogada por el heno, no se oía, y el mozo seguía implacable y acometedor mandando moles y más moles de yerba.

—No seas burro, Cundo—gritó Marusa, viendo que las dos estaban ya enterradas.

Pero el mozo, sin hacer caso seguía diciendo:—Toma yerba, condenada. Carga, carga y riéte ahora.

—Que se ahoga la señorita.

Solo entonces terminó la porfía, que regocijados presenciaron todos, especialmente el tío Juanón, quien durante la escena no separó de Cundo los ojos admiradores, exclamando para sus adentros:

—¡Esa rapaza en qué pensará para no querer a este hombre! ¡No, pues que no me ande a mí con fachendas!

Cundo, al hacer alto, sacó el pañuelo de entre la cintura, se limpió el sudor, miró el enorme montón desaparecido, asombrándose él mismo de la labor realizada, y, al levantar la vista, tropezaron sus ojos con los del tío Juanón, que con el laconismo de la tierra, se limitó a decir:

—Caral, ¡bien te has ganado las migas, hom!

El mozo vió... la gloria entera: los angelitos del cielo jugando, y riendo, y llenándole de alegría. ¡Comer las migas!... Es decir, estar en la cocina de Marusa por lo menos un par de horas, a cuyo final en la misma tartera que ella, había de comer el sabroso manjar, con que en las casas se festejaba la terminación de la faena de la yerba entre algazara, regocijo y cariño. Los bueyes hubiera sido él capaz de haber desuncido y pértiga al hombro el carro arrastrado desde la pradera a la tenada, por alcanzar tamaño premio. Con anhelos indecibles esperaba lo que tanto deseó, mas tenía sus temores de que por lo mismo que tal ventura era tan apetecida, no fuera por él gozada, y mucho más cuando la ingrata Marusa con desdenes contestó aquellos días a las claras alusiones, que el mozo la dirigía.

Así que, al encontrarse otorgado nada menos que por el jefe de la casa el premio de sus afanes, tal alegría le inundó, que materialmente se la veía asomar a la jubilosa faz, toda contento infantil; por lo que, rompiendo con el mutismo peculiar de sus paisanos, levantó la vista al carro y exclamó gozoso:

—¿Oyes Marusa?: ya puedes echarles bien de azúcar.

—Sí; pa los tus morros están... después del estropicio que hicístenos.

Ayudaba la moza a la señorita a desembarazarse del montón de yerba, que sobre ella había caído, y trabajosamente salía ésta de aquellos ahogos, con las manos al pelo, sofocada, bufando, sacudiéndose como perro, que del baño forzado sale, pero riéndose a más reír.

Desde las gozadas claridades del cielo, cayó Cundo en las tenebrosas tinieblas del infierno con la despectiva respuesta de su media novia; y al diablo dió el amor propio, que le condujo a poner a Nieves en el apurado trance, en que se vió. Nublósele el rostro al mozo al mismo tiempo que la señorita, protectora decidida de sus amores, llevada de su innata compasión, se apresuró a decir desde su altura: —Dí que sí Cundo, y yo voy también a comerlas contigo.

El tío Juanón que *rastreaba*, levantó la vista, sin hablar, y Nieves continuó:

—No me mire, tío Juan, no me mire, que bien me lo he ganado esta tarde.

—Nunca se vió la mi cocina tan honrada. Ya lo sabes Marusa, —y siguió imperturbable rastreando la yerba.

—Allí viene papá, ahora le pido permiso.

Por la carretera en dirección al prado y saboreando las mieles de aquella tarde dulcísima, en mesurado andar venían D. Manuel, el Cura y el médico, engolfados en interesante plática.

Daban vueltas los dos últimos a su eterno tema de lamentaciones por la desaparición de las buenas costumbres, que hacían de aquel adorable rincón montañoso la más apetecible mansión terrena, y consolábales el primero, asegurándoles ser aquel país de lo más virtuoso, que conocía, incluyendo a la misma región vasca.

—Que no señor, que no: —decía el Cura—. Hace muy

pocos años sí, pero ha variado mucho esto en muy poco tiempo. Las malditas minas tienen la culpa. Son hembras y dan coces.

—No se quejen ustedes antes de tiempo, que no es para tanto la cosa, no es para tanto. El último día ví yo en el Rosario a un mozo bien solito y muy arrodillado en el Presbiterio, a la vergüenza pública, sólo porque V. le impuso tal pena en castigo de no muy grave culpa, según luego me dijeron. Y de eso se ve muy poco, ¡muy poco! ¡Caracoles, arrodillado en el Presbiterio... en el Presbiterio, fíjese bien Doctor, en el Presbiterio!: ahí es nada. ¿Dónde ve V. eso? ¿dónde lo ve? diga.

—No, si algo queda, yo de lo que me quejo es de lo que se viene encima. Han comenzado a rodar y estos no paran hasta dar en el precipicio. Se van a *esborregar*, como ellos dicen.

—Pero bien a gusto van—afirmó el médico irónicamente, tocando una de las cosas, que a mal traer traían al sacerdote—. Hasta organillo tienen.

—Calle V. si quiere, no me nombre ese maldito «pínfano».

—Eso es muy de lamentar, si señor. Por lo que tengo de artista deploro que el grave, pausado y rítmico baile de pandereta se vea sustituido por la exótica danza, y que el armonioso cantar regional alterne y aún comience a verse vencido por el sicalíptico couplé. Es lamentable, lamentable.

—No lo sabe V. bien.

—Pues no digan Vds. Que da gusto ver bailar a los chicos, —repuso el guasón del médico. El otro día ví a uno coger a su pareja por el cogote, y acostumbrados a los saltitos de la danza montañesa, bailan las más chulaponas piezas como esos muñecos, a quienes se tira de una cuerda. Hasta ahora ni uno ha aprendido, ni aprenderán; bailan como enseñan a bailar a los osos.

—¿Cómo, cómo es eso?

—¡Ah, no lo sabe V.? Pues verá: cuando se quiere enseñar el baile a un oso, se le pone sobre una plancha caliente, y el animal comienza a levantar sus patas, huyendo del calor. Así bailan estos.

Por cierto que voy a contarle una ocurrencia de este Pater.

— ¡Siempre con lo mismo!

— Porque me hizo gracia. Verá V.; nuestro Cura se desesperó, cuando trajeron el organillo ese. Al mismo tiempo pusieron los postes de la luz con esas lúgubres chapas, que ostentan una calavera y tibias. Nosotros, como siempre, dábamos nuestra vuelta por el baile, que hacían a pleno campo y enfrente del transformador. A este señor, que ahora calla, cada vez se le ponían peores tripitas, que decíamos en la Universidad madrileña, y por fin un día estalló en la Iglesia con un sermoncito, que terminó de la siguiente original manera: «Y como quiero que nunca se os olvide lo que os he dicho, os voy a dejar escrito el sermón, donde a todas horas lo veáis, en las chapas de la luz. «Ojo. No tocar. Peligro de muerte». Dió la vuelta tan campante y entonó el Credo. ¿Eh? ¿Qué tal?

— Já... já... já... —D. Manuel no acababa de reir.

— Pues ya que cuenta V. lo mío, he de contar lo de V.

— Venga, venga.

— Allá va. Dice el Doctor que desde que vino Nieves hay en Lillo un sistema planetario amoroso, cuyo centro, sol de hermosura, es la hija de V., que tiene un planeta, Tino; éste, a su vez, tiene un satélite, que es Marusa, y ésta su estrella fija, Cundo. De donde resulta que planeta, satélite y estrella fija, o sean, Tino, Marusa y Cundo reciben el movimiento, calor y vida de su centro Nieves.

— No está mal, caramba, no está mal.

— Miren Vds. como aprieta Cundo. De seguro que es un desafío. Pues buena cargadora tiene arriba.

— Caramba es que está Nieves también. ¿La hará daño Doctor?

— Quiá, hombre, quiá. Si ya le dije a V. Nada de anemia, ni de clorosis, ni de temores. Falta de luz y de aire y de sol. Déjela que caigan sobre ella esos torrentes de vida. ¿No ha visto V. cómo se ha puesto en tan poco tiempo? Si no es la misma. Prodigios del Padre Sol y de la higiene, y de la naturaleza, que sabe más que todos nosotros juntos. Sistema naturalista. Aire y sol y agua, y agua y sol y aire.

— La verdad es que ha mejorado como nunca pensé.

— Si no estaba mala... si es lo de todas. Metidas entre

cuatro paredes y... flores de invernadero y estufa. Aire, aire y glóbulos rojos.

—Pues las vence—dijo el Cura, que su vista no apartó del singular combate.

—¡Es mucho hombre ese Cundo!

—Aquello ya es demás. Vamos, vamos allá.

—No se apure, que ya se acaba.

Entraban en el prado y, al llegar junto a los trabajadores, Nieves, hermosísima, con la juvenil alegría en el arrebolado rostro, gritaba desde su altura:

—¿Papá me dejas ir a comer las migas con el tío Juanón y con Marusa?

—Ya sabes que sí, hija mía, pero bájate, que estás muy sofocada y te va a hacer daño.

—¡Se está más bien aquí! Si vieras que aroma. ¿Verdad doctor que esto no es malo?

—Qué ha de ser señorita. Eso es vida.

—¿Lo oyes papín? Anda Cundo, echa más yerba, para que vean cómo sé cargar.

—Pero, muchacha, si cargáis más, tú y Marusa váis a tropezar con el sol.

—Si aun faltan esos tres montones.

—¡Los tres?

—Dice Cundo que tiene que ser este el mejor carro del mes de los prados.

En tanto que el mozo enviaba a las alturas nuevo heno, D. Manuel dirigiéndose al tío Juanón le dijo todo asombrado:

—¿Pero todavía cabe más?

Razón tenía para preguntarlo. La carreta de bueyes había desaparecido bajo la mole de yerba seca. Medias ruedas, cellera, rabera, latillas, armantes, hasta los mismos novillos, hermosos animalotes negros, que solo medio asomaban su arrogante y rizado testúz, todo, todo estaba cubierto de heno: y a no ser por el último tercio del diámetro de las ruedas y por las patas de los forzudos y pesados animales, hubiera semejado el carro inmensísimo rectángulo de yerba, que se deslizaba a ras de suelo, tocando la parte superior allá en las techumbres. Tal se carga.

El tío Juanón explicaba a D. Manuel:

—A gala tenémosle por estas tierras llevar un carro bien

puesto, y es orgullo del cargador y de la cargadora, ir ella arriba, dando al paso la mano a los que se hallan en las ventanas más elevadas, y marchare él a pie delante, sin que el carro «entorne». Muy cargao va éste, pero ella y él son parejos, los novillos duros y para esos montones no vamos a volvere.

—Ten cuidao Marusa, que parece que va muy delantero.

—No, hom, no pases pena.

—Es que nó quiero entornare.

—Nunca tal oíte.

—Porque nunca tales cosas lleveme en el carro.

—Pues ojito.

—Y tú carga bien.

D. Manuel no salía de su asombro y allá para sus adentros tenía sus temores de que la enorme balumba diera la vuelta. Ni lo quería pensar siquiera: ¡Hija de su alma, si caía desde allí arriba!

Ella a cada minuto estaba más satisfecha y gozosa. Tan alta que los hombres le parecían muñecos: tan mullida que jamás puso los pies en tal alfombra; tan embriagada de aromas que nunca tuvo esencia parecida; tan oreada que jamás aspiró ambiente tan vital. No pudo ella suponer existiera un bienestar parecido. Por eso su natural locuacidad aumentaba hasta el punto de no dar paz a la lengua. Más que otra cosa, estorbaba allá arriba, sobre todo ahora que, por haber ido creciendo la carga, eran precisos todo el arte y destreza de Marusa, para ir repartiendo con matemática exactitud el heno, a fin de que el carro no tuviera una brizna más por ningún lado, pudiendo sufrir los tumbos, sin que el mal calculado peso diera con él y con ellas en tierra, con lo que, aparte de quedar perdido el trabajo, se exponían ellas a romperse un brazo o una pierna y los novillos a malograrse.

Esto debió pensar Juanón, cuando a pesar del íntimo agrado con que presenciaba la formidable faena agrícola, dijo a Cundo, que se colocaba junto al último montón.

—Casi podías dejar ese, y cargámoslo en el carro de Miguelín, que no lo completará.

—Como mande—contestó el mozo respetuosamente cual en la Montaña se habla con los mayores—, pero bien lo llevamos nosotros.

—Padre, que cabe aquí. Echa Cundo.

El orgullo pudo más en el viejo que el temor, y arriba fué el resto. Cuando se echó la última horconada, Tina mandó a Cundo por el ramo, y ayudada de su compañera se puso con mimo a arreglar el carro, peinándolo con el rastro esmeradamente. Tán pulido, tan igualín quedó que se complacieron en su obra. Regresaba el mozo con una rama de chopo, llena de hojas en una mano, y unas flores silvestres en la otra. Subiéndose por la rueda alargó ambas cosas a Marusa, que se vió en la precisión de tirarse a la larga y echar fuera busto y mano, para recogerlas. Con briznas del mismo heno y en las partes más altas del ramo sujetaron las flores, y, por sí fuera poco tal adorno, descinjóse Nieves la cinta granate, que su bata recogía y la ató en lo cimero a guisa de gallardete.

Arreglado el ramo lo pusieron en el centro de la parte delantera, y mientras palmoteaban y gritaban abajo chicos y mozas, Juanón y Cundo tiraron las sogas, con que sujetaron en complicadas vueltas de arriba abajo y de un lado a otro la inmensidad del heno cargado. En la parte de atrás y por los mangos metieron entre la yerba rastros y horcas. Cogió Cundo la aijada, dióles en el morrillo a los bueyes, bajaron estos la cabeza reculando, movióse la pesada molé y Nieves gritó, cayendo cuan larga era allá arriba en el heno. D. Manuel al oírlo, interrumpió su conversación suplicando:

—Por Dios, hija mía, bájate de ahí.

Cundo, ebrio de entusiasmo y de gozo pedía:

—D. Manuel, déjemela llevare; que en carro como éste, nadie debe ir más que las que van.

—No, no, que se van a caer.

—Déjelas, déjelas y no pase susto, que he de llevarlas con más tiento que el pendón el día las Nieves.

Marusa había hecho en el centro un hueco, donde cómo-damente pudiera ir la señorita, y ésta, muellemente sentada, gritaba a su padre que jamás había estado tan a placer, ni nunca había encontrado lecho ni butaca, que tan bien a su cuerpo se adaptara.

Tranquilizado el señor con las afirmaciones del médico y del Cura, plantóse el mozo ante los novillos y advirtiendo:

—Cuidao, muchachas, que voy a arrancare—, requirió la aijada, se inclinó, agarró a un novillo por un cuerno, aguijó

a los dos, y, después de un ligero movimiento de vaivén, en un supremo esfuerzo de los animalotes, se movió la mole, y comenzó a andar.

—Ven, Morico... alante... jóo... jó. Suizo, ven acá indinoo...

El carro iba dejando marcadas en el húmedo prado las llantas de sus ruedas, y Cundo, siempre inclinado, andando hacia atrás, y aguijando siempre con arte sin igual, iba salvando los pasos difíciles, sin tropiezo alguno, hasta que con un último ladeamiento salieron a la carretera. Respiró D. Manuel; se enderezó Cundo, echóse la aguijada al hombro y, tocando con los mismos cuernos de los bueyes, grave y serio anduvo delante, como enseñándoles el camino. Marusa rompió a cantar a grito pelado, acompañándola las mozas, que iban de retaguardia, escoltadas por los tres paseantes.

En triunfo pasó la caravana.

—Bien, Cundo. Así no se carga más que en el nuestro pueblo: —exclamó entusiasmado un viejo.

—Pulidín y bien peinado lo pusísteis, chachas—dijeron unas mozas.

—Marusa, ¿cargólo Tino?—preguntó un mozo socarrón.

—Rediezla, muchacho, llévaste el premio. Con esto sólo ya le daba yo la moza, Juan. Bien merecida tiene la compañía, hasta el Cura como en las procesiones. Dios te guarde de mal, muchacho, Dios te guarde.

Y de este modo hasta el pueblo. Lo recorrieron sin que ni una ventana dejara de abrirse, ni joven o vieja a la puerta dejara de asomarse. Nieves, muy sentada en su improvisado sillón, dulcemente balanceada por el pesado andar de los bueyes, sonreía a todas partes, tendiendo su mano, cuando a nivel de ventana conocida pasaba y recogiendo más de un geráneo en flor, que al paso le regalaban.

—Dichoso tú, que ya llevas el ramo. ¿Cuándo acabaré yo?

—¿Convidáis a las migas?

Llegaron a la tenada, sobrepasando la yerba la altura del boquero. Por una escalera de mano bajó Marusa a preparar la cena y por la misma subieron Cundo, las mozas y los chiquillos a descargar el carro.

Desunció el tío Juanón. Nieves, curiosa, contra el pa-

recer de todos y en volandas de las mozas, se metió por el boquero en la tenada. Situada ésta encima de la cuadra y bajo el tejado, era una gran pieza que ocupaba todo el largo del edificio, y estaba ya atiborrada con la recolección de la yerba, percibiéndose allí dentro una atmósfera caliginosa y pesada, que hacía irrespirable el penetrante aroma del maduro heno... Al estar en aquel antro, sin otro acceso que el de la ventana de la calle, se notaba sensación de aplastamiento y ahogo.

Con la misma horca y con el mismo ahinco empleado por Cundo en el prado comenzó el trabajo de meter en la tenada la yerba, y tal fué el polvillo desprendido del heno ensobrado, que Nieves, ahogada, sofocada, suplicó un alto, que le fué concedido, para inmediatamente salir al carro.

Al estar en la calle, respiró con ansia, y, en tanto que los demás entre gritos, alborozos y empujones seguían el molesto trabajo, fuese ella a la cocina. Como en todas las casas de Lillo esta habitación era la mejor. Muy espaciosa y relativamente ventilada, allí donde los huecos no pueden ser más pequeños, hállase orientada al mediodía, en la planta baja y al lado de la entrada principal. Ocupa su mayor parte el amplio hogar, que está en el suelo, sobre el que a un metro de altura se extiende el dilatado piso, llamado «trébede», por bajo del cual a sus anchas, antes de salir por la gran chimenea, se explaya en todas direcciones el fuego de los troncos de haya o pino, caldeándolo de tal manera que con razón llaman también la «gloria» a aquel codiciado lugar en las heladoras y largas noches invernales de filandón. Bien demuestran ser aquel sitio el más apetecible los bancos, que, si ahora están desiertos, solicitados se hallan en invierno; de suerte que hay dos tertulias: una arriba sobre el piso caldeado por la lumbre y otra frente a esta en los escaños.

En la pared de la izquierda, de lado a lado vese tendida la anaquelaría, donde lucen sus abigarrados colorines platos de las más llamativas vajillas, copas y vasos entre los que nunca faltan un par de ellos, muy chillones y dorados, con su «Recuerdo de Gijón»; botes en los que, envueltas en papel impreso, amarillento por el tiempo, se encuentran la flor de malva, tila, te, orégano, jistra, y muchas otras yerbas de las infinitas, aromáticas y medicinales de aquellas sierras; cucha-

ras de madera y cubiertos de metal: tarteras y pucheros de Perihuela, y demás enseres culinarios.

Abajo y en alacenas los rollos de manteca, el pan mo-réno, las botellas del alcohol, vino blanco y aguardiente, el yodo y el tafetán, azúcar y demás ingredientes de comer o curar, amén de dos o tres cántaros de hojadelata con las inicia-les de la dueña en chapa dorada, y varios calderos de mucho uso.

El estado mayor de la batería doméstica vivísimamente refulge en los fregoteados y relucientes peroles y cazos de cobre que con las espumaderas y sartenes, los inevitables hierros para hacer flores de huevo, y el dorado velón de Lucena, coquetona y vistosamente cuelgan de la pared, re-cubierta allí de periódicos complicadamente festoneados de agujeritos.

A lo largo del techo, brillante y negro como el azabache, y suspendidos en garabatos de madera, penden largos varales llenos de morcillas, y chorizos, cecina, y carne salada.

En cuellillas ante el fuego colocando inmensa caldera estaba Marusa, al entrar Nieves.

—¿Cansóse, mi almina?

—No se puede estar allí. ¡Qué ahogo!

—¿No decíase-lo yo, queridina? Siéntese, siéntese, y verá como hago las migas.

—Vengo a ayudarte.

—Pues tenga—y poniéndole un delantal sobre la falda le dió la hogaza y un rallador.

—¡Qué duro está!

—Así tiene que sere; el pan blando no sirve. A más hace que me sé yo cuanto que no amasamos. No hay tiempo con los afanes de la yerba.

—¡Mucha cogísteis!

—Toda es poca, señorita. El invierno es muy largo y el ganao traga mucho. Sino tenemos yerba en la tenada somos perdidos, porque como hay tanta res y al campo no podemos sacarlas por mor de la nieve, ninguno del pueblo tiene posibles para comprar pienso, y moriríansenos de hambre. El año pasado dígo-le que fué un dolor. Acabóseles a los de Isoba y un día con bien de nieve bajaron los pobres todo el ganao para este pueblo. ¡Daba una lástima ver las vacas y los bueyes en la plaza tan famélicos y escaecidos! Y sobre todo

ver llorar a los hombres, porque lloraban, señorita, lloraban. Aquello partía el corazón. Poca yerba quedaba en las tenadas de este pueblo, pero no íbamos a dejárselos morire. Nosotros recogimos cinco en la nuestra cuadra, y así los demás; ¡pero buen apuro pasamos todos después! En Mayo aún no había salido al campo ni una res, y el pienso habíase acabado en muchas casas, sin que se pudiera comprar más. El primer día que salió el sol, buen baile tuvimos encima de la nieve.

La manteca de la caldera estaba albando y Marusa, cogiendo puñados de migas ralladas por Nieves, las echaba en la licuada y rosiente manteca dándoles vuelta sin cesar. Pronto adquirieron un apetitoso, dorado tono, y, sin dejarlas tostarse, las separó en cazuela de barro, hermana de la sartén por el tamaño. Claro es que, para que ambas cosas cupieran en el hogar, había sido preciso descolgar de antemano del «pregancín» el caldero de la comida del cocho, que constantemente sobre la lumbre está.

Cada capa de migas, ya fritas, recibía abundantísima lluvia de azúcar, una vez pasada a la tartera, y así hasta que se acabó la hogaza de cuatro libras.

—Mujer, que son muchas.

—Huy, señorita, dirámelo luego. Voy a apartare las del mi padre.

En tartera más pequeña separó regular cantidad, a la que añadió bastante canela, rociándolo todo de vino blanco.

Se oyó el estrepitoso y sordo rodar de un carro, diciendo Marusa:

—¡Madre querida! si ya acaban y no he hecho aún las teresitas.

Eran las tales una de las innumerables y ricas confituras de harina, leche, huevos y azúcar, con cuyos nutritivos ingredientes hacen las montañas innumerables y sabrosos postres cocidos, fritos, asados, al horno, etc., etc. Las mil y una recetas a base de lo mismo y con presentación y gustos distintos. No en todas las migas se comían tan exquisitos bocados, pero aquella noche cenaba allí Nieves y ya hemos quedado en que los moradores de Lillo, tacaños de por sí, son dadivosos y desprendidos, cuando una persona les «peta», como les «petaba» Nieves.

Terminaron unos y otras sus trabajos y entrando con

gran algazara en la cocina, el tío Juanón, por renunciar a ello Nieves, sentóse en el escaño al lado de la lumbre y con el codo sobre la «gloria», sitio de honor en las cocinas montañesas, en tanto que Cundo, como si en su casa estuviese, tendióse cuan largo era encima de la misma «gloria».

Bajaron la tabla que sujeta en el escaño hace de mesa, cubriéndola de grueso y limpiísimo mantel de lino, que trascendía a alcanfor, y unos sentados dentro, y fuera otros, empuñando sus cucharas de madera, a excepción de Nieves, que la tenía de metal, después de santiguarse con ellas, atacaron vorazmente a las doradas migas, humeantes y sabrosas.

Comían solemnemente, y por riguroso turno, siendo seguro que, a no ser por la presencia de la señorita, Cundo, aún tendido a la larga, hubiera menudeado las idas y venidas de la cuchara con la misma prontitud y ansia con que había menudeado los viajes de la horca en el prado. Ni las otras le hubieran ido en zaga, pues, aunque muy formales y circunspectas lentamente alargaban el brazo, cuando el turno les llegaba, y con igual lentitud arreglaban dentro de la tartera la cuchara, para que no se cayese ni una miga en el camino, con todo los ojos al manjar se iban y en él se recreaban.

—¿Quiere probare las mías, señorita Nieves? A mí tienen yá que echarme vino, que es la sangre de los viejos.

—¡Qué ricas están!

—¿Gústale más que esas? Pues coma aquí, que pa los dos hay abondo.

Mudada Nieves de domicilio, y libres los otros del turno, arremetieron a toda prisa, única manera de acabar relativamente pronto con la abundante cantidad, que, comida con la parsimonia anterior, sabe Dios cuando hubiera desaparecido.

—¿Cánsase ya?

—No puedo más; llenan mucho y calientan mucho.

—¡Pues si viera en el invierno! Entonces, entonces ¡es dá el vino más gracia. Pero, coma más, señorita.

—No, no, que no puedo.

—Pues dale otra cosa. Córtale cecina.

—Que no, que no.

—Ande señorita, que aunque semos pobres, pa V. ya hay.

—Si no es eso, si es que no tengo ganas,—replicaba defendiéndose inútilmente, pues ante ella tenía ya un apetitoso

trozo de dura cecina, que ni sabía partir, ni comer. ¡Los apuros que pasó con el primer bocado dentro! Aquello ni se trituraba, ni se podía tragar entero, por eso vió los cielos abiertos cuando oyó a Marusa:

—Padre, gustaránle más las teresitas.

—Si me gustan.

—Pues hala ¿acabais?

—Canear las que quedan.

El fondo de la tartera veíase ya, y se dieron más prisa a terminar, una vez «caneadas» las migas, o sea, rociadas con leche.

Con el mismo apetito devoraron las teresitas; pues son muy golosos los montañeses y muy grande es el consumo de azúcar que allí se hace.

Quiéras que no, aún tuvo Nieves que beberse un gran vaso de leche recién ordeñada, y por tanto tibia aún con el calor de la vaca.

Cundo se hallaba muy atareado comiendo su pan y queso. Nadie, que en el secreto no estuviera, podría asegurar que el mozo trabajador tenía puestos sus ojos, y su corazón, y su alma toda en el amor de Marusa. Ni en el campo, ni en la casa fulguró en sus ojos una mirada amorosa. Lo mismo que todos sus compinches ante sus novias, estaba él, atento a su quehacer, comida o trabajo, sin intentar conversación ni discretéos aparte. Los novios se hablan más con hechos que con palabras. Los noviazgos montañeses redúcense a ahorrar a la amada todo el trabajo posible y buscar para ella lo que de su agrado es, sin perder el tiempo en pelar la pava, conjugando el verbo amar. En fin, el refrán «Obras son amores y no buenas razones». A lo sumo un empujón, o un cariñoso cachete, tanto más fuerte cuanto más amor haya.

¡Qué satisfecho no se hallaría Cundo que contaba en el haber de aquel día un empellón recibido al saltar la presa, en la que metió la pierna, dos palos con el mango del rastro, uno de los cuales aún le dolía y la oferta del vaso de vino hasta por tres veces!

¿Era esto amor? En cualquiera otra moza del pueblo hubiera sido y de muchos quilates, pero en Marusa, adherida a su tormento, acaso no fuera más que gratitud por el desinteresado trabajo, afecto hacia aquel noble corazón, ca-

riño al buen hermano, pero amor... ¡ay! no, eso no... eso no... eso para el otro... para el que la odiaba... para su Tino:

Cundo no entraba en tales psicologías, y, por de pronto, nadie podía disputarle las contundentes señales de aquella tarde. Hasta un cardenal debía tener en las costillas. No hay que darle vueltas, el hierro se ablanda a fuerza de machacarlo. Ya caería ella del burro. Con tan optimistas pensamientos salía de la casa, acompañando a Nieves, y, como le borboteaba el contento, a guisa de despedida silenciosamente dió un encontronazo contra la pared a Marusa, que le descargó un bofetón « ¡por bruto! ».

De buena gana hubiera él puesto la otra mejilla; pero la señorita esperaba en la calle y allá se fué.

A poco de estar en casa, sin escuchar las protestas de la tía Sinda, que le mandó acostar, se echó al hombro la azada de mango largo, y calzándose las madreñas, marchó a regar un prado, del que esperaba un buen otoño.

Tendido estaba a las dos horas tras de un piorno, esperando que el agua, rebasando las presas, anegara la pradera, cuando en el camino percibió ruido de hombres, que soezmente disputaban. Raro era el suceso allí, donde ni se traspasaba, ni se reñía, por lo cual y temeroso de alguna desgracia prestó atención, reconociendo en la voz a Tino y a un provocador minero, que se iban exacerbando a medida que discutían el mejor derecho a los favores de una desgraciada.

Entre blasfemias y mafezas, prohibiciones y amenazas mútuas, uno y otro, repugnantes lobos, defendían su presa. Tentaciones tuvo el mozo de no moverse de su escondite, dejándoles que se destrozaran en aquella soledad; ¡para lo que se perdería! pensaba él, pero llevado de su buen natural, al arreciar la disputa, salió a la senda, y dando con el mango de la azada un palo en el brazo del minero, que blandía siniestra navaja, desprendida al golpe por el aire, sujetó por la muñeca a Tino, apretando con tal fuerza que el dolorido mozo soltó su pistola.

— ¡Recoímes, lo que váis a hacer, no es de hombres. ¿Pa qué queréis los puños? Arreáros ahora que no podéis mataros.

Y los puso frente a frente. Ambos quedaron mudos por la sorpresa y sin movimiento alguno acometedor. Visto lo cual zahirió el mozo:

—Cobardes, pa na servís. Ningún valiente mató nunca a nadie. Recoimes, vaya unos hombres de... que tienen la valentía en los instrumentos. Hala a tu pueblo, Lechuza, y tú pa casa.

El minero, dirigiendo al señorito iracunda mirada, se alejó exclamando:

—Te juro que me la pagas... y pronto.

Cundo al oído casi, dijo cariñoso:

—Pero Tino, que has de andar siempre en malos pasos. Ojo con ese, que es más traidor que tú.

—A tí que te importa. Tú a regar, —y despectivo le volvió la espalda.

Al prado se volvió el paciente mozo, no sin recoger la navaja, que siniestra fulguraba. Se aterrorizó, al examinar la sutil hoja, puntiaguda y acanalada, y con ella desbastó un delgado y verde palo para hacer un silbato, mientras que el agua mansa continuaba tendiéndose germinadora sobre la yerba, que, tras la abundante segada cosecha, prometía la propina de una feraz otoñada.

Cierzo y abrego





IV

Cierzo y ábrego



ON múltiples y melodiosos trinos las alondras mañaneras saludaban a la aurora, que de rosa comenzó a vestir las tenues nubecillas. El padre Sol hirió con su primer rayo la nieve coronadora de las lejanas cumbres, penetró resuelto y triunfador en las umbrías de hayas, pinos y robledares, armando el consiguiente rumor de gorjeos, zumbidos, roce de alas, chirriar de chicharras, raer de orugas y demás ruidos con que los seres se desperezaban, saludando alborozados al nuevo día; tocó la caperuza del torreón; besó la cruz de la espadaña, bajó al valle y se tendió por fin en los prados, donde la fresca yerba, de rocío empapada, lo recibió temblando de gozo, en tanto que las perlinas gotas, después de reflejar brillantísimos y metálicos cambiantes, se evaporaban, subiendo lentamente al cielo, cual el incienso de la oración, que la tierra agradecida enviaba al generador.

Pasada la hora mística propiciatoria, en la que el ímpetu de la oración vaporosa llegó hasta velar unos instantes la luz del adorado, refulgió éste en todo su mayestático esplendor ahuyentando las débiles gasas, y sólo allá, en los blanqueados picos de las cumbres, quedó agarrado el sutilísimo cierzo, el inseparable amigo de las montañas.

En todo tiempo besa las alturas de las peñas, baja a cuajarse en frágiles perlas a lo profundo de los valles, y envuélvelo todo en su finísimo cendal acuoso, hasta el extremo de que por cada día de ausencia cuéntanse ciento de presencia insistente.

Todo lo invade, todo lo penetra, humedécelo todo.

Podrá disfrutar la montaña de uno de los días de verano, en los que ni una sola ligera nube empañía la incomparable diafanidad de un cielo azul-prusia, donde magnificente brilla en todo su esplendor el astro-rey que a la tierra envía el torrente de sus lumínicos rayos con cegadora claridad, pero sin caliginoso abrasar. Podrá Eolo tener atados sus vientos, sin que ni la suave brisa, ni el cefirillo amable muevan la más endeble brizna. Natura podrá dar al día el conjunto de la encantadora placidez y deleite, que la región montañesa para el verano atesora. Podrá sereno el espíritu vagar envuelto en la deliciosa calma, que todo lo inunda, pero no mucho tiempo transcurrirá sin que por los negros picachos asome «*el Alcalde de Tarna*».

Precedido de la perfumada brisa, que tan amables hace los escasos rigores estiales, el cierzo, imperceptiblemente, cual gasa ligerísima, que, no atreviéndose a empañar el purísimo azul celeste, a ras de pico, humilde y tímido aparece, muy poco a poco, cautelosísimo, sutil, avanza, envolviendo la primer cumbre, que no tarda en desaparecer a la vista.

Ganó ya la primera altura, y con la misma suavidad, insensiblemente se estira, se estira en finísimo hilo por el espacio hasta posar su tenue punta en el pico cercano. Allí se detiene; lentamente se aglomera y... ¡zás!... a la peña de San Justo... a los picos de Mampodre... a Susarón. Aquí ya ataca bajando hasta la falda; se agarra a robles y haya, se desliza por los valles; a veces, airado, sopla; se atreve con el mismo Sol, y de flanco, solapadamente, avanza y avanza, entablando el más fiero y sublime combate, para robarle

la luz. El calor mucho antes se lo había robado; cuando ni sospechase pudiera su existencia, el precursor cefirillo supo amortiguar el ardor de los solares rayos.

Defiéndose Febo esparciendo a placer y dominador sus haces de luz; huye el cierzo; cede plaza, se agarra a sus cumbres, pero al menor descuido da un avance; se repliega; vuelve al ataque; y aunque, dueño ya de las alturas, intrépido pudiera lanzarse a la lucha, se va humillando, humillando, descendiendo, descendiendo, hasta besar la tierra, amorosamente empapada en sus lágrimas de vencido. Entonces y sólo entonces es cuando de aquel Sol, dominador y orgulloso, ni el disco a columbrarse acierta. Desapareció con toda su arrogante altivez, humillado por el humilde. ¡Quién lo pensara, en aquel día al verle magnífico, deslumbrante, triunfador! ¡Quién lo creyera, al contemplar la débil gasa, que apenas si rozaba el negro picó de Tarna!

Contemplando D. Manuel tan grandioso espectáculo se extasiaba en tan interesante lucha y, embelesado, invariablemente solía decir:

—Mira, hija mía, contempla tal hermosura. Esto no lo hay más que aquí, más que aquí. Atiende y verás como triunfa el humilde igual que en la vida. Bajándose, bajándose...

Aquella tarde tenía el sol dos enemigos: el cierzo y el ábrego. Con esto dicho queda que el cielo estaba de fiesta, pero de las grandes, de las sublimes, de las que sólo puede hacer un Dios, que, por serlo, forzosamente ha de ser Sapientísimo y Omnipotente.

Allá por el Sur, cual si desde el punto donde se unen cielo y tierra, ocultos estuvieran gigantes, que las empujaran, apelonadas, compactas, grises, aparecen nubes y nubes, que entoldan la bóveda celeste. Vienen en tropel, en confuso montón, impelidas las delanteras por el ímpetu de las de atrás, pero hallando todas en el firmamento obstáculo invisible a su avance, por lo cual se funden unas en otras, alcanzando en espesor lo que, apesar de los titánicos esfuerzos, no logran en extensión.

El cielo muestra su refulgente claridad y su limpieza total. Brilla el sol, abrasador, pero su calor no es el enervante, el caliginoso, el de boca de horno, sino el fuerte, el urente, el

de hierro al blanco. Hombres y bestias y plantas, presienten lo grandioso del fenómeno celeste que se avecina, y todos, no obstante la serenidad del día, hállanse aplanados.

Calma absoluta. Duermen el viento y la brisa. Ni la más leve hoja oscila. Siguen las compactas nubes engrosando, y ligerísimo y tenue el cierzo avanza.

Comienza el gran combate. Preside imperturbable Febo. Confíanse aquellas a la fuerza bruta, y allá van nubes y nubes, cada vez más espesas, más negras cada vez. Cuando ellas avanzan, retrocediendo se acoge el cierzo al inexpugnable baluarte de sus amados picos. Cuando se estacionan ellas, extiende el norte su gasa. Ni ellas, ni él; ni él ni ellas se aventuran a aproximarse. El sol continúa impasible en el centro.

En estas batallas el cierzo suele vencer. O el cielo queda limpio y sereno, o tiende él su tenue manto de vencedor, empañándolo todo en su acuoso hálito.

Aquella tarde no fué así. Porfiadas las nubes sureñas, al combate lanzaron legiones y más legiones: deshiciéronse las primeras, disipáronse las segundas, siguieron las otras el mismo rumbo, mas vino en su ayuda el viento, que sopló furioso, y como por encanto inmediata y prudentemente retiróse el cierzo, escondiéndose tras las montañas. Ni el mismo sol acertó a ver el último repliegue. Las nubes feas, las nubes negras, encapotaron el horizonte. Huyó la luz; las mismas peñas calizas súbito negras tornáronse, airado rugió el huracán, que sirviéndose de cañadas y desfiladeros, ronco e imponente silbó, y en un instante cambió la faz de la tierra.

Huían los pájaros; resguardábanse las bestias; guarecíanse bajo techado las personas; temblaban las hojas. Todo estaba medroso.

Al ruido del silbador vendabal, uníase otro extraño, incomprendible. La atmósfera se tornó irrespirable, caliginosa, y hendió el cielo el primer relámpago. Ello fué la señal. A derecha e izquierda, de frente y por detrás, comenzaron los rayos deslumbrantes, cegadores, a sucederse sin interrupción. Dos, cuatro, seis, un sin fin de tormentas a un tiempo estallaron por doquier. Y a la fatídica luz de cada culebrina sucedía inmediatamente el horrísono ruido de truenos... y truenos... secos, crepitantes, detonadores. El ánimo más es-

forzado, cual la débil hoja temblaba, y con ser esto inmenso, inconcebible, no era ello todo. El ruido de los múltiples truenos prodigiosamente se aumentaba y se cuadruplicaba, repetido por el eco de las montañas. Era horrísono, estruendoso, terriblemente aterrador, hasta el punto de no oírse más que un trueno larguísimo, que a intervalos recrudecía sus estampidos.

Difícilmente pueden las gentes del llano formarse idea de las tormentas de la montaña.

—Yo he oído bramar el mar, y sinceramente declaro —decía D. Manuel— que tal horror nunca oí.

En todas las casas se encendió la vela del Santísimo, que al Señor alumbró el día de Jueves Santo; y las amas aterradas guiaban el Trisagio, que los hombres rezaban sombríos. Todos temían, y, con el alma a flor de labios, todos rezaban, como en la tribulación se reza.

Y era para temer. Terribles los truenos retumbaban en las rocas repercutiendo. El cielo duro e implacable ni una gota vertía: enervaba la calina; hendía el rayo peñas y robles, desprendiéndose de todo angustia mortal y asfixiante.

De pronto secas rebotaron en tierra tejados y cristales las primeras piedras del granizo, y a poco, con la temida pedrea, un ruido más se sumó a los muchos, que ensordecían. Pocos minutos bastaron para que todo de blanco se vistiera. Las hojas, sino caídas, mustias pendían de sus ramas. Pájaros perdieron la vida. Insectos perecieron a millares. Animales se atemorizaron; hasta las fieras a sus guaridas se acogían. En las casas los hombres seguían rezando y rezando. La cólera de Dios se paró un instante en Lillo, y tierra y cielo tremaban.

Mas por fin se apiadó el Señor. Al granizo sucedió lluvia, pero fuerte, despiadada, torrencial. Seguía el rayo rasgando el firmamento, y seguía rebramando el trueno. Con todo, hálito de vida se desprendió de la reseca tierra, y el vivificador y penetrante olor de ozono reanimó a los angustiados seres.

La lluvia continuaba cayendo del cielo impetuosa, a cataratas; y los ríos se salían de madre, los arroyos eran ríos, las calles arroyos, los tejados riachuelos; y tejados y calles y arroyos y ríos formaban arrolladoras torrenteras, que se precipitaban arrasadoras en busca del llano, arrastrando peñascos

y troncos; poniendo un nuevo terrible ruido, allí donde parecía imposible pudiera oírse algo más.

Cuando más llovía, y ni ser viviente por la calle aventurábase, (pues locura sería en tan terribles instantes), el tío Periquín, que en los prados había sufrido tal horror, y de ellos regresaba con la azada al hombro, en mangas de camisa, chorreando, empapado hasta los tuétanos, se paró en mitad de la carretera, posó la azada, y recibiendo de lleno la incandescente lluvia, que ya ni tenía donde mojarle, comenzó el más incomprensible baile. Y era de ver lo extraño de aquel animado bailar del tío Periquín, a quien ni años ni agua interrumpían en su alegre culto a Terpsícore.

Danzaba y danzaba, a más danzar, cantando alegremente, y procurando, a fuerza de pulmones, hacerse oír sobre aquellos imponentes ruidos, que ya iban cediendo.

Alborozado decía el viejo:

—Animo vecinos, que nada fué. Salíos ya de entre las faldas de las mujeres. Que esto es oro. Vivan las patatas, vivan los otoños; vivan las «corricasas». —Y, mirando al cielo, seguía: —Dale duro, Manuel, salao, venga más. Agua a Dios, que esto válenos todas las minas del Perú. Salir vecinos, que la Virgen de las Nieves mandonos el granizo pa que nos acordáramos de ella, y respetonos los campos.

Como siguiera lloviendo, gritaba:

—Dale, dale, hasta que yo te mande parare.

Cundo pasó corriendo, calzado con madreñas y llevando al hombro un gran tapabocas doblado. Al divisarlo tío Periquín, exclamó:

—Cundo, hom, desdobra la manta, que no encontrarás ocasión de taparte con ella mejor que hoy.

No contestó el mozo, que siguió a todo correr.

Cedió la lluvia. Asomó tímido el sol. Levantaron su cabeza plantas y animales. Salió alborozada la gente. Desaparecieron los improvisados arroyos, disminuyeron los perennes; a su cauce los ríos volvieron. Refrescó la atmósfera, que a pulmón lleno se aspiraba con placer. Armaron los pájaros su jabardillo. Nuevamente comenzaba la vida. A los pocos momentos nadie pudo imaginar que, minutos antes, hubiera por allí pasado la cólera divina.

A su puerta estaba D. Manuel, oteando el horizonte,

cuando llegó el Párroco, exclamando con jubilosa faz:
— ¡Vaya un tamborileo eh? Gracias a Dios que no fué más que el susto. Qué tormentitas nos gastamos por aquí. Vamos de pescata al molino.

— ¿Está V. loco?

— No tema V.; mire el cierzo. Ya ve el piso. El médico que ha paseado por asfalto (a mí no me han tocado esos lujos) dice que no hay suelo comparable a la caliza de nuestras carreteras. Acabamos de pasar una gorda, y enjuto del todo. Vamos que se divertirá V.

— Y si se repite la fiesta... ¡caracoles! si se repite,

— ¿Pero no ve V. ese sol? No vuelve, no, y aunque vuelva, el molino está cerca. En cuanto cesó el diluvio se fueron a escosar la presa y por mis cálculos deben estar ya terminando el puerto. Véngase V. si quiere ver muchas y buenas truchas.

— Vamos allá.

— ¿Y la señorita no viene?

— Por arriba estará.

— Señorita Nieves, ¿quiere V. venir de pesca al molino? Me llevo a su papá.

— Ahora no puedo; todavía estoy temblando: pero enseguida iré, que me gusta mucho ver saltar las truchas.

— Pues no tarde.

— No señor.

— ¡Vera V. que pescata! Es una riqueza la de este país. Dicen que las truchas salen a pastar a los prados, y es verdad! En cuanto se echa el riego unas horas, con un par de cuartas de agua ya hay truchas. ¡Y qué finas son! Asalmonadas. Hay unas negras, que chillan como ratones, al salir del agua, pero las mejores son las de arco iris. ¡Qué carne más suave! Las hay también tuertas y es conseja de estas tierras que no tienen más que un ojo, porque viven en cuevas. ¡Pero qué ricas todas! ¿eh? Ni el salmón, ni las pescadillas. Cuando se saborean nuestras truchas parece que se come la cristalina agua de nuestros ríos, hecha carne amasada con todos los aromas y toda la vivificante fuerza montañesa. ¿A que V. no sabe como se deben comer?

— Fritas.

— Sí señor, con las tres efes, frescas, fritas y frías, y

algunos añaden otra efe, fiadas. ¡Lástima que hasta las truchas sean víctimas de la que se nos viene encima!

—¿Pero qué tendrán que ver las truchas con lo que eternamente está V. lamentando, qué tendrán que ver?

—Ya lo creo que tienen que ver. Ninguno conocía el cloruro de cal, a lo sumo la coca, que de su planta extraían, pero ahora los malditos polvos de gas, la cal y la dinamita de las minas hacen destrozos y están quitando el pan a muchos pobres. No hay vecino que no sea pescador con la garrafa, el butrón o la caña. Los pobres sin embargo son los que se llevan la ganancia. Porque tienen menos que trabajar, o más necesidad, lo cierto es que, aparte de las que venden, más de una noche, al encontrarse sin cena, salió el hombre de casa, y a la hora regresó con las truchas, que acallaron el hambre, pues aunque no hubiera aceite, y la miseria llegase hasta no tener sebo, nunca faltaba agua para cocer el delicado manjar, que «más fresco no lo comía ni el Rey». Es sabido el refrán: «O ayunar o comer trucha».

Ahora las persiguen de muerte con todas esas malas artes, y sin que de nada sirvan leyes, ni Guardia Civil. Da pena ver cómo viene el río lleno de truchinas muertas por la cal o el cartucho. Aquella sobre todo no deja una, siendo las más chiquitas las que primero caen.

—Pero aún hay muchas y buenas.

—Alguna queda, no tantas. Aquellos hermosos ejemplares han desaparecido. Hasta los mismos montañeses se asombran cuando una pesa tres libras. Y no mucho mayores son aquí, donde nacen los ríos, pero no crea V. que la trucha es buena por ser grande; al contrario, pequeñas son mejores, de tres en libra.

Reparando en dos vecinos que estaban en el prado cercano, en voz baja dijo el Cura:

—D. Manuel, hágase V. el distraído y escuche a esos. Verá como las gastan en la Montaña.

Ellos comenzaban su conversación.

—Buenos espinos tienes en el cierre.

—No son malos.

—¿De dónde los cogiste?

—De donde menos trabajo me costó.

—Y puede ser que te encontrases alguno ya cortado.

—De todo había.

Mutuo silencio, durante el que uno sigue haciendo el seto, y el otro examinando los espinos.

—Parecen hermanos de los del cierre del mi prao.

—Puede que sean de la misma mata.

—¿Sabrás tú quién me cogería los míos, que faltan desde ayer?

—Si fuera guarda, podría decírtelo.

—Si yo los viera, los conocía.

—¿Los tenías marcados?

—No, pero los conozco.

—Pues si no están marcados, ¿de qué te sirve conocerlos?

—Siempre valdrá de algo saber donde están.

—Bastante ganará el tu prao, si está sin cerrar, con que tú sepas dónde están los espinos del su cierre.

—Este de aquí es igual que el de mi portillera.

—Bueno es; yo para la mía lo traje.

Sigue mirando detenidamente aquél los espinos, teniendo cuidado en no poner el pie dentro de la finca de éste, que imperturbable, sigue trabajando en el cierre. Fruto de las pesquisas es un mechón de pelo, que examina, diciendo:

—En éste parece que se estuvo rascando la mi vaca Liebre. Mira.

—Sí, de la tu vaca es ese pelo. Pero que no vuelva a rascarse en ese espino, porque en el mi prao no dejo yo comer a la tu vaca.

—La mi vaca no vendrá al tu prao. Ten tú cuidado de que no vayan los tus espinos al mío.

—Ya cuidaré, que, por no cuidar, muchos se quedan sin cierre.

—A la paz de Dios.

—El te acompañe.

Corriendo por la carretera en vivos cueros venía un chiquillo, que en cuanto les divisó paróse en firme gritando: —Que vengan, que ya escosaron la presa—y a todo correr volvió al molino.

A D. Manuel le asaltó un pensamiento, diciendo al Párruco:

—¿Pero podrá estar ahí Nieves?

—Sin inconveniente alguno. El pudor de los hombres les

lleva siempre al extremo de tener dispuestos unos pantalones, para entrar vestidos al río. En esto de moralidad no pueden ser mejores. Con decirle que, cuando les toca guardar el ganado en el monte, se pasan juntos ellos y ellas dos o tres días con sus noches en el chozo, sin que jamás haya ocurrido percase que lamentar.

—¡Caramba! eso es increíble... increíble...

—Buenos estaríamos, si así no fuera, aquí donde todo el santo día se lo pasa cada uno y cada una en cualquier recoveco del monte, o en cualquier abrigada de la sierra, sin más testigo que Dios del cielo. Por religión (que la fe la tiene muy firme) y también por bondad natural, (aparte de que el pueblo entero viene a constituir una sola familia, que como tal se trata), unos y otras cumplen sus deberes. Al hombre le parece con razón la mayor infamia un deslíz y sería el desprecio de sus convecinos. A la mujer pecadora ya podía tragársela la tierra, porque ni siquiera en los de su casa había de encontrar ojos, que misericordiosos la miraran. Tendría que marcharse, porque de lleno la alcanzaría el ludibrio y el escarnio universal, así que la muy desgraciada, que cae, no se levanta jamás.

—Y aún se duele V.

—Dale, bola, que no es por lo de hoy, que es por lo de mañana.

Llegaban al molino, situado a la entrada del pueblo. En todo el largo de la barbacana pululaban con gran algarabía un sin fin de chiquillos, dos o tres mozos, y otros tantos casados.

En el mismo sitio, donde del río tomaba el agua la presa, con piedras y tapines, después de haber recorrido corriente abajo un buen trecho el cauce, hostigando hábilmente con palos y voces la pesca, hicieron en poco tiempo tal dique que la entrometida agua ni resquicio tenía por donde colarse, por lo cual rápidamente iba disminuyendo. A pesar de que el precioso líquido, siempre cristalino, enturbiado se hallaba efecto de la tormenta, bien notaban el peligro las truchas, que, velocísimas, cauce arriba y cauce abajo, la presa recorrían inquietas, dando saltos prodigiosos aire afuera.

La chiquillería, contraviniendo las órdenes de los mayores, tan vivaracha como los peces, de un lado a otro corría toda

junta tras la pesca, que saltaba. Lo mismo era asomar el idiota hocico una trucha, como echarse rápidas seis, ocho, veinte manos en su persecución. Con los mútuos empellones de los diminutos pescadores el pez huía asustado, sin que sus perseguidores lograran otra cosa que dar de bruces, cuan largos eran, en el agua y sobre el fango, repitiéndose la misma escena con la misma algazara, al ver un nuevo salto. Alguna vez aquellos diablillos, más truchas ellos que las mismas truchas, pescaban una, medio deshecha entre varias manos, que con indecible tesón defendían la presa sin otro objeto que el orgullo de meterla en la cesta, pescando así para otro.

La gente formal, seria, sosegada y tranquila, comenzaba la pesca desde el puerto, sin redes, ni caña, ni garrafa. A mano era todo y, por si alguna anguila parecía, a la orilla tirado estaba un pequeño bidente.

Con exquisito cuidado insensiblemente metían los hombres ambas manos bajo las piedras, en los huecos de las raíces, o en las oquedades de alguna roca. Tan bien como las truchas sabían ellos sus refugios, y rara era la vez que, al meter las manos en el agua, salieran de vacío. Las truchas brillantes eran sacadas estremeciéndose en violentos espasmos de muerte, sin que su escurridizo cuerpo pudiera deslizarse de las manos, que siempre las extraían por la cabeza. Una vez fuera del agua con la mayor indiferencia las tiraban al prado, siguiendo los pescadores su tarea, en tanto que el pescado, arqueándose con inauditos esfuerzos, daba inconcebibles saltos siempre en dirección a la presa, sin que ni una vez les consintiera el instinto equivocarse, marchando tierra adentro. Alguna que lograba escapar a la vista del avisado rapaz, encargado de darlas el golpe de gracia y meterlas en la cesta, si al río llegaba, tan sin vida era que al instante flotaba inerte panza arriba.

Llegaba el tío Forón a un deleitoso recodo, formado por salgueras entre las que descollaba recto y corpulento olmo, cuyas dilatadas raíces ofrecían asilo seguro al lado del río a la pesca, que entre ellas se guarecía, cuando oyó al molinero que le gritaba:

—Espera, hom, no te metas ahí tú solo. Que las truchas también saben cuales son los sitios «amorosos». Guajes, hacer presa aquí.

En un instante quedó el remanso, circuido de tapines y piedras. Se acercaron D. Manuel y el Cura, y dijo el tío Forón:

—Bienvenidos el Sr. Cura y la compañía. A tiempo llegan para ver lo que cría Dios. Si no sale de aquí una arroba me corto el mi dedo gordo de la mano derecha.

—Buenas tardes. A ver, a ver.

Saludaron todos a los recién llegados, y en aquel estrecho espacio, donde apenas cabían tres, comenzó uno a hurgar con un palo en los agujeros, en tanto que los otros dos no se daban reposo sacando truchas. Tal era la abundancia, que los perseguidos peces, acosados por todas partes, y sin poder salir del recinto saltaban sin cesar.

—Indina como chillas: ésta es negra.

Y negra fué la que salió. D. Manuel estaba admirado contemplando aquella cantidad de pesca.

—Tienta tú embajo de ese peñón.

Por la carretera, y a buen paso, venía Nieves, tan atractiva y charlatana con dos chiquillas de la mano. En dirección contraria regresaba al pueblo Marusa, caladita y tapada de cabeza a pies con una magnífica manta.

—¡Cómo vienes, muchacha!

—¡Ay queridina cogióme la nube guardando las vacas, y por suerte fuí hoy al pacerero más lontano! Madre querida, qué truenos. Y sin tenere un arrimo las vacas y yo. Metime embajo de la Cariñosa pero no paraba quieta, ¡mi alma! Ya ve como estoy.

—Anda, anda a mudarte a casa. ¿Y el ganado? ¿Se quedó guardándolo el que te llevó el tapabocas?

Sin saber por qué enrojació la moza, que dijo:

—Sí, señorita, llevóme esto, y empeñóse en que viniera pa la mi casa a quitarme la ropa.

—Cuando haga Tino una cosa así, te diré que te cases con él. ¿Quién te cuida más?

—¡Qué cosas tiene!, V. siempre procurando por Cundo. Ni que fuera su hermano.

—Pues, chica, yo ni gano ni pierdo, por tu bien lo hago. Marcha, marcha a mudarte.

—¿Enchivose? ¿No me da un beso, mi alma?

—Y ciento, con tal que te marches ahora mismo y dejes de ser loca, pensando alguna vez lo que te conviene.

Se fué Marusa y llegó Nieves al molino. Terminaba la pesca del remanso, en el que había más de la arroba predicha por Forón. Levantaba éste la cabeza, al llegar la señorita, que por todos era recibida poco menos que con vítores, y viéndola, enseñó una hermosa pieza de tres libras, que salía coleando furiosamente.

—Aquí está lo bueno. La señorita y la trucha. Sr. Cura ésta no se quiso dejar cogere hasta que no vino quien la mereciera... Ahí va pa que la cene V. y así le haga tan buen provecho, como yo para mí deseo.

—Calla, calla, que eres más cumplido que el tío Sindán.

—¿Y quién era ese?—inquirió Nieves.

—No le haga caso, señorita, que aquí todos somos cumplidos más que rabo de zorra; ahora que estos no se atreven a decirlo, porque les parece que faltan. ¡Como no han salido de aquí, son todos muy callados aunque todos la quieren bien! ¿Los vé que no hablan? Pues si pudiéramos reparar en sus adentros ahora mismo están diciendo: «Tiene razón el tío Foro», y ya que ellos cobardéen, bueno será que hable uno por todos y le diga: «Buenos ojos tiene y bendita sea su madre» que en esto para nadie hay ofensa, sino buena crianza. ¿Verdad Sr. Cura?

—Gracias, ¿pero lo del tío Sindán?

—¡Ah, sí, se me había olvidado. Ese biendichoso era un vecino muy honrado y muy cumplido, a quien le parecía muy mal tratar a los hombres de tú, cuanto más a Dios y siempre que rezaba decía: «Padre nuestro que está usted en los cielos». Ahora dícnmelo a mí, porque hablo con los forasteros y...

—Foro, tírale la trucha y calla, «testón», que bueno está lo bueno y no pescamos.

—Chachos, ya no me acordaba. Ahí vá, señorita. Apárela con el su mandil.

Por el aire, con vida aún, fué la hermosa pieza, que recogió la joven, dando las gracias. Cayóse la trucha al prado, saltando descomunamente, sin que la señorita pudiera recuperarla. La ayudó su padre y cuando pudieron dar caza a la pesca, apenas la tuvo Nieves entre sus manos, de nuevo se le escurrió bonitamente, volviendo a saltar en la pradera, siempre en dirección a la barbacana.

Corría Nieves, y saltaba la trucha. Toda la chiquillería, preveyendo el desenlace, iba tomando posiciones en el río, al que cada vez se acercaban más la señorita chillando y la trucha saltando.

—Que se me escapa. ¡Ay! ¡ay! que se vá. Papá, ayúdame... que cae... que cae... adiós mi trucha...

Caer si cayó al agua, pero fué un relámpago. Creerla perdida para siempre y salir dos rapaces con ella disputándose entregarla a su dueña fué la misma cosa.

El tío Foron, reñía:

—Demontre de guajes, que la vais a «mazare» Matarla y dársela.

Metió un chico los dedos por las agallas del traqueteado pez, y, pasando por ellas un junco, lo entregó a Nieves, que, con D. Manuel y el Cura, se estuvo recreando un rato en la contemplación de las finísimas escamas profusamente moteadas de multicolores puntitos, que con razón han dado a estos sabrosos animales el nombre de arco iris.

El agua apenas se alzaba una cuarta sobre el suelo.

Las compuertas del molino estaban echadas. A los pescadores faltaban solo diez metros de recorrido y centenares de truchas buscaban su último refugio en la estrecha canal. Estaban incitantes, y Nieves apresuróse a repetir al oído de su padre el deseo, ya antes manifestado inútilmente, de meterse de patitas en el cauce.

En su gran y noblote caballo negro, regresaba el médico de la visita y gritó:

—Toñín, llévame el caballo a casa.

Debían llamarse Antonio todos los chicos que allí había, porque todos corrieron. Como el médico era un buen hombre, cuatro fueron los agraciados, no siendo más, porque más no consentía la largura del animal.

Venía el Doctor alborotando.

—Qué ¿se pesca? A ver lo bueno, a ver esas manitas. ¿Cayó alguna anguila? Para mí ¿eh? Es decir, si no la quieren Vds. ¿Nieves, vamos al agua?

—Muchas ganas tengo, pero no me deja papá.

—¿Cómo que nó? En su salud mandó yo solito. No consiento que nos venga ahora el bueno de D. Manuel con imposiciones, después de haberla puesto yo nuevecita, flamañte y

reguapísima. Nada, nada, agua, hidroterapia, ¡Viva Kneip! Tú, charlatán, Foro, ¿tenéis ahí unos pantalones?

—En el molino están los de Miguelón, y unas alpargatas.

—Pues hala, a vestirse. Y con esos calzones no necesita V. quitar faldas; enteritamente vestida cabe V. dentro, y aún le ha de sobrar estameña. Enseguida; que estos acaban pronto. No me mire Vd. hombre, que este es mi plan curativo, y no tiene V. derecho a hablar. A vestirse.

—Con V. no se puede.

—No se puede, no—decía el galeno, sentándose en el suelo para descalzarse—pero ahí esta la chica. Esta vez no ha mentido la ciencia. Y poquito orgulloso que estoy yo al verla con esos colores. ¡Anemia?... ¡anemia!... ¡pamplinas! Y este hombre venía todo asustado. Oye tú, Colás, fuera de ahí, que después empiezas a quejarte de los humores, y no hay quien te aguante.

El cariño a los que iban a meterse en la presa, y el deseo de que se divertiesen, inició un alto en la pescata, ahuyentando a los rapaces, y retrocediendo presa arriba con el objeto de hurgar nuevamente en los escondites y reunir así la mayor cantidad de truchas en las mismas compuertas. El agua no podía ya descender más y apenas si mojaba los tobillos. Como por otra parte el último trozo de la canal molinera estaba revestido de cemento, grande era la comodidad, ninguno el peligro y mucho el placer.

Al salir Nieves del molino, su padre, el Cura y el médico rompieran estrepitosamente a reír; los demás no hicieron otra cosa que mirar sonriendo complacidos.

El galeno, quitándose el sombrero con gracia y reverente pirueta de vasallaje, decía entusiasmado:

—Olé, olé y olé; ni la Loreto Prado. Eso es tener elegancia natural, y picardía sana, y sal, y salero en ese cuerpecito, al que le sientan bien ¡oh prodigio!, hasta los calzones de sayal de Miguelón. Venga V. acá que en cuanto la vean las truchas se salen solas del agua para mirar lo bueno.

Nieves gozaba la íntima satisfacción de ser mimada, y no poco la halagó tan risueña y cariñosa acogida.

—Es que Vds. me quieren mucho, y les parezco bien, aunque me ponga... qué se yo...

—Eso que trae V. : los calzones de Miguelón.

—Bueno, calle. ¿Vamos a pescar?

—Al agua patos.

Allá se metieron ambos sin notar la desagradable impresión. Era tan poca el agua, y estaba tan refrigeradora que realmente acariciaba y de gusto servía chapotear con pies y manos.

La pesca abundaba, corriendo velocísima de un lado a otro, se metía a bandadas entre las manos, pero ni una sola trucha logró aprisionar Nieves, que, como una chiquilla, iba y venía, alborotaba, reía, chillaba, dominada por la más sana de las alegrías. Si por casualidad algún pez entre las lindas manos quedaba, no bien había dado la señorita el grito de victoria, apretando los dedos, ya la trucha se había escurrido sin que ni la vista alcanzara a seguirla. Solo una pequeñita y medio muerta pudo del todo atrapar, y fueron de ver los extremos de gozo, los saltitos, la enajenación de la joven, que, corriendo agua arriba, a entregar fué a su padre el fruto de sus trabajos. Ni por cinco duros hubiera dado aquel pez. Ella solita se lo freiría y ella solita se lo comería.

El tío Foro, preveyendo que la primera pescada sería también la última, propuso otro sistema de pesca más eficaz para el médico, que tampoco se las arreglaba muy bien, y para la señorita, que a todo trance quería coger muchas, muchas.

—Ahora si que van Vds. a pescar. Tú, guaje, trae esa cesta. Agarre por ahí, médico, y V, señorita por ahí. Méntanse junto a la compuerta. Vosotros asustailas pa qué. Así; ahora metan la cesta en el río.

Sólo con introducirla en el agua y sacarla repentinamente tres o cuatro quedaron dentro.

—Papá, papá, mírelas que hermosas. Sr. Cura, mire usted cuantas. Así da gusto. Más, más; otra vez.

Con este arte continuaron largo rato, placiéndose todos muy mucho con el solaz de tan honesto esparcimiento, hasta que el médico torció el gesto, viendo a Tino muy de pantalón blanco dirigirse a ellos. Casi al oído de Nieves dijo el Doctor:

—Ahí viene su novio.

Lo vio ella y con significado mohín de disgusto exclamó en alta voz:

—¡Qué fastidio! Tener que salirme, con lo bien que yo estaba.

—¿Salirse V.?—preguntó Foro—. El se marchará; yo me encargo.

Sí que el indiano era antipático, mas le ocurría lo que a esas personas que en desgracia caen en un pueblo. Ya pueden hacer favores y hasta milagros, hagan lo que hicieren, bueno o malo, tuerto o derecho, ni se redimirán, ni nadie les quitará el sambenito, que ellos comenzaron a colgarse, y los demás les ayudaron a vestirse para in aeternum. Hasta los chicos les tiran piedras.

Se acercó el odiado, y, al ver a Nieves, tal fué su admiración que se quedó extático mirándola, comiéndola con los ojos, y sin hablar palabra.

—Da las tardes, hombre, que somos cristianos—dijo Foro—, y aunque nosotros no seamos de tu parigual, personas hay aquí de respeto, que lo valen y merecenlo.

—Si acabo de llegar—repuso Tino, vencido.

—Sí acabarás, pero el saludo se hace antes, no después.

Agudísimo grito de Nieves solucionó la embarazosa situación que se avecinaba.

—¡Ay! madre mía, una culebra, una culebra, ¡qué negra y qué grande es! ¡Ay qué miedo! Ahí se metió, ahí.

—No se asuste señorita, no salga, que es una anguila y superior. Traer una gorra.

Llegaron los pescadores y tras no pocas vueltas consiguieron atrapar al escurridizo animal, que ya no pudo zafarse.

El tío Foro, de espaldas a los mirones de la pradera, así como al desdén tiró a tierra el animal con tal acierto que de lleno fué a dar en mitad de los nítidos e immaculados pantalones de Tino, poniéndolos, como de suponer es, con la pegadiza y viscosa sustancia del pescado.

—Chico, disimula. Si no estuvieras tan enmedio... lleva los calzones a la mi casa y te los lavarán las mis hijas.

—No me hace falta ¿sabe?, —contestó malhumorado el joven.

—Bueno, hom, pa eso no se precisa despreciar a la gente. Y si te se ha acabao ya la plata que trajiste, pa mercar otros, pueda que aún le quede al tío Foro pa mercarte unos de sayal, que te pintarán mejor.

—Esos se los pone V.

—Pues personas que valen más que tú, los traen puestos.

sin que la venera se les caiga. Y tocante a traerlos con una abertura por el c... vítelos yo más de una vez.

—Pues ahorita no me hacen falta.

—Pícaste, ¿niño? Aguarda que no he comenzado. Bien que me acuerdo yo...

Tino, que no podía soportar hablaran de su humildé origen, exclamó, marchando harto contrariado:

—Su madrecita, que lo aguante.

—Oye, monín, menos mal que a mí me aguanta la mía, porque ya conozco yo a quien no aguanta la tía Teresa. Miren que paso lleva. Ese vió venir la nube mejor que nosotros esta tarde. ¿Pa quién es la anguila, señorita Nieves?

—Para Vds., no faltaba más.

—Es que V. entra ya a la parte y V. vióla primero.

—Entonces para el médico.

—Suya es, y no habrá quien mejor la aprecie. ¡Gústale más comer bien!

—Cierto, Foro, buena me ha de saber.

Siguieron algún tiempo en la pesca con gran contentamiento de Nieves, maestra en poco tiempo en el original arte de coger truchas a cestadas, y cuando ya ni una se veía correr en los dos escasos dedos de agua, dieron fin a tan entretenida y aprovechada faena, repartiendo equitativamente el fruto de la bulliciosa labor.

Don Manuel, recordando la odiosidad de todos a Tino y las malas cualidades de éste, decía:

—Pero ¿qué ocurrirá en América, para que todos los emigrantes regresen infautados, irreligiosos y necios?

A un tiempo vivamente replicaron el Cura y el Médico:

—Eso será en otros sitios.

—¿Y aquí no?

—Nada de eso. Tino es la excepción. Cuantos de aquí van a América, acostumbrados al trabajo y a la frugalidad, hacen dinero, se contentan con poco, vuelven todos al cariño de la tierra, y aunque traigan los dedos llenos de sortijas y la cartera repleta de billetes, puede asegurarse que todos vienen a casarse con una de las mozas que por aquí les esperan. La emigración es una saneada fuente de ingresos en esta Montaña, y el sueño dorado de las casaderas. Los montañeses que emigran ni uno olvida a su pueblo. En el piensan todos

los instantes y a el regresan en cuanto pueden, más cultos, con más dinero, y con mayor amor aún a estas sus Montañas.

—Si señor—corroboró el Cura—si el tráfigo del negocio aminoró un poco la fe, jamás llegó a extingirla, avivándose el sagrado rescoldo, en cuanto pisan las losas de su Iglesia.

—Pues están ustedes de enhorabuena, porque no es eso lo corriente.

—No lo será en otras partes. Aquí los americanos son limosneros, agradables, cristianos, y amantes, muy amantes de su tierra y de este Susarón, tantas y tantas veces añorado en días de angustia y trabajo.

Moría la tarde: el agua, sin el dique del puerto, nuevamente se precipitó riente y espumosa. Del campo regresaban pastores y pastoras con sus reses, calados hombres y bestias hasta los huesos. Extendía el cierzo su acuosa bruma, esfumando líneas y contornos de gigantescas montañas, bajando casi a rás de valle refrescando en demasía, como para vengarse de los rayos del sol, ardorosos en aquellos temibles instantes de prima tarde, y del furioso ábrego, que unos momentos le disputó su eterno dominio de cumbres y cañadas.

Tocó lenta la campana de la iglesia, llamando al rezo del santo Rosario. Y día de tanto pavor y medrosidad cerró sus horas enmedio de la dulce paz y calma inalterable en la montaña, aún a despecho de los mismos fieros elementos, contra ella en vano conjurados.



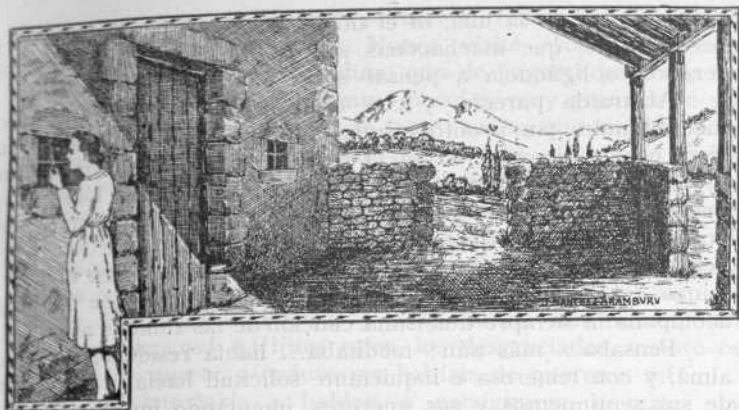
los instantes y a él refiriendo en cuanto pudiese los sucesos que
 esta diócesi y con mayor claridad con a veces sus ministros.
 --El señor--corredor de Cortes y el señor de la Real Audiencia
 mandó un poco la ley, para hacer a extinguido el expediente de
 estado resuelto, en cuanto a las leyes de la Real Audiencia.
 --Pues estas leyes de la Real Audiencia, para no ser
 lo contrario.
 --No lo sea en otras partes. Aquí los ministros son
 ministros de la Real Audiencia y ministros muy necesarios
 de la tierra y de este servicio como y para otros ministros
 de la Real Audiencia y trabajo.
 --Manda la Real Audiencia, en el día del presente, mandó
 mandó se proceda a la Real Audiencia, para que se resuelva
 mandos y papeles con sus señas, para que se resuelva y por
 las hasta los señores. Extienda el Real Audiencia en su propia
 mandando leyes y cubriendo de las mismas mandos, pa-
 dando casi a las de valle resuelto en demasía, como para
 que se de las leyes del Real Audiencia en aquellas leyes
 mandos de la Real Audiencia, y del Real Audiencia, para que
 mandos se resuelva en cuanto a las leyes de la Real Audiencia y castigar.
 --Todo para la Real Audiencia de la Real Audiencia, mandó el Real
 de la Real Audiencia. Y la de la Real Audiencia y mandos de la
 las horas mandos de la Real Audiencia, para que se resuelva en la
 mandos, para a respecto de las mismas leyes mandos. Ton-
 de ella en la Real Audiencia.



La Real Audiencia de la Real Audiencia, para que se resuelva en la
 mandos, para a respecto de las mismas leyes mandos. Ton-
 de ella en la Real Audiencia.



...pradera de las Nieves... (pág. 97)



v

¿Qué seré yo?



NTRE los amables paisajes, que a Lillo rodean, hay dos que gozan de la predilección de persona tan de gusto como Nieves. Es el uno la sierra de Rebollares, donde la vimos una suave mañana, y la pradera de las Nieves, donde esta tarde se encuentra a solas con sus pensamientos, es el otro.

Ambos se completan, y en tanto que el primero magníficamente muestra su grandiosidad, humilde ostenta el segundo su placidez. Elevado aquél, bajo éste; trono el uno, escabel el otro; si el primero con su compacto torreón, a las mientes lleva potentes ideas de fortaleza, de heroísmos, de fuerza, de materia; el segundo con su blanca ermita sugiere al espíritu sentimientos de piedad, de recogimiento, de misticismo.

Allí, «lejos del mundanal ruido», buen espacio de tiempo llevaba en aparente inacción nuestra protagonista, sentada en la hierba, con la primorosa puntilla y el olvidado libro en el

suelo, ya que ni la una, ni el otro apartar pudieron de su cabcita ideas, que machaconas se agarraban tenazmente a su cerebro, obligándola a pensar serio y hondo.

Abstraída parecía, y con rostro plácido y sereno, pero meditabundo, tan pronto miraba suplicante al cielo, como su vista posaba complacida en la blanca ermita, o sus tranquilos ojos ponía en la maravilla del dilatado prado de «la lámpara», que el río cortaba en gracioso zig-zag, perfectamente marcado por el inevitable cortejo de las salgueras y zarzas de sus márgenes, cuyas frondas, segura mansión de nidos, unían al murmurio del agua saltarina, ese débil susurro, con que la hoja acompaña la siempre dulcísima canción de las tímidas avecillas.

Pensaba... más aún; meditaba... había residenciado a su alma, y con temerosa e inquietante solicitud hacía la disección de sus sentimientos y sus quererés, intentando inútilmente escudriñar el incierto porvenir.

—¿Qué seré yo?—esta era la pregunta. La anhelada respuesta no parecía. Sin asomo de superstición, solo por distraer sus profundos pesares, alargó la mano a la pradera, cortó una margarita y arrancando lentamente pétalo a pétalo decía:

—Soltera... casada... monja. Soltera... casada... monja. ¡Huy, monja! No, monja, no. A ver otra vez. Soltera... casada... monja. Soltera... casada... monja. ¡Otra vez monja! ¡qué flores estas! La última, ahora sí que es la última. Monja... soltera... casada... monja... soltera... casada... monja.

El último pétalo blanco le dejó en los labios la palabra, que huía.

—Pues monja ha de ser. Y después de todo, ¿qué? Sería feliz y sería buena monjita. ¡Tan humilditas... tan virginales... tan amantes del Divino Esposo! Ya me gustaría a mí ser monjita... Con esos hábitos, que tanto las favorecen... pero ¡qué bobadas estoy diciendo! ¡Dios mío, soy una loca, ir a pensar en el traje, hablando de una cosa tan seria!... Yo sería monja... y de esas de clausura, en convento limpiísimo, con las iglesias tan monas que tienen... allí, junto al Sagrario del Amado, queriendo mucho a Dios, adorándole... ¡Qué mayor ventura!... Pero cá, esto no puede ser. ¡Yo encerrada cuando no tengo atadero! Yo hablando poco siendo tan parlanchina que hasta hablo con los ojos... imposible, de clausura no.

Los niños ya me gustan y mucho. Esos blanquitos y ru-

bios, y los otros morenotes y fuertes, todos. ¡Pobrecines!
¡Sin madre, tan inocentes! Nunca visité esos dormitorios
largos, largos, llenos de camitas, que de juguete parecen, sin
que me entraran unas ganas muy grandes, muy grandes de ser
monja, solo por ser la madre de tantos niños, que no la tienen.
¡Angelitos del Señor!... ¡Qué placer será el que se sienta
tras el torno, cuando uno de esos cuitadines, por su madre
abandonados, tienda a la monja sus manecitas! ¡Qué sentirán
las monjitas!... ¿qué dirán?... ¿qué harán?... Yo primero les
besaría mucho, mucho... después les daría el biberon, ¡cuánta
hambre tendrán algunos pobrecitos! ¡les pondría muy limpios,
en mis brazos les dormiría, y a su cunita tan monos, tan
ricos, tan blancos! ¡Hijitos míos, los desgraciados, cuánto os
había yo de querer y cuánto me habíais de querer a mí!

Yo os enseñaría a hablar, a persignaros, a rezar... y
vosotros me llamaríais *madre*. ¡Madre Nieves! Es bonito mi
nombre para monja... qué más da si se los cambian... ¡ay! no
¡qué boba! si éstas no se lo mudan. Sí, sí, florecitas del campo,
tenéis razón, yo seré monja de la Caridad. Mis niños... mis
enfermos... mis infortunados... Me ha dado Dios un corazón
tan grande que, por aliviar los dolores de mis prójimos, aunque
no los conociera, quisiera sufrirlos yo sola. ¡Qué placer habrá
comparable a esta ventura! Monja, monja, y monja.

¡Ay Dios mío, y mi papín?... ¡Pobre viejecito mío, ¡se
moriría de pena... tan solito!..., con tanto como me quiere...
¿Quién le plancharía sus camisas? ¿quién le cepillaría su
traje?... él, tan pulcro, ¿qué haría sin mí?... ¿quién le be-
saría al acostarse?... ¿quién le rizaría el bigote?... esto es
lo que más me preocupa ¿quién le rizaría el bigote a mi que-
rido papín? Perdonadme, florecitas; margaritas, no puede
ser... el bigote de mi papá me ha quitado de repente la vocación.

No te dejes, padre mío, estás muy solo, vas siendo viejo,
puedes enfermar, tú serás mi niñín, mi enfermito, mi amado
con Dios. ¿Quién más falto de cariño que tú?... ¿quién más
solo?... ¿quién más abandonado, si te abandona tu Nieves?
¿Y voy a dejarte por un extraño?... ¿Lo véis florecillas, cómo,
aunque os empeñéis, no puedo yo profesar?

Además, que no sirvo; ¡vaya!; y cuanto más lo pienso,
más en ello me confirmo, porque ¿cómo hago enmudecer a
estos ojos, que tanto parlan?... Y qué verdad es que hablan

los ojos... ¿por qué será?... todos los ojos hablan... y muy claro. A mí me gusta mucho mirar a las personas en los ojos. Siempre que estoy con alguien a los ojos le miro. Se sabe si están alegres o tristes, si son felices o sin ventura, humildes, buenos y honrados, o malos, traidores, y orgullosos; ¡qué mirar de candor el de los niños...! cómo miran los perversos... dan miedo... instintivamente se aparta una de ellos... En este pueblo miran todos con los ojos bajos, humildes... son buenos, los mozos y las mozas, los hombres y las mujeres, todos miran bien... resignados... menos los mineros, que miran soeces y de través... y Tino, que mira muy desvergonzado, aunque, cuando yo le miro de frente y severa, baja la vista, cual si quisiera ocultar algo.

¿Qué tendremos en los ojos?... Ocasiones hay en que, sin hablarse, las gentes se entienden con la vista, y muchas también en las que, aunque no queramos, los parlanchines ojos publican lo que más escondido tener queremos. ¡Le hacen a uno cada jugarreta!... Me acuerdo yo de una vez, cuando estaba malina mi pobre mamá, que, al volver de acompañar al médico mi padre, en sus ojos leí yo que mi madre se moría. ¡Cuánto se esforzaba él en convencerme de que no, que le había asegurado que estaba mejor; pero yo, tozuda, seguía mirando, mirando a mi padre, y, aunque él apartaba la vista, no bien a mí la dirigía, se encontraba con mis ojos inquisidores, clavados en los suyos lacrimosos! Llegó a decirme «no me mires así, hija mía, que me haces daño», pero yo, firme que firme en mi propósito, hasta que él angustiado no resistió más y se abrazó a mí llorando. Mi madre murió.

¡Madre mía, madre mía, qué buena eras! ¡Y que falta me hacías ahora, para decirme qué seré yo!

Monja no. ¿Soltera? ¡Ay! tampoco. Si se muere mi padre, (Dios haga que muera yo antes... no, que se moriría él de pena) si mi papín se muriese, ¿qué sería de mí, soltera y por ende sola... muy sola? Primero monja... Si no fuera mi señor D. Manuel, yo creo que lo sería... y dale con el monjío, si ya hemos quedado en que nones. ¿Y soltera?... nones también. No me queda otra cosa que casada... bueno... casada... pero, para casarse hacen falta dos, una yo, ¿y el otro?... ¿quién será el otro?... ¿dónde estará?... ¿habrá alguno que me quiera? Sin duda, si no fuera orgullo, casi

podría decir: ¿habrá alguno que me haya visto y no me haya querido? Dicen que soy muy simpática y... ¡qué caramba! debo serlo, porque a mí me quieren todos, pero todos, todos... Bien es verdad que nada me dan que no reciban, porque yo a todos quiero mucho... Este cariño sin embargo no debe bastar para casarse... al menos yo no me casaría con ninguno de los que conozco... y los quiero... y mucho... pero con ninguno me casaría. Y los que me conocen, ¿se casarían conmigo?... Todos, todos... ¡Huy qué soberbiona soy!... menos mal que nadie sabe lo que pienso. Y qué ¿no es verdad?... pues la verdad no es soberbia; una cosa buena como la verdad, no puede ser mala siendo buena, y la verdad lo es. ¡Qué jaleos me traigo yo esta tarde, Virgen de las Nieves!... ¡Esta cabeza loca!...

¿Con quién me casaré si llego a casarme?... Decía antes que todos se casarían conmigo, y ahora estoy pensando en que uno quizá no se quisiera casar... cá... ese no se casaría conmigo... y será el que más me quiere... y yo también le quiero mucho... será de los que más... sí, sí, al que más, después de mi padre... y sin embargo no se casará conmigo. Claro que él no sabe lo que estoy pensando. ¡Madre querida, qué vergüenza si lo supiera!... pero ni lo sospecha, ni se le puede ocurrir... Aunque se lo dijeran, no lo creería... ¡qué iba a creer!... Razón tienen en decir que las mujeres pensamos cosas, que los hombres ni imaginan siquiera. ¡Cómo se le va a ocurrir a Cundo lo que estoy pensando!

¿Pues no me molesta que no quiera casarse conmigo y que prefiera a Marusa! Esta si que es buena, no me casaría con él, y sin embargo en paciencia no llevo que él no quiera casarse conmigo. ¡Qué bueno es! ¡qué noblote! ¡qué fuerte! ¡qué cariñoso! Por mí se tiraría peñas abajo... estoy segura... pero casarse no. Dále, cuánta tontería, cuánta simpleza, y cuanto absurdo dice una cuando piensa sola. ¡Andar yo a vueltas en mi cabeza con mi boda y la de Cundo! Si es para echarse a reir... já... já... já... jé... ¡qué necedades... yo casada con Cundo!... ¡por María Santísima! ¿qué dirían mis amigas? ¿nuestras visitas? ¿cuántos nos conocen? ¿qué diría mi padre?... Este si que no diría nada. A lo sumo me preguntaría, ¿lo has pensado bien? ¿te has fijado en la diferencia de educación y de clase? ¿serás feliz con él? y

si yo le contestaba que sí, me haría sus reflexiones, pero no se opondría, no.

Bueno, bueno, dejemos a Cundo que sea feliz con su Marusa, que ellos hacen pareja igualita y nosotros no. A ésta ya no sé que decirle, terca es como ella sola; está oyéndome a mí: a su padre, al pueblo entero, es ella la primera que alaba a Cundo, que lo quiere, y ciega, ciegonita con ese alfeñique de Tino, cada vez más estúpido, y Dios me perdone.

Al principio aún le toleraba, pero ahora está tan empalagoso y tan pesado; es mi sombra, no puedo ir a parte alguna, sin que deje de encontrarme con él. ¡Milagrillo será que no asome por aquí! Jesús, qué hombre más dulzón y más cínico, porque el mocito va descubriendo la hilaza de su desvergüenza. Gracias a que yo lo tengo a raya, y conmigo, ni se propasa, ni se atreve a demasías de lenguaje, porque espera el sí. Siéntate, hijito, que te vas a cansar ¿no?

Loca estaría y reloca y dejada de la mano de Dios. Virgen querida, que no ciegue y se me vaya a ocurrir tal barbaridad... ¡cadena perpetua! quita... quita... valiente suplicio... si ahora que está tan acaramelado me hasta tanto que hasta náuseas me comienzan a entrar nada más verlo, ¿qué sería de casados?... Y otra vez con las tonterías y las bobadas y los absurdos de mi monólogo... Son terribles estos soliloquios. Antes Cundo, ahora Tino... ¿podré yo pensar en serio sin que me descarrile de manera tan estrambótica?

Quedábamos en que yo seré casada y buscaba con quien... nada, no parece él... no encuentro mi media naranja.

¿Cómo me gustaría a mí que fuese mi esposo?... Alto, eso desde luego, más alto que yo. ¿Rubio o moreno? Los rubios suelen ser guapos, pero el rubio me gusta más en las mujeres, los hombres rubios no me parecen tan hombres como los morenos... Moreno, moreno. Muy fuerte y con mucha salud... ¿Con barba o sin ella? Esto sí que no sé... por un lado me agradaría que tuviera barba negra y poblada, por otro, con barba parecería ya un señor, y yo no quiero casarme con un *señor*... no sé... bueno, dejaremos esto. El pelo negro y con lo que no transijo es con que no tenga los ojos negros y grandes. Hola, con lo que miro yo a los ojos... a la fuerza, a la fuerza tienen que ser muy negros y muy grandes... Además han de mirar de frente... ¡ah! y la frente

espaciosa y serena... ¡Qué locuras!... lo de siempre... empezar por lo último... la bestia dominando al ángel, la materia al espíritu, como dirían D. Diego y mi padre. ¿Qué tendrá que ver la figura con la felicidad matrimonial? ¡Cuántos Narcisos habrán hecho desgraciadas a sus esposas y cuántos Picios felices!

A lo que importa, a la hermosura del alma, que no se aja. Ha de ser muy educado, por lo menos tanto como yo. La educación es vestido del alma, encanto de la persona, pulidora del carácter, atrayente atavío, sufridora de faltas y defectos, y en suma distinción, benevolencia, misericordia, gracia, dulzura, amenidad, simpatía, caridad, amor. Educado ha de ser, no con la educación de reverencias y saludos, sino con la educación, que natural y sencillamente emana de la gracia divina, mezclada con el trato de gentes y la verdadera cultura.

¡Ah! no quiero Salomones, pero tampoco zoquetes. No Dios mío, no me des uno de esos sabiondos reconcentrados y distraídos, ni uno de esos infatuados borricos, que no saben donde tienen la mano derecha.

Piadoso tiene que serlo, y mucho. ¡Virgen mía, y madre mía queridísima!, si yo me he de casar, lo único que te pido de todas veras, con toda mi alma, de lo íntimo de mi ser, y aún a costa de todo lo demás, es que mi marido sea un católico práctico, virtuoso, muy bueno. ¡Madre, Virgen de las Nieves, que vá en ello mi felicidad temporal, y acaso, acaso la eterna, que yo quiero ir al cielo y comprendo que necesita heroísmo, para conseguirlo, la mujer casada con un impío, o un indiferente!... ¡Cómo se atreverán algunas a casarse con un hombre así que en el instante más sagrado, allí delante de Dios, cuando jura felicidad y fidelidad miente a Dios y por lo tanto miente a ella! ¡Imposible la ventura! Si no hay noción de los deberes ¿cómo se van a cumplir?; ¿cuál será la vida en aquel hogar?; ¿qué harán cuando pese la cruz? ¿qué será de aquellos hijos? Virgen amada, por lo mucho que te quiero, dame un hombre piadoso. Ya lo sabes, Virgen mía, o déjame soltera, o dame un hombre así.

¿Qué santo habrá en el cielo, encargado de buscar a las jóvenes, que deseamos acertar, el hombre necesario, para casarnos?... No me acuerdo de ninguno... y alguno debe haber... toma... San Antonio. ¡Ay Dios, ahora si que la he

hecho buena! En mi vida me he encomendado yo a este bendito Santo; no le he rezado nunca... si acaso algún padrenuestro de esos de compromiso, al pasar por delante de su imagen. Nada, que no me he acordado de Santa Bárbara, hasta que no ha tronado. Ya sabe él, que esto es muy humano... le rezaré...

¿Será éste el mismo, a quien tanta devoción tienen en este pueblo, y a quien encomiendan la guarda de sus ganados? ¡Una cosa más que ignoro y aun dicen que sé tantas! Séa o no séa, conmigo no se ha de enojar, porque no le haya rezado, y además, tratándose de matrimonios, me parece a mí que con mi San José tengo yo bastante; y estoy segura de que el Esposo de mi Virgen, como ella me ha de ayudar. ¡Hola, con lo que yo quiero a los dos!

¿En qué estaría pensando, para venir a dar en esto? No sé... ello de boda era... lo mismo da... ¡Qué cosas le pasan a una cuando medita! Empieza en Rusia y acaba en Finisterre. ¿Quién nos hará meditar?; ¿por qué habrá ratos como el que yo estoy pasando? Si viniera alguno me contrariaría... estoy tan a mi gusto sola, siendo tan amiga de compañía... sufro pensando, y me es tan dulce pensar...

Estoy mareándome y no acierto con quien pueda ser mi esposo. Jamás he tenido novio. Algunos han querido serlo y a todos he dado calabazas, porque me parece que al novio hay que quererlo casi tanto como al marido. Tener novio para lucirse, para que pasee la calle, para recibir y escribir cartas insulsas, para bailar, y solo para esto, es una simpleza de casquivana. Me figuro yo que el noviazgo es un paso preliminar del matrimonio, y creo que es así como un pecado de los más grandes tener novio, sólo por coquetear, porque si le engañamos es una mentira y una acción muy fea en una señorita, algo así como si un ciego nos dijera: «¿me hace V. la caridad de pasar el río?» y nosotras contestáramos: «sí, con mucho gusto»; y le cogiéramos de la mano, e imperceptiblemente, confiado en nosotras, le subiéramos a una roca, y, cuando más nos creyera, le dijéramos: «ya está; salte» y el desgraciado fuera a despedazarse en el abismo. ¡Qué viles, qué infames seríamos, Dios santo! Y ante el horror de las carnes desgarradas y palpitantes del ciego, que se nos confió, pienso yo que son más horribles las des-

garraduras del alma y los trozos de corazón, que pisotean indiferentes los novios, que no saben serlo.

Por eso yo no lo he tenido, porque yo no sé engañar, ni sabría decir nunca a un hombre «te amo» cuando de ello, segura no estoy. La palabra amor, tan dulce ella, me quemaría los labios... Y lo peor es que me parece que nunca estaré segura de amar a nadie, si continúo con la idea, que yo tengo del amor, para casarse. No soy egoísta y la prueba es que no me casaré, hasta que no esté convencida de que a mi esposo le querré yo tanto que había de desear para mí sus enfermedades, para él mi salud; para mí sus penas, para él mis alegrías; para mí sus dolores, para él mis placeres; su hambre para mí, mi hartura para él; su aflicción para mi espíritu, para su alma mis alegrías; y el frío, y los peligros, y las torturas, y las angustias, y hasta los agónicos suspiros de la muerte, para mí sola, a cambio de que él gozara los bienes contrarios, incluso el de la vida, que disfrutara vigorosa, aun a costa del último hálito de mi existencia. Menos lo que a Dios debo de mi alma, todo lo demás, aún lo de mi alma, para él.

¡Y qué rarezas! Yo que soy capaz de todo esto, y no me casaré, lo repito, con un hombre, a quien así no quiera, tampoco me casaría, si no estuviera convencida de que otro tanto haría él por mí. No porque lo haga, ni a mí de ello se reporte bien alguno; no, eso no, (que a pródiga y generosa en el amar nadie quiero que me gane), sino porque estimo que todo el que esto no quiera para su amada, no es digno de que su amada lo quiera para él. Ya tiene un defecto, ya se reserva algo, y quien del todo no se entrega, no tiene derecho a exigir que del todo a él se entreguen.

Así he de ser yo para mi marido, y así ha de ser él para mí, porque si hemos de ser *dos en una carne*, los dos debemos tener un sólo corazón, regocijado por las mútuas alegrías y desgarrado por las recíprocas penas. Si el mío llora, que no ría el suyo; si el suyo ríe que el mío no llore; que reprima él su risa, que ahogue yo mi llanto; que llore él cuando yo llore; que ría yo, cuando él ría: y que en la vida de tal manera nos compenetremos que en ambos produzcan los mismos efectos una sola causa. ¡Qué hermoso debe ser vivir así en santa paz, y, al cielo levantar la vista diciendo: «Míranos Señor,

criaturas tuyas somos, que cumplimos Vuestra Ley en este mundo: en Tí esperamos el premio de no separarnos en el otro.

¡Ay, mi Dios, casi me duele el corazón!

¿Cómo haría yo para encontrar un hombre así?... Si todos tuviéramos «el pecho de cristal»... no, el pecho no; la frente... enseguida nos conoceríamos, y encontraría yo lo que busco... pero me ocurre una cosa... entonces sería imposible la vida en este mundo... qué escándalos, si todos viésemos lo que piensan los demás... y qué vergüenza, si los demás vieran lo que pensamos. Mala no soy yo, ¡pero algunas veces imaginamos cada atrocidad! Hoy mismo en nada malo me he entretenido, y, apesar de ello, ¡qué bochorno, si el hilo de mis pensamientos seguir hubieran podido mi padre, Cundo, Marusa o Tino. Bien hecho está lo hecho, y bien está el mundo como está, sin que, orgullosos, nos metamos a dar lecciones a Quien, infinitamente Sabio, lo arregló.

De puro sabido olvidado tengo que Dios no me va a mandar a mí un angelito, para que me diga al oído: «Ese que pasa por ahí, aquél, el de la corbata azul, será tu marido», pero también sé que el Señor, por caminos que yo ignoro, me dará luces, para conocer mi vocación, y, si de casada ha de ser, no me ha de ocultar a mi hombre, sinó que me lo pondrá bien en medio y delantito, quizá cuando menos en ello piense, porque he leído yo «que El sabe escribir derecho con renglones torcidos».

Bien; y si se me pone a tiro, y el pazguato no se dá cuenta de mi personita, o aunque se la dé, no se *arranca*, ¿qué haré yo?... ¿declararme? Eso nunca, es muy feo eso; y parece mentira haya quien eche de menos la libertad femenina, y tan orondo defienda que las mujeres debíamos tener en amores, o en sus preliminares mejor dicho, los mismos derechos que los hombres. ¡Qué saben esos mastuerzos del corazón femenino; necios, no nos conocen!

Cómo si nosotras necesitáramos que nos salieran los colores al rostro, para declararnos, o estar con los ojos en blanco, mirando al techo y la pluma en la mano, para escribir: «Señorito, le he visto a Vd. y el amor como un volcán... etc., etc., etc., toda esa cursi literatura.

¡Qué equivocados están! En esto sí que somos listas; más que ellos; vemos el amor, sin que ellos sospechen ser

sus vasallos, y, sin escurrirnos en lo más mínimo, sabemos insinuarnos... hablar sin hablar... poner el imán, tender la invisible red, echar el anzuelo. ¡Incautos! ¡Qué me pongan delante de mí al hombre que yo deseo, y a los cinco minutos, segundo más, segundo menos... vamos... hasta el do de pecho canta... ¡vaya si canta!...

Por más que yo en mi vida he andado por tales veredas, ni falta que me hace ensayo alguno, porque estoy persuadida de que este arte es algo innato en nosotras. Otra rareza mía, yo creo que el amor no necesita del trámite de la declaración; más aún, cuanto más amor hay, más teme declararse, se evapora como el perfume si se le manosea... cuanto más fuerte, más callado. ¡Cuánto me gustaría a mí casarme con un hombre, que adivinara mi amor, y yo adivinara el suyo, sin decirnoslo... ¿podrá ser esto?... Si el amor es verdadero, no me cabe duda, así puede ser... tiene que leerse, sin decirlo.

¡Qué mareo de cabeza! Naturalmente me he metido esta tarde en unos berengenes. Bonito ciempiés, si se escribiera, cuanto he disparatado. Y total ¿para qué?... para quedar como estaba, pues a estas horas ni sé si seré soltera, casada o monja.

¿Otra margarita? ¡Qué tentación!... bueno, pero no pelo más que esta. Soltera... casada... monja... Soltera... casada... monja. Erre que erre, monja, monja, y monja. Sea lo que Dios quiera: a recoger mi labor. Pobre puntilla, lo que es hoy ni un pico... y tú, libro mío, qué solo has estado... Dicen que en cualquier página, que se abra, se encuentra algo aplicable a quien lo lee. A ver.

Jesucristo.—«Hijo, déjame hacer contigo lo que quiero: Yo sé lo que te conviene. Tú piensas como hombre y sientes en muchas cosas como te enseña el afecto humano».

El siervo.—«Señor, verdad es lo que dices: mayor es la solicitud que Tú tienes en mí, que todo el cuidado que yo puedo poner en mirar por mí...».

«Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas; y si quieres que esté en luz, seas también bendito».

«Si te dignares de consolarme, bendito seas; y si quieres atribularme, también seas bendito para siempre».

Jesucristo.—«Hijo, así conviene que obres, si deseas andar conmigo».

«Tan pronto debes estar para padecer como para gozar».

«Tan gustosamente debes ser desvalido y pobre como abundante y rico».

El siervo.—«Señor, por Tí padeceré gustoso cuanto quisieres que venga sobre mí».

«Indiferentemente quiero recibir de tu mano lo bueno y lo malo; lo dulce y lo amargo; lo alegre y lo triste; y te daré gracias por todo lo que me sucediere».

Dos lágrimas suaves y tranquilas rodaron por las mejillas de Nieves, a quien sosegaron estas palabras, que cayeron sobre sus agitados pensamientos, como rocío benéfico, apaciguando dulcemente el torbellino de las peregrinas ideas e inciertas escudriñadoras del ignorado porvenir.

Pausadamente se fué a la solitaria ermita, y, en pleno campo, de rodillas, pegó su ardorosa frente a la frialdad de las rejas, poniendo sus ojos en los misericordiosos de la Virgen de las Nieves, que desde su hornacina parecía recrearse complacida en el alma virginal y pura, que a Ella elevaba fervorosa plegaria en demanda de auxilio.

El astuto tío Periquín toda la tarde había estado río arriba y río abajo, dando varadas con su caña de pescar, y por más que el afán de llenar la cesta al río llevaba sus ojos, medio oculto entre las salgueras no cesó de espiar a la solitaria Nieves, que, ajena a estas miradas, la fuerza de sus pensamientos acompañaba, fiada en su soledad, con expresivos ademanes.

Al verla arrodillarse, dando por terminados su espionaje y tutela, que de todo había algo, el simpático vejete se echó a la espalda la pesada cesta, desanudó la tanza, haciendo con ella una circunferencia con los anzuelos de pluma en radios al exterior, se la colocó en la oreja, al hombro puso la caña y marchó en dirección al pueblo.

A las primeras casas llegaría, cuando topó a D. Manuel, que en sentido contrario caminaba, y quien afectivo y llano le saludó diciendo: —¿Pescó mucho?

—Bastante, D. Manuel, mire V.

Colocó la cesta adelante y, al abrirla, percibióse el olor fresquísimo y agradable de la pesca, recién salida del río.

—Hailas buenas, señor. Esta pa que la cene esta noche. Cójala, ¡rediezla! que se la doy de buena voluntad. Los de

la Montaña o no damos nada, o lo que ofrecemos es pa que se nos acepte sin miramientos y sin que precisemos gracias. Si damos una cosa es porque así nos cumple y a favor tenemosle que nos la admita. Con que así, tenga la mejor ¡rediezla! que más me ha de petar saber que la está comiendo persona de mi aprecio que no comerla yo.

—Bien, hombre, te la agradezco.

—No dóisela pa eso, D. Manuel. Dóisela, por hacer el mi gusto. ¿A que sé dónde va V.?

—Veamos si acierta.

—Como el sol, que nos alumbra, va en busca de la señorita. Hace mucho que no la ve, y anda V. tras el rastro. ¡Así somos todos los padres! Yo voy a ver a las más.

—Acertaste. ¿Sabes dónde está?

—Toda la tarde estuve celándola, y si no le ofendiera, cuasi que le decía una cosa.

El montañés había adoptado esa actitud de indecisión, tan peculiar de sus convecinos, que consiste en bajar la vista al suelo, rascarse muy despacio la cabeza, mirar de cuando en cuando hasta lo íntimo de los redaños al interlocutor, y repetir unas cuantas veces estas operaciones de exploración, antes de romper a hablar.

—No se atarugue hombre, que nada malo me ha de decir.

—Eso no; más no sé si le pintará bien.

—Si me pinta. Acaba.

Lentamente y estudiando en la cara de D. Manuel los efectos de la conversación, para recoger velas, si eran desagradables, o seguir su rumbo, si el viento era próspero, silabeó las palabras de esta pregunta:

—¿La señorita tiene novio?

—No; —contestó sorprendido D. Manuel.

—Pues a mí peme que sí. Cuando las mozinas están solas y miran mucho pa'l cielo, y suspiran, y pelan florinas, y andan enredando con los picos del mandil... malo, D. Manuel, malo. Mal de amores tienen. Si la suya no ha caído, dígame yo que ya empieza. El ite está en saber quién es él, y eso ya saldrá, que el dinero y el amor no pueden estar callados. Y disimule, que yo dígoselo al tanto de que esté V. en autos, que pa eso es su padre ¡rediezla!

—Gracias; y ya que tan franco ha sido conmigo, le

aseguro que hasta ahora no hay nada, y que mi hija me lo dirá a mí enseguida que lo haya, y que en justa correspondencia, en cuanto lo sepa, se lo comunicaré, se lo comunicaré, repito.

—Yo no digo que haya, pero que, si no hay, cerca le anda, esa no falla. Celándola estuve dos horas, y ¡rediezla! Periquín huele desde lejos. Algún día se acordará usted de esta trucha.

Pa casa se la llevo. La señorita está en las Nieves. A la paz de Dios.

—El te acompañe. ¡Cosa más notable! Y será verdad, será. Estos montañeses ven crecer la hierba, son listos y astutos como ellos solos. Pero ¿adónde habrá puesto los ojos esa chica? Si aquí no hay nadie y allá nada dejó. ¡Bah! en ningún sitio. A ella le faltaría tiempo, para decírmelo. Nada, que esta vez se pasó de listo el viejo Filetas.

Salióse D. Manuel de la carretera, atrochando por el atajo, y, sin pretenderlo, oyó la siguiente conversación de dos mineros:

—¿Ya vas al infierno, ninchi?

—De allí vienes tú.

—Lástima no cogiéramos dentro a los burgueses.

—Aquí no se puede hablar de eso. Son todos reaccionarios. ¡Valientes burros de carga los obreros de este pueblo!

—¡Y que lo digas!

—¿Has visto esos mozos, que no sirven para nada más que para reventar trabajando y obedecer a mamá y al retrógado del Cura?

—Y que lo digas. El domingo pasado no hubo baile, solo porque al sotana se le antojó.

—Oye, a propósito de baile. Me van haciendo a mí la Pascua estas mozas. ¿No te has fijado en que no quieren bailar con nosotros?

—Sí, hombre, no bailan más que con esos mastuerzos. Se marchan en cuanto nosotros las sacamos.

—¡Si fuera eso solo! El otro día por poco hay que sentir. Ción ni se marchó, ni quiso bailar conmigo. Esa me la ha de pagar.

—Ten cuidado, que su novio Miguelón es muy bruto.

—Mientras yo tenga éste, y enseñó un estilete.

- ¿Por qué no llevas pistola como yo?
- Lipendi, porque hace ruido.
- Y que lo digas.
- A esos badanas hay que darles una.
- No es tan fácil como tú crees.
- ¿Qué no? Mira como no chistan, cuando les provocamos.
- Porque es de día y hay testigos... pero sal de noche, cuando estén de ronda.
- Ya habrá ocasión. Más prisa me corre meterle éste al indiano ese, que me está haciendo la contra en casa de la Pepa.
- A ese le puedes dar duro.
- Por estas que con una sola le ha de bastar.
- Por fin ¿tenemos huelga?
- El lunes, dicen.
- ¿Qué pedimos?
- No sé.
- ¡Qué asco! Si en estos pueblos no puede haber huelgas. Te falta la protección de todos. La Guardia Civil está contra tí; los alcaldes contra tí, el juez contra tí, en todas las casas contra tí. En las capitales siquiera encuentras alguien, que te encubra, pero aquí... piscis... son unos retrógados.
- Y que lo digas. Quisiera ver yo aquí a los nuestros. Cuando la de agosto, ya tu ves que en España entera nadie hizo lo que nosotros, ¡proclamar la República en Cistierna, y declarar la guerra a Alemania!, pues chico, a tiros nos echaron, y por esos montes tuvimos que andar muertos de hambre, robando la merienda a los pastores y ordeñando las vacas, los que fuimos Ministros unas horas.
- Esa es la *puri*, ¿pero sabes lo que te digo?... que para la primera ya será otra cosa, porque van siendo de los nuestros muchos de los borricos, que trabajan a matar y poco menos que de balde. Ya se van ilustrando los mozos de esta tierra.
- ¡Buen trabajo nos cuesta!
- Vaya, compañero, ¡salud y libertad! Y no te olvides de hacerle esa caricia al indiano.
- Esa segura la tiene.
- Por detrás ¿eh?

—Ni lo preguntes.

—Si te hago falta...

—Me basto yo solo. Estas cosas cuanta menos gente y menos ruido, salen mejor.

D. Manuel con honda pena midió la inminencia y gravedad del mal, que se cernía sobre su Montaña.

Regresaba Nieves y, al encontrársela su padre, decía éste:

—¿Qué es esto, chica, estás mala? Trae ese pulso.

—Si no tengo nada...

—¿Cómo que no? Estás encendida, sofocadísima, sofocadísima.

—El sol... toda la tarde estuve en el prado.

—El pulso está bien.

—¿Lo ves?, aprensiones tuyas, que te apuras antes de tiempo.

Besó la bella a D. Manuel, y después muy zalamera y mimosona, con cierto misterio y temor preguntó muy bajito:

—Oye, papín, ¿qué seré yo?

—¿Cómo?—dijo sorprendido el padre.

—¿Que qué seré yo?

—¿Tú? Hija mía.

—No. Eso es lo que soy. Yo te pregunto qué seré.

—Muy buena.

—Que bobín eres: no entiendes, o no quieres entenderme. Te pregunto ¿qué te parece a tí que seré yo, soltera, casada, o monja?

Los celos del sagaz Periquín pasaron por las mientes del escamado señor, que a la atrevida pregunta contestó con esta otra.

—¿Qué piensas tú ser?

—No lo sé, por eso te pregunto.

—Dime, Nieves, ¿tú tienes algo en proyecto?

—Te aseguro que no, si lo tuviera, lo sabrías cuando yo.

—Te creo, necesito creerte.

—Anda, díme, ¿qué seré?

—Tú serás... ¡Qué atrocidad! cuanta gente entra en casa de Forón, y todos corriendo. Vamos allá, hija mía, no les ocurra alguna desgracia.

Por todas las vías afluentes a la indicada casa iban todo lo apésurados que podían hombres y mujeres de todas edades.

Una turbamulta de chiquillos atisbaba por las rendijas de las tablas, o cómodamente montados en las bardas del corral.

D. Manuel y Nieves llegaron, cuando en precipitadas idas y venidas salían y entraban las mujeres en la cocina. Bajo la bestecha se oía rumor de nerviosas conversaciones masculinas, y, al entrar padre e hija, vieron en el centro del corral un hermoso novillote, animal de preciosa estampa, enormemente ancho, que de cuando en cuando resoplaba jadeante. Los ojazos, en otro tiempo agresivos, estaban ahora apagados, mirando con la suplicante mirada de la vaca madre. Parecían implorar misericordia, y el colosal vientre aumentaba con extraordinaria rapidez. La piel lustrosa estirábase con la hinchazón general, pareciendo próxima a estallar por su extrema y obligada tersura. Desaparecieron líneas y formas: hasta los dos grandes, hundidos triángulos de los ijares se habían llenado, y el animalón, pletórico, congestivo, estallante, a duras penas su peso podía sostener.

—¿Qué tiene?—inquirió D. Manuel.

—Enteló, señor—y como Miguelón se diera cuenta de que su respuesta no había satisfecho la curiosidad de los forasteros, amable se apresuró a continuar: —Llamámosle así a un mal que les entra por pastar yerba en malas condiciones. Dicen que cuando está húmeda es muy mala, sobre todo la de rocío, y que también es malo el trébol, pero nunca sabemos por qué es. Hayle ocho reses en un mismo prado, y solo a una éntrale la enteladura. Este con otras cuatro estaba y él solo púsose malo.

—¿Y en qué consiste esa enfermedad?

—¿No lo ve, señorita?, la yerba háceseles viento dentro del cuerpo, y se van inflando, inflando, hasta que se les aprietan todos los menudos de adentro, y si eruptan o pedorrear (disimule señorita) se salvan, pero sino, se mueren.

—¿Por qué no les llevan a otros praos?

—Es igual, señor, cuando el natural de ellos es entelar, en cualquier parte entelan. Ya ve, la misma yerba comió éste que los otros, que quedaron en el pacerero.

—Pero con ese novillo están haciendo atrocidades, eso es, atrocidades. Aunque estuviera bueno, sólo con lo que le dan, bastaba para matarlo. Desde que estoy aquí, le han atravesado las narices con un clavo, ¿qué tendrá que ver esto,

para curarle?, y dentro de su cuerpo han metido... ¡qué se yo!... medio cuartillo de aguardiente, uno de aceite, pólvora con leche, le han hecho roer tocino con pimienta, jistra y... no sé cuantas plantas más de las innumerables, que ustedes conocen. Ese modo de curar es imposible, imposible.

—Y qué le vamos a hacer. Remedios caseros. Todos los vecinos tienen buena voluntad, y cada uno dice lo que le parece que al suyo le pintó. Pero éste peme que no salva. No regüelda. ¡Qué lástima y vale cuatro! Mírelo como tiembla. Se va a caer, y si se tumba, somos perdidos. Muchachos, las estacas, que se cae.

Corrió allá Miguelón y, no había llegado cuando los demás tenían cuatro largos y resistentes palos, de los que dos, en forma de aspa, fueron colocados detrás de las patas delanteras del animal, y otros dos en la misma forma delante de las traseras, arrojando el hombro los cuatro hombres más forzudos, quienes con el otro punto de apoyo de las palancas en el suelo, levantaron cuanto pudieron, consiguiendo de esta suerte, tener en el aire al animal, que sin fuerzas se acostaba.

El médico venía fatigado de la carrera, y, cual siempre a gritos ordenaba:

—¡Repollo! Tú, enseguida por el trocar. Animales, nunca habéis de salir de la rutina. Bueno habréis puesto al novillo con esas porquerías, que les dáis. Está muy malo, timpanizado del todo. ¿Dónde está ese trocar? ¿Que hace ese que no viene? no hay minuto que perder.

—Ya está ahí.

—Trae.

El médico practicó la enterotomía, introduciendo por el lado derecho del animalote el niquelado instrumento: extrajo el émbolo, y apenas quedó libre la cánula, los encerrados gases comenzaron a salir con increíble fuerza, que en su ímpetu silbaba. De vez en vez con el aire salía yerba recién pastada y medio deshecha, que, para no obstruir el orificio, era sacada con un palito intruducido en el agujero.

A las voces de azoramiento sucedió el más absoluto silencio, y, cuantos allí se encontraban, ponían su compasiva mirada en el paciente animalote, que parecía entender la solicitud de que era objeto, a juzgar por la ternura de sus ojos de angustia, resignación y sufrimiento.

El aire seguía silbando, al salir. No podían transcurrir más lentos, aquellos minutos de incertidumbre de vida o muerte, cuya pena a todos alcanzaba, sin que por eso la esperanza dejara de estar en los corazones. El médico no cesaba de reconocer al novillo, y, al ver que, cediendo algo la hinchazón, comenzaba a señalarse lo hundido de los ijares, satisfecho exclamó, poniéndose la chaqueta:

—Ya tenéis novillo. Y no contéis más conmigo para estas cosas, porque no he de volver. (Nadie le había llamado).

Os he dicho cincuenta veces que os hace falta un veterinario, y vosotros, sin acabar de caer del burro. Así se os muriera todo el ganado, (farsa pura), a ver si aprendíais. Vámonos, D. Manuel, que aquí no hacemos más que estorbar, como todos estos.

—Cuando V. quiera. Me alegro mucho, ¡caramba!, me alegro mucho que no se haya muerto, eso es.

—Gracias, señor. San Antonio nos lo guarde.

—Ojalá, —dijo Nieves—, ya le rezaré yo a ese santo.

—Dios se lo pague, señorita.

—No sé como son estas gentes, un pueblo esencialmente ganadero todo él, y ni tienen seguros de ganado, ni veterinario. Ellos sé saben, bueno esto de se saben... creen que se saben todas las enfermedades y aplican los más absurdos remedios caseros, y, como dicen que, fuera el alma, animales y personas todos somos iguales, empeñados en que yo he de curar a ellos y a sus bestias. Una de las enfermedades más frecuentes es esta; sin duda la yerba de estas praderas es muy fuerte alimento. Pretendían curarla, y siguen curándola con todos los jarapotes, que V. ha visto, más, al avanzar el ataque, tiraban de navaja, y el que no moría de la hinchazón, moría de la puñalada. Yo les hice traer ese trocar, que ya saben manejar, pero casi siempre lo utilizan tarde; le tienen horror.

—Pues si se les muere un buey de esos ¡caramba!, quedarán ab illo, ab illo.

—Y tanto. Apesar de ello son individualistas. Habrá V. visto hoy que allí estaba todo el pueblo, sintiendo como propia la desgracia ajena, pues nada de sindicalismos. ¡Tan beneficioso como para ellos sería, encontrarse con unos cuantos duros, cuando una res falleciera! No señor, el que la pierde

tiene que contentarse con la compasión de sus convecinos, siendo lo más curioso que aquí, donde es incalculable el valor de una perra chica, porque en regla general son pobres, y lo que más circula es el intercambio de especies y no de moneda, se quedan sino tranquilos, al menos bastante resignados, en el caso de pérdida de uno de esos bueyes, que bien valen sus mil pesetas. Son notables; escatiman los cinco céntimos y siguen tan orondos, expuestos a perder miles de reales. A todo esto, ¿qué dice mi ex-enferma?

—¿Qué le voy a decir?

—Si no fuera por quien nos oye la daba a V. un consejo. Qué ¡repollo! lo mismo se lo doy delante de él, porque conviene que lo oiga. Cásese V. A mí no se me pudren las cosas en el cuerpo.

—Esta sí que es buena; ¿y con quien me he de casar, Doctor?

—Ahí tiene V. un asunto que estaría perfectamente arreglado si yo fuera soltero, no disfrutara de esta deliciosa panza esférica, y mi bigote estuviese sin canas, pero así... usted buscará, niña, que esas son cosas muy personales, y suelen salir mal con tercero... Adiós, que por esta calleja me espera un enfermo.

—¿Has oído, papá? Las flores dicen que monja...

—¿También florecitas?

—...Y el médico que casada. ¿Tú qué dices?

—Que me dejes en paz, eso es, en paz. A merendar.

—No tengo ganas.

—Pues las haces.

—Pues dime que seré yo.

—Hija, que no soy adivino. No te preocupes. Dios dirá.

—Es verdad. Dios dirá. «El sabe lo que me conviene. Le dejaré hacer conmigo lo que le agradare, porque no puede ser sino bueno todo lo que El hiciera de mí».

—Bendita seas, hija mía. Abrázame.



VI

Por las vísperas...



UÉ ajetreo, qué actividad, qué ir y venir, entrar, salir, y vuelta adentro y otra vez afuera, o con un reluciente perol, o con una cobertera llena de diminutos bollos crudos, destinados al horno, o con una cazuela prestada por la vecina, o con el rameado plato de vivos colorines, o con el brazado de leña picada, o la docena de huevos en el delantal, recogido con la mano izquierda, llevando en la derecha el paquete de azúcar, o con cualquiera de los múltiples, variados y sencillos ingredientes, que, en las hábiles manos de las montañesas, habían de dar por resultado el sabroso arroz con leche, el amarillo y tembloroso flan, o las nutritivas natillas, adornadas con los complicados dibujos del polvo de la canela, antiestéticamente esparcida por las orillas a manera de festón, que, en su centro, deja espacio suficiente, para, con el tamizado polvillo moreno, dibujar con todo esmero y mano tosca

las iniciales de la dueña de la casa, poderosamente destacadas sobre el fondo amarillento del codiciado manjar, y rodeadas del círculo de bizcochos, cuidadosamente colocados.

Y todas estas idas y venidas, entradas y salidas, vueltas y revueltas, subidas y bajadas, se hacían con toda prisa, corriendo, sin detenerse a hablar con la vecina, ni aún a dar las tardes, ni aún a contestar más que lo preciso, andando y levantando la voz, a medida que aumentaba la distancia.

Todos los pacíficos vecinos de Lillo, sin distinción de sexo ni edades, gentes de suyo reposadas y calmudas, en aquellas horas estaban inquietos, en perpetuo zarandéo, en incesante movimiento, *azogados*. Las calles y sobre todo la plaza de la bolera, ordinariamente solitarias en días de labor, hallábanse cruzadas en todas direcciones por mozas, chiquillos y rapazas que apresuradamente hacían los encargos, y de nuevo volvían, y al poco rato aparecían otra vez.

—Tía Quica, que me dijo mi madre que me dejara el cedazo pequenín.

—Aguárdate un poco.

—Que me dijo que volviera pronto.

—Pues ábate, marcha y ven luego, que está ocupao.

—Señó Juan que... que... que me de una arroba de azúcare...

—A ver las perras que traes.

—Mírelas, pero que me de el azúcare...

—Canastos con la rapaza, no ves que la estoy pesando.

—Pero que me de una arroba pronto...

—Sí, por tres reales. Toma y ospe. Tú ¿qué quieres...?

.....
—Señá Tona, que me deje un plato de los guapines.

—No te lo debía de dare, que lo vas a rompere. ¿Por qué no viene la tu madre a por él?

—Porque está haciendo las teresitas.

—Toma, y mucho cuidado no lo rompas. No corras. ¡Ah! rapazina, dile a la tu madre que te de la sartén grande, y traémela.

—Si señora.

Y así por el estilo. Aquello era no descansar.

En las cuadras el criado o el amo, batedera en mano, arrastraba hacia afuera el abono de hediondo olor, porque

allí ya se «estacaba» uno; vendrían caballerías al día siguiente, y no «pintaba» bien que aquello estuviera hecho un muladar, tanto más cuanto que alguno podía tener un apuro, A. V. I. y no era cosa de sacarlo o sacarla por el «piscuezo», si se atollaba, pues los cuartines para estos imprescindibles menesteres no llegaban a cuatro en todo el pueblo.

Ya bien limpia la cuadra y barridos los pesebres, a coger el hacha y partir leña, que pedían las mujeres, quienes aquella tarde no se hartaban de meter astillas en la cocina, sin que ni en una sola estuviera colgado del «pregancín» el caldero del «gócho», o se cocieran «gamones», faenas las más gastadoras del fuego.

Después al monte por la «machorra», y, si como habían hecho la mayor parte, teníanla en casa desde por la mañana, a matarla, a desollarla, a partirla bajo la dirección del ama, quien quería un cuarto para asar, la otra pieza para salarla, y lo de las costillas y una pierna bien descuartizada, para ser frito.

Añádase a esto el coger alguna gallina, acabar el trabajo del campo, asegurar las patas de algún banco o silla, las visagras de puerta o ventana, desalojar de trastos el comedor, recoger en el cuarto de atrás o en la cuadra aperos de labranza, que en la casa estorbaban, y verase que tampoco andaban muy descansados y en sosiego los hombres de aquel lugar, para quienes en tan apurado día sobran quehaceres no por menudos menos importantes en una casa, donde al día siguiente habían de entrar amigos, convecinos y forasteros, quienes de rigor era viesan cada cosa en su sitio, como si no estuvieran acostumbrados a ver todo manga por hombro los trescientos sesenta y cuatro días restantes del año. ¡Pero no en todos ellos era la fiesta del pueblo!

En honor a la verdad, aunque no faltara que hacer a los hombres, el mayor trabajo de aquel día era para las mujeres. Tenían que ver los trajines, en que afanadas se hallaban metidas con singular regocijo e inusitada presteza. Por la mañana se habían fregado todos los suelos de los pisos, se habían limpiado las paredes y lavado los cristales, y no hubo rincón, ni silla, ni mueble, ni cachivache, ni retrato que no pasara por manos, que quizá no habían tocado algunos desde la misma fecha del año anterior.

Se comió temprano y deprisa, y a la tarde llegaron al apogeo las faenas culinarias. En el llar ardían troncos de haya; enorme trébede ocupaba el centro; del pregancín colgaba la caldera de las morcillas y en el escaño las mujeres, todas llorosas, picaban las cebollas. Embutía una el condumio en la lavada tripa, ataba la otra, cuidando de no dejar entre atadura y atadura espacio grande sin pinchazo de alfiler (no de cabeza negra, que esto era muy malo) y, preparada una rastra, a la caldera a cocerla. Sobre la trébede, ancha cazuela de barro de las de Perihuela con los menudos de la oveja, y sin obstar caldera y cazuela, aún había sitio en el fuego, para colocar dos o tres trébedes más pequeñas, destinadas a sostener los peroles, pucheritos o sartenes, de lo que pudiéramos llamar repostería.

Había que hacerlo todo y todo se quería hacer a un tiempo. Así es que en la amplia «gloria» eche V. sartenes, y platos, y cazuelas, y pucheros, y cucharas, y cuchillos, y papeles, y coberteras, y cacharros con distintas masas en crudo. Y aquí el papel de la canela, junto al bote de la sal; y allá el aguardiente al lado del pimientó; y unas cebollas en amigable compañía con el azúcar; y una docena de yemas batidas en su plato con la tartera de la sangre por vecina; y las tripas lavadas, alternando con el manojo de orégano seco; y el sangrante trozo de oveja, arrimadito a la olla de la leche; y todo esto, y mucho más que no se escribe, para no aburrir con parrafada tan larga, colocado sin orden ni concierto, allí donde la mano halló un hueco, para ponerlo, siendo de admirar que con los apuros y las prisas no se echara pimientó en el arroz con leche, o se sazonaran con azúcar los menudos de la oveja, o se echara sal en la flanera. ¡Porque cuidado si se hacían cosas diversas a un tiempo! Oigamos sino a la tía Quica:

—Aparta del fuego esa olla, niña, que se va la leche... Tú bate más esos huevos, para que levanten... dame el cuchillo grande, condenada, que no sé donde está... dale vuelta a esos menudos... Tú, chica, échate a un lado, que se te «estura» la saya... Frega ese cuchillo, mujere...

¡Virgen de las Nieves, qué sucias y marranonas sois, aparta esa azúcar, no ves que escorre el agua de las tripas... Limpia otra vez, que está todo hecho una zarria... míralo...

agua... leche... aceite, demonios... limpia bien... no sé pa qué diantres servís...? ¿qué, ya limpiaste?... pues como si nada hubieras hecho.

No... no me quites esa tartera de ahí, indina... que no toques a nada... limpia por el medio y trae otro trapo, que esa es la rodilla de Valladolid, yo me limpio a ella y ella se limpia a mí... Sí, niña, si hay, vete a la cómoda. No aprete tanto las morcillas tía Tanasia, que se va a rompere la tripa y se salen en la cocedura. ¡Virgen de las Nieves, si ya no hay astillas! Dile a tu hermano que te pique un brazo, y de paso echa un ojo al horno, a ver si está pa barrerlo. ¡Ah!, y llégate a por un cuartillo de vino rancio... volando ¿eh?...

¡Madre querida, esos huevos! Paeces bobona, mujer, cierra esa puerta. ¡Os!, ¡os!, condenada, en la cazuela habías de estare; ¡os!, ¡os!, Virgen de las Nieves, qué estropicio, ¡ay!, ¡ay! ya lo tiró. Ese gato, reladrón, que se lleva una costilla, dale un buen escobazo, ¡dale, dale duro!: Virgen la mi madre, la mejor copa rota; ¿No os dije que la apartárais?... Vale Dios que no se hacen estas cosas más que una vez al año, sino acabábais conmigo y con la sangre que me estáis repudriendo... ¿Qué hace falta más canela? Ya lo podías habere dicho antes, pa traerla, cuando el vino...

¿Habrás abondo con éstas yemas para el flan, niña? Peme que sí, pero como nunca sabe una los que vienen y lo mismo te se pueden presentare dos que veinte... ¡Qué días, qué días, anda con Dios ¿y aún dicen que fiestas?; pa las mocinas serán buenas, niñas, que pa nosotras trabajo ña más hay... Por más que mira; a contento se lleva, porque al fin en casa tenémoslo, y de lo nuestro gastamos... Dale vuelta a eso... y hoy hacémoslo nosotros en la nuestra casa y mañana comémoslo en la de ellos. Y placer y gusto de una es que, después de estos sofocos, vengan muchos a honrre la tu choza, cuantos más mejor, porque más son los que te estimán.

¡Cref que te habías muerto por allá! Anda frega ahora esos cacharros y limpia esas zarrías del basare... Cuasi que quitábamos ya las morcillas... ¿Y la canela?, andá, hija, vete corriendo.

¿Qué quieres tú? ¿limpiaste la cuadra?, pues ábate, que aquí no haces ninguna falta, demonio... ¿Qué te planche la camisa? Para finuras estamos, marcha, marcha... ¿qué no

tienes camisa que ponerte? Indino, ¿cómo quieres que me ponga ahora a planchar?... ¿no ves cómo estamos? ¿vamos a dejarlo todo por servir al señorito? tiempo habrá, *testón*. Toma, zapa ese cazo... ¿El plato de natillas pa los mozos?... que mamen la gocha, si quieren. No os untaréis los morros con lo nuestro, lambrones...

Ya está aquí la canela. Teresa, tú, que tienes mano pa esas figurinas, échala en la fuente, y haz las letras bien guapas. *Fadión*, ¿quieres marcharte y dejar en paz a tu hermana? Dale uno fuyascazo. Ya me va a mí amolando tanta camisa y tanta fantasía. Mira, tráete dos cántaros de agua... ¡coiro! ¡coiro!... si no los traes no te la planchamos.

Mientras yo parto las chuletas, cascá tú esos huevos. Echale más harina a esa masa. No, no hagas los bollos ahora que está tu hermano al llegar, y se los come crudos. Dios te lo pague, hombre... ¿qué hora es?... ¿las cinco?... ¡Madre querida!, y sin ir al horno, y lo que nos falta, apresuraivos, niñas, que no acabamos hasta el cante del gallo.

Y así cuatro horas, o cinco, o seis, o qué se yo cuantas, y esto en todas las cocinas del pueblo, pues todas humeaban a cual más.

Como estoy seguro, lector, de que a tí, igual que a mí, place más ver los manjares muy limpios en la mesa a la hora de comer, sin soportar el repugnante olor de la cocina, donde, por muy limpia que sea la cocinera, sufren no poco tormento la vista y el olfato, vámonos unos instantes a fisgar lo que hace Tino en aquellos momentos de general ocupación, pues quizá sea el único vago, que encontremos.

Desde luego, y para no cansarnos en buscarle, diré que ¡cosa rara! ni está en la calle, ni estorba en ningún sitio, y, cosa más rara aún, está atareadísimo. Demostrado que hoy trabajan en Lillo hasta los pamperdidos.

Claro que la labor del engréido petimetre no era para sudar, pero sí, de ardua solución. Intentaba deslumbrar al día siguiente a vecinos y forasteros con su indumentaria, presentándose ante todos con terno, corbata y alhajas, que aparentaran lo que no poseía, y estaba pasando las duras y las maduras ante el armario de luna, que, al venir, compró en la capital, y que, abierto ahora, dejaba ver en su interior arrugados pantalones y chalecos. Ninguno le satisfacía. El blanco

estaba ya negro e imposible; el color ceniza sin raya, teniendo en cambio infinidad de dobleces, donde menos falta hacían; por más que esto bien pudiera remediarse planchándolo, pero no quería lo hiciera su madre, porque la buena de la tía Teresa, que en su vida las había visto más gordas, le había quemado el otro claro, dejándolo inservible, y por más que discurría, no encontraba a quien dar el único presentable, allí donde todos están dispuestos a hacer un favor... a quien no fuera Tino.

Si él no se hubiera portado tan mal con Marusa, con cuanto gusto ella lo hubiera planchado, y aún así lo haría, pero no, no se lo llevaba, para que la *gran tonta* no se creyera otra cosa. Lo plancharía él, so pena de no poder salir a la calle, a ser el héroe de la fiesta, sin desentonar al lado de Nieves, a fin de que cuántos los vieran dijese aquello de «qué pareja más igualita», «tal para cual».

Además pensaba soltarla lo otro, pues ya no le cabía en el cuerpo, y tenía pensadas, tiempo ha, unas cosas muy tiernas y muy bonitas, que él juzgaba irresistibles y definitivas. Lo peor era que el diablejo de la muchacha se daba tal maña, para huir las ocasiones, que más de una vez le había dejado con todo aquel arsenal de suspiros, ojos en blanco, estudiadas posturas y acarameladas frases dentro del cuerpo; y por otra parte él, que tan terne y valiente se encontraba a solas, y tan bien se sabía el meditado y repetidísimo discurso amatorio, al hallarse frente a ella, perdía toda serenidad, y estaba dominado, esa era la palabra, *dominado*, sin que pudiera hacer otra cosa, ni hablar más que lo que a ella se le antojara. Pero lo que es mañana, no había remedio, se lo había de soltar apesar de cuantas tretas y marrullerías pusiera ella en juego.

Y con estos pensamientos en el magín cerraba la puerta del armario, se ponía frente al espejo y ensayaba por centésima vez posturas y miradas, que, siendo grotescas, a él le parecían el colmo de la finura, el summum de la atracción. Después de pasado un rato de reverencias, saludos y sonrisas hechizadoras, se colocó en cuclillas ante el nuevecito y flamante baúl de mimbre barnizado, y con todo mimo desató las correas, introdujo una pequeña y plana llavecita en la cerradura, abrió y levantó la tapa.

¡Santo Dios y lo revuelto que estaba aquello! Por este

lado una camisa color rosa, sucia y estrujada; por el otro unos calzoncillos en igual estado; en este rincón un cinto con la badana saltada en cien sitios; en el de más allá una camiseta muy fina y también de color, rota por los sobacos; y por todo el baúl, según lo iba revolviendo, aparecían prendas interiores en muy mal estado, postales, la mayor parte pornográficas, unas cuantas revistas de colores muy chillones, y en alto grado sicalópticas, novelas del mismo género, descosidas, o con las hojas sueltas, cajas vacías de cigarrros, un par de petacas, corbatas, unos cuantos billetes de tranvías, amén de otras cincuenta mil cosas por el estilo, calcetines calados, muchos calcetines rotos por todas partes y de todos los colores del arco iris, predominando el verde y el rosa, que también predominaba en los pañuelos de seda.

Disgustado y sin cesar revolvió todo aquello, sin que, a juzgar por la expresión de su rostro encontrara prenda que le halagase. Entre las corbatas, que había desechado, tocábale el turno de examen a una de piqué, más aceptable que sus compañeras, pero llena de agujeritos, que, al correr de los días, había hecho el alfiler, prendida siempre y sin cuidado, al azar, cayera donde cayese. No era muy de su gusto, como ni de su gusto eran el traje, la camisa y hasta los zapatos en otro tiempo coquetones, y a la sazón con las cintas deshilachadas y el fino material despellejado, pero no había otra cosa, ni tiempo para comprarla en la Villa, ni, aunque lo hubiera habido, contaba él con dinero en los bolsillos, para derrocharlo en tales lujos, cuando hasta lo necesario iba faltando, puesto que desaparecía la plata, traída de la Habana, más pronto de lo que se imaginó, y desde luego antes de lo que deseaba.

Malhumorado por estas peripecias, de gran disgusto para su vanidad, no cesaba de ir y volver tan pronto al armario como al baúl, buscando lo que ya no podía encontrar, pues si no ha mucho vinieron nuevas sus prendas de vestir, con ponerlas a diario, mudándose y remudándose, las peñas de aquel piso le destrozaron el calzado, las cocinas le llenaron de grasa, y hasta el sol de acuerdo con el aire curtidor, desvaneció colores de tintes de pacotilla. Todo su equipaje había sido de relumbrón y similar, y ahora, hasta las sortijas estaban negras, y la cadena a trechos perdía el dorado, asomando en ellos el escandaloso blanco.

Dejó pues, ojeado lo menos malo que encontró, para vestirse al día siguiente, y otra vez en cuclillas ante el baúl, se dedicó a la difícil tarea de buscar entre las postales no escritas, una que se pudiera enviar a Nieves, felicitándola y preparando el terreno para la *acometida* de la tarde. Halló una que le pareció magnífica, porque sobre un azul deorable destacaba un sangrante corazón atravesado por una dorada flecha descomunal. Salió a la mesa de la cocina, abrió un tintero de esos de tres perras chicas la pieza, requirió la pluma y... no seamos indiscretos leyendo antes que Nieves tal misiva; dejémosle emborronar unos cuantos papeles, antes de escribirla, y vámonos a otra parte, a ver que hace el Cura, para quien ya la mañana había sido de prueba, inspeccionando minuciosamente el barrido de las Mayordomas y limpiando él, sotana remangada y plumero en mano, los altares, y una por una las imágenes.

Ya sabemos que la ermita, aunque no lejos, está situada a la entrada del pueblo, y fuera de él, en medio de espacioso prado de un altozano con la carretera a la derecha y el río a la izquierda. Esta ermita de pequeña capacidad y de maciza piedra, solo se usaba, cuando la mucha piedad de los fieles encargaba una misa, bien para dar gracias por el favor recibido, o impetrar el que se esperaba recibir, y aunque esto era muy frecuente, y siempre que se celebraba acudían numerosos devotos, con todo, ya por no estar enclavada en el pueblo, o porque no se estropearan ornamentos en iglesia sin sacristía, estaban éstos en la parroquia, y las pocas alhajas en casa del Párroco para mayor seguridad. Allí no había más que la Virgen de las Nieves, la adorada de la Montaña, la «¡Madre querida!» de la universal exclamación, con las rejas de las ventanas abiertas, para que todo el que pasara, pudiera rezar la Salve, que a ninguno se olvidó.

Con esto dicho queda que, cuando algún acto de culto se había de celebrar, era necesario llevarlo todo, y muchísimo más, cuando había Misa de tres en ringle. No es por tanto de extrañar ver salir de la Iglesia al señor Cura cargado hasta lo inverosímil.

Bajo el brazo izquierdo y junto al mismo sobaco el cáliz con su estuche; en el mismo brazo y apoyado en la cadera el misalón de recia pasta encarnada y llamativos y fulgurantes

dorados; con el pulgar y el índice de la mano izquierda sujetaba la corona de la Virgen, y con los tres dedos restantes la del Niño, ambas de plata, esmeradamente limpias y relumbra-
brantes, cual si acabaran de ser frotadas con blanco de España, que en algún que otro relieve se veía aún adherido. Bajo el brazo derecho, también junto al sobaco, la casulla blanca de fulgurante tisú, cuidadosamente doblada, y dentro de la cual iba el alba, que asomaba sus blancos y alborotados rizos por un lado, en tanto que por el otro colgaba el primoroso encaje, en el que paciencia y habilidad dibujaron alegorías de la Virgen; arrollados en dicho brazo derecho tres cingulos, uno de ellos muy vistoso con sus borlas de hilo de oro, lentejuelas y multicolores piedras falsas; al costado sobre la cadera y sujeto con el mismo brazo el paño del púlpito, y en la mano derecha el macizo platillo y las vinajeras de plata sobredorada, primorosa obra de uno de los innumerables y artístazos orfebres leoneses.

A los lados del Párroco, que no podía andar con los brazos más ajustados al cuerpo, caminaban Huesines, llevando la naveta muy agarrada con ambas manos, grave y serio, cual si preciada reliquia transportase; Patastuertas con el incensario, que posó dos veces, una para tirar una pedrada a un «gurriato», y otra para arrear un cantazo al perro del tío Forón; Lín con los mocos colgando, un bonete en la cabeza y un crucifijo de metal, cuya peana apoyaba en el cinto del pantalón; Pardal, Pelines y Gualdrapas con las dalmáticas y albas echadas al hombro; Martínón con la cruz parroquial desmangada, sujeta por su base contra la barriga, y sostenida más arriba con las dos manos, cual si fuese en procesión; Bartolo con bonete en la cabeza y el mango largo de la cruz, del que se servía para ir saltando a la garrocha, y Huesines y Patastuertas y Lín y todos, sucios, astrosos, descalzos la mayoría, con las alpargatas rotas los restantes, todos ellos, sin medias ni calcetines, con remendados pantalones, algunos de abertura intencionada en la culera, y sin más prenda ya que la camisa ennegrecida, abierta por falta de botones.

Comiendo al paso cuantos *carneros* podían, iban en gran cháchara, para abreviar más por el camino del Cementerio, que lleno como estaba (¡el camino, no el Cementerio!) de peñascos, arroyos y cantos gordos, y cargado, como iba, el

nervioso Párroco, imposible parecía verle sortear con prontitud y ligereza aquella serie de obstáculos, que no sería de extrañar hubieran sido la causa de que rodara, cuan largo era, danzando por su lado cada una de las cosas del bazar religioso, que de la iglesia a la ermita el buen señor, con júbilo transportaba.

No aconteció ello, y sin otro percance que la costalada que en tierra dió Bartolo, abriéndose la cabeza, llegaron a la ermita de las Nieves, en cuyo pórtico esperaban las Mayordomas con una balumba de cajas de cartón en el suelo y fúlgidos y refulgentes ramos de talco y flores en las manos. Inclinando el hombro derecho hacia una de las jóvenes con expresiva seña la mandó el Sacerdote recogiese las llaves, que sobre dicho hombro tenía pendientes, y sujetas con una cadena hacia adelante y hacia atrás.

Abrió la moza; se pusieron todas pañuelos en la cabeza, destacáronse los pocos chicos, que iban cubiertos, y entraron todos en la ermita con suma reverencia. Los labios se movieron imperceptiblemente, y los ojos, al entrar, se posaron amorosos en la imagen que, desde por la mañana, bajada de su hornacina, estaba en el centro del altar mayor.

Churrigueresco, ni aún esto, de estilo propio y peculiar de la montaña leonesa, era el altar mayor de madera de haya, pintarrajeada de los chillones verde, encarnado y amarillo, cuya composición de pintura era también *sui géneris*. Cuatro sencillas columnitas con mofletudas caras de ángeles de trecho en trecho dividían el retablo, en cuyo centro veíase la estrecha hornacina, adornada con dos cortinitas, pasadas por la acción del tiempo, en aquellos parajes tan destructora. A los lados y sobre sencillísimas peanas hasta cuatro imágenes pequeñas, pero que daban la sensación de amazacotadas y pesadotas, y desde luego publicaban a las claras la rematada impericia del infeliz, que las talló de seguro con mejor intención que resultado.

No así la Virgen. Sin ser un prodigio de arte, mostraba esbeltez, elegancia, y más que todo un rostro tan fino, tan lleno de bondad y tan atrayente, que razón tenían, para estar orgullosos los fieles que en toda ocasión la invocaban. Al descubierta un pecho, en el que jugaban las manecitas del Niño Jesús, sostenido por la Madre Virginal en el brazo izquierdo, al cielo con singular expresión elevaba de tal manera los

ojos la Sin Pecado que las almas de sus devotos, siguiendo su mirada, al cielo elevaban sus plegarias. El tallado ropaje componíase de airoso y plegado manto que semejaba flotar en la punta del lado derecho. No muy alta y admirablemente delineada y proporcionada. ¡Qué de extraño es la amaran tanto sus piadosos montañeses, cuanto al forastero que por primera vez la contemplaba, aparte de lo que la imagen al recuerdo y veneración traía, le encantaba tanto arte y belleza tanta!

Antes y en tal día la emperifollaban con manto, y enaguas, y vestido y pañuelos de seda, pero el Párroco, que, a juzgar por la muestra tenía algo de artista, pudo convencerles de que todas aquellas postizas prendas, lejos de embellecerla, la afeaban en sumo grado y eran parte a robarla la hermosura, que por sí sola tenía, ya que el tallista tanta inspiración había atesorado en su obra. Salió una vez sin vestir, y, al notar que, los que lo entendían, lo aprobaban, jamás volvió a salir de otra manera.

Junto al púlpito, sobre una mesita, que las mayordomas habían cubierto hasta el suelo con seda azul, encima de la cual extendieron fino mantel, bordeado de complicada puntilla, estaban las andas, donde se colocaría la veneranda imagen. Ninguna hubiera osado tocarla, pues a gran profanación teníanlo todas, y, cuando el Párroco la cogió en sus brazos, se suspendieron las labores y de nuevo mudas subieron las plegarias a lo alto. Colocada ya en su sitio con toda reverencia, y asegurada a las andas con fuerte tornillo, puestos los dos ramos plateados de la parte trasera, y terminando de poner el último de la delantera, Marusa, al ver tan cerca a su Virgen, la miraba extasiada con sus azules ojos en lágrimas cuajados, y no pudiendo resistir el ímpetu de ternura, exclamó con voz temblona:

—Mirayla, niñas, que guapina ye la nuestra Virgen.

Arreglaron después el altar mayor, sin que en él quedara santo sin su par de vistosos ramos; colocaron profusión de velas; extendieron el mantel de larga puntilla, que tapaba más de medio frontal del repujado y antiquísimo cordobán con vivas y muy delicadas pinturas, artísticamente combinadas; cosieron un roto de un alba y un amito, y, después de estar más de tres horas, dejando el templo limpio y aseadísimo, y en lo posible deslumbrador, rezada la Salve, marcharon



VIRGEN DE LAS NIEVES.—...que guapina... (pág. 128).

más que deprisa a sus casas donde, sino las reñirían por la clase de trabajo, que en sus manos tuvieron, seguro es que ni en una dejarían de decirlas que habían tardado mucho.

Las dos Mayordomas se fueron al horno, a ver si estaban hechas las roscas de la carrera, el «aluche» y la rifa, para adornar ésta con flores y colocarla entre cintas y más flores en el canastillo, que, al día siguiente lucirían ufanos dos mozos, al vender las papeletas.

El Párroco aún tuvo para rato en la ermita.

A buscarle venían D. Manuel y el médico, después de dar un delicioso y reposado paseo por la margen de uno de los tres ríos. Habían platicado en serio, como siempre que estaban solos, y en toda la conversación pudo apreciar el Doctor una vez más la vasta cultura del caballero, su sereno juicio y acertado discurrir en las más complicadas cuestiones, que, dado el modo de ser de los paseantes, afectaban todas a los males de la Patria, en cuyo remedio ambos coincidían, como siempre coinciden los hombres de buena voluntad.

El socialismo, el anarquismo, los modernos bolcheviques (palabra, que D. Manuel pronunciaba con harto disgusto, por ser exótica), el reparto de tierras, la reglamentación del trabajo, el asesino sindicalismo, la inestabilidad y mudanza de cosas y personas, el encarecimiento y desequilibrio de la vida, fueron temas, que más o menos detenidamente, distrajeron sus ocios aquella tarde.

A todos ellos encontró D. Manuel adecuada solución, que admiraba por lo sencilla. La rectitud y justicia en los que mandan, la sumisión y obediencia en los ciudadanos, el cumplimiento del deber en todos. Está era a su juicio la panacéa universal.

Todo lo que fuera insubordinación, tratar de potencia a potencia con la Autoridad, humillarse ésta, ¿qué humillarse?, *rebajarse* hasta el extremo de ir a pactar con los encarcelados, eso es, a pactar a ¡¡pactar!! , que ya sabe usted lo que significa la palabrita, ahí es nada... todo lo que sean irrisorias y necias aspiraciones abajo, y orgullo y desmedida ambición arriba, es empeorarlo, envenenarlo, echarlo todo por la borda, destrozarlo existente, y aherrojar y hundir y desgarrar y matar entre todos, eso es, todos, todos, a la Patria querida, digna de mejor suerte; como la que tuvo, cuando todos, los de arriba, los de abajo y los de enmedio, cumplían como buenos.

¡Santo Dios! y que catilinaria más acordada, más justa y más puesta en razón, y más sinceramente expresada por el jurisconsulto, que poseído de patriótica indignación había cogido el látigo, cruzando rostros políticos, autoridades, periodistas, ricos, obreros, terratenientes... y no sé cuántos más, porque de su indignación solo se libraron el ejército, el clero, los labriegos y la magistratura, y aún estos últimos con su tanto de restricciones.

En la ocasión presente hablaba el médico diciendo:

—Al clero le conozco yo mejor que usted, pues no en balde lo he tratado de cerca tantos años, y ahí tiene usted a ese pobre hombre, que está metido en la ermita, escoba en mano, porque hasta tiene que barrer ¡repollo!, y hay que verle marchar todos los sábados por esos montes y precipicios, pisando nieve, y expuesto, como una vez lo estuvo, a perecer víctima del frío, que a fuerza de manotazos y saltos, y de beberse el vino que llevaba, para celebrar, pudo ir ahuyentando, no sin que su organismo dejara de sufrir tremenda sacudida.

Horroriza oírsele describir; ya veremos si algún día le obligo a que se lo cuente, aunque es difícil hacerle hablar de ello. Bien; pues ese hombre en invierno y en verano se anda peñas arriba sus siete kilómetros sabatinos; al llegar explica el catecismo; al día siguiente dice la misa, acompañada, como es natural, de la correspondiente plática, después vuelve a echarse al cuerpo los siete kilómetros, y al llegar a este pueblo otra misa, a veces cantada, otra plática, el desayuno a las diez, a las once el catecismo de chiquillos, a las tres rosario y plática... y esto un domingo, y otro, y todos los del año.

—Eso no hay quien lo resista mucho tiempo.

—Claro que no. Por eso todos enferman.

—Eso es intolerable. ¿Y todo ello pagado con...?

—¡¡¡50 pesetas!!!...

—...y una regular propina de holgazanes, retrógrados, engañadores del pueblo, obscurantistas, enemigos del progreso de la Humanidad...

—¿De la humanidad? Será de la propia ¡repollo! No se ha fijado V. en que ya se va extinguiendo aquella raza de curas gordos. Andan de carnes mucho peor que andaban antes los maestros. Claro no tienen que comer, y de lo poco, que

tienen, dan algunos la mayor parte. Ahí tiene V. al Párroco vecino. ¡Buen cazador! ¡repollo! donde pone el ojo allá va la perdigonada. Pues bien, ninguno de los días, que sale, vuelve sin caza, pero le da por ir a ver a este enfermo, y al otro necesitado, y a aquel amigo, y, cuando entra en casa, su madre no encuentra más que plumas en el morral.

Y lo que sucede con la caza ocurre con la pesca; lo mismo aprieta el gatillo que tira el anzuelo, y si el morral trae perdices, la cesta no viene sin truchas, pues truchas y perdices se quedan por el camino, sin saberse donde.

Obscurecía ya. Llegaron a la ermita, donde entraron a rezar la Salve, y al verlos el Párroco se apresuró a terminar los últimos detalles. Salían todos y decía D. Manuel, mirando el reciente pórtico:

—Caramba, ¡qué lástima! ¡qué lástima! cómo desentona esta piedra caliza con la negra de la ermita.

—Si señor, y yo no me explico como se hizo la iglesia con esa piedra, habiendo al pie de ella esta otra, pero así la hicieron y, al construir ahora el pórtico se hizo con lo mejor, que aquí es lo más barato.

—¿Con qué fondos se construyó?

—Pues probablemente con los de los anarquistas y socialistas.

—Hombre, eso si que es raro, eso si que es raro.

—Para Dios no hay imposibles. Antiguamente había un pórtico de madera, que el tiempo carcomió, y fué preciso destruir. El pórtico era necesario para la conservación de la ermita, y para resguardarse de temporales crudos. Afirman los viejos del pueblo que en las grandes nevadas, cuando el día engaña, más de dos caminantes deben la vida al pórtico. Llegan extenuados, aniquilados, rendidos de la lucha con la nieve, que es muy traidora, y cuando en ella sin fuerzas intentan sentarse, para dormirse enseguida, despertando solo ante Dios, cargan con ellos los compañeros más fuertes, quienes también se rinden; llegan al pórtico, sin compasión de arriba a abajo refriegan el cuerpo del amoratado infeliz, arropan al desgraciado y al pueblo van en busca de hombres fuertes y descansados con bríos, que a ellos les faltan.

Más la verdadera causa de la restauración del pórtico ha sido la filial devoción de los hijos de este pueblo, que en

Madrid se buscan el corrusco; y como todos ellos tienen tabernas, y éste es el templo de la gente, que cité, vea usted por donde es muy probable que con el dinero de los tales se haya hecho el pórtico, y desde luego es fijo que se hizo con los cinco del copeo y los quince del vermouthe.

—Sin duda, sin duda, ¿quién le había de decir al furibundo societario que sus pesetillas vendrían de Madrid a levantar una iglesia en este rincón?

—¿Se ha fijado V. en la piedra? Es caliza, pero de tal naturaleza que al rudimentario pulimento de nuestros canteros, se pone brillante y negra como mármol. Vea esta casa, pase la mano por esas aristas toscamente pulidas.

—¡Esto es de primera, caramba, esto es de primera!

Al llegar junto al pueblo encontraron a Tíno, a quien el médico dijo:

—¿Pasa el aburrimiento?

—Que ha de pasar, si esto es un pueblo infame ¿no? Mire, señor, aquí no hay más que analfabetos.

—Eh, chist, chist, para la jaca, chico. Precisamente buen punto has ido a tocar. Yo que he estado en varios partidos de España, y sé lo que pasa, te puedo decir que en este Ayuntamiento no llega al uno por ciento, sin saber leer ni escribir, las dos cosas ¿eh? Y si no fuera por el tío Triquilis y la tía Emerenciana, que son ochentones, en la estadística de estos siete pueblos sobran las casillas esas. ¿Digo bien? Pater.

—Así es, así.

—No, si yo no me refiero a eso. ¡Qué va! Saben leer, pero eso no tiene que ver para que sean unos ignorantes ¿no? Lo que digo yo, D. Manuel, es que por no salir de aquí no saben nada de los adelantos modernos.

—Dichosos ellos que no han visto más que la torre de su pueblo.

—Sr. Cura, V. perdone. Oiga, mi amigo, ¿no es mucho mejor marchar con el progreso que estar quietos? No vale más conocer la aviación, el cine y los submarinos? Esto si que son inventos ¿no? ¡Estos si que son hombres! ¿no le parece, mi amigo?

—No crea V. que me admira mucho el que se hayan inventando esas cosas.

—¿Qué no?—exclamo Tíno, todo asombrado de que don

Manuel sostuviera tan peregrina teoría. Que lo dijeran los otros dos, hombres de carrera, sí, pero, al errado juicio de Tino, algo adocenados por el contacto con el pueblo, que envelece, envejece y embrutece, pase, pero que lo afirmara tan en seco D. Manuel, a quien el americano dispensaba el honor de reconocerle talento, fué cosa que le admiró sobre manera.

Para ninguno pasó desapercibida esta admiración del joven, y D. Manuel remachó diciendo:

—No tiene porque extrañarle. A mí lo que me admira es que nuestra invencible no se compusiera de submarinos, y que D. Juan de Austria no hubiera ido en aeroplano a Nápoles, y que a Felipe II no le radiografiaran la victoria de San Quintín, y que yo no pueda oír en el gramófono la voz de Carlos V, y no pueda ver en el cine la auténtica y arrogante figura de Isabel la Católica, dando sus joyas a Colón.

Esto es lo que me extraña, que se admiren los hombres de que hoy se haya inventado todo eso, muy digno de loa, y que no se admiren de que no se haya inventado antes, si señor, antes, hace ya muchos siglos.

—Caray, caray—replicó el Cura—esto sí que es curioso. Va Vd. más allá de lo que yo pensaba. A ver, a ver, explíquese Vd.

—Sí señor, ahora lo verá. Desde que el mundo es mundo, y ya hace fecha, cuénteme usted los talentos, las lumbreras, los fenómenos de saber, que en él han sido. En el Catolicismo los tiene Vd. a montones, y de primera, eso es, de primera. Un S. Jerónimo, un S. Agustín, un Orígenes, un Tertuliano, un Sto. Tomás, etc., etc., los números uno, hombre, los números uno. Pues a estos sume Vd. los heterodoxos, entre los que hay hombres con toda la barba, Servet, Kant, Hegel, Wiclef. Añada los fundadores de religiones, aumente la cifra con los poetas y literatos, y ponga los muchos que omito. ¿Qué han hecho con todo su inmenso saber todos estos respetables y respetados señores míos? Pues dedicar su actividad, su ciencia, su energía a estudiar el espíritu, ni más ni menos, el espíritu.

Díganme ustedes, si todos ellos—¡qué todos ellos!—, si la vigésima parte de ellos no se hubiera metido en dibujos, y se hubiera dedicado a estudiar la materia, lo que tenemos delante y podemos ver con nuestros ojos, y palpar con nuestras

manos, ¿cuánto tiempo hace que pudieran estar inventadas todas esas cosas? ¡Lo increíble es que hayan sido tan torpes los hombres que no las hayan inventado antes!... antes... antes...

—Toma, pues es verdad.

—Ya lo creo que es verdad. Los hombres desde que el mundo existe se han dedicado a estudiar el alma, lo que no se vé, y han dejado abandonado el estudio de la materia, de lo que se toca, eso es, de lo que se toca.

Se pone Vd. a contar los que a tales estudios se dedicaron y relativamente le sobran a usted dedos para contar. El griego aquel que salió en cueros gritando, ¡Eureka!, Arquímedes, nuestro Colón, Copérnico, Galileo, y pocos más, pocos más.

—Conformes, pero con eso no querrá usted decir que los otros perdieron el tiempo.

—Psh, casi, casi. Para lo que hemos sacado en limpio. Desde luego que Vd. dará por tiempo perdido el de los fundadores de religiones, heterodoxos, etc. Han agotado inútilmente el repertorio, y todavía están dale que le das, a lo que no tiene vuelta de hoja. ¡Cuánto más hubiera ganado el mundo en ser lo que tiene que ser, católico, y aplicar ese sin número de talentos malgastados en tonto o cosa de más provecho.

Y en nuestra misma Religión Católica, mire V. señor Cura, yo tuve mi temporada de teólogo, y después de darme de cabezadas con la presciencia, predestinación, ciencia media, etc., queriendo en el orgullo humano buscar explicación a lo que es y será misterio, al fin, cerré los pergaminos y los infolios y dije: —Creo en Dios Padre Todopoderoso... ¿No basta esto?

—Claro que basta.

—Pues bueno, eso saqué en limpio. Convencerme de que mi Religión es divina y en lo demás la fe del carbonero.

—Bastante sacó V.

—Eh, señores, que yo no he condenado a los que de tales cosas escribieron. Yo solo he dicho que, ocupados los talentos en el estudio de lo inmaterial, descuidaron el de la materia. Así como afirmo que ocupándose hoy en el estudio de la materia, muchos se olvidan o niegan el espíritu, lo que es peor, ya lo creo que es peor, y requetepeor. Pero así somos los hombres, dando vueltas a la noria.

Andan por ahí muy flamantes y nuevecitas, como si ahora se estrenaran, unas cuantas cuestiones, la autonómica, la regionalista, la social, la eterna cuestión social, que está re-sobada de puro vieja, y nada, los hombres-niños se forjan la ilusión de que jamás en la tierra se han oído tales cosas, y discursean y escriben y hablan lo que hace mucho está discurseado y escrito y hablado mucho mejor que ellos lo dicen, pero mucho mejor.

Miren ustedes, para mí la humanidad es un gramófono en el que las ideas son los discos. Una temporada les dá por poner el disco de la República, pues repetición de los discursos de Roma y Grecia. ¿Les dá por la Religión?, pues a poner el disco de los Patriarcas. ¿Le toca ahora a la Monarquía?, pues cuerda al chisme, y allá te vá el disco de los Reyes de Judá, o del Imperio Romano, o cualquier otro similar. ¿Les dá por la cuestión social? Duro al disco de comunismo, de la muerte de Ananías, de la Administración de los Diáconos, etc.

¿Se cansan en esta nación de los discos? A ponerlos en otra, o a guardarlos hasta dentro de unos siglos en que se volverán a oír otra vez. República, Monarquía, propiedad, estado, sociedad, derecho, autocracia, oligarquía, regionalismos... discos... discos... y discos...

Y como ya estuvieran en la plaza de la Villa, el médico se fué a ver a un enfermo, el Cura a rezar el Oficio, pues contra costumbre andaba un poco atrasadillo, Tino siguió vagueando, y D. Manuel partió en busca de Nieves a casa de Marusa.

Esta no se encontraba bien. Ocupada la moza en sus quehaceres de Mayordoma de la Virgen, por la mañana despachó lo de casa, y dedicó la tarde a los trabajos de la Iglesia y roscas. Tres se hicieron. En un canastillo sobre burdo lienzo casero colocaba la de la rifa, emperregilándola con flores artificiales y restos de los adornos de tartas, que, por ser allí muy escasas, conservábanse años y años con el consiguiente deterioro. La diversidad de figuras, prestadas por las vecinas a calidad de devolución, era causa de que, pinchados sin orden ni concierto los remates de confitería, víeranse en la rosca una bailarina sosteniéndose gentil sobre un pie enfrente de un sacerdote con sobrepelliz y bonete: un joven matrimonio amarteladísimo cara a cara con una piadosa monjita: un

Santo con su aureola al lado de una pareja de baile, y por este estilo las combinaciones más estrambóticas, a que daría lugar quien metiendo al tún-tún la mano en el cajón, donde el confitero guarda tales símbolos de las alegrías humanas, extrajera juntos, a la buena de Dios, emblemas de los antagónicos acontecimientos, a que se prestan los variadísimos motivos de regocijo o placer de los mortales.

Con tales perendengues y colorines, rodeados de esos traidores confites de almidón y anilina, quedaba la rosca hecha una lástima, pero tan relumbrante y chillona que tras de sí se llevaba los ávidos ojos de los naturales del país.

El trabajo exacerbó aquella inexplicable flojera, que de algún tiempo acá sufría Marusa y, tirada ahora en el escaño, su traza de enferma, contrastaba con aquel aparato de roscas y fiesta.

Quizá el choque de su tristeza con la alegría universal; aquel mismo día todos los años esperado con infantil ilusión, y que, sin saber por qué, era hoy motivo de pena; el mismo trajinar, tan de su gusto siempre y ahora tan pesado, fueran parte a aumentar aquellas languideces y desfallecimientos que sentía y que en vano trataba Nieves de ahuyentar.

Por eso ni disfrutaba de la alegría de sus convecinos, ni hacía más que a remolque lo puramente preciso. No hubo pues en su cocina el jaléo, que en las otras, ni se limpió más que la «cacida» precisa, ni se barrió más que lo necesario, ni se mató oveja, y por lo tanto no se hicieron morcillas, ni se preparó otro extraordinario que una fuente de arroz con leche y un par de gallinas, que cocían enteritas.

—Pero, mujer, ¿qué tienes?

—Si no sé. No puedo decir que estoy mala, y no me encuentro bien. Nada duéleme, y no me tengo derecha.

—¿Comes?

—Muy poco, casi sola la leche, ¡y por las noches cuéstanme un trabajo dormire!

—Díselo al médico.

—No, señorita querida, no. ¿Qué le voy a decir? ¡Sino puedo quejarme de nada!

—¿Te parece poco no comer y no dormir?

—Pasarase.

—Sí; pero mientras tanto te debilitas. Desde hoy yo me encargaré de que comas. Ya verás.

—Se estima, queridina, pero dame el corazón que poco va a sacare de mí.

—Mira, rica, —suplicó Nieves, cogiendo las manos de Marusa—, por lo que más quieras hazme caso a mí. Yo te curo.

La moza hizo un gesto de incredulidad, pero conmovida por el cariño de la señorita, fijó en ella con todo agradecimiento aquellos sus ojos azules, infantiles y resignados.

—Sí te curo, sí; pero has de hacerme caso. Ponte, ponte en amores con Cundo.

—¡Ay, señorita, espere algo más, espere!

—Pero ¿por qué?

—Déjeme acabare de ver que no me quiere el mi Tino.

—Si ya lo has visto.

—No, no, los hombres, que de aquí van a América, viénense todos a casare con una del pueblo.

—Bobina, si Tino no se ha de casar contigo.

—No me lo diga, no me lo diga, aunque sea verdad.

—Mujer, dile que sí a Cundo.

—Más adelante... dentro de unos días... Si yo le quiero...

—Mañana, riquina; anda, díselo mañana.

—No, no, mañana no; otro día.

—¿De veras?

—Si el otro no viene antes, sí. ¡Cómo me duele ahora la cabeza!

Cuando D. Manuel llegó en busca de su hija, Juanón le decía:

—Por acullá dentro debe estare con la otra mal pocadina. Señorita, que viene su papá a por V.

Salió ésta con Marusa, que respetuosamente dió las tardes. Y después de despedirse, contagiados de la tristeza de la mozina, pues no hay cosa que se pegue como el dolor, yendo en dirección a su casa decía Nieves:

—¡Pobre Marusa, qué lástima me da! Hace ya días que veo mal a esa chica.

—¿No está bien?

—No señor, no está bien. ¡Pobre! ¡es más buena!

—¿Sabes qué tiene?

—De fijo no; lo sospecho. Da tanta pena ver que es ella la única que está triste en el pueblo. De buena ganá me hubiera quedado hasta para pasar la noche allí.

—Lo creo, sí, lo creo, eres capaz de ello, pero mira, más vale que por si acaso vayas refrenando los impulsos de ese corazón, porque todos los extremos son viciosos, ¡caramba! Y déjame ya de lágrimas, que hoy es día de estar alegre, y mañana también, y... todos... ¡caramba!, todos; que las cosas nos van saliendo bien en la Montaña, mucho mejor de lo que yo esperaba, con ser mucho lo que me prometía de esta bendita tierra, eso es, bendita, y cien veces bendita.

—Sí que hemos caído bien aquí.

—Como en todas partes, donde se cumplen los deberes con el prójimo.

—¡Cuánto nos quieren!

—Mucho, pero no hacen más que pagarnos, ¡caramba!, porque también les queremos, y más aún tú, que no sé como te las has arreglado, para que te mimen.

—Pues esta noche de seguro que los mozos cantan bajo mi ventana, cuando salgan de ronda.

—¿Tú qué sabes, orgullosina?

—Ya lo verás.

—¿Te lo han dicho?

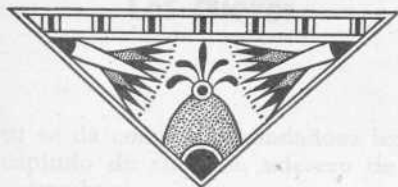
—No, pero ya lo verás.

No se equivocaba. Precisamente, ya reunidos la mayor parte, después de saber las natillas y arroz con leche, que para aquella noche tenían; y señalar las casas, donde, por muy guardados que estuviesen los bollos, no lo habían de estar tanto que de ello no se percataran el hijo, o al menos la hija, quien a su novio con mucho secreto se lo había de decir, convinieron en rondar un poco, no mucho, para estar descansados al día siguiente, por si era necesario para la carrera y el «aluche», pues sería vergüenza que otros mozos llevaran las roscas fuera del pueblo. Y puestos a rondar había que pasar frente a la casa de la señorita, y pasando frente a ella, y llamándose Nieves, y siendo tan «parcial», ¿quién no la echaba siquiera dos cantas?

La noche era suave, y a la letra se cumplió el programa de los mozos, que en más de una cocina hallaron gente todavía atareada, y a la que de nada sirvieron las protestas y gritos con que defendían la fuente de arroz con leche, que, al menor descuido, en un abrir y cerrar de ojos, a puñados desaparecía entre las manazas de «los golosones, lambronazos y mal criaos,

a quienes así quisiera Dios se les secase el tenedor, y se les volviera el dulce, solimán dentro del cuerpo, por marranos y reladrones».

De todo lo cual y mucho más que por decir se queda, se deduce que al acostarse D. Manuel gozoso y satisfecho, y al arrancar la hoja del calendario, impresa tenía esta la tan anhelada fecha de cuatro de agosto.



De todo lo cual y mucho más que por decirse puede se
hecho por el doctor D. Manuel Goyos y Castañeda y al
atender la obra del calendario impresa en esta casa se ha
nuevas veces de cuenta de agosto.

En el día de hoy y a las once de la mañana se ha
reunido el consejo de administración de esta casa para
deliberar sobre el presente asunto y acordado que se
proceda a la impresión de dicho calendario para el año
de 1915.

En fe de lo cual se ha firmado en esta casa a los
veinte y cinco días del mes de mayo de 1914.

El director de esta casa
D. Manuel Goyos y Castañeda



En el día de hoy y a las once de la mañana se ha
reunido el consejo de administración de esta casa para
deliberar sobre el presente asunto y acordado que se
proceda a la impresión de dicho calendario para el año
de 1915.

En fe de lo cual se ha firmado en esta casa a los
veinte y cinco días del mes de mayo de 1914.



VII

Las Nieves



QUI se da comienzo, bondadoso lector, al resobado capítulo de romería, aderezo de toda novela de costumbres.

Forma parte de este libro, no por seguir los caminos, por los que firmes anduvieron los maestros, ni por valerme de él para más o menos recrearte con su lectura, ni siquiera describirte escenas, que a mano tienes en cualquier pasatiempo de este género, donde plumas mejor tajadas que la mía, con todas sus galas, arrequives, y ringorringos, dieron de aquellas minuciosa cuenta.

Topas con las líneas que siguen, y viénente a los ojos, de la misma manera que yo topé con ellas y a los puntos de la pluma se vinieron sencillamente, porque en el orden cronológico de este libro llegó el cinco de agosto y no me hubieran perdonado mis montañeses pasara en silencio la fiesta, siendo así que Lillo sin Virgen de las Nieves es algo como flor sin

aroma, prado sin yerba, monte sin helechos, e invierno sin nevadas.

Temo que al leer fiesta y romería, y, más que nada, vistos los preparativos de ayer, esperes hoy jaleo y bullanga, barullo y griterío. Bien quisiera yo despertarte, al amanecer, con repique de campanas y estallido de cohetes, diana por la laureada banda del Regimiento tal, o al menos por la conocida de Albacete, (un cornetín, un bajo, y un clarinete), o en defecto de esto, tamboril y gaita; y que, al salir a la calle, vieras balcones y ventanas engalanados, coches y caballos con forasteros, ambulantes vendedores de dulces y baratijas, los sempiternos danzantes con todas las enaguas de sus hermanas y novias, y con todos los pañuelos de seda de sus amistades, los chiquillos gritando y alborotando, a más no poder, las tabernas y figones al aire libre, y todas las demás músicas y zarandajas, propias de tales días.

Mas no estando en mí cambiar el modo de ser de las cosas, atento a mi juego de copiar lo que ante la vista tengo, la realidad me ajusto en mi oficio no de poeta, ni casi de novelista, ni aún de fotógrafo, sino de humilde «retratista», que, «*fenómeno ver, fenómeno retratar*».

Con lo que sí, a mi pesar, enojare, quédeme en compensación el interior gusto de describir lo que ví, evitando que algún morador de la montañesa Villa, con razón pudiera aplicarme aquello de «este no es mi Juan, que me lo han cambiao», cosa que en verdad sentiría mucho más que los inevitables zurriagazos de los modernistas críticos, a quienes convencido estoy desagradará este pasatiempo tan *ñoño* (conozco la palabreja), y tan alongado a las modernas orientaciones caleológicas, etc., etc.

Lisa y llanamente diré que aquel día amaneció como todos, sin un badajazo más en las campanas, al toque de alba, sin nada que alterara la reconocida calma de la Villa, ni otra variación que el no uncirse los bueyes, ni salir los hombres al campo, aunque más de uno allá se fué llevado de su amor al trabajo (o de su codicia, ¡vaya V. a saber!), para aprovechar las primeras horas de la mañana.

Al pasto salieron las vacas, como siempre; como siempre marcharon los jatos, después de las graciosas carreras, corcobos y cabriolas en la plaza; como siempre salió la vecera

de las cabras, e inútil decir que como siempre la majestad esplendente de aquella naturaleza se despezó en el nuevo día.

En la calle, sólo parando mucho la atención, se observaba algo más de limpieza que la ordinaria, pero, como ninguna otra cosa se había alterado, y cuantos hombres y mujeres pasaron, llevaban unos los mismos pantalones y las otras las mismas sayas de diario, no es cosa de que por el pequeño detalle relativo al barrido se adivine festividad tan grande como la de tal día.

Donde pudiera atisbarse algo de ella es en el interior de las casas y principalmente en las cocinas, viendo que comenzaba trajín no acostumbrado; y, si en las alcobas entramos, el traje de paño fino, la camisa planchada, la corbata encima de la cama, la saya, la blusa, las enaguas, el pañuelo de seda, y los zapatos, colocados con mimo en varias sillas, nos darían a conocer que tales prendas de vestir se habían sacado para algo más que espantar la polilla, y perder el subido tufo de alcanfor.

Fuera de esto, hasta las diez, ni el porte de persona alguna, ni un grito, ni una voz, ni muchísimo menos un cohete, o una nota musical alteraban la tranquilidad de la Villa. Antes al contrario, parecía ésta más pacífica que nunca.

A dicha hora cambiaba algo la escena. Los primeros a quienes se veía con los trajes «guapines» eran los rapaces, más impacientes por estrenarlos, o acaso vestidos a toda prisa por sus madres, para alejarlos de su vista, porque «aquellos condenados no las dejaban parare».

¡Y era de ver como estaban los angelitos de Dios con aquellos trajes hechos, muy monos, traídos de la capital, y en los que, previo el fregotéo general, los embutieron las montañesas, después de pasar los grandes apuros, por no saber «cómo demonios poníanse aquellos pantalones, que no tenían bragueta, o cómo diantes se vestían aquellos peleles, que traían ajuntada la chaqueta a los calzones».

¡Para *fusilados* estaban los pobrecitos! Figúrense ustedes a Patas-tuertas con un coquetón trajecito marinero, asomando la camisa bajo los diminutos pantalones; a Bartolo con un jersey color rosa, estallándole las posaderas; a Gualdrapas con una chaqueta larga de trabilla; a Martinón, todo vestido de género de punto colorado, y a éstos, a los otros, y a los de-

más, que cual ellos iban, mirándose y remirándose, admirados unos de otros, sobándose mutuamente los botones, no dejándose tocar la gorrita marinera, o el sombrero de paja, sin atreverse no ya a correr, sino a andar, ni moverse con aquellos trapos, que eran sus verdugos (la primera hora, por supuesto) y con aquellas telas y aquellos cortes, que a fuerza de tanto desentonar con la figura, y las manos, y el rostro, y la cabezota, y los pies de los morugos, que los llevaban, parecían decir al transeunte: «Haga V. la caridad de sacarme de este cuerpo, y llevarme otra vez a la tienda, que ni el chico es para mí, ni yo soy para el chico».

Dejemos a los «guajes» admirarse mutuamente, excitando la envidia de los vestidos al uso del país, quienes a su vez eran envidiados por aquellos, a causa de la libertad de movimientos. Dejémosles marchar carretera abajo a esperar el carro de la fruta, que nunca en tal día faltaba, y, después de saludar al médico, que en su caballo iba a otro pueblo, huyendo del barullo, vámonos a la ermita, pues ya están repicando las campanas de la Iglesia parroquial, y éste es el único aviso de que comienza la fiesta religiosa, puesto que la Villa no quiere gastar en bombas, ni en músicas, ya que ni de unas ni de otras necesita.

En la misma dirección por la carretera, y por el camino del Cementerio van hombres y mujeres, ya mudados; éstas jóvenes, pues rara es de treinta años para arriba la que abandonar puede sus quehaceres domésticos, y no es cosa de que salgan las viejas a lucirse, quedándose las mozas ante el llar.

Llaman la atención entre los grupos, que de la Villa vienen, el de las madrileñas vinateras, que a mil leguas se distinguen por el corte de sus vestidos, cuyas blusas de seda, o transparentes causan la admiración de las lugareñas, y cuyos dibujos y colores denuncian el gusto de los «cuatro caminos».

En la pradera de la ermita reúnen los hombres rasurados, en tanto el devoto sexo va llenando el templo, pleno de luces en el altar mayor, y más pleno aún a los lados de las andas de la Virgen.

De los pueblos inmediatos en grupos llegan mozos y mozas, delante éstas con su mantón al brazo, y aquellos detrás con la flor en la oreja, o la pluma de pavo real en la cinta del sombrero.

En dirección a la ermita venían ya los sacerdotes. Uno de ellos puro montañés, cetrino, anguloso, de afilada y corva nariz, pequenísimos ojos de ratón, cara llena de entradas y salidas, viejo, sagaz, astuto, y tan nervudo que daba idea de puños y energías, ya pasadas. Mil veces con el oso se las vió, y otras tantas supo buscar los rebecos en los picos de las peñas. Del mismo corte por lo enjuto, avellanado, vivo e inquieto era el otro más joven, de cara no tan difícil, y expresiva mirada de inteligencia. El tercero un santo varón, muy anciano, que recordaba la extinguida clase de misa y olla; sumamente gordo, totalmente infantil, y de tan rara figura, que mucho mejor que la sotana, desabotonada del centro abajo, y la inmensa canal con que cubría su cabeza, hubieran sentado a aquellas anchuras el largo paletó negro, el alzacuello de abalorios y la chistera de otros tiempos... Con ellos iba el predicador, fino, de pulcro vestir, cutis blanco, serena mirada y espaciosa frente.

Al llegar al pórtico los cuatro, respetuosamente descubriéronse cuantos allí se encontraban, y después de entrar los sacerdotes a la ermita, donde rezaron corta plegaria, y de revestirse a la vista del público con los ornamentos, que sobre una mesa estaban, salió la procesión.

Llevando airoosamente enarbolado el pendón y rodeado de Gapo, Geles, Lín y demás mocedad, gallardo avanzaba el alcalde de los mozos, luciendo un rizado peinado. Aparecer ellos y cesar las conversaciones, tirarse los cigarros, descubrirse y formar parte en las filas, fueron actos simultáneos.

El mayordomo, muy estirado y erguido, llevaba la cruz parroquial, a cuyos lados, muy orondos, caminaban Huesines y Gualdrapas con los faroles de hojadelata, pintada de verde y encarnado.

Sin otra insignia alguna entre las filas, que a pesar de verse nutridas con el contingente de los forasteros y con todos los habitantes del lugar, eran bastante cortas, marchaba la procesión en cuyo centro y en andas, que portaban Pericón, Cundo, Dieguín y Tomasón, persuadidos de su importante papel, apareció La Pura, La Sin Mancha, La Reina de las Montañas, La Virgen de las Nieves.

Al salir del pórtico el sol la besó con sus rayos, y, rodeada de luz, en la verde campiña, parecía más blanca, era

más hermosa. Indudablemente, la Virgen de las Nieves no se había hecho para estar en una hornacina. En ésta quedaba achicada; en la pradera y en hombros de los mozos parecía agigantarse: allí su mirada estrellábase enseguida contra la bóveda, aquí se perdían sus ojos en lo infinito: allí, el airoso manto era un trozo de madera artísticamente tallado, aquí semejaba flotar al suave impulso de la brisa montañesa.

Este era su sitio. En el altozano, dominando al pueblo: con la pradera de mullido verde por escabel de sus plantas, con el murmurio de las aguas de dos ríos, el piar de las canoras avecillas, y el susurro de la brisa entre las ramas por música semi-divina, con la gigantesca mole de Susarón por adecuado fondo, y con el cielo azul, limpio e inmaculado por dosel.

Aquí en lo alto, entre sus amados, que, mudos y reverentes, caminaban con la rudeza de la fe sencilla en el alma, y las amorosas efusiones de un corazón, todo ternura, para la Bendita, la incomparable «¡Madre querida!» de la universal exclamación.

Aquí en lo alto, a la vista de todos, aún de los que en las apartadas sierras apacentaban el ganado y se arrodillaban, al ver moverse los puntitos de la procesión.

Aquí, recibiendo el homenaje de los infelices ausentes, que desde Madrid, Sevilla, La Habana, mandaban en aquella hora una oración y un recuerdo a la humilde ermita y a la adorada Virgen, que no pudieron visitar.

Aquí, en tal instante, en tal lugar, con tales adoraciones estaba la Madre de Dios en su trono de Reina de las Montañas, amparando con su patrocinio la fe de sus montañeses; fe ruda, firme como aquellas rocas, pura como aquel cielo, inmaculada como aquellas nieves, arraigada con la fuerza de la raigambre de aquellos robledales, pinos y hayas; fe santa, viva, poderosa, que habiendo sabido resistir los embates del positivismo y naturalismo, se hallaba ahora seriamente amenazada por el socialismo y la corrupción de las nuevas minas, que asomaban a las puertas de las Montañas la ennegrecida cara de odio y lubricidad.

Sin aparato alguno, sin detalle que distrajera, sin voz, que el augusto silencio turbara, rodeando la ermita, deslizóse pausadamente la procesión, muda, seria, grave, solemne, majestuósísima.

El acertado criterio de D. Manuel, que entre filas formaba, vió en esta inimitable sencillez tesoros de fe, que jamás llegó a columbrar en la magnificencia y brillantez y lujo de las grandes procesiones en las populosas ciudades. Estas admiraban; aquella, pobre y reposada, infundía en el alma sentimientos inenarrables de dulzura y piedad, aun a quien despreocupado por el mundo anduviere.

Tras la imagen, Nina y Marusa, mayordomas aquel año, alumbraban con los dos mismos candeleros de la Iglesia, y, vestidas al uso del país, que tantas otras con muy mal gusto despreciaban, prefiriendo las faldas cortas de la ciudad, que, como los chicos los trajes, no sabían llevar, ellas con su saya, su blusa y su pañuelo a la cabeza, eran linda pareja de mozas montañesas, morena y tostada la una, blanca y rubia la otra, humildes, con los ojos bajos y el resignado aire, cual si ambas representaran los dos tipos de la mujer montañesa, ofrendando a la Virgen de sus amores toda la fe, y toda la hermosura, y toda la pureza de la mujer de León.

A lo último, después de los sacerdotes, el devoto sexo con el más encendido misticismo en el rostro, silenciosamente seguía paso a paso el lento caminar.

Ya dentro de la Iglesia comenzó la Misa. Otro desengaño, lector. ¡Misa cantada, y... en la Montaña?... De seguro esperas allá en el coro el obligado contoneo del mozo «que mejor lo borda»; el corro de los demás, el carraspéo del cantor, la suelta del botón del cuello de la camisa, la increíble tensión de las cuerdas vocales y... unos Kyries y sobre todo un Incarnatus con unos agudos, más altos que los picos de las sierras, y unas gravedades más bajas que las profundidades de los abismos... y entre *dos* de pecho y *las* graves, toda la infinita gama de las más inverosímiles escalas con todos los repincados, rebirleborleados, y extraños gorgoritos.

Pues no fué así. Una sencillísima misa de Angelis, admirablemente matizada por las mejores voces de hombres y mujeres, entre las que descollaban las atipladas vocecinas de las niñas, que cantaban con una afinación y gusto insuperables.

¡Cualquier día volvían ellos a cantar aquellas interminables misas, cuando el ingeniero les había puesto en las nubes el primer día, que las oyó cantar, y hasta el mismísimo señor Obispo les dijo que cantaban mejor que en todos aquellos

pueblos. Desde aquel día misa de Angelis, y misa de Angelis!

Después del sermón, con ansiedad esperado y religiosidad oído, terminada la Misa, Salves y Salves, incesantemente repetidas por los cuatro sacerdotes, porque sin cesar se acercaban hombres y mujeres a besarles las manos y depositar en el bonete la perra chica, principalmente por los de Madrid y Cuba, que en espíritu hallábanse allí.

Vuelta al pueblo, comentando unos la brillantez de una fiesta, que no la había tenido, admirándose otros del saber del Sr. Cura, «que tan bien lo parló» cuchicheando ellas de la saya de fulana o el vestido a la moda de zutana, y conviniendo todos en que en todo el orbe terráqueo y en todos los demás orbes no había Virgen más guapina que la su Virgen de las Nieves.

Una hora larga de inacción y aburrimiento, antes de comer, si no te distraen los bolos, en los que se juega empeñada partida, muy notable, pues está formada por los mejores jugadores del pueblo, incluso el Sr. Cura, mezclados con los madrileños, que, ni por residir en la Corte, ni allí tener sus negocios, dejan de venir el día de las Nieves, a comer con los suyos, a visitar a su Virgen y a desquitarse jugando en la plaza todo lo que en Madrid no pudieron jugar.

Numeroso público presencia el desaffo y sigue con todo interés las peripecias del juego, abucheando las «fincas», aplaudiendo los «onces» y dando consejos a los jugadores pero sin «pinar» un bolo mientras el tío Melitón, hombre viejo de gigantesca talla, revueltas barbas e imponente humanidad, canta los tantos, que apunta en un papel con números enormes, añorando sin duda tiempos mejores de su juventud y fallando sin apelación en las jugadas dudosas.

Entre los jugadores llamaría tu atención, si a las Nieves con tu curiosidad fueras, un hombre grueso, ya cano, de bigote, gran presencia, bien cortado traje señorial, del que solo lleva ahora pantalones, que no teme manchar, si un «birle» merece que se tumbe a la larga en el santo suelo, adoptando inverosímiles y grotescas posturas de estiramiento, con objeto de alcanzar «el cuatro».

El tal hombre simpático, que se despojó de chaqueta, chaleco, cuello, puños y corbata, para jugar, y que abandonó por unos días la taberna madrileña de saneado negocio, re-

cuerda y es representación de tantos otros, que, como él, salvan leguas y leguas para llegar a las Nieves, rebosar satisfacción y estar con la mayor bola de madera en las manos jugando en todas las plazas de todas las fiestas de todos los pueblos circunvecinos, que admiran la elegancia de los tirantes, que el tal enseña.

En tanto, los hombres sentados a lo largo de los troncos comentaban las jugadas, llegaron el carro de la fruta, el tío de los caramelos y la mujerina de los burros de la loza y el cristal. Los guajes de la Villa, perdido el respeto a la flamante indumentaria, y sin poder librarse ya de la cachetina, que, por «marranos» les esperaba, poníanse pingosos con los chorrotones de los caramelos y la fruta, y no cesaban de discurrir trastadas.

Inquietábanles las mesas de las avellanas y cerezas, y gastadas ya todas las perras, sin haber satisfecho el apetito, devoraban con los ojos las golosinas. La tía vendedora, sabiendo que de ellos no había de sacar más partido, implacable los alejaba de allí, sin consentirles ni el inocente placer de contemplar cosas tan ricas; más los muy... montañeses juraron venganza.

Pelines fué el autor y todos ayudaron, Cortado el tronco de un saúco, diéronse a buscar moscas «burreñas», y, cuando más de dos docenas tenían metidas en las «taqueras», fuéronse junto a los asnos, que tranquilamente despachaban su ración de hierba. Disimuladamente y junto al rabo de los jumentos abrieron el canuto de las moscas, y ¡zás! una que salió y se fué derecha al animal, enseguida otra, y así todas... Los burros comenzaron a inquietarse, y los chicos muy formales tomaron posiciones ante las mesas.

Inmediatamente ocurrió lo que esperaban. Después de unas cuantas coces, uno de los asnos levantó el rabo y se lanzó a todo correr por entre las mesas, vinieron éstas al suelo, al suelo se tiraron los chicos, metióse el burro encima de los cacharros, haciendo horrible destrozo, chilló a su vez la cacharrera, y por un buen espacio de tiempo admirablemente aprovechado todo fué confusión, jaléo é imprecaciones.

El tío Melitón, que, desde el juego de bolos, presenciaba la escena exclamaba regocijado:

—Diantre de guajes, fácenlo igual que facíamos nosotros.

Con tan escasas diversiones era general el aburrimiento de los forasteros. Por esto Ignacio que ya la noche anterior se había desesperado con la inacción de la casa donde estaba de huésped, vió los cielos abiertos cuando se le acercó su amigo Pedro, diciéndole:

—Chico, te veo no sé como. A tí se te ha atravesado la Montaña y vengo a invitarte a que te sientes a mi mesa.

—Verdad es que estoy descentrado.

—Lo de todos. Pues si vieras lo bien que se pasa aquí. Cuestión de días. Al principio todos se cansan, pero en cuanto a esto cogen el gusto, no hay quien los saque de estas tierras.

—Así será, pero hoy es todo lo contrario para mí.

—Ven, ven a comer conmigo, y con mis lecciones no pasarás por hombre ineducado, a causa de ignorar estas leyes de etiqueta. Te advierto que mi casa es igual que la tuya.

—Pero siquiera estaré contigo.

—Entraremos primero en la cocina. Allí estará el ama de la casa, atareadísima con los últimos toques del banquete, y dando sin cesar órdenes a ese ejército de sirvientas improvisadas, que no hacen más que estorbarse unas a otras. No la des la mano que la tiene muy sucia. Descúbrete, saludala, pregunta por toda su familia, y salte más que a paso, porque, así como no te perdonaría subieras, sin saludarla, no es de su gusto estemos allí más tiempo del preciso, y seguramente tampoco es del tuyo ni del mío, ver las cosas, que veamos y exponernos a salir condecorados con la Gran Cruz de la Mancha.

—Pero si no me conocen, ¿cómo voy a ir a comer, donde nadie me llama?

—Eso no importa. Vas conmigo, y, aunque no fueras, en el día de hoy se admite no sólo a los convidados, sino a los convidados de los convidados. Tienen a honor que haya mucha gente en su casa. Donde yo estoy pasaremos de una docena.

Con verdadero regocijo les recibió la dueña, y sinceramente se alegró de que su huésped le hubiera traído otro.

Ya arriba, decía Pedro:

—¿Te gusta la habitación? ¿Tiene sabor, como decís?

Montañesa pura. Ya quedan pocas. El vargüeño de incrustaciones de nacar... la mesa de anca de rana...

— ¡Qué hermosa pieza de nogal!

— ...El reloj de pared; fíjate, es de sonería. Hace más de setenta años que está andando, metido en la larga caja de castaño.

— ¿Y esos cuadros?

— La colección de Atala y Rene; en otras casas verás la de Robinsón. Aquél de allá con unas iniciales es un perrito de lanas, bordado hará cien años por la dueña de entonces, que, como es lógico, descansa en paz hace varios lustros, pero dejó ahí, y ahí estará su obra, de la que tanto te ríes ahora, y tanto admiraron sus coetáneos. Ya puedes asegurar que cuadros, como ese, son el mejor testimonio del abolengo de las casas.

— Eche V. retratos.

— Excepto el de ese escuálido señor, que lleva el traje ribeteado, los demás son muy modernos. Hechos en León y en La Habana. Es lo primero que hacen los recién casados, al ir a la capital, retratarse con un traje que no se han de volver a poner, y lo primero que hacen los emigrantes al llegar de Cuba, retratarse con corbata, sortijas y cadena.

— ¡Vaya un arca, amigo!

— Hay bastantes como ésta. Mira que cerradura, ¡qué herrajes!, ¡qué abrazaderas!, ¡qué asas! ¡Cómo sabían poner debajo la bayeta encarnada, para que resaltase el dibujo del hierro! Ahora que tan aficionados sois en el mundo a cosas antiguas, recreáte en ésto y dime si no luciría, apesar de su amazacotamiento, en cualquier mansión aristocrática.

— Nos dejan solos. ¿Por qué no subirán?

— No lo extrañes. No te conocen. Son muy tímidos. ¿Oyes el jaléo, que se traen abajo dueños y convidados? Pues cesará en cuanto suban a comer, y quizá alguno haya elegido otra casa, precisamente porque nosotros estamos en ésta. No tienen libertad con nosotros.

— Ni yo con ellos. Nos estorbamos mutuamente.

— ¡Ah! Habla muy poco y con tino. Todos se fijarán en tí, aunque no lo parezca. Nos servirá la hija de la dueña, y no te asombre que, siendo esta casa de criados, se emplee el ama joven en tales menesteres de servicio. Cada ser para fo

que es y los criados de la montaña solo sirven para el campo y para las vacas. Jamás pisan estas habitaciones, ni aún para barrerlas.

— ¡Cuánto tardan!

— Ya deben estar subiendo. Salgamos al balcón.

— Es curiosa la afición de las montañesas a las flores. En todos los balcones hay multitud de geráneos y claveles.

— No se te ocurra cortar uno; los tienen contados y los cuidan, y los quieren con delirio. A la mesa que ya suben. Verás que rumbosos. ¿No oyes cuchichear? Adentro, adentro, adelante.

Muy despacio fueron entrando primero ellas, ellos después, todos muy colorados por el sofocón de saludar y comer con persona desconocida, y todos con la misma frase de «Buenos días nos dé Dios», musitada con la vista baja, y sin encontrar sitio, donde ponerse en la habitación, en la que todos quedaron apretujados a la entrada.

— Vamos, caramba, que comeremos juntos y el señor es de confianza.

Si no hubiera estado Pedro, en el más absoluto silencio hubiera pasado la comida, aunque el forastero hiciese inútilmente los imposibles por romper el mutismo de los comensales, según había acaecido en la cena del día anterior.

— Que Dios nos bendiga y también la comida—dijo el dueño, colocándose el sombrero en la rodilla derecha, y haciendo con el cuchillo la señal de la cruz sobre la hogaza del pan de ocho libras, que comenzó a partir.

Dos soperas, la una con sopa de pan y huevos cocidos, la otra con fideos, fueron el primer plato. La mayoría comió las dos sopas, mezclándolas. Enseguida la enorme fuente de garbanzos con su gran trozo de tocino, y en fuente aparte la picada berza, manjar para ellos extraordinario. El plato con las sabrosas morcillas recién hechas.

— Arrea. Ahí si que no entro yo. Me declaro cesante.

El ahí donde no entraba Pedro, que había hecho plato a todos, era una gran fuente con cuatro o seis chorizos, aun atados, un enorme trozo de jamón, otro de cecina, los cuellos, las patas y la sangre de las aves de corral, las costillas y las vértebras de la «machorra» y no sé cuantos manjares más, todos ellos a base de carne y de grasa.

En el estómago del forastero comenzaron a bailar los garbanzos ingeridos. Sudó.

El amo de la casa, valiéndose de un largo bidente pinchó la rastra de chorizos, y en su mismo plato la desmenuzó, volcándola de nuevo sobre la fuente, y practicando la misma operación con lo demás.

A mediados de faena andaría, cuando dijo:

—Pedro, póngale a ese señorito, tan y mientras que yo acabo, que sino enfríase.

Gracias a esto salió bien librado el forastero, pues si dá tiempo a que acabara el dueño, y éste llega a servirle, divertido hubiera quedado. Aun así, no pudo librarse de un trozo de cecina, que le encajó al servir a los otros, diciendo:

—Traer vosotros, muchachos, que esta gente aliméntase del aire. Así están ellos. Toma chorizo, jamón, cecina, esta pata pa que andes listo, ese hueso pa que lo royas. ¡Ay hombre, que se me olvidaba la carne fresca... y cuando acabes vuelve por más.

En esta forma llenó los platos y... ¡hubo algunos que repitieron!

Callaban y comían. A lo sumo con la cabeza baja miraban de reojo a Ignacio, contestando con monosílabos a su inútil empeño de entablar animada conversación.

Luego el pollo asado con las patatas cocidas y los embotados pimientos morrones de Calahorra, de los que tanto gustan los montañeses; después un trozo de ternera, y por último la carne de la oveja.

Al servirse el pollo, y antes de probarlo, Pedro, con el tenedor cogió un muslo del ave, que entregó a Manuela.

—Llévale esa fineza a tu madre, —y por bajo de la mesa dió un rodillazo al forastero, que entendiendo la seña, hizo también su oferta.

Estaba la chica con un tenedor en cada mano, y su padre buscando algo apetitoso, le dijo:

—Espera, hija, que sino tu madre te pregunta a ver cual es el mi regalo. Ten.

La moza con ambas manos ocupadas no sabía como coger lo que su padre la daba, subiendo de punto su aturdimiento cuando los doce comensales, tajada en tenedor, alargaron sus presentes para el ama.

Echóse a reir la joven, y, devolviendo los dos tenedores a sus dueños, con un plato dió la vuelta a la mesa, recogiendo los obsequios, para bajar a la cocina con los mejores trozos del pollo.

En los postres, reducidos a galletas, mantecadas, riquísimos bollos y queso de factura casera, llamaron la atención dos colosales fuentes de natillas y arroz con leche, que, cual las sopas, mezclaron los montañeses en el mismo plato, lleno hasta los bordes.

—Caracoles, sabía que érais golosos, pero no creí que lo fuérais tanto. Manuela, toma por lo bien que nos has servido.

—¡Ay, señor, en la su cuchara?

—En la mi cuchara, sí, señorita.

—Eso sí que no. Muchas gracias.

Tomose las natillas y puso cuchara limpia. Si uno del país se la hubiera ofrecido, hubiérala tomado y devuelto, limpiándola a lo sumo con la servilleta, que al hombro traía, pero aquellos señoritos en todo se fijaban, y no consentía ella dijeran que en su casa no se sabía servir.

¡Hola! ¡con el cuidado que ella había tenido para que a ninguno de los dos faltara vino y pan! ¡Para que vieran como se hacían allí las cosas! Hasta por dos veces les había puesto tenedor limpio, y ni una sola dejó de mudarles el plato, aunque ello costara fregar más «cacida».

Comenzaban a tomar café y el ama de la casa entraba, limpiándose las manos con el delantal, y exclamando satisfecha:

—¿Comieron bien? Ya tienen que dispensare, que aquí no es como en las ciudades. Buena voluntad hayla, y nada más.

Complacida escuchó los ditirambos de los forasteros, preguntó por sus familias, a los que no había visto, y, por no desairar, se puso a tomar café, sin haber comido, aunque asegurarse puede son muy pocas las amas que en tal día comen otra cosa que la catada en las pruebas, o la bajada como fineza de los comensales.

«Comida hecha, conversación deshecha» dice un refrán, que conocido en toda España, debe ser leonés, porque no lo he visto practicar más que en las fondas y en las casas de la Montaña. Place siempre lleno el estómago, desatadas las lenguas por la alegría, saborear el café con el imprescindible

y animado rato de charla, entre los que con los mismos mantajes se refocilaron.

No así allí, aunque fuera en día festivo. Antes de levantarse los manteles se levantaron los invitados, despidiéndose cortesmente, y dadas las dos se lanzaron a la calle, sin saber en qué emplear aquellas cuatro interminables horas.

Subieron a la sierra; admiraron el precioso panorama; fueron al molino; vieron en los bolos al hombre gordo de los chillones tirantes: estuvieron largo rato en el puente de la Prida, mirando saltar las truchas del Porma, sin que la tarde acabara, ni otra distracción tuvieran que ver llegar a los mozos y a las mozas de los pueblos circunvecinos; a los repeinados, jacarandosos y altivos mineros, y a los dos o tres coches en los que los señoritos golfos, y los golfos señoritos entraban alborotando en la Villa, igual que si pusieran los pies en país conquistado, donde todos tuviesen que rendir vasallaje a la sinvergüenza, procacidad, e ineducación de quienes se creían los amos solo por usar corbata y ser *hijos de Papá*.

—Chico, ¿sabes que no veo la celebridad de la fiesta de las Nieves? Me aburro como una ostra.

—No lo extraño. Para disfrutar en este día es necesario ser montañés.

—Pues no me explico con qué disfrutaban ellos.

—Te parece poco descansar siquiera un día de las pesadas faenas agrícolas, darse un hartazgo, como se dieron los de nuestra casa, saludar a los amigos, que no se han visto ha tiempo, ponerse el traje guapo, echarle una salve a la Virgen, y sobre todo ir al prado, comprar los «perdones», charlar con la novia y más que todo esto, y por encima de todo esto, ver el «aluche».

—Eso puede ser que me guste.

—Sin duda alguna. A mí me entusiasma. ¡Lástima que empiece tan tarde! En todas las romerías es de noche cuando luchan los mejores. Algunas veces con téas hay que alumbrar, y más de una ví yo terminar dadas las diez.

—¿Y por qué no empiezan horas antes?

—Se encogerían de hombros si les hicieras esa pregunta. Andan por ahí, de arriba abajo, sin ocuparse en nada, como ves, y la lucha no comienza. Costumbres sin explicación, que

siempre son igual, por ser costumbres. Vamos sin embargo al prado. Acaso haya allí alguien con quien puedas pasar el rato.

—¿Bonita?

—Bastante, pero sobre todo agradable y culta. Te gustará.

—¿Estás enamorado?

—Si no lo hubiese estado ya, aquí hubiese caído. Merece la pena... tiene un gran corazón. No sé por qué me parece que podría ser el ideal de persona de tan buen gusto como tú.

—Con esas referencias deseando estoy conocerla.

—Pues andando.

En el prado comenzaba a llegar la gente. Las mozas de cada pueblo todas juntas: los mozos atronando con sus *ijujús*, al entrar. Los hombres platicando sosegadamente, parándose a cada paso.

El tormento del Cura, el maldito «pínfano», el organillo, puesto en un carro, que los jóvenes hasta allí arrastraron, tocaba una pieza indefinible, merced a la rematada habilidad del que hacía girar el manubrio con tan desastroso ritmo que lo mismo daba fuese un vals, que una polka, o habanera, lo que el indicador marcara.

Ello no obstante, los señoritos golfos, los golfos-señoritos, los mineros y escasos mozos, en vano, cogidos a sus parejas, ridículamente vestidas a la moda, se esforzaban en llevar el compás de los bailes, que no lo tenían. Aquello ni era arte, ni era nada. ¡Puf! Porquería.

En cambio, más allá, *aún* sonaban las panderetas. Dos mozas zurraban de lo lindo el parche, y un mozo redoblaba en el tambor. Con agudos chillidos cantaban ellas las coplas dulces, pausadas y sentimentales; a lo largo en dos filas, frente ellos a ellas, bailaban reposadamente de derecha a izquierda ese baile pacífico de la montaña, mudos, graves, erguidos. Cual hieráticas figuras parecían ejecutar una danza sagrada a los unicordes acentos de un canto ritual. ¡Aquello era arte y misticismo! ¡La encantadora belleza de lo típico! De tarde en tarde, en los extremos de las filas oíase la atiplada voccina de los chiquillos: —¡Vivan las puntas!— a la que contestaba la vozarrona del centro: —¡Vivan los medios!

Cuantos la pradera pisaban dirigíanse a las vendedoras,

para comprar los «perdones»; insípidas peras, riquísimas avellanas tostadas. ¡No se veía otra cosa! ¡¡¡Ni aún vino!!!

Avanzada la tarde, reunida cuanta gente había de ir, allá en un grupo con vehemencia de la no acostumbrada discutían los mozos del pueblo, y, cuando de entre ellos con decisión avanzó uno, cesaron los bailes, acercóse la gente, y el mocetón gallardo, con toda la fuerza de sus pulmones, retador y enfático gritó: —«Lillo contra todos a correre y a luchare».

El desafío estaba lanzado; buscaron sitio los circunstantes; cuchichearon los mozos de otros pueblos y se formaron dos largas filas en uno de cuyos extremos el alcalde, con una vara cogida por ambas manos, marcaba el comienzo de la carrera, en tanto que al otro cabo dos hombres señalaban el fin, cogiendo una faja por cada punta. —A... la una... a... las dos... a... las tres—y salían descalzos, corriendo a todo correr, atrás los codos, adelante el cuerpo los dos contrincantes.

El vencido desaparecía, el vencedor volvía por entre las filas con lentitud y humildad al punto de partida, sin engallarse con la victoria, baja la vista y como avergonzado.

Carreras se dieron pocas.

—¿No hay quién corra?... Que se enfría... que se lleva la rosca... A la una, a las dos, a las tres. Queda la rosca por los de Lillo.

A luchare.

Esto ya era otra cosa. A todos los sacaba de quicio. Las filas se apelotonaron: los distraídos engrosaron el grupo: hasta los sacerdotes acercáronse.

Un hombranchón, montañés legítimo, nervudo y tostado, esgrimiendo un garrote, en varias direcciones saltaba y gesticulaba gritando amenazador: —Corrooo... coorroooooo... que arreooo... coorrooo.

La multitud formaba espaciosa circunferencia, sentándose las mujeres juntas en un declive del terreno, cerrando de pies los hombres el otro lado del círculo.

Un mozalbate, descalzo de pie y pierna, en mangas de camisa salió al centro del corro, sentándose a lo moruno. Inmediatamente por el extremo contrario, apretándose el cinto, salió otro de igual traza y estatura en dirección a éste. Levantóse el primero, y, sin hablar, se acercó al segundo;

con la mano derecha le cogió por el cinto, con la izquierda le trabó el pantalón junto al bolsillo del lado derecho, mientras el otro se sujetaba al contrario en forma parecida. Cogidos ya, inclináronse ambos, hasta tocarse con los hombros respectivos, formando cada uno ángulo recto con su cuerpo; separaron los pies y comenzaron a forcejear.

Venía Nieves con dos amigas, y al lado de ella mosqueaba Tino, muy estirado, muy tonto y muy estúpido con sus grotescas inclinaciones de payaso y sus tiernas miradas.

—¡Caraco'es, qué mujer!—exclamó Ignacio.

—La que te iba a presentar, chico. El antídoto de tu aburrimiento.

—¿Y ese tipo?

—Nadie. Te ayudaré a darle esquinazo.

—Andando.

—Buenas tardes. Vengo a presentarles a Vds. este muchacho, que se aburre extraordinariamente. Harían una obra de caridad muy grande, admitiéndole con Vds., si no estorba.

—Para algo más que para distraer el aburrimiento de sus amigos quisiéramos servir, Pedrito, más basta que V. lo pida, para que ni por mí, ni por mis amigas ¿verdad? haya inconveniente en admitirle a nuestro lado, sin que en lo más mínimo nos estorbe.

—Está visto, Nieves, que es V. de mucho cuidado. Mi amigo Ignacio Rodríguez, mis amigas Nieves de Caso, Manolita Seoane y Camino Guisasola.

El presentado saludó correctísimo y natural; las muchachas se azoraron algo, excepto Nieves, que contestó serena, alargando su blanca mano con aire sencillo y aristocrático. Tino se mordió los labios de rabia, viendo la espontánea y galante inclinación, con que Ignacio pagaba a Nieves el favor estrechando delicadamente la mano ofrecida.

Miró el forastero a Tino, sin atreverse a saludarle, y enseguida miró a su amigo interrogándole con la vista.

—Perdona. ¡Qué torpe soy! Faustino Diez... americano. Ignacio Rodríguez, abogado.

Se saludaron. Pedro hábilmente separó a Tino, preguntándole: —Oye, ¿quién es aquella?

—La hija del tío Periquín—contestó malhumorado el indiano, que al volver al lado de Nieves, halló el sitio ocupado,

teniendo que colocarse visiblemente enojado junto a Camino.

Las mujeres, que son listas, se sonrieron con la mirada; el forastero dió las gracias a su amigo con los ojos, y éste al poco sato se despidió.

¡Que si le gustaba Nieves! En cuanto la saludó. Antes; en cuanto la vió entrar en la pradera. ¡Qué modo de insinuarse, sin querer, qué modo de hablar, qué poderosa simpatía derramaba en torno suyo aquella alegre muchacha, que estaba siempre con la sonrisa en los labios y con aquellos ojos de candor, que se metían hasta lo más hondo del alma! Con qué naturalidad le preguntó, como riñéndole, en cuanto se hubieron saludado:

—Vamos a ver, ¿por qué se aburre un muchacho tan joven en un sitio tan hermoso?

El debió estar saladísimo, al dar las razones, porque Nieves se reía con todas sus ganas, y Tino rabiaba con todos sus sentidos y potencias. Intentaba éste que la conversación fuera general, pero estaba visto que allí se conjuraban contra él hasta las dos muchachas, que no cesaban de hacerle preguntas, ni ponían punto a la conversación, que solo con él sostenían.

En este momento dos mozos, uno de ellos con un gran canastillo, en el que sobre limpio lienzo de hilo destacaba su pintarrajeada robustez la redonda rosca de las figuritas y confites de almidón y anilina, y el otro con un largo pliego de papel, doblado por el centro, y un lapicero en la mano, acercáronse al grupo y dirigieron a Ignacio seguros de no hacer el viaje en balde, dijeron:

—Echenos a la rosca, señorito.

El aludido, creyendo se trataba de una petición, llevó la mano al bolsillo dándoles una peseta. El mozo del lápiz y papel se dispuso a escribir preguntando:

—¿A quién pongo?

—¿Cómo que a quién pones?

Nieves explicó que la rosca se rifaba, y en vez de números se anotaban en el papel los nombres de los que daban el dinero, o los que éstos dictaban, encantarándose todos para la rifa.

—¿Y a cómo es la papeleta?

—A perra chica.

—Pues pon la peseta a Nieves de Caso.

—¡Atiza!, pues no hago más que poner ese nombre. Ciento debo llevar ya, señorita. Pa V. va a ser la rosca—y muy serio se puso a escribir otras veinte veces más Nieves de Caso... Nieves de Caso... Nieves de Caso.

Reían el suceso cuantos lo veían, pero como el mozo tardaba bastante en escribir y los dos muchachones estorbaban allí, Ignacio, acordándose de que las otras dos señoritas también eran hijas de Dios, alargó otras dos pesetas a los mozos diciéndoles:

—Poner a esas dos señoritas, pero cuando tengáis tiempo. Confiamos en vosotros.

Los de la rosca se alejaron contentísimos mirando si eran buenas las pesetas.

—Son buenas. Como éste pocos caen... Chacho, mira, ¡qué hará Cundo entre aquellos!

Razón tenían para extrañarse. Departía el mozo en el centro de un grupo de mineros, a quienes nunca pudo ver, y ello llamaba justamente la atención de sus compañeros. El Lechuza aquel, que una noche estuvo a punto de acuchillar a Tino, sino hubiera sido por la más que oportuna intervención de Cundo, se había quedado desde aquel día sin el navajón, y hoy se lo había pedido al mozo, quien lo entregaba, suplicándole nunca hiciera uso de él.

—Si no es por éste, aquella noche lo enfilo.

—Ah, panoli, ¿por qué no le dejaste?

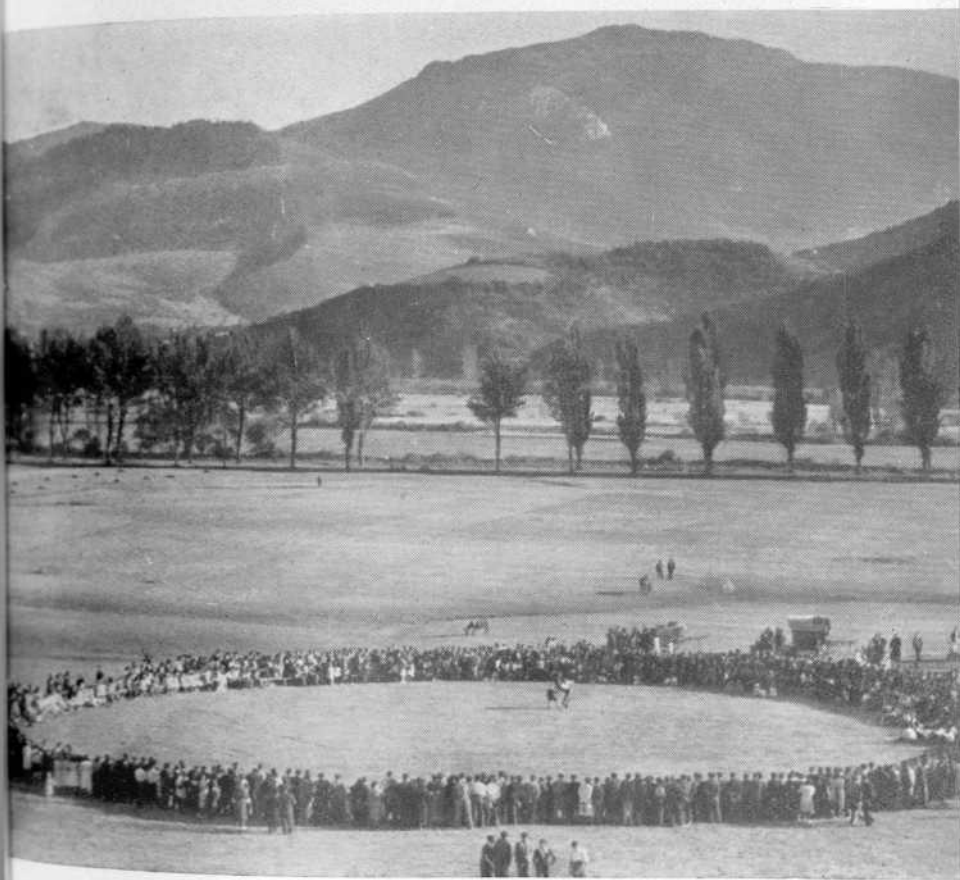
—Porque no.

—Pues si tanto lo quieres, ya puedes guardarlo bien, porque se las he jurado, y ya que tan amigo suyo eres, dile que no vuelva por ciertos sitios, y que vaya rezando el Credo.

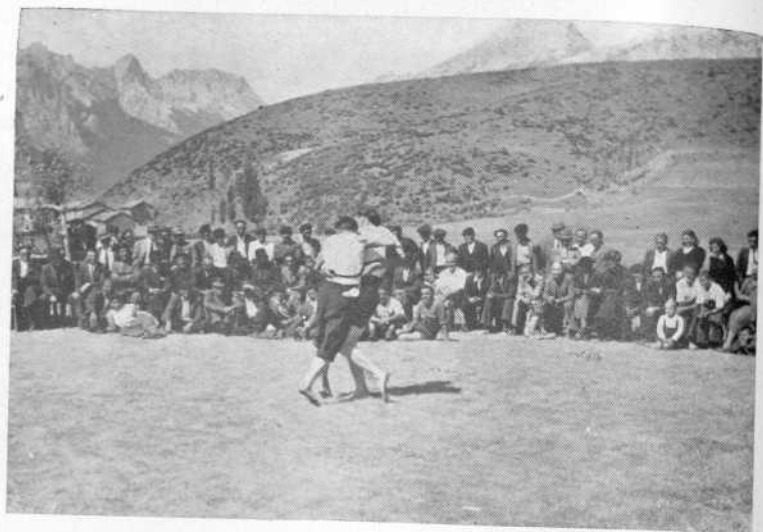
—Se lo dices tú, si quieres. Ni de él, ni de tí, soy yo amigo—y se dió la vuelta, buscando a Marusa.

Entretanto el aluche se hallaba en su apogéo, y Nieves, que hacía rato miraba con interés la peléa, apenas si su vista apartaba del centro del corro, donde miraban también los demás intrigados por el resultado final, no muy claro para los mozos de Lillo.

Habíase puesto el sol, y transcurría la lucha en medio del silencio, que presidía todos los actos de la Villa. Cuantos presenciaban los repetidos encuentros de los mozos estaban excitados, nerviosísimos, pero ni uno solo victoreaba ni ha-



El corro (pág. 164).



Rectos los dos... (pág. 164).



...fuese astutamente ladeando... (pág. 165).

blaba, ni imprecaba, al presenciar una caída. Se retiraba el vencido, y en medio del corro sentábase el victorioso, a esperar un nuevo luchador, que no tardaba en presentarse, para caer también de espaldas, dominado por las fuerzas y el arte de aquel atleta, sentado siempre en el corro, para desesperación de los habitantes de la Villa, obligados a presenciar como iban cayendo uno a uno los más fornidos mozos del lugar.

Siempre que uno de éstos, al ver a su compañero en tierra, se descalzaba, la madre, la hermana, la tía o la novia, ibanse a él, para impedirle salir al corro, e indefectiblemente el mozo seguía imperturbable su labor, plantificándose en medio, decidido a luchar, acompañado de la satisfacción de la madre, la hermana, la tía o la novia, quienes, solo por comedia, hacían el papel de oponerse a lo que estaban deseando ellas mismas, tan *ciegonas* o más que los hombres, por presenciar los incidentes del «aluche».

Cuando tiraban al hermano, salía el hermano; cuando no lo tenían, echábase al corro el primo, o el pariente, y a falta de éstos presentábase el amigo, pero ello era que siempre había otro dispuesto, a suplir al caído, quien ya no tenía derecho a luchar en aquel día.

Cada instante peligraba más la victoria de los de la Villa, saliendo hasta un recién casado, no sin protestas de la mujer, que en último recurso se abrazó al cuello del marido, costando no poco separarla a los demás, que en él veían la salvación de su honor de luchadores, hartos en peligro aquella tarde.

A poco en el grupo de mujeres decía una vieja toda asombrada y entristecida:

—¡Niñas! tírole con la tranca de la gocha. Ese condenado túmbanos a todos los hombres.

Por tres veces habían pedido los mozos el auxilio de Cundo, que no se apartaba de Marusa, allí junto a Nieves. La primera vez, cuando aún la lucha no estaba comprometida, contestóles el mozo: —No quiero darle un disgusto a la abuela, que me encargó no luchara—, y Nieves, que lo oía, añadió: —Di que no, Cundo, no luches.

La segunda vez repuso: —Si aún faltan muchos.

Nieves calló.

La tercera, apreciando la gravedad de la situación, exclamó: —¡Recoimes! a lo último saldré—y Nieves, percatada del peligro, en que se veía la mocedad, dijo nerviosilla: —¡Qué lástima no saber luchar!

Lo oyó Tino, que en sus tiempos había sido regular luchador, y, deseando agradar a la señorita, y al mismo tiempo apabullar, echar, vencer a Ignacio, que le tenía más que hart, mirando a éste con insolencia, y como diciendo: «este gusto no se lo das tú a Nieves», se encaró con ella, para decirle: —No pensaba luchar ¿sabe?, pero, si tanto siente que los tiren, allá voy, —y comenzó a descalzarse. Marusa no pudo contenerse y se volvió suspirando: —No salgas, Tino, que te tira.

—Qué sabes tú.

—Déjalo, Marusa.

Al corro salió el americano, muy engallado y jaquetón. El mozo miró al nuevo contrincante, y levemente se sonrió. Tino buscaba una postura airosa y tardó un siglo en cogerse. En el público, despacio, dijo Periquín a Forón:

—Muy pinturero sale pa ganare.

Por fin arquearon el cuerpo los contrarios. El luchador en aquella postura tanteó las fuerzas del indiano, se convenció de que no eran muchas, y, queriendo asombrar más de lo que había asombrado, en un esfuerzo gigantesco se incorporó agarrado a él; lo levantó en el aire; con él en vilo dió tres o cuatro rápidas vueltas; le ladeó, y le acostó sobre el cespel, como quien acuesta a un niño, quedando él de pie.

¡Admirable proeza, que, con ser tan notable, no logró ni un aplauso, ni una muestra exterior de admiración, porque jamás, ocurra lo que ocurra, se toleran expresiones de agrado o desagrado en los «aluches».

Marusa, al ver a su amado en el aire, temblaba de pies a cabeza. Nieves se encontró con los ojos de Ignacio, y la peso que su mirada y su sonrisa se toparan con las del joven, porque ambas eran iguales, de alegría de ver vencido el orgullo: y el alegrarse del mal del prójimo, aunque fuera orgulloso, era pecado, si señor, era pecado.

Cundo no pudo reprimir su entusiasmo de luchador y exclamó para sus adentros:

—¡Buena caída!

El tío Perriquín, a cuyo lado sentóse Tino, para calzarse, entre dientes socarrón, murmuró:

—Muchas cosas piérdense en la otra banda.

Llena de coraje Marusa, al ver en el suelo a su ídolo, imperativa sacudió el brazo de Cundo, rugiendo:

—Sal a afiarlo.

—¿Yo? ¿Yo a ese?

—Tú, sí, tú. Lo mando yo.

Aquello era demás. ¡Salir él a defender, a quien le robaba el cariño, el amor, la felicidad, la vida entera! No, no, y no, así lo picaran.

—Anda, anda pronto—urgía la moza.

Cundo luchaba horribilmente. Se le pedía un acto heroico. Todo el pueblo sabía los pasados amores del indiano, nadie ignoraba que Marusa «no le hacía cara a él» sólo por Tino: ni uno de los que estaban allí dejaba de saber que el hermano defendía al hermano, el pariente al pariente, el amigo al amigo; y, el presentarse en el corro, era proclamar ante toda la Villa, ante todos los presentes que él no tenía agravio alguno de Tino: más aún, que le apreciaba: todavía más, que le quería mucho: incomparablemente más, que era su mejor amigo y con él estaba identificado. Era dejar el campo libre, y renunciar a su amor, dando por bien hecho todo lo que Tino hacía, y haciéndose solidario de sus actos.

El salir al corro era arrancarse el corazón a vista de todos, y tirarle allí en medio, y profanarlo, y pisotearlo con todo aquel amor tan grande, tan inmenso, que todos conocían, y del que se burlaban tantas envidiosas mozas, que le tendrían por loco, y no le volverían a hablar, viendo que era «un pazguato», un *bobón*, que salía a defender, a quien más le había ofendido y le ofendía.

Todo esto fué un relámpago. Marusa seguía imperando.

—Anda, ¿no dices que me quieres? Sal. Te lo pido yo. Sal pronto.

Nieves se acercaba suplicando:

—Cundo, que nos vencen. Ya le diré a la abuela que te mandé salir.

Cuando los mozos, algo recelosos, vinieron a implorar por cuarta vez el auxilio de Cundo, ya éste, sentado, quitá-

base los zapatonos, ayudado por Marusa, impaciente con el deseo de venganza.

Al enderezarse el mozo, dirigiéndose al corro, decíale un compañero:

—Casi no nos atrevíamos a decirte nada. Cómo salió antes el otro.

Mas bien era de noche que de día, al presentarse Cundo en el centro del corro.

—¿Quién es? ¿quién sale?—se preguntaban inquietos unos a otros, y, al oírse el nombre de Cundo, renacía la esperanza en los habitantes de la Villa; un vago temor inundaba el espíritu de los contrarios, y la circunferencia era achicada por el anhelo de los circunstantes.

—Corro... coorro...

Frente a frente los atletas se miraron, temiéndose. A Cundo por su estado psicológico temblábale ligeramente el labio inferior. Alzó los brazos y se dejó agarrar. El otro sujetóse a placer pues aquel contrario no era el anterior. Cundo se cogió al cinto del coloso, le agarró del pantalón y arqueándose, silabeó:

—Ahora.

Los espectadores ni se movían, ni chistaban. Nadie se daba cuenta de quien estaba al lado, ni uno solo apartó sus ojos de los luchadores. Estos con el tronco en ángulo recto, la cabeza apoyada contra el hombro del contrario, las manos, apretando atenzadoras, separados los pies, moviéndose lentamente, de cuando en cuando, para incrustarse en el césped, parecían a la vista de los profanos no hacer esfuerzo alguno, cuando en realidad eran sobrehumanos los que se contrarrestaban. Así estuvieron unos minutos, hasta que de pronto, cual movidos por eléctrico resorte, irguiéronse ambos, y el pie derecho de Cundo rodeó por detrás el izquierdo del contrario, intentando atraerlo hacia sí, para desequilibrarle.

—La mediana, la mediana, ¡le trabó la mediana!—se oyó decir.

Rectos los dos, rodilla con rodilla, cintura con cintura, pecho con pecho, todos los músculos en tensión, tirantes los nervios, hercúleamente se apretaban, sin lograr el uno atraer la pierna del contrario, ni el otro doblar aquel inflexible cuerpo de acero. El absoluto silencio permitía oír el

susurro del río y el fatigado jadear de los luchadores. Segundos fueron aquellos de indefinible tensión nerviosa. Al fin Cundo, que, fiado en su fuerza y en su maña, sin creer habérselas con enemigo tan peligroso, enganchó su pie derecho, quedando únicamente sobre el izquierdo, sentía sobre sí la mole del contrario, que le oprimía horribilmente, ganándole terreno; y teniendo por inevitable el desastre, fuese asututamente ladeando, hasta que por fin hechos una pelota, rodaron los dos por el suelo, debajo Cundo, encima el otro, pero Cundo de costado.

Se oyó un murmullo indefinible, y al mismo tiempo cien voces exclamaban: —Caída, caída—y otras ciento replicaban: —No, no—originándose gran confusión y deshaciéndose el corro, por irse todos al centro. Allí los mayores de edad, no sin protestas, definieron inapelablemente que no era caída, pues en Lillo todos saben que es necesario tirar de espaldas al contrario.

De nuevo se hizo el corro, y de nuevo se enlazaron, mas esta vez, precavido Cundo, no quiso «tirar golpe» sino esperar a que se lo tiraran a él. Lo mismo debía pensar el contrario pues tampoco se decidía, y en el corro ya sonaba alguna voz de: —¿Hay miedo?

Esto exasperó al forastero, que, rápido, metió su pie por entre los de Cundo, para atraer por sorpresa el pie de éste, más con mayor rapidez dió Cundo con su pie al único en que el enemigo se apoyaba, y tan inesperado y tan fuerte fué el empujón, ayudado de la embestida del tronco, que los dos se desplomaron, de espaldas el mozo, de frente Cundo encima de él con tal ímpetu que dió la vuelta completa.

Las manifestaciones de agrado estaban prohibidas, pero lo que no se pudo prohibir fué el instantáneo suspiro de satisfacción. ¡Salía del alma!: por eso de todos los ayes se formó un sólo ¡ay! tan espontáneo, como el de aquel a quien quitan un gran peso de encima, o vé alejado un gran peligro.

Por haber sido dudosa la primera caída, el noble Cundo, limpiándose el sudor, dijo:

—¿Quieres echare otra?

—Sí.

En el corro apenas si pudieron gritar los partidarios del

vencido: —Otra... otra... que echen otra...—porque ya se agarraban nuevamente.

A todos pareció bien este acto de deferencia al que estaban acostumbrados. A todos no. Nieves, que, cuando vió vencer a Cundo, apretó con fuerza la mano de Marusa, preguntaba a ésta:

—Si ya lo tiró ¿por qué vuelven?

—Es la costumbre.

Nueva ansiedad, nuevos esfuerzos, nuevo corro, nuevo silencio. Los contrarios luchaban con toda hidalguía y nobleza, admirando el difícil dominio del amor propio, que en otro lugar que no fuera la Montaña, hubiera traído como inevitable consecuencia el emprenderla a golpes los que con tal fiereza luchaban. Allí jamás había ocurrido esto, ni siquiera tenfase memoria de que los luchadores se trabaran de palabras. Ajustados en un todo a los cánones establecidos por la costumbre, derrochaban arte y fuerza, cual dos leales amigos, que se divertían.

El «aluche» montañés es algo inconcebible para quien no lo ha presenciado. Gallardo, airoso, noble, nada brutal, no obstante ser un juego de fuerzas físicas, idea clara de las ocultas y magnánimas fuerzas morales montañesas, de quienes domeñar saben los instintos de la pasión, del orgullo y amor propio refrenándose y venciendo a sí mismos. El vencido inmediatamente sale del corro, sin protestar, y sin alimentar el más remoto deseo de venganza: el vencedor tranquilamente se tiende en la pradera, esperando un nuevo contrincante, sin que al exterior se note el más mínimo gesto de triunfo; el público también sabe dominarse, sin exteriorizar ni su satisfacción ni su desagrado. Si por acaso la duda de alguna caída arranca algunas voces a los que tanto se han contenido, ellas no pasan de cortos minutos de discusión razonable. Todos tiemblan, todos se excitan, todos están «al rojo», pero ni uno se desmanda, ni uno insulta, ni uno da el menor motivo de queja. Todos son vencedores en el «aluche» que consigo mismos sostienen. La lucha de la Montaña más bien que lucha de cuerpos es ¡lucha de almas!

Cundo y su contrario, sudorosos, fatigados, resoplaban jadeantes, y derrochaban maestría y puños en los incidentes de la pelea, teniendo al público en vilo, y pendiente de sus

menores movimientos. En una de las feroces arremetidas ambos perdieron el equilibrio y rodaron por el suelo sin que fuera caída de nadie, pero Cundo se dió tal porrazo contra un palo que comenzó a sangrar.

Instintivamente se encaminó hacia donde había salido, y allí Marusa se acercó, para darle el pañuelo bordado, el de los días de gran fiesta, el mismo que llevó con la vela de Mayordoma de la Virgen.

Por bien empleados dió Cundo todos los sucesos de aquel día, las amarguras todas, a vista de premio tan inesperado y tan agradecido. ¡Limpiar su sangre con el pañuelo de Marusa! Poderla decir: —«Era lo que me faltaba por darte, ¡mi sangre! y te la dí, y tú la recogiste con tu mejor pañuelo, con el que no te atreviste a desdoblar en todo el día, con el que solo se usó para la Virgen y para mi sangre».

Nieves, asustada, le preguntó cariñosa:

—¿Te duele?

—No, señorita, no es nada. Pásase luego.

—¡Cuánto siento haberte hecho salir!

—No se apure que no fué V. sola—y miró a Marusa con tal ternura, que la moza sintió en su alma aquella mirada de súplica, de ofrenda, de bondad, de amor, en todo lo mucho y grande que significaba.

El mozo volvió al centro del corro. Nieves, enternecida, llena de su inmensa caridad rogaba al oído de Marusa:

—Quiérele, niña, quiérele.

—¡Ay! señorita, qué trabajo cuéstate dejar al otro, pero con estas cosas no va a haber más remedio que quererle.

Ya en el centro llevaba Cundo mucha ventaja. Había conseguido dominarse: tenía a su favor una caída, y más que esto, hallábase el otro rendido de tanto luchar, así que con relativa soltura pudo al fin acostarlo de espaldas segunda vez.

Los ánimos de los habitantes de la Villa se reanimaron: los contrarios no se dieron a partido, y no bien se había sentado Cundo en el centro, cuando apareció un nuevo contrincante en forma de mocetón fornido y temible.

Ignacio, que aprovechó bien los instantes al lado de Nieves, notando que ésta, desde que salió Cundo, puso toda su atención en la lucha sin reservar para él más que la precisa de la buena educación, dotado de esa rara habilidad de mar-

char, cuando el momento de partir llega, atentamente se había despedido, yendo a unirse con su amigo, a quien dijo paradójicamente que el niño ciego le había hecho más de un guiño.

Tino, por malaventurado percance de girón escandaloso de pantalones en la lucha, mohino tuvo que retirarse a su casa.

Imperaba ya la noche. Los mayores aficionados se desojaban mirando, sin ver los incidentes de la pelea, que en todo su auge seguía. Continuaban callados el organillo y las panderetas; soplaban el frío cierzo; silencioso era todo, y en las sombras nocturnas perdíanse las filigranas de aquellas titánicas labores de Cundo, que merced a los «zancajillos, tres pies, cadriladas, medianas y trancas de la gocha»; con su vario luchar, cada vez más en alto sostenía la fama de los mozos de Lillo, tumbando hombres y más hombres sin cesar.

Ya era seguro que la rosca no salía de Lillo. Los mejores de los enemigos habían caído y, aunque en la Villa no restaran mozos, tres o cuatro casados se hallaban dispuestos a salir en el caso improbable de que Cundo cayera.

Este, exhausto ya, destrozado, sacaba fuerzas de flaqueza; y lo enorme del triunfo, que estaba alcanzando entre la admiración universal, prestábale alientos, para seguir imperturbable en su puesto, tirando hombres.

Don Manuel, que con los sacerdotes presenció la pelea, por tres veces se había acercado a su hijita, invitándola a retirarse, temiendo un catarro; mas, por estar Cundo en el corro, Nieves, asombrada del mozo, con cadenas se veía amarrada a aquel lugar, sin querer abandonarlo, y otro tanto le acaecía a D. Manuel, que volvía a su atalaya. Marusa rato hacía que se quejaba de mareos y fuerte dolor de cabeza, pero, cogida a Nieves, todo lo soportaba, esperando el desenlace de tan fiero luchar, como lo esperaban todos, intrigados, sin que ni uno solo se alejase.

Por fin, o no hubo más luchadores, o el miedo no les dejó salir. Cundo esperó largo rato, tirado a la larga, sin que nadie avanzara, y el hombretón, que formó el corro gritaba desafiador:

—Que se lleva la rosca... que se enfría... ¿no hay quién salga?... A la una... a las dos... a las tres. Queda la rosca por los de Lillo. ¡Ijujú!

Con esto sólo se celebró el triunfo. La gente comenzó

a desfilarse más que de prisa. Cundo se fué a recoger su ropa, y mientras, sentado en el suelo, se calzaba los zapatones, Marusa, sacando del bolsillo del mandil un puñado de avellanas, se las entregó diciendo, seca y lacónica:

—Toma—. Y Nieves, reparando en el aun copioso sudor del mozo, con el pañuelo le limpiaba la frente, exclamando:

—¡Hijo, qué bien te has portado!

El mozo, henchido, radiante, loco de felicidad, prorumpía enajenado:

—¡Recoimes! sólo por esto, volvía yo solo a luchar contra todos.

Reunióse la moçedad, alabando a Cundo, comentóse el «aluche», tiraron unos mozos del ocioso carro del organillo, sonaron camino de la carretera las panderetas, que tañían las mozas; aquí y allá en dirección al pueblo oíanse los melancólicos cantares; amigablemente abrazados los que lucharon en contra, empezaban a echar la ronda; ni un solo borracho turbaba la serena tranquilidad, y precisamente cuando Marusa y Nieves salían del prado a la carretera, Cundo, ya vestido y en pie, no cabiéndole en el cuerpo tanta ventura, la dió suelta gritando con profunda y potentísima voz:

¡¡¡li... ju... júúú...!!!





Orientado cara al valle... (pág. 173).



...peñas de Sobre - Foz... (pág. 183).



VIII

Colonia veraniega



TODOS los años, de junio a septiembre, se despa-
 rra por los pintorescos pueblecillos de la de-
 liciosa montaña leonesa muchedumbre de vera-
 neantes, casi todos pertenecientes a esa sufrida
 clase media, que, lejos de ser la *aurea medio-*
critas, cantada por el poeta, es la cenicienta es-
 pañola; buena, educadísima, que se pasa la vida haciendo
 prodigios para convertir la perra chica en peseta y la peseta
 en duro, y poder echar así a los garbanzos una sombra de
 carne, vestir ¡ay! con el decoro y el lujo exigido por la
 tirana sociedad, que la abandona, y no obstante lo cual,
 ordena que la niña estrene un sombrero cada temporada, con
 lo que excuso decir cuantas vueltas caseras se dan al mismo
 casco, y que el señor lleve camisola, corbata y bastón.

Hay entre estas golondrinas montañesas alguna anémica,
 casi siempre por falta de alimentación, y no dejan de abundar

la neurastenia de los señores, el escrofulismo de las niñas y de cuando en cuando la temible tuberculosis, espanto de los montañeses, quienes, ni aun de su codicia llevados, admiten en sus casas a los infelices, condenados a llamar inútilmente a todas las puertas, y a volverse a su tierra, recluirse en el balneario, o resignarse a convivir aquellos tres meses en el sórdido tugurio de cualquier azacana y necesitadísima familia, que adopta un lujo de precauciones groseras, terminando indefectiblemente, o por despedir al enfermo, o por servirle de tal manera que el mismo desventurado, con harto dolor, se vea en la precisión de renunciar al alivio, que experimentaba, y salir jurando no volver a aquella inhospitalaria aldea, sin sospechar que lo mismo ha de sucederle en la de al lado y en la otra, y en todo el globo terráqueo.

En Lillo, ya por su clima de altura, ora por el encanto de la sierra, al lado de la misma villa y llena de innumerables escondrijos donde familias enteras pueden, con absoluta independencia, refocilarse en el yantar, sin perjuicio de a los cuatro pasos, reunirse en la pradera central, saliendo cada una de su recoveco; o por ser el pueblo cabeza de Ayuntamiento y Juzgado, o por haber algún comercio o por todas estas cosas juntas, es lo cierto que los forasteros son numerosísimos, al extremo de que no se explica donde vive y duerme tantísima persona, como allí deja su codiciado dinero, y recobra su averiada salud. ¡Hasta 70 huéspedes en un pueblo de 100 vecinos!

¿Qué cómo hay sitio? Con un total olvido de comodidades por parte de los que llegan, dispuestos a soportarlo todo, a trueque de pasar allí unos meses, y con estrecharse y estrecharse en su vivienda, y aún ceder la propia cama los vecinos, que, a su vez, regocijados, soportan hasta dormir en la cocina, a cambio de ganar unas pesetas, está hecho el anual milagro.

Esta colonia de verano forzosamente intima a primera vista de tal manera que todos parecen de la misma familia, aunque en su vida se hayan saludado. En la sierra, o en el prado del molino, a la orilla del río o de una fuente, comen y cenan; indefectiblemente esperan a diario la llegada del coche correo; toman parte alguna vez en las agrícolas labores, prefiriendo la recolección de la yerba; montan en to-

dos los burros; se suben a todos los carros; marean a preguntas; dan bombones a chicos y grandes; enseñan ellas labores de costura, leen ellos periódicos y revistas ilustradas; mejoran mucho; engordan todos; se pesan dos veces por semana, y les rebosa la satisfacción y el contento, por vivir en lugar de tan plácidos encantos y sin tiquis-miquis etiqueteros.

Con dos batas, para tener una puesta, mientras se lava la otra, arreglan ellas su indumentaria: con el terno de deshecho y el de medio uso se visten ellos; y ellas y ellos no se vuelven a poner sombrero, desde el día en que llegaron, hasta el día de las Nieves; y desde éste hasta el de la marcha. Muy envueltitas en periódicos y colgadas en la pared se pasan el verano las coberturas de las testas de ambos sexos. Invariablemente calzan alpargatas de cáñamo y constantemente están preparando excursiones, meriendas y juegos. Siempre surge el inevitable señor, que todo lo arregla y la servicial señora, para quien no hay dificultades culinarias. Ellos lo disponen todo, lo manejan todo, todo lo preparan, y a los demás sólo les toca aprobar, montar en el burro, divertirse de lo lindo y... pagar el escote. —A tanto tocamos— no se sabe, ni se pregunta más.

El sitio donde se reunen todos es la plaza. ¡Soportal de la casona, quién supiera tus secretos y contar pudiera las cosas que tú sabes! ¡Lugar predilecto de la colonia veraniega, el autor cierra sus ojos, y con simpatía en los menores detalles te columbra!, presentándosele prodigiosamente aliviada la severa traza del más típico edificio montañés.

Orientado cara al Valle: en la plaza donde murmura la fuente de la cruz de hierro, en la misma plaza donde se junta el ganado, detiéndose el coche, se juega a los bolos y se baila, álzaste, pesado, entre los dos pétreos machones, que de cimiento a techo te resguardan de la ventisca, y en cuyos respectivos frentes con gala se ostentan a la derecha, el no despreciable tallado del escudo de pasadas grandezas, y a la izquierda, la tosca mole de un reloj de sol.

Todo a lo largo de tu noble fachada, espalda al norte, vése el ancho corredor, por donde el último viviente de la solariega morada, haciendo crujir las podridas e inseguras maderas del pavimento, arrastró, huído de los hombres, una vida, que se redujo a ser el péndulo entre reloj y escudo,

paseando horas y horas el tedio de una locura pacífica, sin que ni un vecino se atreviera a turbarla, penetrando en el misterio del caserón, herméticamente cerrado a todo lo que no fueran duendes, sagas y aquelarres que la imaginación montañesa veía en el medroso edificio cuyas puertas y ventanas no se abrieron en años y años.

Aún entonces la impenetrabilidad de la misantropía del loco de la astrosa capa negra, abriantada por el uso de varios lustros, ofrecía bajo el corredor seguridades de secreto para la mocedad; y, como en su casa, hallose la ronda en el soportal, concertando a prima noche las inocentes diabluras del robo de los quesos y mantecas, y de las esperadas llamadas a las ventanas de las no siempre dormidas mozas.

¡Un día los vecinos no vieron pasear al siniestro hombre negro, y, solo entonces, entraron en la casona, saliendo con un cadáver!

Abajo seguían reuniéndose los mozos por la noche y la colonia veraniega por el día. ¡Soportal de la casona, quien supiera tus secretos y contar pudiera las cosas, que tú sabes!

Pobre y humilde eres: entre riscos y en escondido rincón del mundo te hallas, y sin embargo no pasó auto, que ante tí no se parase, ni hubo veraneante, que en tus apoyos no se sentara; ni por Lillo lució cara bonita, que a tu grata sombra dejara de esperar la venida del coche, en el que quizá llegasen noticias del amado, o, acaso, acaso, el mismísimo príncipe de los amorosos ensueños.

A tu cobijo el autor vió pasear el amargo recuerdo de sus trágicos amores a una delicada hermosura, que sólo alzaba sus lánguidos ojos para fijarlos con tenacidad en el pico de Susarón: vió con la interminable puntilla entre las manos y el libro en la falda desmadejarse en la tumbona con el lento pasar de las horas el dolorido cuerpo de otra enlutada joven de grandes ojos castaños: ha visto a varios pisar tus piedras lentamente, con la cabeza baja, atrás las manos, aspirando con ansia el deseo de vivir. Murieron estos muy pronto.

Recostado en uno de tus machones espío el autor las peripecias del amor que un incauto neurasténico, nacido bajo el sol de La Habana, decía a una desdenosa y arrogante paraguaya de gran cultura y corazón. ¡Quién lo creyera! El



CAMINO DE ISOBA.—Todo carretera. (pág. 184).



LAGO DE ISOBA.—...dilatado y hermosísimo... (pág. 184).

que abrió los ojos al mundo en la fertilidad de Cuba, y la que en la ardorosa tierra del Paraguay nació en el soportal del rinconcito más apartado de España, con todo secreto, por turno me hacían confidente de sus amores. ¡Y dicen que las novelas! ¡Realidades de la vida son la mejor novela! Lo aseguro,

Otras veces el soportal era casa de juego, y allá, distribuidos en tumbonas, o derrengados cajones sentábanse ellas y ellos, que con estrepitosa algarabía de risas y voces echaban las cartas del julepe: cobraban los cinco céntimos de las siete y media, o llegaban hasta apuntar sus perrillas en el escandaloso juego del reloj. Todo ello con inconcebible algarazara, agudísimos gritos y desenfrenado reír, sobre lo cual y por encima de todo lo cual, ofase a cien leguas de distancia el atronador cascabeleo de las carcajadas, que la menuda pícara morenilla de los couplés lanzaba con pleno pulmón a despecho de las relativas iras de la siempre, y en toda ocasión y punto, aspirante a comedia, y educada y aristocrática mamá.

En ocasiones, taimadas y escondidas, quebradas por el cáñamo del calzado de algún breve pie, las frágiles ampollitas de sulfúrico esparcían su nauseabundo olor con el consiguiente cambio de conversación y recelosas miradas: en otras, ofendidas las pituitarias, estornudábase a coro; en muchas disimuladamente restregábanse las lindas manos comidas por el molesto prurito de los invisibles polvos del pica-pica. Se alborotaba, se reía, se jugaba y se rezaba.

Al obscurecer, después que el ganado había descansado breves instantes en la plaza y abrevado en la fuente; después que el morro acercó a la salera y fué ordeñado, encerrándose los terneros, arrancados de la sabrosa ubre con el engaño del pan: una señora, nacida para altas cosas, pero obligada por las ironías del destino, y más aún por la natural tacañería, a estirar hasta lo inverosímil el valor de la perra chica, no sin las infantiles protestas del endeble chiquillo, que bailaba ante la hogaza, y de la menuda morenilla, que se quedó sin bata rosa el primer día de lavado, esta señora, amiga de mandar en todo, descollar y dar su infalible parecer en las más heterogéneas cuestiones, puesto que lo mismo disertaba de culinarias faenas, que de toreo, o ciencia médica, esta pintoresca señora, daba la voz de alto, y requiriendo el rosario,

enfática, comenzaba: «Por la señal de la santa cruz... Padre nuestro...».

Algunos días hacían discreto mutis los dos aspirantes a médicos, el bibelot de los rizos y el gitano de los achares, y entonces la complacida risilla comenzaba a retozar entre los labios de las señoritas. En estos días era cuando pronunciado el «Alabado sea el Santísimo Sacramento», infaliblemente ocurrían las cosas más estupendas: o bien bajaba por los aires un gigante fatasma agitando los descomunales brazos, o por la carretera asomaba un estrafalario matrimonio, que con sendos garrotes gesticulaban grotescamente; o en ocasiones una ánima en pena de enorme altura caminaba majestuosa, proyectando dos temerosos haces de luz por entre los vacíos ojos de la calavera, que tan pronto se bajaba al par de el cuerpo, como iba creciendo hasta tocar en los tejados.

En estas noches de pavora el griterío era ensordecedor, enormes la barahunda y los empujones de los primeros instantes, velocísimas las carreras en dirección al propio domicilio, y, minutos después absoluto el silencio, a causa de la huida de quienes ni se despidieron. Aquellas noches eran las más terribles: no sólo temblaban los niños, sino que las viejas y algún hombre corrieron, soñando después con cementerios y muertos y brujas y condenados.

Ello era que en el soportal se tramaban todas las bromas. Sobre el mayor de los cajones en semicírculo las nueve cartas de los oros se hallaban llenas de perrillas, y en el centro lucía su empaque una sota.

—¿Juego?

—¡Ay! espere V. Voy a poner esa perrilla al rey, y esta otra... al dos... esa... a... a... a... no sé. ¿A cuál la pongo, Doctor?

—Al as, señorita, al as; con esta otra perrita mía, que van a ser dos; y esta otra a la siguiente; y esta furruñosa al tres, y, bueno, una a cada cartita, que son nueve y harán diez y ocho, en cuantito vuelvas tú la baraja, porque esa señora sota se va a quedar ahí luciendo su orgullo.

—Eh, señora, ¿adónde va V.? Véngase acá; estamos de reloj. Ocasión de ganarse unas perrillas.

—No, ahora no; llevo prisa. Voy por una docena de huevos.

—¿Cómo que no? ¡V. la gran jugadora! Aquí puede sacar para dos. Espera tú, no echés carta.

—Si llevo lo justo.

—Mejor: jugador porfiado, ganancioso jugador.

—Bueno: por complacer. Una perra; sólo ésta. Al caballo.

—¿Estamos?

—Mamá, no juegues.

—Cállate, chiquilla.

—Que yo quiero huevos.

—Mira que te pego, Pilita, ponme esa otra perra-al rey.

—Hija, que fastidio. ¿Por qué no la pone V.?

—Porque no hay sitio, mujer. ¿Dónde quieres que me meta, sino podéis estar más apretados?

—¡Cuánta perrina, mamá!

—Cállate.

—Eche usted.

—Espera.

—Yo quiero una perrina de esas.

—Monín, ¿quieres separarte un poco?

—Pues que me den una perra.

—Cá late, que te pego.

—Hombre, voy a cambiar esos cinco centimibiles al tres.

—No me arméis líos con las perras, que después lo pago yo. Juego.

—Que yo quiero una perrina.

—Señora, por Dios, ¿quiere V. llevarse estos niños tan monos, o irse por la docena de huevos?

—Ustedes me llamaron.

—A V. sí la llamaron, por desgracia; pero a estos niñines, tan ricos, no.

—¡Hijos míos!

—Eso, eso, hijos suyos, no nuestros, por tanto súfralos usted a los pobrecines.

—Vaya, que me canso. ¿Juego?

—Venga.

—Ahí va. El seis.

(Revuelo general).

—Aquí una perrina.

—Otra a mí, a mí otra.

—Eh, eh, eh, quietos, quietos, que no pago a nadie. Dejar ahí las posturas.

—¿Esta de quién es?

—Mía.

—Mía.

—Mía.

—Por Dios, ¿se callan ustedes? Tenga usted, y usted, y usted.

—¿Y la mía dónde está?

—Yo que sé; ahí no hay más.

—Pues yo la he puesto. ¿Verdad, María?

—Sí, eso sí, lo ví yo.

—Bien, bien, tenga V., pero si andan con esos jaleos de la baraja.

—Oye; de estos dos realines van cinco céntimos al siete, otra perra al caballo y otra al rey. No te olvides. Al siete, al caballo y al rey.

—¿Otro lioso? Trae, trae los dos realines. Te los cambio y pon las perras en su sitio.

Las conversaciones a la vez eran numerosas. Cada uno hablaba con el de al lado, y todos a un tiempo de las cosas más diversas. Imposible dar idea de lo que allí sucedía.

—¿Pero qué algarabía es esta? ¡Silencio, silencio, niñas! Formalidad. Doña Segunda, por Dios, ¿quiere V. dejar por un momento quieta esa lengua, si puede ser?

—Vaya, ¿juego, o de la baraja?

—Juega.

—Quita los dos reales.

—¿Acabaremos? Cuantas perras quiere usted. Yo se las presto.

—Tres, Pilita, y muchas gracias.

—¿Juego ya?

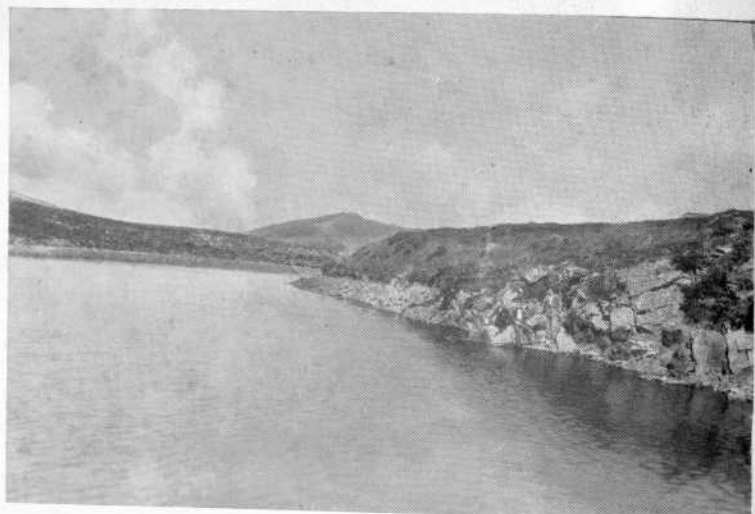
—Echa.

—El siete.

Nuevamente se repitió el barullo, que iba en aumento constante, hasta no haber trampa que no se hiciera, perra, que no se escamoteara, ni carta, que apareciese sin el imprescindible acompañamiento de estrepitoso griterío. Así continuaron largo rato, y hubieran seguido, si alguien no hubiese dado un puntapié al cajón, que, si no cayó, porque estaba



LAGO EL AUSENTE. —...brama como el mar... (pág. 186).



EL AUSENTE.—Un lago entre roca viva. (pág. 186).

sujeto por veintiocho rodillas, fué lo bastante, para que de él saltaran cartas y perras, que al suelo fueron.

¡La que se armó! Sin pizca de moderación al suelo echáronse todos, y el uno perdió la alpargata, la otra rompió la blusa, a éste le pisaron la mano, a aquella se le cayeron las peinetas, el de aquí destrozó el reloj, la de más allá la pulsera; sin que ni el uno, ni la otra, ni éste, ni aquella, ni el de aquí, ni la de más allá hicieran caso alguno de la alpargata, la blusa, la mano, las peinetas, el reloj y la pulsera, atentos todos como estaban, a recoger perras chicas, aunque para ello perdieran cosas de más valor, y dieran al traste con miramientos y convencionalismos de personas de su educación.

La «tabahola» y «rebundio», como decía doña Segunda, no fueron obstáculo, para que en pie los veraneantes, y dispuesta la marcha hacia el molino, no comenzaran ellos muy serios a hacer gala de su finura, afanándose en poner todas las cosas en orden, en llevar libros y cajitas de labor, y en no consentir tocaran ellas a nada entre las protestas de:

—Por Dios, Manolito, eso no; yo lo llevaré.

—De ninguna manera.

—Que no me molesta, Pepe, traiga V.

—Tengo mucho gusto en llevarlo—entablado así un pugilato de atenciones y delicadezas los que en el minuto anterior rodaban por el suelo disputándose a codazos y empujones el dominio de cinco céntimos.

La señora invitada a jugar, mostraba en su mano diez céntimos que ni de su propiedad eran, porque rato hacía que perdió todo, y poseíalos gracias a su habilidad en meter la mano a caza de perrillas por entre sitios, que los hombres; aun rodando por el suelo respetaban.

Con cara de Dolorosa, en el centro de los veraneantes, inquiría:

—¿Y quién me da a mí ahora una docena de huevos por diez céntimos?

—¿Lo ves, mamá?

—¿Pa qué jugaste?—decía la monísima parejita de biscuit, colgándose de la madre.

—Niños, mucho cuidadito con las prendas de vestir, que me rompéis la falda.

—Nosotros queremos merendar.

—Sí, hijos míos, sí—y con un gesto de actriz consumada, que lo era en todas ocasiones, la joven señora, puso una mano sobre el corazón y alargando la otra con aire generoso, exclamaba trágica.

—Tomad y merendad, hijos míos, esta perra es la última que le queda a vuestra madre. Yo moriré de hambre mientras vosotros coméis caramelos. ¡Amor de madre!

—Pero, ¿vamos al molino?

—En avant.

Marcharon por la carretera. No había vez que por allí pasearan, sin que al contemplar el enorme anfiteatro de montañas circundantes, dejaran de convenir en que parecía imposible hallar la salida de aquel altísimo e inescalable cerco, en el fondo del cual, aislados del resto del mundo, se movían ellos, insignificantes en medio de aquella colosal grandeza.

Quizá en este aislamiento del género humano, pudiera encontrarse la causa de unirse en estrecha amistad los que en medio de populosa urbe ni se hubieran dignado mirarse: acaso en este apartamiento del mundo estuviera fundado aquel marcado desprecio de las leyes etiqueteras, que no duraban más del primer saludo, y aquel descuidado, económico y archicomodísimo abandono del pulcro vestir. Indudablemente uno de los mayores encantos de aquella envidiable vida era la despreocupación en el arreo de la persona. Nadie resistió una semana con camisa planchada o tacón alto.

Llegaron a la presa y unos antes, después otros con más o menos miedo, pero siempre con el obligado acompañamiento de chillidos, en busca de grata sombra, pasaron por la tabla de encima del agua la mayoría, faltando solo tres muchachas, que, rezagadas, venían entretenidas en confidencial plática de amoríos.

Cuando pasaba Manolita, que a nadie confió el mundillo, donde sobre el patrón encarnado aparecía, sujeto con infinidad de alfileres el complicado y primoroso encaje, oyó decir:

—Mucho cuidado, niña, mucho cuidado.

—No hay cuidado, nó; por donde Vds. pasen, carretera para mí.

No pasada la mitad de la tabla balanceóse ésta, y ¡pum-ba! zambullida en la presa, pero zambullida de las de padre y muy señor mío, de órdago a la grande; cuan larga era, cara abajo, y sin soltar el mundillo.

«¡Bueno! figurense Vds. lo que allí sucedió y la de «vuelve por otra, jactanciosa»».

La jovencita sobrecogida por el inesperado baño general, de bruce en el agua, que la cubría, sin soltar el mundillo, se levantaba hecha una lástima, chorreando por todas partes y principalmente por el desrizado y lacio pelo, pero riendo a todo reír con risa, que se nubló, al hacerla notar que el colorado patrón del dibujo habíase desteñido, poniendo como es de suponer la cuidada y amadísima puntilla.

—¡Mi encaje de mi vida! Esto sí que lo siento. Otra, ¿y el dinero?... si he perdido tres perras!

Gracias a D. Manuel no volvió a meterse en la presa a remojarse voluntariamente, para buscar los quince céntimos, que enseguida encontraron los chicos y chicas, inevitable cortejo de los veraneantes que no podían hablar, ni decir, ni pensar cosa alguna, sin que a los cinco minutos se comentara en todos los prados y cocinas, adonde los pequeños o los mayores escondidos en su trabajo, y atentos a la conversación, llevaban corregido y centuplicado de propia cosecha lo dicho por los incautos, que en la intimidad de forasteros se franqueaban unos con otros, relatando las peripecias, que en los respectivos alojamientos les sucedían, sin pensar que enseguida lo habrían de saber todos los indígenas.

Merced a esta telegrafía sin hilos y al talento natural y fina observación de los montañeses, ni ocho días pasaban sin que cada uno de ellos supiera la tacañería de la señora, el desprendimiento de tal caballero, el orgullo de esta señorita, la predilección de la otra por los chiquillos, y en resumen todas las cualidades buenas, malas o medianas de todos y cada uno de los veraneantes con los más minuciosos detalles de carácter, gustos y aficiones.

Los del pueblo con ninguno chocaban directamente por tacaño y engorroso que fuere, pero al que por cualquier causa ponían la proa de esa manera solapada y artera, que usan cuando les acomoda, divertido estaba.

Para él no había huevos en el pueblo, y... «siempre lo sentían mucho, pero siempre los acababan de vender»: en la carnicería «precisamente en aquel momento se terminó la ternera», las truchas las había comprado una señora hacía poco, «¡qué lástima con el gusto con que se las hubiera dado

a V.1», la leche se les agriaba, el coche no paraba cuando daban algún encargo, y así en todo y a todas horas. ¡Más mala suerte! ¡Siempre llegaban tarde!

Para que se juzgue como quintaesenciaban las montañesas en el estudio de las personas léase lo que sigue. Charlaban un día dos de aquellas defendiendo una e impugnando la otra la tacañería de tal señora y así terminó el diálogo:

—Mira, niña, —(en Lillo se da tal apelativo cariñoso en todas las edades, aunque sea a las abuelas)—esa es como la mi vaca torda, déjase ordeñare, y cuando tienes llena de leche la cuerna, date una patada y tíratela. Conque ojo.

Pacientísimamente sufrían los perseguidos tales contrariedades, sin que por regla general se dieran cuenta de que eran intencionadas, contentándose con lamentar que otros tuvieran tanta suerte, como tenían, para encontrar siempre lo que buscaban.

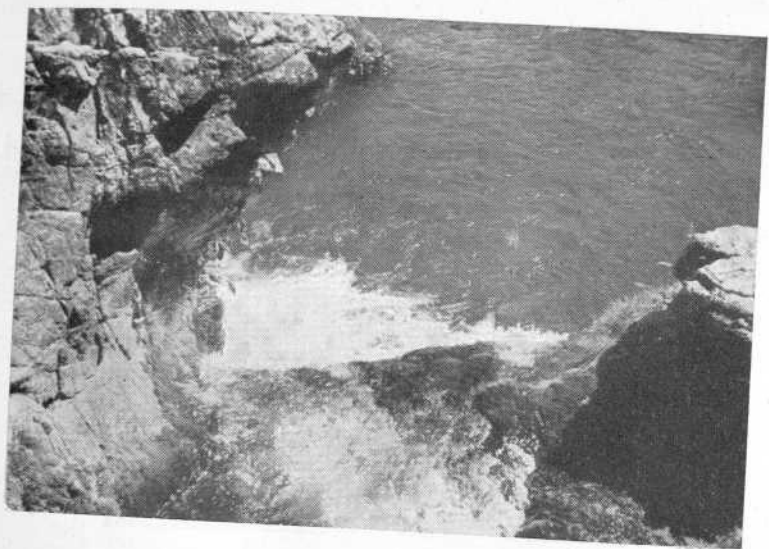
Es curioso el carácter montañés. Apegadísimo al dinero, hay veces que prefiere vender la manteca o los pollos a Fulana de Tal unas perras más baratos que no a Citana, que los pagaba más caros, y es, porque en su finísima penetración ve, y casi nunca se equivoca, que vendiendo más barato a la primera, sacará más jugo que de la segunda, que lo paga más caro.

Las relaciones entre vecinos y forasteros regúlanse en primer lugar por el mayor o menor provecho que de éstos pueden sacar de aquéllos; después por los adioses y saludos, pues sabido es que nadie como el montañés agradece la conversación de los señoritos, y últimamente por la simpatía.

A Nieves, a Manolita, a D. Manuel y a otros cuantos, les adoraban, porque de ellos sacaban provecho, honor y satisfacción. De aquí que adivinando a cada cual sus aficiones no faltaran flores para ellas, ni estalactitas, bichos raros, o caza para ellos. Todo ello regalado, pero todo bien cobrado, a la corta o a la larga, por supuesto.

A doña Segunda y a otros tantos y tantas, faltaba hasta lo necesario para comer, aunque lo pagaran mucho.

Dicho ésto y sabido que Manolita era de las estimadas, no habrá necesidad de expresar que en cuanto salió *pingando* del río estuvo rodeada de chiquillos y de alguna persona mayor que a porfía interrogaban: —¿Vóyle a casa por la ropa y múdase en el molino?



...terreno rápidamente cortado... (pág. 183).



...revueltísimas aguas... (pág. 183).



...caen en el vacío... (pág. 183).

Hubiera caído otra y no hubiera parecido nadie en diez leguas a la redonda.

Cambiada ya de ropa la del chapuzón, de nuevo volvía a poner el pie en la tabla, y nuevamente hubiera caído hasta terminar el repuesto de mudas, si Nieves no hubiese gritado:

—No pases, no pases. Pepe, ponga bien esa tabla.

Y Pepe se hacía el sordo, pero al fin quitando del centro la piedra hábilmente escondida aseguró el paso. Manolita aquella misma tarde se vengó de la mojadura, haciendo caer de la tumbona a Pepe. Con estas travesuras, y otras tan infantiles o más, pasaban divertidos los días en sitios, donde la naturaleza era la única distracción.

Traída nuevamente a disputa la importante cuestión de la gira campestre, inmediatamente se convino en celebrarla al otro día. En lo que no hubo unanimidad fué en el lugar a elegir.

—A los forfogones de la foz.

—Allí no hay sombra.

—¿Qué más da, si no molesta el sol y es un sitio muy hermoso? ¿Ustedes lo han visto?

La mayoría contestó que no y D. Manuel, uno de los chiflados de la Montaña leonesa, aprovechó la ocasión, para cantar por centésima vez sus excelencias diciendo:

—La cosa más grande, que ustedes puedan concebir. Imagínense el viaje más encantador por la carretera, siempre cuesta arriba, y, al llegar a lo alto, métanse ustedes por la imponente y estrechísima cortadura de las peñas de Sobre-Foz, para, apartando gigantescos helechos, y agarrados medrosamente a los salientes de la roca, ir ascendiendo con el abismo del agua a nuestras plantas, temblando el ánimo a cada paso, pero siempre acuciados por la atracción de lo desconocido, satisfecho solo, cuando el río, que se desliza plácido por los altos, encuéntrase con el terreno rápidamente cortado por enorme desnivel entre cuya quebradura las ahora revueltísimas aguas, impetuosas caen en el vacío, estrellándose metros más abajo contra el descomunal peñón, que, en lo tajado por el centro avanza, y a cuyo choque se deshacen, se pulverizan, se atomizan, para, después de formar en el aire innumerables arcos iris, irse, allá abajo, y en el mismo aire reuniendo, condensando, volviendo a ser río, que entre exhu-

berante vegetación, saltando peñas, hirviendo de espuma, sigue su fatigada carrera, para descansar por fin tranquilo en el regazo del Valle, sin que, al verlo tan sosegado abajo, pueda ocurrírsele a nadie lo grandioso, lo sublime, lo inexplicable de tan accidentado recorrido.

— ¡Hijo, vaya V. con Dios! Creí que no hallaba V. el punto final.

—Y no debía hallarlo, no señora, porque estas cosas no deben tener jamás punto final de explicación, y siempre será muy poco cuanto se diga.

—Pero, según V. dice, allí será muy difícil subir.

—Bastante, señora, bastante:

—Mucho, mucho, digan Vds. que ninguna puede llegar allí.

—Hombre, las jóvenes, ayudándolas, si podrán. Cierto que solo hasta el medio de la altura se puede ascender, no sin peligros graves, pero allí es el asombrarse, el quedarse mudo, extático ante el río, que desde la cumbre entero se despeña, choca furibundo en el centro contra la roca saliente y a nuestros mismos pies se forma otra vez en el aire, atravesando por fin la dilatada pradera en un sinnúmero de vueltas y revueltas, origen del conocido refrán, que tan a lo vivo retrata a regato y a personas, cuando dice: «Tienes más vueltas que el río Silván».

—Sí, sí, pero miren Vds., allí no hay más que media vara de ancho, y eso obstruída por maleza y peñascos. Añadan a esto que en muchos sitios no se sube ni gateando y que en todos ellos hay inminente peligro de que si se resbala uno, al río va, y no lo cuenta.

—Pues vamos a Isoba.

—Eso es otra cosa. Todo carretera.

—Y un magnífico lago.

—Con su respectiva leyenda.

—¿Quiere V. contárnosla?

—Allá va. Es el pueblo una ínfima aldehuela de doce casas, recostadas en la falda del puerto de S. Isidro, célebre entre los asturianos que por allí pasan de contrabando el vino, traído por los aprovechados montañeses a estos pueblos sin viñas, pero con buenas bodegas. Este amable pueblín último de la provincia de León, tiene a su entrada dilatado y hermosísimo lago, que de repente preséntase al viajero, asom-

brado, al contemplar hermosura tanta y tan inesperada en paisaje tan abrupto y bravío.

Habiendo lago, claro es que hay leyenda, aquí donde no existe peña sin tesoro escondido, ni castillo sin relato de moros, ni lugar medroso sin aparición de ánima en pena.

Y es la tradición que en tiempos nada menos que de Jesucristo, desde Galilea debió el Señor venirse a esta Montaña, cuando se cuenta que, pidiendo limosna, llegó a Isoba, donde moraba una famosa daifa. Y, como puesto el pueblo a narrar, hace mangas y capirotos de lo verosímil y lo inverosímil, afirma que en ninguna casa de la aldea se socorrió al Salvador más que en la casa del Cura y en la de la meretriz, por lo cual Jesús, huyendo, volvióse desde lo alto y maldijo: «Húndase Isoba menos la casa del Cura y la de la pecadora». En virtud de cuyo divino mandato la aldea desapareció anegada por el lago, que el nombre del pueblo lleva.

—Pero eso es mentira.

—Evidente. La historia del pueblo es otra.

—¿Cuál?

—¿A ustedes les divierte esto?

—Mucho, ¿verdad, Camín?

—Pues por mí, adelante. Es indudable que todos esos montes y praderas pertenecieron al famoso Conde de Luna, uno de los muchos magnates leoneses y quizá de los más potentados. Furtivamente debió construir allí una choza algún avisgado montañés, que en aquellas alturas y soledades vió el pan suyo de cada día, sin que nadie en él la vistan pusiera. El ejemplo de éste y la impunidad en que vivía debieron ser acicate de otro par de ellos, que construyeron sus casas en sitio, donde, o por la dejadez del amo, o por el aislamiento de comunicaciones, no llegaba la acción de las leyes humanas, hasta que, siglos después, estas mismas leyes, astutamente manejadas por los intrusos, sirvieron para pleitar con el mismísimo dueño y señor Conde de Luna, para quien definitivamente se hundió parte de Isoba.

—Caracoles, que aprovechaditos.

—Anda, anda con los isobanos.

—Bueno, dejarse de comentarios. ¿Vamos a Isoba, o no?

—Sí, hombre, sí. A Isoba. Así veremos también la fuente

más abundante, la *fuelle-hermosa*, *Fonta-mosa*, como la llaman aquí con gran propiedad.

—Por cierto que también tiene su leyenda, y muy corta, y muy bonita. Cuentan que subida en un carro de bueyes iba guiando una moza, muy rica y muy vanidosa, adornada su garganta con muchos collares. Al llegar al lago de Isoba «moscó» la pareja y entre las aguas perecieron animales y dueña. Al año siguiente rompiendo la tierra por Fonta-mosa salió la mano derecha de la moza esparciendo por el cesped las sargas de los collares.

—¡Qué asunto más bonito para un poeta! La fuente no es como todas: no es una, sino una serie de fuentecillas, brotando saltarinas por todas partes en torno a la central. ¡La mano derecha de la mocina derramando pródiga la lluvia de las refulgentes sargas de sus corales sobre el finísimo cesped!

—Jesús, qué cosas más encantadoras sabe usted.

—Y más científicas, porque es muy probable que el agua de las fuentes de Fonta-mosa sea filtración de la del lago de Isoba.

—Pero ¿dónde aprende V. esas cosas D. Manuel?

—Hijas mías, hablando con el pueblo, que sabe mucho más de lo que se cree. Y aún os diría que del lago «Ausente»...

—Ese sí que es interesante. Un lago en aquella altura, entre roca viva, sin fondo conocido, sin átomo de vida alguna ni vegetativa, ni animal, ni nada; sin una planta, ni un pájaro, ni un pez, ni un mal bicho... con aquel flujo y reflujo... es curiosísimo... y V. perdone que le haya interrumpido, D. Manuel, pues me preocupa el estudio de ese lago, pero siga usted, que estas pollitas gustan más de poesía que de ciencia.

—No; sino es nada, simplemente contarles que el ruido de las aguas del Ausente dicen algunos que es el mugir de los bueyes ahogados en el de Isoba, aunque replican otros que el Ausente brama porque tiene comunicación con el mar.

También podemos visitarlo. Todo está en el mismo camino, los Forfagones, Fonta-mosa, el lago de Isoba y el Ausente.

—Sí, y después una camilla, para traernos en trozos, y

una salmuera para donde V. sabe. No, señoritas, no; una cosa es un día de esparcimiento en el campo, y otra reventarse por esos andurriales y vericuetos. Yo no voy.

Una pregunta: —¿Se les dice a los de Cofiñal?

—Claro que sí—contestaron a coro las jóvenes, que en los días de excursión deseaban fuera mucha gente, mucha, cuanta más mejor.

—Pues entonces no podemos ir a esos sitios. Vamos al Pinar.

—Eso, eso, al Pinar, al Pinar.

Acordada la excursión se centuplicó la constante alegría de la gente joven, dispusieron los mayores a gozar cuanto pudieran, y cada cual comenzó a pensar en el «arre», hallando unos facilísima la solución; y preocupando seriamente a otros, «que no sabían como se arreglarían, para ir a dar a las casas, donde precisamente aquel día estaban ocupados los burros».

Seguramente hubiesen los preocupados encontrado la explicación, oyendo a Nina que decía a su madre:

—Madre, peme que mañana van los señoritos al Pinar. Si vienen a por el nuestro burro, no se lo deje más que a la señorita Manuela.

—¿Crees que soy boba, niña?

A Nieves nada le costó encontrar cabalgadura para ella y un par de amigas.

Precisamente en el prado cercano las vacas cuidaba Marusa, quien contestó:

—A mí no me pida. Mándeme. De V. es el burro, y que vaya en él quien V. quiera.

—Es para mí—dijo Chabela.

—Sea pa quien quiera; yo dóyselo a la señorita Nieves. Ella es el ama.

—De todas maneras agradézcose lo, muyerina.

—A la señorita; no a mí.

—¿Haces puntilla?

—Hago. Como está una sola toda la tarde, abúrrese.

—¡Pobrina, hoy no te hice compañía!

—Bastante me ha hecho otras veces, y bien que se lo estimo, porque con esta melancolía, que entróme, no sé como hay quien esté conmigo.

- ¿No estás mejor?
- Quia, cada día que pasa, hállome peor.
- ¿Qué tienes?
- Si no sé. Una cosa, que vame comiendo, comiendo poquitín a poco. Llámame la tierra.
- ¡Mujer, qué cosas dices! Ya te he dicho que no quiero oírte eso.
- Bueno, ¿a qué hora llévole el mi burro?
- A las ocho ¿verdad?
- Sí.
- ¿A la su casa, o a la de ésta?
- A la de ésta.
- Condenadas de vacas, que non paran. Con Dios—y fuese apresurada gritando: —Jóóó... Cariñosa. Jóóó Cariñosaaaa.
- ¡Qué lástima de rapaza!
- Si que lo es.
- Y ye guapina.
- Se ha estropeado mucho. ¡Está en los huesos! ¡Nunca creí que el amor pudiera matar!
- Mata, fillina, mata. A Pachón, el de Cabañaquinta muriósele la prohibitina de la muyer, y, como quería tanto que vivía sólo del su cariñu, non tuvo ya el home afrixido más que unes pénes que le comien, dexándole los gueyos llenes de llágrimes, que le fincaron na terra.
- Habla más, Chabela. ¡Qué acento más dulce! Sigue.
- Non falo, nena, ríeste de mí.
- ¿Yo? ¿Por qué?
- ¡Ay mi alma! Non, falo, non. Foi mucho lo que os reíteis el sábado.
- Ellas; yo no. A mí me gusta mucho todo lo de Asturias.
- ¿Gústate Asturias?
- Muchísimo.

—Pos mira: «mas d'un viaxeru, fartucu de ver mundo y extranxeru dixo, al triar d'Asturies una aldea; aquí se llució Dios, ¡benditu sea!».

- Chica, chica en verso y todo.
- Sabésmolo todos en Asturias. Lo mismo que esti:

«¿Qué ye Asturias? envióme a enterrugar unu que de ella diz qu'oyó falar. Asturias, prohibín... ¡ye el primer piso que s'atopa subiendo al Paraíso!».

y esti refrán: «D'Uvieu al cielu y en el cielu un guyero pa ver a Uvieu».

— ¡Bonito es Oviedo!

— ¡Bonito ye, pero a tí gústate más el mociquín del otro día!

— Calla, mejer, ¡si vieras lo que me hizo reir! Figúrate que me contó como pasó la noche y te mueres de risa. Dijo que le habían puesto cinco colchones, por lo cual tuvo que subirse encima de una silla, para meterse en la cama. Después de acostado notaba una molestia muy grande, así como unas durezas muy gordas, que le hacían daño en el cuerpo. Se levantó, encendió la luz, y ¿qué dirás que era?

— Qué me sé yo.

— Pues que la sábana de abajo estaba bordada al realce con unas letras como puños que decían «Purificación». Es decir que entre el nombre y el dibujo lo ocupaban todo, sin que el infeliz encontrara sitio donde ponerse, para que no le fastidiase el bordado. Lo que él decía: «ya pudo llamarse Paz, o Luz, u O, y no me hubieran cogido todo el cuerpo las letras ni el diantre de la estaca aquella que servía de tronco de las flores y la frondosidad de tan profuso bordado. Para mayor tormento a la cabecera tenía un cuadro de la «muerte del justo», pero en cambio, en la pared de frente, a los pies, había otra estampa con «la muerte del pecador» que horro- rizaba. El moribundo rechazando airado al sacerdote, y un demonio muy feo con los cuernos y el rabo muy largos tirando de la sábana, queriendo agarrar al enfermo para llevárselo cuanto antes a los mismísimos infiernos y acompañado de un horrible culebrón, que abría sus fauces, sin duda para mayor comodidad del viajero de Ultratumba. Estaba muy salado con- tándolo. «Mire V. señorita, me decía, la noche que pasé no es para dicha. Lo poquísimo que dormí estuve soñando con el diablo, el dragón y la estaca del recio bordado, que se me metía por las espaldas, y para mayor ignominia los cencerros de las vacas, metidos en mis orejas con ese tín, tín, tín, del

rumiar, que le pone a uno nervioso». En fin, que yo pasé toda la tarde riendo sus cosas.

Siendo muchachas solteras y habiendo señorito por medio, enseguida salió la eterna cuestión del amor, pero Nieves, muy seria, afirmó que no había nada y que sólo había dicho él todas esas tonterías de los muchachos galantes.

Se calló la muy pícara que desde León la envió una artística postal con la primorosa, magnífica y delicadísima Catedral Leonesa, y que después recibió otra del severo edificio de San Isidro, y al día siguiente una del macizo monasterio de San Marcos y precisamente aquel día, otra de un detalle de las vidrieras, lo cual daba a demostrar que si se acaban pronto los edificios leoneses, no se terminaría tan luego una correspondencia, que tenía por base la inenarrable multitud de postales, a que se prestan los sepulcros, portadas, tallados, columnas, capiteles, archivoltas, ojivas, cornisas, arcos, contrafuertes, y demás prodigios, hermosuras y encantos de aquella divina mansión, fundado orgullo de la Capital leonesa y de toda España.

Pero, como en Lillo nada puede haber oculto, puesto que el correo se canta a voz en cuello por la ventana, y las cartas se dan a la vista de todos, no dejó la asturiana de hacer alusiones al diluvio de postales, y vióse Nieves precisada a prometerla que se las enseñaría todas, único medio de convencerla de que hasta a aquella hora todo ello no pasaba de una galantería de él enviándola postales, sólo porque ella le dijo que estaba enamorada de la Catedral.

Convino sin gran esfuerzo en que el muchacho era simpático y en que, por lo menos, le debía el inmenso favor de haberla libertado del importuno asedio de Tino el día de las Nieves.

En la plaza del pueblo se despedían ya las dos amigas cuando a ellas se acercó doña Segunda, diciendo enojadísima:

—Esto es indigno, intolerable. No han querido darme más que dos libras de ternera, y hay más, me consta, hay más, porque mataron esta mañana, y no han podido venderla toda, no señor. ¡Como si mi dinero no fuera igual que el de ustedes! ¿Qué hago yo con dos libras de ternera para mañana? Nieves, ¿quiere V. hacerme favor de comprar otras cuatro como cosa suya?

—Con mil amores. Ahora mando a la chica y enseguida se las envío a casa.

—Esto no se debía consentir. ¡Como si mi dinero fuera falso!... —y con razón se marchó echando venablos.

—Don Diego, ¡eh! don Diego.

—Qué desean de este pobre cura y cura pobre.

—No tenga V. ganas de broma.

—¿Yo?, que no las tenga el Estado. Seis reales menos perrina al día. ¿Quieren más pobreza?

—Paciencia. ¿A qué hora dice V. la misa mañana?

—Ya sé, ya sé, que se van al Pinar.

—¿Y usted no nos acompaña?

—¡Ay qué lástima! Ande. Venga. Yo le llevo la comida.

—No puede ser. Tengo un enfermo grave. La misa a la hora que ustedes quieran. Al fin a diario no van más que ustedes los forasteros...

—No quisiéramos dejar la comunión.

—Ni yo quiero que la dejen, por más que ya lo ven, el buenísimo ejemplo que dan los de fuera, para nada lo aprovechan los míos, y luego... que son ya buenos... tan buenos... lo son, sí... lo son... pero la fe sin obras es muerta, y la fe pide algo más que comulgar por Pascua florida y oír misa los domingos. Mucha fe, mucha fe y quietos en el surco. Así se acaba la fe, ya lo creo que se acaba.

—Bien, ¿pero la misa a qué hora?

—Y el ejemplo de ustedes perdido, no digo el de las forasteras, si no el de los forasteros: ahí está su padre, el hermano de esta señorita, el señor Ingeniero, ese otro muchacho madrileño, sin perder una misa y los míos... nada... sordos... tanto adelantan ustedes con sus obras como yo con mis sermones...

—¿Pero quiere V. decirnos la hora de la misa? porque tenemos mucho que preparar y no vamos a llegar al rosario.

—¡El rosario! Esa sí que es otra. También aquí encaja lo del ejemplo perdido. Ni un día faltan ustedes, y yo se lo agradezco mucho, y más que yo, Dios, que se lo ha de pagar bien pagado... ¿pero ellos... los míos...? esos...

—Pero D. Diego...

—¡Ah! sí, lo de la misa. Ustedes perdonen, más poniéndome a hablar de estas indolencias de los míos... no puedo,

remediarlo. Y ellos no son malos, ¿qué han de ser? todos muy buenos... unos santos... pero unos San Sirolés, que se abandonan mucho y van a perder lo bueno, que tienen: que lo pierden... lo estoy viendo venir... ya lo creo que lo pierden... pues... sí... lo de la Misa... a la hora que quieran. Ustedes dirán...

— ¡Ay!, no señor, eso V.

— No, si estos no han de ir, si los míos...

— ¿Le parece a V. a las seis?

— Perfectamente. Es la gran hora, ya ha salido el ganado al campo y si quisieran... — Adiós, señoritas. No descuidarse, que voy a tocar pronto.

A los cuatro pasos de repente se presentó Tino diciendo:

— Con que mañana al Pinar ¿no?

Ninguna contestó, más dando por segura la respuesta afirmativa siguió el indiano:

— Nievitas, como V. no sabe montar, tengo un caballo muy noble ¿sabe? y puede V. decirlo a papaíto que yo la llevaré.

— Mil gracias, pero Cundo me deja su burro.

Adiós ilusión del americano, que en cuantito se enteró de la proyectada gira aprovechó la ocasión de abordar a Nieves por sorpresa, antes de que hubiera llegado a casa y preparar hubiese podido nada de la excursión.

Decidido a no quedarse sin compañera, se dirigió a la otra con el mismo ofrecimiento, obteniendo igual respuesta:

— A mí ofreciome Marusa el suyo. Siéntolo mucho...

¡Cundo! ¡Marusa! ¡Marusa! ¡Cundo! Siempre y en todas sus cosas atravesados estos dos malditos nombres. ¡Cuándo se abriría la tierra y los tragaría!

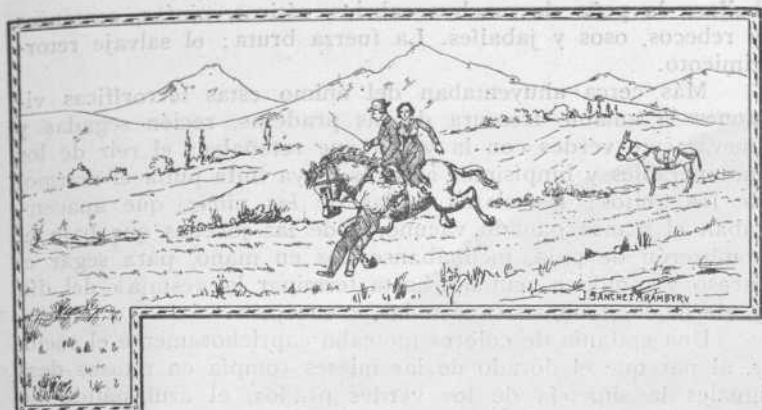
En todas las casas de los veraneantes se trajinaba de lo lindo. Habían convenido en que aquella comida, por falta de tiempo para encargarla, fuera sin escote, llevando cada uno su ración, y cátrate lector a todas las amas rivalizando en habilidades culinarias, y a todas ellas coincidiendo forzosamente en los manjares.

Porque, igual en esto que en todo, la vida de los veraneantes, salvo ligeras variaciones de neurastenia, era la mismísima.

Llegaban desde distintas regiones de España con muy

pocos días de diferencia, se levantaban a la misma hora, oían la misma misa, se veían en los mismos sitios, comían lo mismo, y al mismo tiempo paseaban por idénticos lugares; asistían a las mismas giras, conversaban con las mismas personas, hacían la misma puntilla para el mantel de la Parroquia, iban a las mismas romerías, se lamentaban de la común carestía; en la romana de la fábrica de manteca pesaban al marcharse todos unos kilos más, se ausentaban en las mismas fechas, salían echando las mismas pestes de la Villa y de sus habitantes, juraban no volver, y... al año siguiente en fines de mayo o principios de junio a la misma casa, a los mismos paseos, a las mismas excursiones, a las mismas comidas, a los mismos juegos, a las mismas comidas, a las mismas labores, a las mismas caídas, y así hasta septiembre... y otra vez hasta junio... y... la correa sin fin, a no ser que la guadaña de la muerte hubiese segado por regla general en flor la vida de algún desgraciado, tuberculoso o tuberculosa, a quien ni se le hubiera ocurrido volver, ni, aunque hubiera vuelto, le hubiesen de nuevo admitido.

¡Qué lástima! ¡Qué lástima de capital y de iniciativas para aquellos amadísimos, sanos y encantadores lugares, que a gritos están pidiéndonos un hotel con sobre-alimentación, unas lonas para la helioterapia, unos enarenados para el corto paseo de los enfermos, a cambio de lo cual pródigos derramarían rayos de sol, vivificadora brisa, purísima agua, salud, energías, glóbulos rojos!, ¡vida!... ¡¡mucha vida!!... ¡¡mucha más vida!!! que la que dan esos extranjeros santoneros, suizos o franceses, cacareadísimos en lujosos anuncios, «archibombados» hasta por la prensa española, que ocupada en narrar las excelencias de los países vecinos, se olvida de cantar lo insuperable de las climatológicas condiciones, y bellezas y paisajes, y hermosura de la preterida madre patria.



IX

El Pinar



SLLO fué que amaneció el día del Pinar, no sin que durante la noche levantáanse más de doce excursionistas, a mirar si ella era anuncio de la deseada esplendidez. Magnífica fué. Día de verano montañés. Sol radiante: cielo purísimo; diáfano ambiente; deliciosísima brisa; inalterable calma.

Iluminados los rincones más recónditos con la fuerza de la luz matinal, destacábanse en gran relieve los incomprensibles y grandiosos caprichos de riscos y torrenteras, desfiladeros y gargantas, cascadas y precipicios.

La negra peña de San Justo, erizada de picachos, parecía el original de donde Gustavo Doré arrancó aquellas temerosas líneas de sus fantásticas producciones. No hubiera sido difícil a la imaginación más obtusa figurarse que de falda a cumbre, por entre aquellas estratificaciones gigantescas, poblada se

hallara la peña de machos cabrios, sátiros, ninfas, centauros y rebecos, osos y jabalíes. La fuerza bruta; el salvaje retorcimiento.

Más cerca ahuyentaban del ánimo estas terroríficas visiones la amable frescura de las praderas, recién segadas y nuevamente verdes con la yerba que retoñaba; el reir de los innumerables y limpiísimos arroyos, cuya linfa pulfa el mármol de los guijos; las claras faldas de las niñas, que apacentaban el manso ganado vacuno, y de las jóvenes que bajo el sombrerón de paja, inclinábanse hoz en mano, para segar el escaso y raquítico centeno, hasta terminar la «estaja» del día y atarlo en «colmatos» con las «vencejas».

Una epifanía de colores moteaba caprichosamente el suelo, y, al par que el dorado de las mieses rompía en retazos desiguales la simetría de los verdes prados, el azul pálido de los cardos orlaba los bordes de las fincas, en cuyas orillas se erguía airoso el morado de la profusa digital, que a su lado tenía la diminuta flor amarilla de los tojos, a cuyos pies alguna que otra margarita lucía sus pétalos blanco y rosa.

En plena floración estaba el campo y a los innumerables ramilletes de las delicadísimas florecillas co'or barquillo del sauco silvestre uníase el moteado interior de los «estalletes», las azuladas corolas de las clavelinas, el vivo encarnado de alguna que otra amapola, y mil y mil florecillas de los más variados colores y las más hermosas formas.

En día tan prodigioso, después de cincuenta mil recados de los que marchaban y doscientas mil advertencias de los que, con harto sentimiento, veíanse obligados a quedar, a las nueve se formó la caravana en la plaza del pueblo. La mayor parte de las y aún de los jóvenes no sabían ir a caballo y todos rehuían llevar alforjas, ni impedimenta alguna.

—¿Este burro mío, será malo?

—¡Ay, Dios mío, quién monta aquí!

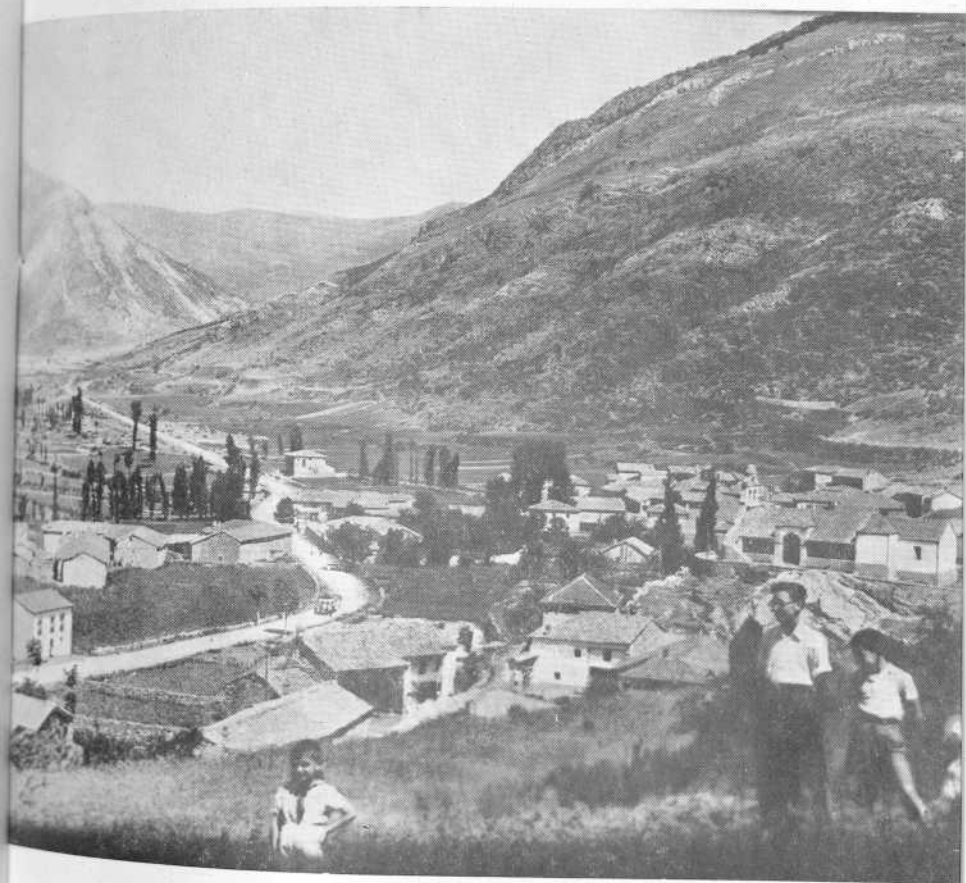
—Tía Juanina, *apriéteme* V. la cincha.

—Ten cuidado de ese ronzal, que arrastra.

—¡Por Dios, por Dios, que me caigo: que me caigo: que me caí!

—Súbame V. No, no, así no. Arrímeme el burro a esa piedra. ¡Ay, ay!

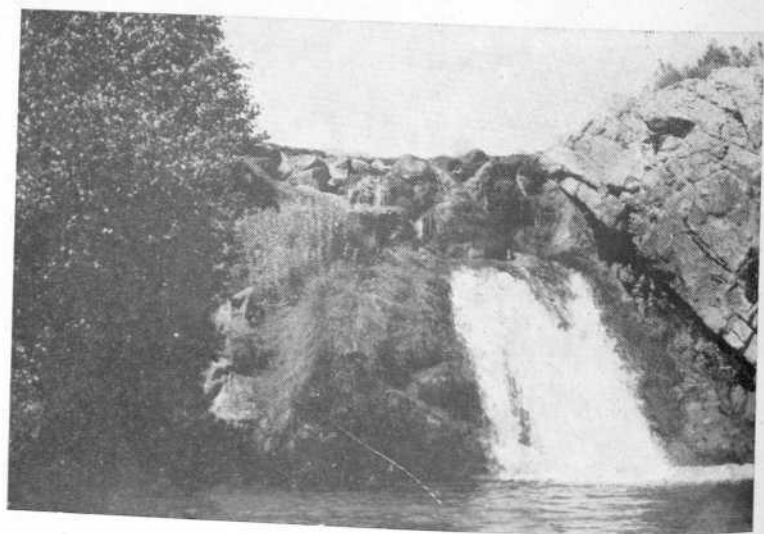
—¿Ese burro es de V.? No se acerque; no, no, mar-



COFIÑAL.—¡Bien supiste, pueblín! (pág. 201).



...la roca era inaccesible...(203).



*FORFOGONES DEL PINAR.—... para descansar tranquila...
(pág. 205).*

che, que me encargó mucho la tía Jacoba que no fuese junto a burros.

—Señorita, no me pierda el sudadero.

—¿Y qué es el sudadero, esto que va en el rabo?

—¿Estamos ya?

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay!

—¡Adiós!

—Que os divertáis.

—Ojo con el cierzo.

—Traerme arándanos.

—Y frambuesa.

—So, burro, so. Que se me marcha este demonio de burro pa su casa.

—Adiós hija mía. Ten mucho cuidado no te caigas.

—¿Pero qué hacemos aquí ya?

—Arrear; arrear; arreen ustedes.

—Esperarme hombres, que no me han puesto la cabezada.

—Niña, esa falda...

—¿Pero me quedo yo con la bota?

—Traiga, V., mujer, pues buena la hacíamos.

—¿Falta alguno?

—Nadie, vámonos.

—Que sí, que falta Caminín.

—Mirarla, allí viene. ¡Vaya un sombrero!

—¡Vamos Camino!

—Pero Caminín...

—Corre, rica, anda.

—¿Les hice esperar?

—No V. nunca hace esperar. Ya ve que llegó la primera.

En los últimos instantes se centuplican las conversaciones; se habla a gritos; se chilla nerviosamente, y después de haber tenido que volver a poner en el burro a las muchas que al primer paso se cayeron o se tiraron de miedo, y de traer corriendo cien cosas olvidadas; santiguadas las mujeres, suele romper marcha alguna caballería mayor, tras la que sigue aquella larga serie de burros y burras, que marcha como se les antoja, porque sus jinetes no son capaces de otra cosa que mal tenerse en la albarda. Por lo cual más de una y más de dos viéronse a la puerta de la cuadra, si antes no requirieron auxilio o se tiraron.

—¡Hija mía!—gritaba D. Manuel—mucho cuidado con el sol.

—No tengas miedo, papá.

—Cundo, ya lo sabes, ¿eh? No te apartes de la señorita.

—Eso déjelo a mi cargo. Vengo yo antes en tajadas, que la señorita Nieves con un rasguño.

—Pues eso. Adiós.

Montaba Nieves un burro de cómodo andar y a su lado iba Cundo de espolique, cogiendo el ronzal con la mano izquierda, la derecha a la baticola de la albardilla, doblando el tronco del cuerpo hacia la señorita, y caminando de costado con la insufrible incomodidad, que suponía tan violenta postura.

Nieves, sentada muy a su gusto, sin temor a caer, cogida con ambas manos a los respectivos extremos del aparejo pequeño, gozaba enormemente con la universal alegría y la espléndidez de tan hermosa mañana.

El mozo, dominado por el respeto a la señorita, no la dirigía la palabra más que para contestar a sus preguntas. —Por allí se va a Silván. —Ese es el camino de Isoba. —Aquella la peña del aparejo. —Esa otra la escudilla del oso— y para nada más usaba la lengua.

Ella reía a más reír; con donosura comentaba las caídas de sus compañeras; intensísimamente gozaba, y alguna vez, o por compadecerse del martirio del andar de Cundo, o por deseos de probar habilidades de equitación cogía el ronzal, más no había ella soltado sus manos de la albarda, ni el mozo se había separado, cuando de nuevo requería presurosa la presencia de éste, que gustoso volvía al tormento de aquel molestísimo caminar, no soportable por nadie que no fuera él, ni aun por él mismo soportado, si en el burro estuviera sentada otra que no fuera Nieves.

Las demás chillaban, subían, bajaban, se caían, se levantaban o las levantaban, y vuelta a repetir la escena a los pocos metros sin más variación que la de los protagonistas de los divertidísimos tumbos.

El médico, habilísimo jinete, entre el espanto femenino caracoleaba en su gran caballo, y tan pronto lo azuzaba talud arriba como le hacía dar prodigioso salto. Era el guía de los veraneantes, y con su graciosísima charla iba explicando en alta voz los términos que recorrían, el nombre de las montañas o las flores y las tradiciones de los lugares.

Cuando lo exigía la importancia del relato galopaba hasta alcanzar al primer excursionista, deteníalo; esperaba a que llegasen todos y largaba un discurso, que imitaba el sonoro giro de los incisivos de ampuloso orador, o narraba la leyenda, valiéndose del sencillo lenguaje popular, o en ocasiones llegaba a la regocijada charlatanería del sacamuelas.

Pasada la casilla de los camineros, perdida de vista la moruna torre y hasta la peña Susarón, que ocultaban los dos taludes, por los que se hundía la carretera culebreando, el infatigable médico, afianzándose en los estribos, irguiéndose cuanto podía frente a los excursionistas, que, sin apearse, paráronse formando animado grupo, alzó la voz cuanto pudo, y sereno y grave dijo:

—Estamos en la *Celadilla*, venerando sitio, que no he visto nunca mencionado en ninguna Historia de España, y que a pesar de ello guarda en su camino el recuerdo de una tradición, que yo quiero contar para admiración de los presentes, homenaje a los antepasados y ejemplo de los futuros.

En el siglo VIII recibió este camino el nombre de Celadilla. Iba entonces, y aun va hoy, un poco a la izquierda de donde me hallo y aunque, como ustedes ven, el tal sitio es apartado, éralo mucho más en dicha época, cuando hasta aquí llegaban árboles del monte, que talaron manos, que yo hubiera querido ver cortadas antes que los troncos.

Intentaba España arrojar de su suelo al moro, que sólo en estas montañas halló barrera, y tras de esos montes comenzaba Pelayo la Reconquista. Nuestra Villa, famosa en el Reino Leonés, parecióle bella en extremo al moro Tejón, que, a juzgar por esto, era persona de buen gusto.

Era el tal un corpulentísimo morazo, hombre valiente, de incalculables riquezas y experto capitán, que de victoria en victoria a través de toda Iberia trajo sus tropas desde las abrasadoras llanuras africanas, hasta las frías crestas de nuestras sierras.

Terminó con esto su labor de soldado y quiso disfrutar de las delicias del vencedor. ¡Buen sitio eligió, a fe mía!

Aquí construyó sus castillos y ustedes conocen el lugar, donde se alzó el más famoso de todos llamado Castil-Tejón.

El sanguinario moro, implacable cual todos los vencedores, asoló estas montañas, exigió tributos, asesinó, violó, robó

y no hubo crimen que no cometiera, escudado en su fuerza y poderío.

Las gentes de estos riscos estaban aterradas, y aunque más de una vez, la tiranía del vencedor musulmán puso las armas en las manos de estos sufridos moradores, con sus rebeliones no consiguieron ellos otra cosa que derramar su sangre ante los impenetrables muros de las fortalezas morunas.

Pero ¡cuán difícil es domeñar a los montañeses! Lo mismo en aquel siglo que en el nuestro, pacientes, astutos, ladinos, van a lo suyo, y lo suyo consiguen. Sino es en un día, en dos; sino este año, al siguiente. Si estorba la recta, se va por la curva. Si hay que sufrir, se sufre callando. Si hay que reír, se ríe con la boca, aunque el alma lllore. ¡Siempre a lo suyo, cueste lo que costare!

Por esto, abandonado por imposible el camino de la violencia, atrocharon por las veredas de la astucia. Hicieron las paces con el terrible moro: pagaron las exacciones: encendieron luminarias en su honor, y apenas le divisaban aclamábanle entusiastamente. El incauto adorador de Mahoma no tardó en rendirse a vista de tanto y tan continuado agasajo. Salió de su escondite: conversó con los aldeanos: disminuyó su escolta: adquirió confianza y se halló aquí mucho mejor aún que por su tierra.

—Oiga, Doctor, ¿no puede abreviar el cuentito?

—¿Cuentito? ¿cuentito? Realidad, mi amigo, realidad. Un día se presentaron en Castil-Tejón los montañeses del pueblo vecino, suplicándole asistiera a una boda, pues en ello tendrían gran honor. El moro, que con ahinco buscaba el medio de hacerse agradable, accedió complacido, y al día siguiente, por este mismo camino, sin más acompañamiento que el de su escudero, caminaba satisfecho y confiado. Al llegar aquí, aquí mismo, entre estos taludes, el rebote de una piedra le hizo exclamar:

—Cela mi caballo, que hay traición: Nada más pudo decir, los montañeses, apostados, con la segunda piedra de estas peñas le rompieron la cabeza.

El montañés que le dió, decía regocijado: —Le hice la cabeza cascos. Este fué el primer ascendiente del apellido Cascos de la Provincia de León. Por la celada, que al moro tendieron, se llama este sitio la Celadilla. Con la cabeza rota



...pradera bajera del pinar... (pág 206)



...pinos de incomparable altura... (pág. 206)



...tres metros... sin arbol... (pág. 208)

de una pedrada pagó sus crímenes el moro Tejón. ¡Viva España!

— ¡Viva! contestaron todos. Se echaron los sombreros al alto: se dieron vivas a Cascos...: y se arreó a todos los burros.

No habían recorrido cien metros, cuando nuevamente el galeno se paró en firme, antes de terminar el recodo de la Celadilla, y precipitada, y estentóreamente dijo:

— Respetable público: deténganse todos ustedes, y vean la película de este camino archidespampanante y descomunal. Aquí se acaba el desfiladero y comienza la vista más estupenda de todo el globo terráqueo y todos los demás orbes. Adelante. A la una... a las dos... arriba el telón. Mirad y hartaros de belleza, hermanos. Descubríos. Id bajando la vista por esta suave cuesta, y recreaos, mortales. Ved que variedad de tonos, contad si podéis la multitud de florecillas más numerosa que la de las estrellas: mirad allá abajo, corriendo por un cauce de negros mármoles el famoso río Porma, donde se crían las más sabrosas truchas. Ascended por la pendiente, coronada de piornos y tomillos. Tended la vista más allá, más allá, aun.

¡Collada de Maraña, la que tu frente envuelves en la gasa del cierzo; picos los de Mampodre, los de las eternas nieves y abundantes pastos; peña la de la Polinosa, la de los 2.197 metros; augustas moles que os atrevéis a ocultarnos la grandiosidad de los picos de Europa, yo os saludo!, rendidos os saludamos todos, y ante vuestra fiereza y grandiosidad y majestuosa elevación no tenemos reparo en afirmar que somos unos microscópicos hombrecillos, a quienes la vida quitaría cualquier guijarrín, que desprendido de esas alturas, viniera a saludarnos en esas faldas, cuyos frescos prados invitan al reposo.

Miremos carretera arriba. Subida la cuesta véis allá, al fin, los escasos tejados de las primeras casas de la aldea. Es Confiñal, el pueblo que *confina* con Asturias, la aldea de los Casos y Rascones, de los Garatas y Alonsos, de los escudos nobiliarios y los hombres nobles. ¡Bien supiste, pueblín, bajarte al valle, y esconderte del cierzo, levantando tus chozas y edificios delante del cerro de los «barrillos». Mezclaste lo útil con lo dulce, y poético eres, a más no poder!

Apenas te columbramos, pero con toda el alma sentimos

el simbolismo del admirable emplazamiento de tu Iglesia, cuyos cimientos se asientan metros más altos que la más alta casa, dominándolas a todas, protegiéndolas desde su incommovible trono de roca. «Super hanc petram», como decía Jesús, que tenía mucho de artista.

—Dame la bota, Pedro.

—¡La bota! ¡Hombres miserables, hombres groseros, eternos Sancho Panzas ¿qué sabéis vosotros de arte? qué sabéis de idealismos? No tenéis alma. Sois iguales a los jumentos, que sin tener una mirada para todas estas hermosuras, solo se refocilan con el pasto de estas praderas.

—Já, já, já...

—¡Vino! ¡vino! Solimán daba yo a los que en estos encantadores parajes apartan la vista de estas montañas y de esa Iglesia para mirar a las alforjas.

—No haga caso, Doctor, siga V.

—¿Qué siga? ¿qué siga? No haré tal, por mi salud. Y para castigo de los mentecatos que se aburren con mi charla, quédese sin saber el sitio de las ferrerías, el de la picota, las guaridas del oso, de los rebecos y del águila real. Se acabó. No digo más.

—Bien por Vd.

—¡Bebed vino, emborrachaos; roncad como cerdos!

—¿Usted gusta?

—¡Hombre!, trae un poco, que se me ha secado, la garganta.

No fué corto el rato que el doctor estuvo estudiando astronomía. Sin duda cansose de tanto mirar a la tierra y con la bota en alto admiraba la limpidez del cielo, entre la universal rechifla, que a coro estentóreamente repetía:

—¡Emborráchate, ronca como cerdo!

La bota fué recorriendo todas las manos, y las señoritas, que, remilgadas, no quisieron probar el vino, vieron sus nítidas blusas con los manchones del peleón, lanzado en chorro de jeringa.

Siguió su ruta la regocijada turba, y al terminar la cuesta, señalando a la derecha, decía el simpático y servicial ex-secretario del Juzgado.

—En ese tugurio se encierra el progreso. Un salto de agua, un dinamo y luz para muchos pueblos. Buen negocio, ¿eh, Dominguito?

—Si vieran ustedes cómo se pone esto de nieve.

—¿Llegará hasta donde estoy yo?—inquiría Nieves.

—¿Cómo no? mi amiga, mucho más—contestaba Tino, que, jaque en su caballo, no se apartaba de la joven, por lo que más de una vez atropelló a Cundo, que, sin protestar, no hizo más que separar la caballería.

—¿Llegará, Cundo?

—Algunas veces, sí, señorita. Sobre todo cuando hay «trabes», y peor si son «mueldas».

Entraban en las primeras casas de Cofiñal, aturdiendo con el vocerío a los silenciosos vecinos. Asomaban estos a sus puertas, haciendo sabrosos comentarios de indecencia de trajes y desenfado en charlas y chistes, y todos escandalizados, mucho más aún de lo que el asunto requería, metíanse dentro las mujeres, murmurando de tal suerte y con tanta unanimidad que parecían haber usado todas los mismos anteojos de aumento, al mirar a los veraneantes.

—¡Ay queridina, y éstos son señoritos! Qué dirían si los nuestros hombres y nosotras hiciéramos la mitad que ellos!

Y los despectivamente llamados señoritos, fuera de algún raro traje que debió ser más largo, no habían hecho otra cosa que derrochar buen humor, reír la juventud, pasar derramando alegría en medio de aquella tristeza de aldea, que envidiosa de ellos, sólo por el traje, colocaba en la casilla de los ricos a los veraneantes, que para sí hubieran querido disponer de las dos parejas, que poseía la más astrosa de las montañesas.

¡Así es el mundo! Vestían ellas blusas y llevaban ellos corbata: tenían las aldeanas la saya rota y los montañeses el pantalón con culera, y solo por este hecho aquellos eran los ricos, y estos eran los pobres, cuando los primeros pasaban no pequeños apuros para vestir y comer, y a los segundos les sobraba el pienso con que alimentaban el ganado fecundo.

Frente a la Iglesia los excursionistas no pudieron resistir la exclamación, que a todos arrancó el emplazamiento del templo parroquial. Desde allí la roca, sobre la que se asentaba, era de todo punto inaccesible, y apesar de lo miserable de la espadaña, pobre y humilde, cual todas las de la región. en aquella altura, parecía como agujereado el cielo con el re-

mate de la cruz. ¡Iglesia de Cofiñal, donde mis mayores supieron poner en su capilla mármol para pedestal de la Pilarica!, ¡qué pobre y qué bella eres!

Al llegar a la plaza del pueblo llamada la picota, encontraronse los jinetes a los veraneantes, que esperaban, llenos de alegría, engrosando el ya nutrido grupo de la gira, cuyo estruendoso bullicio se recrudeció al recibir aquellos a estos con la más estrepitosa marcha real, y al contestar estos a aquellos con los más estentóreos vivas. Saludos, abrazos, risas, voces... y adelante carretera arriba el grupo de las cuarenta y cinco personas cabalgando en treinta y seis burros y cuatro caballos.

Pasado el rústico puente de las Lamas, a la misma falda de la negra y temerosa peña de San Justo, frente al precipicio por donde nadie imaginar pudiera ser el camino de Isoba, separada por dos enormes montañas unidas mucho antes de la falda, al parecer imposibles de franquear, allí mismo, en medio del río, que se precipitaba espumoso sobre el limpísimo pedregal de su cauce, antojósele beber al burro de Teresa. ¿Quién podrá suponer siquiera el pánico de la bellísima joven?

Un fotógrafo aficionado, que tenía mucho de artista, la enfocó diciendo:

—Quieta, Teresa, por favor quieta.

—Que me caigo.

—¡Quieta, quieta! Arrée un poco el burro para que salga el reflejo en el agua.

—No puedo. Que me caigo.

—Coge tú ese burro del ronzal. Tira.

—¡Ay, ay, ay!

—Así. Más, más. Ahora.

—Que me caigo. Dejarme.

—Tira un poquito más. Eso es. Ahora.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay de mí!

¡Pataplum! En medio del río tiró el miedo a Teresa. La blanquísima placa se impresionó con el lugar abrupto, la hermosa joven y el crítico instante. Teresa cayó de pie, y, al decir de un deplorable chistoso, se impresionó también, pero mucho más, cuando oyó el coro de las carcajadas. De tal manera se apoderó de ella la rabia del ridículo, que inconscientemente pateó chapoteando, echó las manos a la cabeza,

se arrancó el sombrero de lazo rosa, lo tiró al agua, y, llorando, lentamente acabó de pasar el río. ¡Qué bella estabas, destacando en aquel grandioso marco, el río jugando con tus faldas, la rabetilla en el rostro y en tus hermosos ojos el llanto!

Cuando salías, recuerdo te dijo un señor:

—¡Teresa guarda esas lágrimas para cosas más grandes de la vida!

Los que no pudieron reprimir la risa, arrearon los jumentos; los otros callaron. Nieves se apeó. Cundo cortó una escoba e hizo lumbre. Al poco rato, seca la ropa, Teresa cabalgaba riendo las gansadas de Tino, y las agudezas de Nieves.

—Los forfogones—dijo Cundo.

Admirando aquella prodigiosa cascada de cola de caballo, que se arrojaba desde lo alto para descansar tranquila en el espacioso y hondo remanso, engalanado con la innumerable profusión de los helechos más gigantescos, esperaban muchos a los cuatro que faltaban, y todos juntos, peñas arriba, por aquellos senderos de cabras serpeando, subían y subían, viendo a los otros tan pronto aparecer como desaparecer, cada vez más pequeños y cada vez más altos en las cumbres.

El paisaje, a la izquierda, era duro, descarnado, hosco. Peñas, y peñas, y peñas, altas unas, más altas las otras, tocando las últimas con las nubes. Cuando la roca dejaba sitio y aun en medio de la misma roca la hierba mostraba a veces su verdín, la zarza comenzaba a enseñar su pardo fruto, alguna que otra haya solitaria extendía sus ramas.

A la derecha la multitud de arroyos, que de las alturas descendían con su linfa vestían de intenso y fresco verdor las praderas: los pinos de las cumbres recortaban airosos el azul del firmamento; las invisibles hondonadas, que formaban la unión de las montañas, dejaban adivinar lugares de encanto, parajes de secretos, meditabundas umbrías.

Las ciudades y los pueblos quedaban allá muy allá; abajo, muy abajo. El esfuerzo del hombre se detuvo impotente en las alturas. Raquíuticos parques, jardines de estufa, simétricos árboles, fuera, fuera, allá abajo con los hombres. Aquí el Gran Jardinero. ¡¡Aquí sólo Dios!!

Uno de los muchos asturianos veraneantes, que derrochaban su dinero y galopaban en su caballo, declamaba:

«—Al verme n'a más alta cuguruta,
Abaixo el mundu, el cielu n'a cabeza
Que nonada tan grande parecía
Lo que facen los homes... ¡Qué miseria! ».

Esta impresión de magnificencia, admiración, soledad, omnipotencia, a despecho de algazaras y gritos se adueñaba de todos. Lo sublime se imponía.

Metidos ya en el camino, que a derecha e izquierda herméticamente cerraban los arbustos y las hayas, uno a uno y silenciosos bajaban los excursionistas, resguardados del sol por el compacto to'do, que formaban las ramas al unirse.

Cuando por algún resquí lo veíanse a la derecha las montañas, llenas de los esbeltísimos pinos, el ánimo se suspendía, el espíritu se elevaba, y el mirar era un *rezo*. Se presentía a Dios y *se rezaba mirando*.

Pasaron el último reguero, y al terminar una corta pendiente, cuando menos lo esperaban, fueron quedando extáticos ante lo inconcebible de la pradera bajera del pinar, extensísima llanura donde la altísima hierba, meciéndose suavemente, crecía pujante, la pequeña planta del arándano mostraba su negro y sazonado fruto, y los corpulentos pinos de increíble circunferencia extendían las primeras ramas, que semejaban ábo'es horizontales, para ir disminuyendo a medida que subían... y subían... hasta perderse en la inmensidad del espacio, uniéndose todo allá arriba en una ramita, que terminaba en una sola puntiaguda hoja, con la que el cierzo escribía en el cielo la gratitud de la tierra a su Creador.

¡Oh Pinar! ¡Bello Pinar! ¡Pinar sublime! No puede haber quien te describa, como haber no puede quien describa al sol.

¿Quién podrá contar las lindísimas, y olorosas y variadas florecillas que por doquier tus fértiles praderas hermo-sean? ¿Quién podrá ponderar la meliflua dulzura y aromático sabor de tu en extremo delicada frambuesa? ¿Quién podrá explicar el suave conjunto de la inconcebible armonía, resultante del canto de tus ruiseñores, faisanes, colorines y oropéndoas, artísticamente combinado con el murmurio de tus arroyuelos y el debilísimo roce de la brisa entre las

innumerables ramas de tu salvaje vegetación? ¿Quién podrá concebir existan efluvios tan vitales y aromáticos, como los de tus pinos, tu yerba, tus flores y tomillo, hortelana, y orégano, y cien y cien plantas más, todas olorosas, que en la pureza del ambiente mezclan sus perfumes, para que el hombre se recree y con fruición aspire el goce de lo inenarrable? ¿Quién podrá imaginar el placer del cuerpo, cuando plácidamente se abandona en brazos de la caricia del cespéd, que le recibe muellemente en el blando lecho, donde una flor, una brizna o una hoja se halla siempre al alcance de la mano, que se mueve alisando la suave pelusa, o resbalando por el brillante barniz del acebo?

¿Y el alma? ¿el espíritu? ¡Qué de inefables dulzuras!, ¡y de quietos misticismos! ¡y de sublimes elevaciones! ¡y de ansias eternas! El hombre enmudece asombrado: por infame que sea, de su ser se apodera la bondad; se apagan de la bestia los instintos, y el ángel, que todos llevamos dentro, siente agitar sus alas, y volar hasta el éxtasis en el rendimiento y la adoración al Inmortal, que de las cosas de la tierra supo hacer tan sublimes escalones, para ascender al cielo.

El hombre se halla, cual si estuviera él solo en el mundo, y, en medio de los ruidos, percibe la augusta majestad del silencio; y entre tantas cosas como recrean la vista, enajenado entorna sus párpados; y, con sus pies sobre la tierra, cree estar suspendido en el aire; parecele que con el goce de todos los sentidos, se pierden éstos, la materia se espiritualiza, y gozando intensamente de todos los puros placeres del cuerpo, se encuentra más espíritu, más inmortal.

¡Oh poder de la soberana majestad del Pinar de Lillo!

Al ir entrando en paraje de tales encantos poblado, cesaban las conversaciones, acallábanse las risas, y cada cual, mudo en su admiración, forzosamente veíase más o menos tiempo aprisionado por lo sublimemente maravilloso.

Aquellas tres montañas, que, cuajadas de pinos, venían a unirse en la pradera, único sitio llano y sin el enmarañado bosque de la frambuesa, zarza y abeto, a la vez que anonadaban el ánimo con la inmensidad de su mole, lo suspendían con la grandiosidad de su exuberante vegetación y lo inaccesible de aquellas calizas rocas, por entre las que los es-

beltos árboles extendían su raigambre, fecundada por la amorosa tierra, que aun guardaba en su seno vitalidad suficiente, para nutrir la savia de los arbustos, las flores y el heno.

Cientos, miles de pinos disputan el dominio de tan fantástico lugar, y de laderas a cumbres, y de cumbres a laderas no hay en los montes tres metros de espacio sin árbol corpulento, que, uniendo sus ramas al de al lado, no forme el compacto y espesísimo toldo, por donde pasa el tamizado de la luz solar, que en el suelo dibuja las más caprichosas líneas de su claro-oscuro.

Súbese a la pradera de en medio por áspera pendiente, a derecha e izquierda hermoscada por el intrincado bosque predilecto del oso, que allí se regodea con el dulce sabor de la silvestre fruta. El chozo del guarda y una escondida fuente invitan al descanso. ¿Qué tendrán los chozos de la montaña, para infundirnos tan hondo desprecio a las ciudades, y tan vivos anhelos de pasar en ellos la noche, a despecho de toda incomodidad?

En esta pradera se está a media altura del Pinar, las puntiagudas copas de los árboles de abajo están a nuestros pies; los troncos de los árboles de arriba más altos que nuestras cabezas. Inmensidad hay al fondo, pero más aún es la del alto, donde pocos se tendieron sobre el heno, y de donde solo pasó algún que otro cazador, que esperó en lo más abrupto de las peñas el paso del águila real o del gallardísimo rebeco.

Pasado el primer momento de estupor y vueltos a la realidad del vivir, se apearon los excursionistas, con más o menos destreza, (la mayor parte con menos), desaparejaron los burros, atáronlos separadamente, y diéronse a buscar la codiciada fruta, discurriendo a su antojo por las umbrías, sin alejarse gran cosa, temiendo perderse en aquel intrincado laberinto.

Cansados ya y hambrientos regresaron a la pradera. Uno encontró en el suelo una piña, y con ella hizo blanco en el moño de una joven. Esta halló otra piña a sus pies y contestó al ataque, generalizado en tal forma que no hubo nadie que, sin respeto ni miramiento alguno, con todo ardor no entablará el más sañudo y regocijado combate, al que

incitaban la abundancia de proyectiles, la general barahunda y el forzoso nivelamiento de las más distanciadas clases sociales.

Si un burro no hubiera lanzado su sonoro rebuzno, y si, al oírlo, no hubieran rebuznado al mismo tiempo y con igual estrépito, duplicado por el eco, los treinta y cinco burros restantes; si inmediatamente de cuatro saltos no se hubiera plantado en medio de la pradera un joven altiricón y macilento, que, extendiendo sus interminables brazos, y con el bastón por batuta, cual maestro de ópera, con sin igual acierto llevaba el compás de la asnal orquesta, no hubiera cesado la batalla, imposible de continuar a causa de la desafortada hilaridad, que a todos produjo tan inesperado y regocijadísimo concierto.

Al apagarse en un jadeante piano el último rebuzno, el joven director ceremoniosamente saludaba a diestro y siniestro en medio de los aplausos más entusiastas, interrumpidos por la anhelada voz de: «A comer, a comer».

La inevitable fotografía, que siempre «sale mal»; las agudezas buscando el sitio y compañía que más placiera a cada uno, y la invariable lista de estas sabrosas comilonas. Tortilla de patatas y jamón, chuletas de ternera, pollo asado, truchas, cecina, queso, galletas y nada de fruta. A veces añadíase a lo dicho la deplorable ración de esas conservas aceitosas que tienen la rara virtud de dar idéntico sabor a las carnes y pescas más variadas.

¡Comida la del pinar, donde los escrúpulos de los más pulcros comensales no se resienten al tomar las viandas con los cinco mandamientos, y al quitar de ellas el importuno mosquito!, ¿qué tienes tú para abrir el apetito de par en par a los desganados, y aumentar el de los tragones?

Nieves comió de todo, y el gitano de los *achares*, el incommensurable, el monstruo de la cavidad estomacal más grande y los jugos gástricos más activos, que el autor ha conocido, fué el asombro de todos los que, después de verle comer hasta reventar, presenciaron cómo no consintió quitaran de la mesa un pollo asado, que científicamente fué destamuzando y embutiendo. —Esto es lo mejor: el esterno-mastoidéo, (y comía un alón). Ahora va el hipocóndrico derecho (y se engullía la pechuga). Venga el ciático (y trituraba el pescuezo del ave).

—¿Acabas ya? Que vamos a hacer café.

Con el fuego de una gran hoguera, que les achicharraba, y en el agua hirviente de cazuela descomunal, echaron café, mucho café. ¡Qué aromático estuvo y qué bueno les supo!

Aquello era esencia, extracto de café: el calmante más adecuado a la general excitación nerviosa. ¡Y todavía hubo a quien se le ocurrió quemar todo el cognac de una botella y pasarlo por la manga del café!... y todos se asustaron, pero todos bebieron, sin que una gota sobrara, ni se marease nadie, conviniendo unánimemente en que sería una bebida cara, pero riquísima.

In vino veritas, dice un refrán latino, que nos explica por que persona tan seria como un catedrático de Derecho Romano se arrancó por peteneras, bailando con la relativa ligereza consentida por sus años y su redonda panza. Frente a él hacia los más variados volatines un adinerado banquero: más allá con las mantas «rajonas» de los burros toreaban las señoritas a un ingeniero, que acometía furibundo, alcanzando tal éxito la corrida, que a los pocos instantes se organizó una monstruo de cuatro toros con todo el aparato de presidencia, público, toreros y toreras, lucido desfile y estrepitosa banda de música compuesta de tapaderas, cuchillos, cucharas, cazuelas, silbidos y voces.

El conjunto más increíble y al mismo tiempo el más salado y pintoresco grupo en el que, despojándose de la careta que en el mundo llevaban puesta para el acertado desempeño del papel en la vida por ellos representado, gozaban y honestamente se divertían los hombres-niños, dando al diablo la seriedad del bufete, la clase, el archivo, el laboratorio, y aun la mismísima representación social, que su ciencia les había conquistado, siendo cosa de notar que no eran los jóvenes los que más se divertían, sino los viejos y agobiados por el trabajo diario.

Cualquiera que allí se presentase los creería locos de remate, ya que bien claro era no estaban borrachos, aunque sí alegres, con la más sana alegría del estómago satisfecho, el alma sin penas y la delicia del lugar.

Algunas jóvenes parejas lentamente paseaban por la pradera, hablándose muy despacito el eterno lenguaje del amor,

allí tan dulce, y protestando inútilmente contra la exigencia de tomar parte en los juegos.

Tino, desesperado de no hallar nunca sola a Nieves, por estar siempre metida donde más barullo había, estratégicamente se tumbó en el suelo cuan largo era, ya para ahuyentar cierto mareillo, ya para mirar con disimulo lo que en su redor sucediese.

Cundo, después de ayudar a recoger la vajilla, desapareció, sin volvérselo a ver, hasta que pasadas dos horas, los excursionistas trabajosamente ascendían por lo más enmarañado buscando la frambuesa, de la que ya él había recogido gran cantidad, que, exprimida, dió hasta un vaso de la más aromática y delicada bebida.

Notando que llegaban los demás, conocedor del terreno, retiróse a un sitio, donde pudiera ver, sin ser visto. Casi todos pasaron ante él sin sospechar su presencia, y solo cuando cruzaba Nieves, salió de la fragosidad, para decir muy quedo :

—Señorita, aquí hay frambuesa.

—Qué susto: creí que era el oso.

—¡Recoimes, qué bruto soy... pero escondíme aquí pa que no se la comieran otras. Tome.

—¡Huy cuanta... muchas gracias.

—Pues aun téngole otra cosa que ha de gustarle más. Venga, que está muy acalorada.

A los pocos pasos, oculta entre el follaje, reía una fuente de fríísima agua, en la que hábilmente colocado entre piedras se refrigeraba el vaso de un desconocido licor, que Cundo alargó a Nieves diciendo:

—Doyle lo que nunca ha probao, y lo que nadie beberá aquí más que V. También Dios danos a los pobres cosas buenas, que regalare a los ricos. Beba.

Al llevarse el vaso a la boca Nieves no pudo menos de pararse, aspirando con fruición el delicadísimo aroma; miró el débil color y paladeando refinadamente, poco a poco bebió el riquísimo zumo, exclamando entre sorbo y sorbo:

—¡Ay qué cosa más rica... queeee cooosa más ricaaaa!

El mozo, regocijadísimo del placer, con que la señorita bebía, daba por bien empleado el cansancio y el sudor que

costara recoger la enorme cantidad de frambuesa, que suponía aquel sólo vaso.

Cuando ni gota quedaba en él, dijo Cundo:

—¿Quiere ver la huella del oso?

La señorita, dando un paso atrás toda asustada, repuso vivamente:

—¿Pero está aquí?

—Con las voces que han dado Vds. no señora. Los osos huyen de las personas, pero esta mañana sí que ha estado, porque la huella víla yo bien patente, cuando andaba ahora a la frambuesa; por cierto que ni grano dejó al su paso; conócese bien. ¿Quiere venire?

—Parece que tengo miedo.

—No sale, no; y aunque saliera, yendo conmigo no tenga reparo, que si tray hambre con el mi cuerpo tendrá bastante.

—¿Quieres que llamemos a los demás?

—Por mí llámelos a todos. Ahora ya no estorban.

—Pilitaaaa... Lolaaaa... D. Joséeee... vengan a ver la huella del oso.

Delante Cundo un buen trecho, detrás los otros, uno a uno se metieron entre el espesísimo bosque, hasta que el mozo dijo: —Aquí está—. No se necesitaba decir. La espesura de la maleza veíase hollada por el paso de la fiera; y las plantas rotas, las ramas de los arbustos desgajadas y el espacio por el que podían andar dos hombres en aquel camino recién abierto, monte arriba, a las claras indicaban que un corpulento animal había pasado por allí. Con respeto y temor anduvieron algunos por la huella, que cada vez ascendía más, y más entraba en el bosque.

—¿Se cazan muchos?

—Algunos, si señor.

—¿Cuántos has matado tú?

—Uno solo.

Decir esto y verse rodeado de todos, pidiéndole con ojos inquisidores y admirativos que contara la cacería fué instantáneo. El mozo, todo avergonzado, bajaba la vista, sentía la admiración de todos aquellos señores y señoritas, y creyendo de buena fe no merecer tamaño homenaje por cosa, a su juicio, tan baladí, esquivaba el relato contestando:

—Sino fué nada. Tirele y cayose *berrando*.

A pesar de cuantas preguntas y requerimientos se le hicieron, imposible narrara más. Siempre repetía:

—Vilo, úrele... muriose y nada más.

En estas llegó la hora de marchar. Avanzada la tarde, la invisible oruga producía molestísimo picor, por lo cual se comenzaron a aparejar los burros.

Cundo con una rodilla en tierra ofrecía la otra, como estribo, para montar Nieves, que ya había puesto en ella su pie, cuando se acercó Tino, (a quien por la mañana había salido mal la combinación de aparejar su caballo, no con la silla, sino con un albardón, donde cupieran dos personas, con la intención de llevar consigo a Nieves) y dijo:

—Mi amiga, podía V. ir conmigo a caballo para que esa señorita fuese en el burro de V. y no a pie, ¿sabe? Así Cundo no iría tan molesto como vino.

—¿Y a tí que te importa?

—Podía V. llevarla a ella.

—Tiene miedo ¿sabe? Dice que o va en burro, o va a pie. Como se escapó su burro...

—A pie no, que monte en el mío—repuso Nieves, quedando vencida la repugnancia de ir en el mismo caballo que el americano por la caridad de evitar a la atribulada muchachilla el regreso andando.

Con gran satisfacción del petimetre, quien no ignoraba que el llevar a ancas a una joven significaba en aquel país amores formales, o poco menos, volvían los dos harto distanciados en sentimientos. En los pasos difíciles y aún en los no difíciles, sin cesar repetía el americano:

—Cójase V. bien, señorita, agárrese más a mí.

En toda ocasión la señorita luchaba entre el miedo a caerse y el reparo en cogerse a Tino, prefiriendo lo primero a lo último.

Iba él contentísimo y locuaz: estaba ella disgustada y muda: melosísimo él, correcta, pero esquiva, ella: amoroso el joven, displicente la mujer, cuanto más se esforzaba él en agradar, más la aburría, la molestaba y la asqueaba... porque eso era, sin poderlo remediar, asco, asco y asco de aquel hombre tan dulzón, y tan empalagoso, y tan... ¡no se qué! pues no acertaba ella a saber, porque le había cogido tal anupatía, ni porque, desde que montó a caballo, la entró

tal desasosiego y desazón; no horror ni miedo. ¡En cualquier instante iba ella a tener miedo, yendo allí Cundo sin separarse, como el corderillo tras la oveja, y el potrón junto a la yegua, corriendo si el caballo corría, o despacito, si andaba, o parándose si se paraba.

Por cierto que no molestó poco esto al americano, si juzgamos por las indirectas, que soltó al mozo, silbándole unas veces, llamándole otras con ligeros roces del pulgar y el dedo corazón, como a un perro, sin conseguir que contestara una vez, ni se diera por aludido, ni se enfadara, ni lo que era peor, se separase.

No pudieron detenerse, aunque alguien lo intentó, en la parada obligada de todo regreso del Pinar a merendar en la fuente de la Tabernera, porque se iba ya el crepúsculo, y soplaba el cierzo fino y frío.

Entraron en Cofiñal cantando y alborotando el pueblo, con lo cual dieron nuevo pábulo a la murmuración aldeana. Despidiéronse de los que allí veraneaban; y allí quedó vacante el burro, que a la venida montaba Nieves, quien pretendió subir a él nuevamente, sin consentirlo Tino, que, descompuesto y nervioso, apeló a no sé qué cánones de educación y costumbres, por él inventados, para retener momentos más a la deseada, y seguir así con aquel monótono y fastidioso: «Te quiero».

Contrariado Cundo remeció la cabeza, arqueó las cejas en señal de resignación y en el asno montó, decidido a no separar su burro del caballo, como así puntualmente lo hizo con rabia del americano, que, a medida que avanzaba la noche, bajaba cada vez más la voz, sin que el mozo, apesar de no poder ir más cerca, oyera, cual antes, la conversación, en la que Nieves sólo tomaba parte con algún sonoro y rotundo y seco no.

La señorita sentía cada vez más intranquilidad y malestar. Estaba nerviosa, desasosegada, no podía precisar qué era aquello, y aunque la noche era fresca y agradabilísima, ella se ahogaba, encendíanse sus mejillas, y, al hablar Tino, totalmente dominado por Asmodéo, la abrasaba con el hálito.

Se figuraba que en aquellos críticos momentos era ella una delicada y purísima florecina, que agostaba el ardoroso y fétido aliento del indiano. Quería separarse de él y las

circunstancias enojosas la obligaban a estar amarrada a aquel tormento. En tan angustioso estado pensaba en la Virgen, y sin saber por qué ni para qué, rezaba.

Alguna indiscreción debió ser la cometida por el americano, cuando Nieves, que buscaba pretexto, debilísimamente gritó:

—¡Cundo!

Oír éste la llamada, saltar velocísimamente del burro y plantarse de otro salto con los brazos extendidos hacia la señorita fué cosa de segundos.

—Déjala—rugió Tino.

—No quiero.

—Pues toma—y con el finísimo látigo de cuero y alambre cruzó la cara del mozo, clavando al mismo tiempo furiosamente las espuelas en el noble bruto, que se fué a lanzar al galope.

Cundo profirió un apagado grito de dolor, al sentir el terrible latigazo, pero, notando la astuta maniobra del infame, echó rápido la mano derecha al freno de la caballería, que detenida en el comienzo de la carrera se encabritó, y poniendo al mismo tiempo el mozo su mano izquierda sobre el muslo de Tino, apretó tan férreamente que el enclenque señorito vió enfrenadas sus iras por el dolor, lanzando sordo gemido.

Domadas las dos fieras, soltó la presa, y extendiendo con toda dulzura sus hercúleos brazos a la señorita, que también gritaba asustada del encabritamiento, con el amor y ternura, con que el padre debe coger al hijo recién nacido, con igual cuidado y respeto con que el cofrade traslada la veneranda efigie, delicadamente el mozo cogió a Nieves por la cintura, y con ella en alto, y separada, dió los pasos necesarios, hasta sentarla en el asno, que, cachazudo, parado estaba en el mismo sitio donde Cundo desmontó.

Distraídos los demás con los cantares y las conversaciones, saliendo ya de la revuelta de la «Celadilla», no se dieron cuenta de tales peripecias. Sólo uno oyó el último ¡ay! de Nieves, más al volver inquiriendo la causa, contestó Cundo tranquilamente:

—Nada; asustóse el caballo y púsela en el mi burro.

Con lo cual el aludido picó espuela gritando:

—¡Noticia, noticia, que se cayó Nieves!

Tino, desesperado, jurando vengarse de Cundo, puso la caballería al galope, llegando al pueblo antes que nadie, y sin despedirse de ninguno.

Nieves, repuesta del susto y satisfechísima en el burro, apenas si tuvo tiempo de expresar a Cundo su agradecimiento con un «La Virgen te lo pague, queridín», que a gloria le supo al mozo, quien daba por bien empleado el terrible verdugón de su cara a trueque de servir de algo a su señorita, oyendo de ella tan rendidas gracias.

Los otros volvieron grupas para embromar a Nieves por la supuesta caída, y como estaban en el cruce de la carretera junto al pueblo, distribuyéronse ordenadamente y, guardando simetría, precedidos de dos jinetes en caballería mayor y escoltados por otros dos en igual forma, montados en los burros, de tres en fondo, entraron en la Villa, cantando afinadamente la canción de moda.

D. Manuel, que esperaba impaciente en las primeras casas, fué ovacionado por todos y oyó a una joven que decía:

—También su hija se cayó.

—Calla, charlatana.

La mujer del alcalde

se llama Pepa.

Si V. no lo sabía

pa que lo sepa.

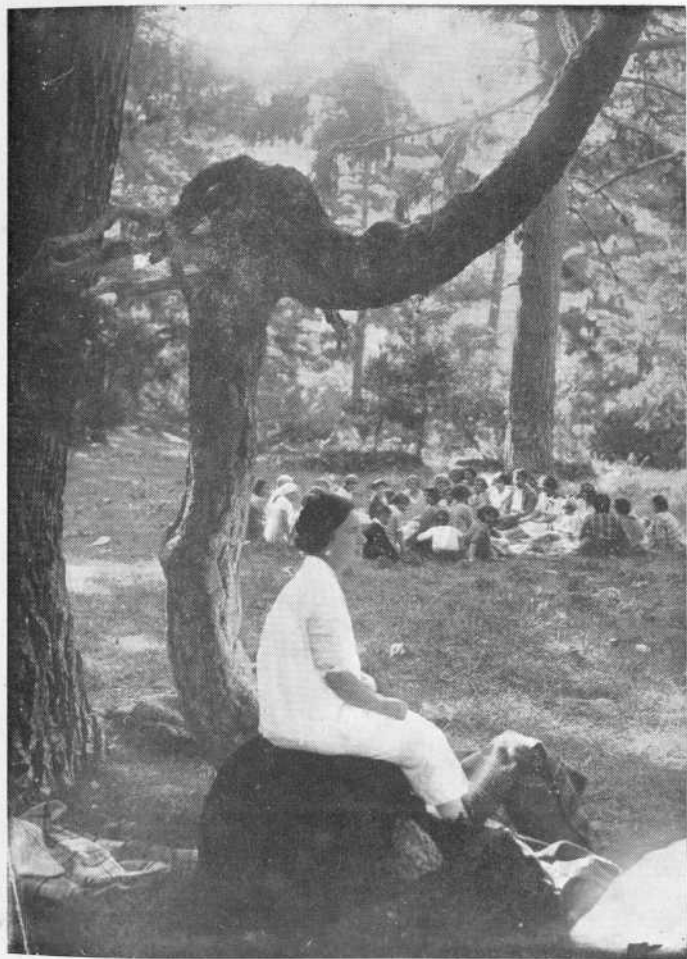
—Dí que no, papín—replicó ésta, que llegaba—estuve en peligro, pe o me salvó Cundo.

Marchó cada cual a la casa donde vivía; apeóse Nieves; embelesado la miró y remiró su padre, y, al volverse a Cundo para darle las gracias, reparó en el hinchadísimo verdugón del rostro del mozo, diciéndole asustado:

—Pero ¿qué es eso, muchacho? ¿qué fué?

—Nada, señor, un vardascazo, por cuidare de la señorita.

A Nieves se le arrasaron en lágrimas los hermosos ojos.



¡Comida la del Pinar... (pág. 209)



... del célebre Abad... (pág. 220).



Panderos de Riaño. (pág. 226).



De re pública



PARA los de Lillo no hay más que un tiempo del verbo: el presente. El pasado y el futuro les tienen completamente sin cuidado. Aclaremoslo.

En las cosas familiares, tratándose de re doméstica, se preocupan del porvenir. Sin ser avaros, ni codiciosos, procuran con muy buen acierto, ir aumentando su caudal, y tener a recaudo las pesetas necesarias, para hacer frente a la enfermedad, dotar a la hija sin menoscabo del patrimonio familiar, y aun, si las cosas van bien, añadir una finca más a las heredadas de los ascendientes.

Muy grande tiene que ser el acrecentamiento de dinero, para que se note en la casa y en la mesa. Frugalísimos y austeros no varían la comida siempre a base de leche y de patatas, ni apetecen otras comodidades que la cama y la «gloria» de la cocina. La prosperidad de la familia se notará en el aumento de las reses en la cuadra y de las fincas en el campo.

En lo que pudiéramos llamar «de pueblo», ni el futuro, ni el pasado existe. Y así en cuanto a lo primero se verá que todos y cada uno de los vecinos hacen lo posible para burlar la vigilancia del Guarda Montes, talando los magníficos bosques, no sólo para vender de oculto a las minas cuantas maderas (puntos los llaman ellos) pueden, pasando grandes fatigas para cortarlas, traerlas a casa, y llevarlas, de noche por supuesto, sinó aún para acaparar la leña que en los usos domésticos está permitida.

Gran cantidad es la que necesitan en sitios, donde no hay más verano que «de Santiago a Santa Ana y no todos los años» y nadie pone tasa a la que quieran traer los vecinos, quienes solo tienen que coger el hacha, uncir la pareja, e ir al monte, y a este quiero y al otro también, hacer de los árboles, cuanto les venga en talante. Pero es un dolor verles desmochar los troncos, abandonar en el bosque corpulentas ramas, que darían combustible más que sobrado a muchos pueblos, y cargar solo con la flor, con el cogollo, con los enormes maderos, siendo así que para el uso de cocina y horno servirían mucho mejor las ramas que el tronco, aunque no fuera más que por no oír a la mujer, que a diario busca al hombre, para que haga las astillas, que ella no puede hacer, y que sin embargo hace la mayor parte de las veces.

Pero ¡váyales V. con reflexiones, a quienes por todo razonamiento contestan, encogiéndose de hombros, que así lo hicieron sus abuelos, y a quienes a gala tienen traer en el su carro las mejores piezas del monte!

Y lo que sucede con la leña ocurre con los puertos, y los pastos, y la pesca, y los mismísimos caminos. La máxima es «antes que se lo coma otro, comérmelo yo», y con ella por norma traen el monte a casa, esquilman, pero no cuidan los pacereros, y llenan de cal y dinamita los pozos de las truchas.

Claro es que esto, aun de presente, tiene sus quebras: y puede asegurarse no hay vecino sin su juicio de faltas y su multa correspondiente, pero ni todos los días los denuncia el guarda, ni a diario viene la Guardia civil, que está distante, ni ésta ni aquél suelen andar por aquellos barrancos y vericuetos a altas horas de la noche, cosa que es muy del gusto de los vecinos, cuando a tales destructores menesteres se entregan.

Aparte de esto es muy difícil cogerles in fraganti, allí

donde todos se ayudan, se avisan, y por turno son mutuos cómplices. Por esto, aunque a pesar de lo dicho, queden a veces enredados en las mallas de la ley, (dejando a un lado politiquerías e influencias nefariamente salvadoras) ellos, que son muy buenos matemáticos, echan sus cuentas, suman, y siempre da el balance del contrabando muchas más ganancias en pastos, madera y pesca que pérdidas en juicios y multas.

Con lo cual el presente podrá ser codiciado, pero el futuro no lo será tanto, y los hijos de sus hijos acaso no aprueben la conducta de sus ascendientes, como éstos no aprueban la de los suyos, lamentando hayan desaparecido montes, que ellos vieron de pequeños, sin percatarse de que, con su modo de obrar, caen en la misma falta, que inflexibles censuran.

Y si esto ocurre mediando intereses en cuanto al porvenir ¿qué no ocurrirá sin perras de por medio en el pasado?

Sin cuidado les tienen los escudos, que en las fachadas de las solariegas moradas dan al pueblo lustre y prez, y nada les importa que el uno tenga en sus cuarteles la caldera y la horca, el otro ostente las borlas del célebre abad de San Marcos de León, y el de más allá el Pino de la Casa de los Hevias.

Como tampoco les va, ni les viene en la fundación de la Villa, privilegios, y exenciones que disfrutaba. Todo el arsenal de historia, que conocen, se reduce a unas cuantas leyendas de moros y cristianos, sin preocuparse de más, por lo cual, si alguno, ganoso de orientación, fuera a inquirir de los vecinos algo histórico, indefectiblemente se encontraría con la explicación universal: «Eso es de cuando los moros».

Y no es que no sientan el orgullo de la nobleza y el patriotismo, no; al contrario, compláceles en alto grado oír relatar su alcurnia, y gustan mucho de escuchar a quien cuenta sus grandezas, no cambiándose por nadie del mundo, y amando cual pocos a su mísero rincón.

Apenas D. Manuel ponía cátedra de Historia regional, hallábase rodeado de hombres y mujeres y chiquillos, que le oían embelesados y se aventuraban a preguntarle y ponerle objeciones, haciendo con frecuencia los más donosos comentarios.

Un día les narraba el buen señor uno de los más famosos privilegios de la Villa, y decía entusiasmado:

—Sí, amigos sí. No cabe duda. Fueron unas cuantas exenciones y franquicias que para sí quisieran otros pueblos. Aquí las tengo copiadas—y sacó un papel, que leyó: —«A todos los Concejos, alcaldes, jurados, jueces..., buenos..., etc., etc., etc. Nos el Rey, por facer bien y merced al Concejo e homes buenos de Puebla de Lillo, vasallos del Conde D. Alfonso, nuestro hermano e porque nos lo pidió por merced el dicho Conde, tenemos por bien y es la nuestra merced»—bajó el papel, y mirando a todos lados con aire de satisfacción y orgullo, exclamó: —Ojo ahora, que viene lo bueno... «es la nuestra merced que anden salvos y seguros por todas las partes de los nuestros reinos»... *de los nuestros reinos*, igual que decís vosotros... «de los nuestros reinos con sus haberes e mercadurías, non sacando cosas vedadas fuera de nuestros Reinos»... ¡Qué palito ¿eh? qué palito a la exportación!... «E por les facer bien e más merced tenemos por bien que non paguen»... atended bien: «que non paguen nin portazgo, nin peage, nin barcage, nin pasage, nin roda, nin costallenería, nin asadura, nin maquilas, nin otro tributo alguno de las cosas que trujeren e llevaren, e pasaren por alguna de las ciudades e villas, e lugares, de nuestros Reinos, nin prenden, nin embarguen, nin tomen, nin consientan tomar, nin prender, nin embargar ninguna, nin alguna cosa de lo suyo por las causas sobredichas, nin por alguna de ellas; que nuestra merced y voluntad es que las non paguen agora, nin de aquí adelante, y sean quitos y exentos de ello». ¿Qué tal? ¿qué tal?... Estos son privilegios y lo demás... pamplinas. El Rey, el mismísimo rey D. Juan, por la Gracia de Dios, Rey de Castilla y de León.

—De modo y manera D. Manuel—repuso Forón—que los nuestros podían andare por donde quisieran sin pagare consumos, ni contribuciones, ni ninguna gabela?

—Eso es, si señor, eso es. Y de este gran privilegio, o mejor dicho, de esta serie de privilegios deduzco yo que por aquella época, de gran importancia para esta Villa, debieron ser arrieros la inmensa mayoría de vuestros ascendientes, pues por una parte, dada la pobreza de este país, que en clima siempre ha sido de encargo, eso es, de encargo, no es de extrañar que, siendo populoso, buscaran en otras tierras lo que en la suya no encontraban: y por otro lado se robustece



Montañesas. (pág. 226).



Riveranos. (pág. 226).



Coro astorgano. Cantos regionales. (pág. 226).



Maragatos. (pág. 226).

mi teoría con aquello de que las mercedes y gracias de los Príncipes a los pueblos están en relación directa con las necesidades de éstos, y puesto que a los vuestros se concedieron tales franquicias y pasaportes, señal es de que de ellos necesitaban, por andar de la ceca a la meca, pues sino tuvieran por oficio salir del pueblo con *mercadurias*, para nada les servirían los privilegios de no pagar portazgo, ni barcage, ni roda, ni tributo alguno.

—Y aún hoy es asina. Poco salimos, pero ontadía vámosle a buscare vino a la Mancha y a vendere los yugos, y los rastos y las palas que facemos en la invernada.

—¿Pero eso que nos cuenta será fijo?

—¿Cómo fijo?

—Quiero decire si será verdá?

—Pues claro que lo es, hombre. Lo pidió para vosotros el hermano del Rey D. Juan, el Conde D. Alfonso, de quien vosotros erais vasallos. Mirad la fecha de la concesión. A 25 del mes de octubre, era 1417, o sea año 1379.

—¿Y bastará que lo diga ese papelín?

—¡Recuernol este papel no vale para nada. Es una copia. Pero si quereis ver el original, en el Archivo de Simancas está. En privilegios. Libro 320. Artículo 29.

—Como en ese papel que trae V. no se obligaba el Rey, Nuestro Señor, con la su firma, por eso decíamos nosotros...

—¡Caracoles, yo no voy a traer conmigo la firma del Rey. Esa está en el documento de Simancas. Y no fué solo el Rey D. Juan. Lo confirmaron sus sucesores. Lee tú, Periquín.

El tío Periquín, con temor, cogió respetuosamente el papel, que le alargaba D. Manuel, y con bastante soltura y con cierta semi-religiosidad leyó: —«Confirmaron este privilegio D. Enrique III en el Real sobre Gijón, 19 de diciembre de 1394: D. Juan II en Valladolid, 30 de Junio de 1409: los Reyes Católicos en Alcalá de Henares, 6 de febrero de 1486; Doña Juana en Burgos, 1 de mayo de 1515: Felipe II en Madrid, 12 de enero de 1562: Felipe III, en Valladolid, 20 de Enero de 1604».

Según iba leyendo el tío Periquín, sus convecinos, que se habían acercado antes bastante a D. Manuel, pero que no se le habían echado encima, no teniendo porque guardar

—estas consideraciones a su vecino, se fueron aproximando a él, le cercaron, metieron sus cabezas por encima de los hombros del lector, o por donde pudieron, y al terminar nuestro hombre, tan prensado y estrujado estaba, que exclamó, sacudiéndose la gente:

—¡Rediezla!, sí lo mismo óyese desde lejos.

—¿Lo veis? ¿Os convencéis? Desde el siglo 14 al 17 todos los Reyes confirmaron vuestros privilegios.

—Y diga V., D. Manuel, y V. disimule. ¿Todo eso podría V. hacérselo bueno?

—Pues claro que sí, hombre, claro que sí. No hay duda ninguna, ninguna, ninguna.

—Es que si eso fuera verdá... —y miró a los demás, miró a D. Manuel, volvió a mirar a todos, se rascó la cabeza, sin atreverse a seguir y preguntando a todas partes con la vista.

—¿Qué, hombre, rompe de una vez. Si eso fuera verdad...?

—Pues si fuera verdad, que podríamos sacare el papel ese de Simancas y...

—Y... y... y ¿qué?, acaba—exclamó D. Manuel, nervioso con la cachaza de aquel avisgado, a quien sus convecinos miraban, escrutadores habiéndole entendido ya más de uno.

—Pues que podíamos nosotros ire al nuestro Rey de ahora, y... enseñarle el papel y decirle que ya que los otros reyes les dieron todas esas cosas a los de antes... pa que el nuestro no quedara mal en la comparanza, digo yo, que debía quitarnos a nosotros las contribuciones.

—¡María Santísima, lo que se le ocurre a este bendito!

—No, pues mire V. D. Manuel, bien pensao tiene razón el tío Tomasín. El nuestro Rey queda mal, sinó hace lo que los otros hicieron.

—Pero hombres de Dios, si no se conceden ya esos privilegios.

—Tanto mejor, pa que nos los cambie, quitando las contribuciones.

—A todos nos parece que el nuestro Rey comparao con los otros queda mal, D. Manuel, queda mal, si no nos las quita.

Gran trabajo costó convencerles de que perderían el tiempo, si tal intentaban, y solo cuando se enteraron de que más que a ellos les habían quitado a las Vascongadas, Nava-

rra y Aragón, al despojarlas de sus fueros, sin que todo el poderío de esas provincias bastase, para rescatar lo perdido, fué cuando desistieron de una idea, que, inmediatamente de lanzada, tuvo tan acérrimos defensores.

Prosiguiendo su curso de historia preguntaba el juriscónsulto:

—¿A que no sabéis cuantas iglesias había en Lillo?

—Yo, tanto como iglesias, no sé, pero pilas había siete.

—Eso es, siete pilas bautismales, pero ocho iglesias.

—Una la de la parroquia.

—Chacho, quedásete calvo?

—¿Cuantas más?

—Otra la de Pegarúas.

—Efectivamente, Pegarúas, que puede ser *Peñarubias*.

—¡Rediezla!, esas son las que hay ahora. Y a bien que la de Pegarúas arruinina la tenemos.

—No será porque os falte devoción. Bien de misas encargáis allí. Por cierto que si yo fuera Cura no me encajaba esa caminata en ayunas.

—Pues bien gústale a V. ese paseo, y la su hija ni una misa de las de allí ha perdido.

—Hermoso no lo puede ser más, sobre todo al volver por el cauce del río, bajo el toldo de las hayas y entre aquellos desfiladeros, llenos de salvaje vegetación, que en cada recodo guarda un nuevo encanto a la vista. Y el sitio de la iglesia allá en las alturas, a donde ya no suben los árboles, con aquel silencio y aquella soledad tan majestuosa inunda el alma de misticismo.

—Si señor, y aquellas botejas de leche con más de cuatro dedos de nata, puestas a enfriarse en el manantial de la fuente...

—Hasta muy cerca de allí debió llegar el templo.

—Ca, eso sí que es trola.

—Nada de trola. Si os fijáis un poco, veréis que todo lo que hay delante de la Iglesia, y hoy es corral de ganado, estaba antes dentro de los muros. Si se ven todavía los ciñentos a flor de tierra fuera del corral.

—En el clavo dióle ahora, D. Manuel.

—¿Lo has visto tú?

—Vilos, y viéronlos éstos.

—Debió ser muy espacioso. Lo poquísimos que hoy resta es únicamente lo que al Presbiterio debió corresponder.

—D. Manuel, otra iglesia es la del Patrón Santiago, que se lo oí yo a mi abuelo. Estaba en Iyarga.

—Toma, y la otra la de San Roque, al lado de la Parroquia.

—Váis acertando. En esto estáis fuertes.

—Ya que salió San Roque, ¿qué le pareció de la nuestra función? ¿Gustaríale?

—Muchísimo. Es una cosa de las más típicas, que en manera alguna debéis dejar de celebrar.

—Celebrámosla porque hace muchos años, dando un barrero, para partir una peña en el valle, quemóse con la carga una casa cercana, y cosa fué la de la quema, que corrióse, corrióse el fuego hasta no dejar cuasi ni una choza en el pueblo. Como la desgracia fué en el día de San Roque, hicimosle voto de una misa, y no pudiendo nosotros tener misa, sin que también haya mesa, pues por la tarde reunimosnos a merendare, y el vino regalánoslo el pueblo. Reirás de las nuestras cosas, pero mire, desde que decimos la misa al Santo no volvió a habere otra quema hasta que, hace bien pocos años, no se dijo, y por la tarde un rayo prendió fuego y llevóse unas casas en la Barriada. Ello será o no será, pero es mucho que el año que no se dijo la Misa hubiera la otra quema.

—¿A que no sabéis que es lo que más me gusta a mí del día de San Roque?

—Lo que a todos, el aquel de la parcialidad y la unión; todas las familias en el prao con las meriendas, igual que si fuéramos una sola. ¡Mire V. que las tazas de plata, que tiene el pueblo pa darnos el vino! Créome yo que ninguno tendrá tres tazas de plata como nosotros, solo pa llevarlas a la pradera en ese día, y medirnos el vino, que a ca cual corresponde... y no crea V. ¿ve que este año sobró? pues todos los años es como éste, las mujeres llevan pa casa en las jarrinas el sobrante.

—Lo cual os honra mucho y en pocos sitios se haría por mucho que dieran.

—En habiendo bastante ¿pa qué se quiere más? ¿pa emborracharse? Otros peccaos tendremos, pero lo que es de

ese bien libres estamos. Ni siquiera el día de las Nieves.
¿A que no encontró a la venta ni un vaso de vino en el prao?

—Así fué, así fué, y no fuí yo solo quien en ello se fijó.

—A nosotros gústanos más la fiesta de San Roque que la de las Nieves, porque en aquella estamos solos los del pueblo.

—Realmente produce gratísima impresión veros en ese día.

—Y luego el aluche de mozos y casaos... y el baile de pandereta... condenadas de viejas y viejos... aquel día todos bailan y «jujean».

—Seguid, seguid así. ¿A ver quién recuerda más iglesias?

—Yo sé de otra, la de San Pelayo, en la casería, camino de Asturias.

—Pues señor, me las váis a acertar todas. Tres faltan.

—La de San Tirso.

—Dos faltan.

Siguieron discurrendo y como no acertaran se miraron unos a otros, sin hablar palabra.

—¿Os dáis por vencidos?

Nueva mirada y nuevo silencio.

—La de San Isidoro.

—Razón lleva.

—Una sola queda.

Nadie habló.

—¡Parece mentira que no os acordéis. Si la sabéis todos. Es la única, que no tiene pila. Quedaron callados y D. Manuel prosiguió:

—Pero ¿será posible? Si es, la que más queréis, y la estáis viendo a diario.

—¡Madre querida, qué brutos somos! La ermita de las Nieves.

Una exclamación general indicó que de conocida que era, no la contaban, y el tío Lín, todo asombrado, reparando ahora en lo que nuncá se fijó, decía:

—Caray, pues ya tenía que ser buena la nuestra Villa, para tener tanta Iglesia.

—Y tanto como lo era. Había mercado cubierto, y tenfais Hospital con cuatro camas. Aun después de mediados del siglo XVIII, Puebla de Lillo era cabeza del señorío de que gozaba D. Diego López de Zúñiga.

—Y ¿cuándo se haría la Villa, D. Manuel?

—Eso sí que no os lo puedo contestar. Lo estudiaré; mejor dicho lo estoy estudiando, pero como aquí no tenéis ni un mal documento y fuera de aquí es difícil dar con los necesarios... De todas maneras, si por el muro se saca a la Villa, ya puede asegurarse que la vuestra tuvo que ser antiqüísima y desde luego muy anterior a la invasión agarena, porque ya entonces tenía mucha importancia, como lo demuestran ese venerable torreón, al que habéis tenido el mal gusto de poner la infamante caperuza de pizarra, y el gran papel, que por su posición estratégica y paso obligado para Asturias debió desempeñar en la invasión y reconquista, y los muchos castillos, que por estos alrededores se construyeron. Me parece que fueron siete.

—D. Manuel ¿qué será que en cuantos comienza V. a hablarme de lo nuestro, vienen todos «aventaos»?

—El amor a la tierra nativa; todos lo sentimos; ¡aun los leoneses! que para esto, como para otras cosas, no podemos ser más apáticos.

Debemos al Señor haber nacido en una provincia, que nada tiene que envidiar a ninguna otra española, y no sabemos apreciar tal dicha, ni mostrarla ante el mundo entero.

Nuestra provincia, pudiéramos decir que es una pequeña España. ¡La síntesis de lo español! Las llanuras castellanas y extremeñas están copiadas en nuestras arideces de tierra de Campos; a las montañas de las cordilleras españolas igualan, mejor, superan nuestras Montañas: los cármenes de Andalucía y Valencia hállanse en nuestro Bierzo, en nuestro *vergel*, como le llamaban los Romanos: en este Bierzo hay también la feracidad de la Rioja; y, en paisajes, de la montaña al llano, hallaréis los más variados y contrapuestos en cortas leguas de extensión.

Es sabido: diversidad de clima y diversidad de tierra, inevitable diversidad de costumbres. Eh esto sí que hay variedades dignas de estudio, ¿a quién no asombrarían las rígidas y serias de Maragatería? ¿y las jacarandosas y pintureras de La Bañeza y riberas? ¿y las frugales y hoscas de Cabrera y Cepeda? ¿y las dulces y abiertas de los bercianos? ¿y las aristocráticas y levíticas de los de Astorga? ¿y las astutas y morigeradas vuestras?

¡Y nosotros sin apreciar lo nuestro! ¡sin ensalzarlo cual se merece! : sin decir los unos con su pincel, con su pentágono los otros, estos con su palabra, aquellos con su pluma; el de aquí con sus estudios, el de más allá con su cincel, y todos con su trabajo y su amor a lo nuestro, puesto que para ello no nos faltan ni pintores, ni músicos, ni oradores, ni prosistas, ni poetas, ni sabios, ni artistas, sin decir a toda España y al mundo entero: «Mirad lo que somos. Asomaos a esta bendición de Dios y descubríos ante lo soberano de nuestros estupendos paisajes, mirad nuestros ríos, que arrastran el oro, gozad el encanto de nuestros valles y montañas; asombraos del maravilloso y no igualado arte de nuestras Catedrales y edificios; recorred de punta a cabo nuestra Provincia, y cuando lo hayáis visto todo, sabed que aún tenemos en las entrañas de la tierra mucho más que enseñaros; y, cuando de ver con los ojos os canséis, regalaremos vuestros oídos con las dulces melodías de nuestra música sentimental; y, cuando hayáis agotado todas las bellezas, encantos y hermosuras del presente, si con ganas os sentís de asomarnos a nuestro pasado, tal será vuestra admiración que a medida que en la Historia vayáis ascendiendo siglos y siglos, más abrumados quedaréis con nuestra alcurnia, nuestra prosapia y grandeza, pues «antes que Castilla leyes, tuvo León muchos Reyes».

Asomaos al pasado, que ante vosotros hará desfilar en fantástica y fastuosa procesión Monarcas y Cortes suntuosas, Santos Obispos, Mitrados Abades, Monasterios celebérrimos, Caballeros del Temple, insignes poetas, grandes y nobles, guerreros y ermitaños, artífices ilustres, mártires y héroes, hasta que allá, antes del Cristianismo os mostremos a los Romanos en la Legio Séptima Gémina, y en la ciudad que mereció llamarse, como el mismo emperador, Astúrica Augusta, y en el *vergel* codiciado, donde los extranjeros supieron extraer el oro enterrado en nuestras Médulas; y todavía más allá aún, en los aborígenes de la historia, a poco que vuestra ciencia escudriñe los dólmenes y los monolitos os descubrirán nuestro origen celta.

Esto fuimos, esto somos y mucho más seremos, si con nuestro deber cumplimos todos, amando algo más a esta incomparable tierra, tan desconocida de los extraños, y lo más doloroso, tan preterida de los propios.

Ocurrióle lo de siempre que a D. Manuel se le soltaba la espita de la oratoria. Declamó y tronó contra todos. El corro de los montañeses, que le oían embobados, sin pestañear, fué poco a poco aumentando, y al acabar el orador, unos cuantos gestos de admiración eran el único aplauso de las honradas gentes.

El tío Periquín quedóse mirando a D. Manuel con los ojos y la boca muy abiertos, sin dar señales de vida con movimiento alguno. Dióse cuenta de ello el tío Forón y sacudiéndole por un brazo, dijo:

—¿Pero hom, estás en Babia?

D. Manuel vivamente replicó:

—Oye, Forón, ¿por qué dices eso?

—Porque parece que está bobo.

—Lo que yo suponía. Pues está muy mal dicho, y muy mal aplicado. No te sonrojes, que lo mismo que tú lo aplican mal la mayor parte de los españoles. Dicen que está en Babia, al que es bobo o lo parece, y se equivocan de medio a medio. Babia es también montaña leonesa, quizá más agreste y bravía que la que nos rodea, y se dice a uno que está en Babia, porque todo el que allí se asoma, al ver tan colosal grandeza, se queda extático y mudo en la contemplación de tan indescriptibles panoramas. Este y no otro es el verdadero sentido. Que conste ¿eh? que conste.

Placía a los de Lillo la entretenida charla de su paisano, por lo cual, en cuanto le columbraban en vena de orador, «se empicaban» y de él no se apartaban, sobre todo cuando narraba cosas del pueblín, hablándoles del Abad Benedictino de San Lois, o del de San Marcos, de los Velillas, o de los Cobos, o los Hevias o relatándoles el espeluznante martirio del Venerable Franciscano Fr. Alonso de San José, que en el Japón dió su vida hacia fines del siglo XVII, y que en su pueblo de Lillo era poco menos que desconocido, por no haber de él otro recuerdo que una apolillada y desastrosa tabla, en la que desdichadamente estaban tallados el santo y su verdugo.

Con frecuencia interrumpía estas conversaciones la imperativa voz de la montañesa, gritando:

—Tomáaas... redemonio... estate... estate ahí... y veraste como el centeno viene solo pa casa. Anda, niño,

que están solos los hijos en la era, y si su padre no va, pónense a luchar sin hacer labor. Vamos, hom, llévaes este «bodejo».

Así iba disminuyendo el auditorio de D. Manuel, hasta que a la tercera o cuarta llamada de mujer, hacía punto final exclamando:

—Vaya, vaya, que se alborota el gallinero, y me van a pelar vuestras esposas. A trabajar.

¡Las mujeres! Dicen que en todos los sitios mandan y debe ser verdad. Al menos en la Montaña, ya lo creo que mandan, y en jefe. Ahora que tienen la habilidad de hacerlo bien.

Al exterior no se nota, no se ve; el marido es la cabeza de casa, él solo ordena, él solo dirige la siembra y la siega, y la recolección y la compra y la venta de ganados.

A la mujer no se la ve, más que un poco en la cocina, preparando el frugal yantar, y un mucho en el campo, trabajando de sol a sol como una negra; mas por seguro puede tenerse que si se está segando el prado de los Carabalines, o se acarrea la hierba de Silván, o se gavilla el centeno del Valle, o se venden los novillos en siete mil ochocientos, o se compra un jato, para emparejar, la mujer es la que la noche anterior, al servir la cena, con maña y arte lo dispuso, aunque ella no aparezca por ningún lado, ni nadie más que el marido se entere de sus inapelables órdenes.

—Anda hijo, levántate, que ya va a amanecere, y tu padre dice que siegues hoy el prado de Iyarga.

Los hombres a gusto se dejan traer y llevar por esposas tan frugales, tan trabajadoras, y sobre todo fidelísimas y castas, amantes de sus hijos y del material acrecentamiento de su hogar feliz.

Hay quien afirma que las montañesas, a los dos años de casadas, con todas iguales física y moralmente. Es cierta la observación. De solteras podrá ser blanca la una y morena la otra, ésta muy peripuesta y abandonada aquella, trabajadora fulana y zutana tímida; los caracteres más contrapuestos y las bellezas más variadas, pero es fijo que, al bienio escaço de la boda, todas son secas y escuetas, abandonadas todas en el vestir, todas en extremo hacendosas, y todas con las riendas del gobierno de la hacienda en las manos del marido, a quien

muy quedo ordenan «a la derecha», y a la derecha va el carro de la casa, guiado por el jefe de ella: «a la izquierda», y a la izquierda tuerce, sin que la esposa aparezca más que llevada, según el antojo del marido.

Por esta idiosincrasia femenil, claro es que en el Concejo, en el Ayuntamiento, y en el Juzgado, sin ser electoras, ni elegibles, reparten los cargos, administran los bienes, toman acuerdos, y demandan, tramitan y a veces hasta sentencian los pleitos, sin pisar jamás con sus madreñas dichos locales, ni exhibir en ellos la escuchimizada y angulosa traza de sus escuálidas personas.

Un día... Vamos a relatarlo con detalles.

La noche era de las últimas de agosto, suave, agradableísima y con intensa luna, que a su pálido claror fantásticamente iluminaba las quebraduras de las montañas, y los áridos caminos, que con sus zig-zags trazaban caprichosas líneas en la perenne verdura de las praderas.

Los mozos de Lillo cantaron sus amores por las calles de la Villa, y, hartos de correrla, igual que los cansados de la conversación de una casa, se van de tertulia a la del vecino amigo, encaminaron sus pasos a Redipollos.

Si D. Manuel hubiera estado con ellos, no hubiera perdido la ocasión de explicarles la etimología del nombre, diciéndoles que, según unos se llamaba así, porque su río era un *río de pollos*, puesto que fácilmente podían vadearlo estos animalitos, y según otros la exquisita calidad de las aves de corral hacía que el pueblo se llamara y fuera *el rey de los pollos*.

Mucho tiempo antes del estúpido reinado del retruécano, el astrakán y los chistes hízose uno en la montaña, a costa del nombre etimológico.

Había una vieja, que con solícito afán en cuanto veía una gallina clueca, llenaba de paja la cesta, colocaba en ella con mimo catorce o dieciséis huevos, plantaba la gallina encima, e impaciente esperaba los veintiún días de incubación. Gran suerte era la de la vieja, pues muy pocos pollos se malograban, siendo su corral la envidia de las vecinas. Mas, como no hay dicha completa, las muchas águilas, que por allí volaban con más vista que la vieja, «empicáronse» a los pollos, y hoy uno, mañana otro, iban desapareciendo.

Dada a los diantres la abuela, discurrió cubrir el corral

con las redes de la pesca, creyendo así que sus amados pollines libraríanse de las corvas garras de las águilas. Mas ¡oh desdicha! (y aquí el maldito retruécano) como una flecha lanzóse la traidora reina de las aves y sin trabajo alguno se llevó red y pollos.

—Red y pollos, queridina, *redipollos* se llevó la muy ladronona.

Afortunadamente para los mozos D. Manuel no lo contó, porque a aquellas horas roncaba, pero desgraciadamente para los lectores, el autor está despierto, para escribirlo.

Libres los mozos de lo que en aquellos instantes hubiera sido para ellos insoportable lata histórica, pasaron el puente de la Prida, y entraron cantando y alborotando en el pueblo, relamiéndose de antemano con las natillas o arroz con leche, hurtadas a algún ama descuidada, que, después de una faena, idéntica a la de las Nieves, rendida estuviese durmiendo, hasta el amanecer del gran día de San Bartolo, fiesta de Redipollos.

Escaso tiempo antes con una doncella del lugar había matrimoniado un mozo forastero. Con verdad o infundadamente, que en tales pormenores no se puede entrar, aun siendo novelista, por todos aquellos pueblos corrió la avergonzante noticia de que al nuevo vecino diariamente le ponían a secar las sábanas, mojadas en demasía durante el sueño, y, aficionados a apodar los montañeses, enseguida le bautizaron con el mote de «el orinón».

Con justicia se sulfuraba cada vez que lo oía el hombre pacífico y resignado a más no poder, pero a los naturales del país gustábales ver enfadado a un hombre que no sabía incomodarse, y por cuanto quiso la mala ventura de todos que aquella noche dieran los mozos con las narices en la puerta del recién casado. Instantáneo fué llegar allí y empezar la trastada. Como Pedro por su casa entraron en el corral, echaron el ganado, empotraron el carro en la puerta, sin que al día siguiente ni para atrás ni para adelante pudiera sacarse, subieron al corredor en busca de algo que «apatuscare», y hartos de hacer y deshacer lo que en talante les vino, terminaron por armar un coro de estentóreas voces, que atronadoras cantaban el infamante estribillo:

Orinón, orinón,
que te meas en la cama
y que pudres el colchóóóón...

Esto ya era inaguantable; y el infeliz que habiéndoles oído, les consintió todas las fechorías, en cuanto escuchó el cantar, saltó en camisa, cogió la escopeta y... ¡pum!... allá fué al aire el disparo amedrentador.

No fué corta la carrera de los insultadores. Hubo quien no paró hasta verse en la cama, y por arte de magia deshízose en sus comienzos la ronda, que tantos días estuvieron esperando con fruición.

En la fiesta nada sucedió a los mozos, que estuvieron al «aluche», por lo cual juzgaron liquidada la cuenta con el «orinón», pero al día siguiente ¡que espanto! la Guardia Civil en Lillo, y la Guardia Civil preguntando por Toribión, por Lin, por Cundo, por todos.

—¡Madre querida! qué habrán hecho esos «diañes».

—No sé, niña, no sé; pero cosa grave tiene que sere.

El pánico de las mujeres aumentaba a medida que la Benemérita llamaba mozos y mozos. ¡Cuán pocos se libraron de la declaración.

Terminaron los Civiles de levantar su atestado, sin conseguir de ninguno otra cosa que la confesión universal de haber estado de ronda en Redipollos, y la afirmación unánime de que ellos no habían visto ni oído nada aquella noche.

Con la denuncia del «orinón» por cabeza de proceso y tan *interesantes* declaraciones por toda prueba, recibió el juez municipal los papelotes.

—¡Recoimes! no os dije que no entrarais. Ahora amolaros.

Cuando en el pueblo se supo la verdad, de lo lindo se rió, pero en todas las casas, donde había culpables, algo más que un vago temor nubló la risa.

Conviniéron los mozos en que a último extremo, si venían mal dadas, dos solos, cargarían con la culpa, para librar a los demás, y entre cabildéos, temores y tardíos arrepentimientos, pasaron los días, hasta llegar al señalado para la celebración del juicio. Plenamente convencido y aquilatando los más mínimos detalles, D. Manuel, a quien consultaron,

pidiendo amparo todas las madres, contestó «que el hecho era un gravísimo delito de allanamiento de morada con la agravante de nocturnidad, duramente castigado en el Código Penal», por la cual razón con el soplo de tal noticia madres y mozos temblaban como hoja en árbol.

En la tarde del juicio, ni el Juez pudo ser Juez, ni el Secretario actuar como tal: por lo que en poco estuvo no hubiera habido necesidad de moldearlos a gusto de la inflexible ley, que por parientes de los procesados recusaba a casi todos, aunque estuvieran en el restante, libre y pleno uso de los derechos civiles-político-judiciales-administrativos.

Por fin, parecieron un juez y un secretario, quienes a las tres de la tarde, serios y ceñudos, subían al montículo, en el que grave se erguía el moruno castillo, en cuya planta baja está la sala, donde dicen que se administra justicia.

A piso llano del circular torreón, está el Juzgado en la pequeña parte, que, dividida por dos tabiques en ángulo recto, tiene por pared en el otro extremo el correspondiente arco de la circunferencia del castillo. En el centro del arco y allá, al fondo, pasados los dos metros de espesor del muro externo de la amazotada obra de fábrica, ábrese la única ventana a cuyo lado estufa descomunal templá los rigores invernales, crudísimos en aquellas alturas, donde el vendabal brama y ronca más fiero que en parte alguna.

Encima de una tosca y sucia mesa, llenos de polvo, véñese un enorme bade roto, un tintero, salvadera, plumas, goma líquida, leyes y el temible sello en desvencijada caja de hojadelata, que en uno de sus lados enseña el gastado tampón, retegido y deshilachado por los bordes. Tres macios bancos, uno lleno de papeles y juicios: cuatro sillas, dos sin respaldo, y las otras dos con una pata rota, un sillón y dos cuadros, componen todo el mobiliario de la sala de justicia.

Uno de los cuadros es de los aranceles judiciales, impresos en papel amarillento: el otro es una infame litografía chillona, que ostenta el retrato del Rey, muy jovencito, en un círculo de la parte superior, haciendo juego con otro, donde se vé el escudo de España, bajo los cuales hay una cosa que quiere ser mar, sobre unas revueltas aguas en inconcebibles balanceos, hay otras cosas que quieren ser barcos, teniendo hasta veintitrés nombres, entre los que ¡ay!

se leen algunos como estos Nautilus, Pelayo, Numancia, Cardenal Cisneros. Tan desdichada composición se encuadra en moldura dorada antes, y hoy corroída por la humedad, que en la mayor parte del marco al descubierto escandalosamente deja el blanco sucio de la escayola.

En tan pintoresca y desastrosa habitación entraron majestuosos el juez y secretario de nuevo cuño, totalmente azarados, pero muy erguidos, porque igual que los presidentes de corridas de toros tenían su asesor, y no un asesor como quiera, sino nada menos que un Magistrado del Supremo.

Don Manuel, conmovido por las innumerables lágrimas de las madres, tías, primas, o novias de la mocedad, que en tales berengenas inocentemente se había metido, y llevado de su afecto a los arrepentidos trastuelos, encargóse de enderezar el entuerto, que tan mal arreglo tenía, si el denunciante se presentaba con las de Caín.

Afortunadamente, el orinón era un buen hombre, incapaz de hacer daño a nadie, excelente vecino y honrado trabajador, que solo aspiraba a que le dejaran vivir en paz.

Tímido y amilanado a la puerta del torrén estaba con un individuo alto y fuerte, de pequeñísimos ojos con viva mirada ratonil, corva nariz de ave de rapiña, rasurado rostro, gallardo continente, y altivo ademán, que a la legua denunciaban posición desahogada, hábitos de mando, talento natural y persuasión íntima del propio valer en politiquerías, argucias leguyescas, y cosas de más fuste y empeño, que en letras de molde por el mundo andan en el flamante opúsculo, donde tan peregrino montañés con solas sus luces naturales (ya que no podemos dar crédito a la versión popular de que lo había hecho, midiendo las coberteras de su casa) intentó probar nada menos que la cuadratura del círculo, sin que consiguiera le entendiesen ni su paisano matemático «el manquín», ni el mismísimo Echegaray. ¡Qué asco! ¡Incultura española!

Y esto del descubrimiento de la cuadratura del círculo tráenos a la memoria otro matemático, también leonés, a quien, según cuentan, Bretón de los Herreros endilgó los siguientes versos:

En Cacabelos un chulo
acaba de descubrir
la cuadratura del círculo.

No en vano la envidia ladra
que el buen Novóa ¡oh ventura!
ha dado al fin con la cuadratura.

Désele al punto una placa
que bien la merece ¡oh cielos!
el ciudadano de Cacabelos.

¡El nuestro aún no ha tenido poeta cantor!

Venía el hombre al juicio en calidad de *hombre bueno* del demandante, y esto bastó para que, dudando algo de tal bondad, más de un mozo acreditara en su persona el regocijante apodo, origen de tales disgustos.

Entraron todos y no estuvieron ausentes los curiosos veraneantes, que, capitaneados por D. Manuel, fueron a reirse y a *aplstar* a unos y a otros con su presencia, como lo consiguieron.

El juez, aturdido, no encontraba donde acomodarlos, quedando solucionado el conflicto, merced a la educación de los vecinos, que ofrecieron a los forasteros los dos únicos bancos utilizables. El secretario sustituto no daba pie con bola en la barahunda de aquella revuelta mesa, donde ni hallaba papel ni plumas ni nada; los mozos socarrones, pero bastante mustios, apelonados permanecían junto a la salida, con la vista clavada en el suelo, y las boinas en las manos, que no cesaban de imprimir a casi todas las gorras movimiento giratorio.

El asustado denunciante con cara, que parecía decir «ábrete tierra, y trágame» al diablo daba el malaventurado momento, en que, alterada su calma habitual, puso la pluma sobre el papel y entregó a la Guardia Civil la denuncia, que tales sudores le estaba costando.

Los únicos tranquilos y dueños de sí mismos eran los forasteros y el hombre bueno, por más que a éste le aguló la fiesta la presencia del jurisconsulto.

Al dar comienzo al juicio mandó el juez que los mozos se colocaran detrás del banco en el rincón, formado por la unión del tabique y el principio del arco. Allá se apretujaron y con toda solemnidad se empezó el acto por la lectura de la demanda y el atestado de la Guardia Civil. Total, nada.

En la denuncia no se aducía la verdadera causa de todo aquel embrollo. Se hablaba de desperfectos en el carro, entrada de los mozos en el corral y salida de las reses a hacer daño en el campo. Del apodo ni la más ligera referencia.

De las declaraciones de la mocedad en opinión del tío Forón, como siempre: no se sacaba forro para una pelota.

—Que si fué, que si vino, que tumba, que dale... y... pregunta por un hombre con un sombrero.

El juez, interesado, como todos, en salvar a los muchachos y aleccionado por D. Manuel, para no cogerse los dedos entre la puerta, preguntaba al demantante:

—¿Usted afirmase en la denuncia o no?

Aquí fueron los sudores, las fatigas y los apuños del atortolado infeliz. El pobre hombre sin haber tenido en su vida otro público que el de su hogar, donde jamás pudo chillar alto, primero porque fué hijo, y después porque, recién casado, no había tenido tiempo de ponerse los pantalones, que, por haber matrimoniado con montañesa, nunca se había de poner, el bendito varón, más rojo que un pimiento, apenas si pudo musitar:

—Sí señor.

—¿Cómo?... ¿ratifícase?

—Vera V., señor juez, yo... yo...

—Nada, nada, ¿V. hace buena la demanda?

—Mire V., yo... poner... puse la denuncia... y ella verdad es, pero...

—No hay pero. Aquí lo que hace falta son testigos. Muchachos, ¿vosotros estuvisteis en Redipollos el día de autos, 24 de agosto último?

Los mozos a coro y en voz baja:

—Sí señore.

—¿Vosotros entrasteis en el corral del ori... digo de don Francisco Pérez?

Esta vez solo contestaron cuatro mozos en voz muy alta:

—No señore.

—¿Lo oyes tú, ori... digo, Quico?

—Mire, señor juez, la verdad, yo... hacer... no quiero hacer mal a nadie.

—Eso esta bien.

—...pero tampoco quiero que me lo hagan a mí.

—¡Repuño! también eso está bien.

—Yo... ya me conocen... soy un buen vecino, aunque me esté mal el decirlo... a naide quiero mal... y a naide falto: que no me falten a mí... y en paz. Abriéronme la cancialla. Callé. Sacáronme el ganao. Callé. Entráronme en el corral. Callé. Entrampáronme el carro en la puerta. Callé. Porque ya sé lo que son mozos y lo que son rondas, aunque a naide le hagan los estrozos, que en mi casa hicieron... pero llamáronme... aquello... y yo que no puedo tener más aguante del que tengo... sulfuréme... cogí la escopeta... y tiré al aire... que si llego a tirare al bulto, no estarían ahí todos los que están.

Esto hice, señor juez, y si en mi lugar hubiera estao ese que llaman Job, no sé yo si hubiese aguantaao lo que yo aguanté.

Y para acabare de una vez yo no le tengo ningún mal querer a ninguno de esos: que no me lo tengan a mí, ni me llamen esas cosas que no son y... aquí paz y finiquito...

Hablaba el hombre con tal sinceridad y ponía en su acento tales súplicas, que el juez, olvidado de su papel, la emprendió con los mozos, poniéndolos de brutos y animales, que no había por donde cogerlos. Estos sufrían el chaparrón de verdaderas injurias, clarísimamente penadas por el Código, con la cabeza gacha, sin replicar palabra y tan mustios que el mismo demandante intercedió por ellos diciendo:

—A mí, señor juez, bástame con lo que V. les ha dicho. Ya impórtame poco que se rompa el juicio.

En pedazos de papel rasgado terminaban la mayoría de las demandas, apesar de haber en el pueblo más de treinta Códigos y Leyes de Enjuiciamiento, muy ocultos en el fondo del arca y muy manejados, por quienes con su talento natural, su astucia y su afán de litigantes, no cesaban de dar trabajo al Juzgado, que nunca conseguía aclarar un hecho y que veía su salvación en no sentenciar, consiguiendo que los asuntos finalizaran amigablemente en la taberna, pagando a escote los

contendientes el gasto de las mantecadas y honorarios judiciales.

—¿De modo y manera que... arreglaos?

—Por mí, arreglaos.

—Pues escribe tú, secretario. El demandante retira la denuncia. Y vosotros, ojo con volvere a llamarle orinón...

—¡Señor juez!

—Que no lo vuelva a oír. El gasto a medias. Ya sabemos que la justicia, que hacemos, no es justicia, y aunque no conste en los papeles, de sobra cóstanos a todos que vosotros fuistéis los que le llamásteis orinón...

—¡Señor juez!...

—Y yo sé que fuiste tú, Lín, el que escomenzaste, y que siguiéronte todos, sacando a Miguelón y a Cundo, que no quisieron estare con vosotros a los vuestros estropicios. Con que cuidao pa otra vez, ya que libráis de ésta, y ahora lee tú, secretario.

—«Abierto el juicio el demandante manifestó que, por falta de pruebas, retiraba su denuncia, por lo cual el señor juez absolvía a los presuntos reos, firmando en etc., etc.»

—A firmare todo pichi-pata.

Mientras así lo hacían, el hombre bueno que no quiso perder la ocasión de lucirse ante los forasteros, encajó a los mozos una altisonante soflama acerca de las relaciones cordiales de los pueblos vecinos, de las expansiones permitidas en la ronda, y la cultura y educación de la juventud. Todavía tuvieron que oír los muchachos otra filípica del juez propietario, sumada a la de un adjunto, pero bastante les importaban a ellos los sermones, oídos con gran tacto de codos, cuando habían conseguido muchísimo más de lo que soñar pudieran ellos, que se daban por muy contentos con perder unas cuantas pesetas y aún con sufrir unos días de arresto, si es que la broma no llegaba hasta tener que hacer una visita en su misma casa a Guzmán el Bueno.

Así que, si por respeto a la sala judicial se contuvieron, el primer mozo que salió a la puerta, desde allí mismo soltó un ¡lujú! estentóreo, que fué lo suficiente para llevar la tranquilidad a todas las casas, pues, en cuanto lo oyeron las amas, respiraron, exclamando: «Válgate Dios, orinón, y qué ratos hicístenos pasare».

Fuera ya del local los mozos cumplieron como buenos,

sin consentir pagara escote el demandante. Convidaron a todos, y el juez, y los adjuntos, y los testigos, y hasta los forasteros marcharon a la taberna en amor y compañía, sin que la universal fraternidad se viera turbada más que por el grito de las mozas, que, escondidas en las casas cercanas al Juzgado, esperaban el resultado del juicio, y, al ver desfilar la comitiva no resistían al deseo de vengarse de los malos ratos pasados, diciendo sucesivamente las muy ladinas, sin asomarse a la ventana, «orinón... orinón... orinón...».

Ajustada ya la cuenta de la taberna y el juicio, solos quedaron el Cura, el médico, el Juez y el comerciante, excellentísimas personas poseedoras de una gran cultura, caritativas y agradables a más no poder. Sus temperamentos muy distintos, no obstante lo cual entre ellos la más ininterrumpida armonía reinaba. Y así, aunque el médico era hombre expeditivo, que no admitía réplica, sobre todo en asuntos de profesión, el Cura estaba hecho de rabos de lagartija, el Juez un abogado, que abandonó Astréa por Céres, siendo tan marrullero en el manejo del Código como en el de la guadaña, y el comerciante astuto montañés de gran cachaza y de inquebrantable tesón, con todo, aquel sanguíneo, aquel nervioso, aquel linfático y aquel apoplético jamás tuvieron el menor disgusto.

Se completaban, y, entre los cuatro, sin salirse cada uno de su esfera, llevaban la batuta en las cuestiones religiosas y políticas, económicas y sociales, higiénicas y hasta domésticas del pueblo. Nadie iba contra el parecer de ninguno, porque sabían que ir contra uno era ir contra los cuatro. En honor de éstos hay que expresar que ¡oh ventura! no comerciaban con su hegemonía: sólo sacaban en limpio algún disgustillo, que daban por bien empleado a trueque de la tranquilidad en sus respectivos asuntos, lo que en último término a redundar venía en la paz universal que los vecinos de Lillo con general contentamiento disfrutaban en sus personas, bienes y negocios.

Aquel día, sin embargo, honda pena les amargaba.

—Esto no puede seguir así: esto se va—decía el Cura apesadumbrado.

—Y tanto que se va—repuso el médico—. El trabajo aumenta, y ya saben ustedes que a mí no me asusta visitar. Lo que yo siento es tener que dar un repasito a ciertas enfer-

medades, que hace mucho que no estudio, por no tener aquí ni un solo caso, y verme ahora en la necesidad de recetar ciertas inyecciones *matemáticas* y mercuriales. Esto aparte de algunos chascos, que me he llevado últimamente con ciertas anemias y vahídos y vómitos, por no ocurrírseme sospechar pudieran tener un origen, que nunca han tenido aquí.

—Sí, sí, desgraciadamente nos va a tener que tocar despedir las patriarcales costumbres montañesas. Será un dolor, pero el enemigo está en casa, y tiene como el demonio la cara tiznada.

—Todos perdemos, —agregó el Juez—, los jornales suben que es un horror. El que mejor marcha es el comercio.

—No lo crean. Se vende mucho más, sobre todo vino y licores, pero en cambio se queda mucho por cobrar que antes aunque tarde se cobraba, y es lo peor que no hay día festivo sin escándalo en la taberna. La borrachera, los palos y las puñaladas o los tiros están asomando. Pienso en cerrar, ¡con que miren ustedes! Antes mandaba yo en la tienda. Ahora mandan ellos. Esto no puede seguir así. ¿Por qué le he de dar más vino al que ya bebió bastante? Pues ahora no me sirve decir que no quiero. He de seguir midiendo cuartillos y más cuartillos, aunque el que los beba se toque los bebidos con los dedos. ¿Está eso bien? ¿Por qué no ha de hacerse lo de siempre, echarlos de la tienda?

—Así debía ser.

—Pues ahora poco falta para que ellos me echen a mí. Y encima «cállese V. que pa eso le pagamos»... y estése V. hasta avanzadas horas de la noche tras el mostrador. Yo cierro: yo no sirvo para esto. ¿No llegó uno a decirme que en la tienda mandaba él, porque era establecimiento público, y tenía derecho a estar en ella el tiempo que le diera la gana?

—De eso hablarán, de derechos: no de obligaciones. Los deberes para el prójimo. Los derechos para ellos. Esa es la flamante doctrina que nos traen. ¡Pobre Montaña! Vienen a desgarrarte, a ensuciarte, a destrozar tu casto seno, a ennegrecer tus hermosos prados, a manchar tu conciencia, a robarte la paz, y la fe, y el amor, y las virtudes todas, que siempre...

—¡Agua va: eche V. Ya están los nervios de punta. ¿Receto un calmante?

—Para esto no hay calmante, Doctor, no le hay, no puede haberlo. ¿Y quién sufre con paciencia lo que se avecina? ¡Ah de los padres montañeses! ¡Pobres de vosotros y de vuestros hijos!

—Oiga usted. No crea que todo el monte es orégano. A esta gente se la sujeta con el Código.

—Quíteme V. de Códigos, hombre: donde no hay Decálogo sobran las leyes.

—Pues entonces, ¿qué hacemos?

—Que sé yo.

—Ni yo.

—Ni yo.

En tal estado de ánimo se hallaban, cuando sonaron las campanas de la Iglesia llamando a Concejo.

¿Qué sería de Lillo sin campanas? Al alba, al mediodía y a la noche toca el Angelus el primero a quien se le antoja, sin que, a pesar de no haber nadie expresamente encargado de ello, ni un solo día pase sin los tres larguísimos y estrepitosos repiquetes. Tocan diariamente a Misa y al Rosario; semanalmente los sábados y vísperas de fiesta a altas horas de la noche suenan durante cerca de una hora furiosamente repiqueteadas por la mocedad rondadora; a toda prisa llaman anunciando el fuego de las casas y los montes; lentas y graves avisan la celebración del Concejo, y alegres y ligeras anuncian cuando se levanta el coto de algún pacerero del común. ¡Qué modo de correr aquel día, aguijando el ganado, para llegar los primeros! ¿Qué sería de Lillo sin campanas? Tocan para todas las cosas, y tocan a todas horas.

Aquel día ¡cosa rara! inesperadamente llamaron a Concejo, y ¡cosa más rara aún! ni las mujeres sabían para que sería la reunión.

—Si es pa lo del Pinare, quedaros los del pueblo con la subasta.

—Lín, cuidao con que en el Concejo echéis la hoja pa Silván.

—Tú, mira a ver si arregláis lo del coto de los Barriales.

En fin, no hubo hombre en el pueblo que saliera sin encargo de su mujer, ni uno solo hubo que en la «casa del toro» dejara de cumplirlo.

Son los Concejos las reuniones de las Juntas Adminis-

trativas de los pueblos, celebradas antes cabe los pórticos, que a lo largo de la fachada principal tienen casi todas las Iglesias de la Montaña. En Lillo había casa propia, «la casa del toro», así llamada, porque construída solo para Concejo y «tenada», consta de ésta para guardar la yerba del magnífico semental vacuno, propiedad del pueblo, y de una sala rodeada de bancos escalonados, y sin más ornamentación que una recia mesa y dos baños de zinc, uno grande y otro pequeño, colgados del techo, con el objeto de prestarlos a los vecinos, que por enfermedad los necesitaran. En esta habitación lucíanse los mayores equilibrios y prodigios de la astucia de quienes por vivir en el país de los zorros y raposos, de memoria se sabían las truhanerías y engatadas de esta clase de reuniones, invisiblemente presididas y celebradas bajo el poderoso influjo femenino.

El tío Juanón faltó a Concejo. Grave tenía que ser la causa y grave era. Su idolatrada hija única empeoraba cada día. Tenía unas cosas muy raras; no comía, dormía poco, y su palidez se acentuaba a la par que iba a más el enflaquecimiento, atribuído primero a los afanes de la siega, y después a la mojadura del día de la tormenta.

Las viejas del pueblo, unas a otras al oído se decían que estaba *mancada* del pecho, y había entre ellas más de una, que opinaba se le debía poner un reparo, o un par de pichones, recién abiertos, en «la boca del arca». El médico, junto a quien la desgraciada pasó un día, se paró, la miró, la llamó, la tomó el pulso, inspeccionó el interior de los párpados inferiores y las encías, y exclamó, sin dar importancia a la enfermedad:

—Muchacha, a comer mucho, a trabajar poco y a echar penas al aire ¡repollo!—pero al volver la espalda arrugó los labios y torció el gesto, cual si a sí mismo se dijera: «no me gusta nada esta chica».

Ella a su vez no sabía de qué quejarse: ni estaba bien, ni su mal podía precisar: algún dolorcillo de cabeza de poco más o menos, dejadez y cansera general, sobre todo en brazos y piernas, pero dolor fuerte y vivo en ningún sitio. ¡Cosa más sin sustancia la que tanto la hacía sufrir, y mal más tonto...!

El tío Juanón entraba y salía con aire indolente en la cocina, miraba a su hija de reojo, bajaba la cabeza preocu-

pado, y andaba mustio y tristón. En el corral recogía unas zarrías, cuando allí abocó la pizpireta Nieves, alegre como unas castañuelas. Vióla el padre de Marusa y conmovido la dijo:

—Dios se lo pague, señorita, y mire a ver si se me alegra esa rapaza, que paece la han hecho mal de ojo.

A Nieves se le nubló el rostro y con verdadero sentimiento preguntó:

—¿Pero, está peor?

Encogió los hombros Juanón, sin contestar, y entró la señorita en la cocina. Falta hacía allí, porque el estado de la moza era angustioso. Más que las molestias físicas, con no ser ellas poco e ir aumentando cada día, veíase abrumada por las morales, que la aniquilaban, trayéndola mustia y extremadamente abatida con aquel enervamiento, y aquella languidez, que habían llegado al colmo y que, gracias a la dicharachera señorita, tuvieron un ligero alivio de suspiros, ayes, desmadejamientos, y lágrimas.

Con este acompañamiento repitió a Nieves la eterna canción de sus desgraciados amores, y por ese camino fué a dar en la verdadera causa de sus amarguras, y de aquel triste y lentísimo apagarse de la lumbre de su vida.

—Dicen que el trabajo de la siega, y la mojadura de la tormenta, no, señorita querida, no. A mí duéleme más hondo... duéleme el corazón, y sin poderlo remediar, mátame esta cosa, que tengo dentro, y no puedo sacare de mí.

—Tío Juanón—gritó un chiquillo desde la carretera—que vaya a la casa del toro, que van a echare la suerte de los pinos.

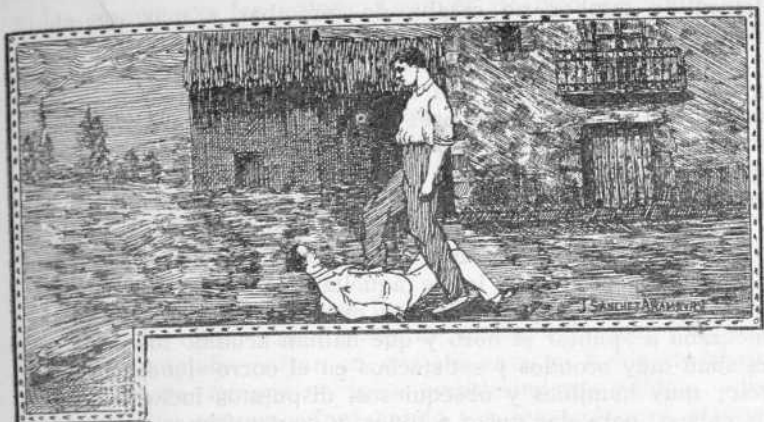
—Diles que por mí ya pueden darles fuego.

Al poco rato, jubiloso entró Cundo al corral, diciendo risueño:

—Tío Juanón, en pasando mañana tráense los pinos. ¿Quiere que le traiga la su suerte con la mía?

—La mi suerte y la tuya tiéneslas ahí dentro feneciendo. Entra a ver si me traes esa, que poco impórtanos la otra.

Angustiado obedeció el mozo, y en Lillo dióse el caso insólito de que hubiera dos hombres que miraran con desprecio las cosas del Concejo, posponiendo los asuntos del pueblo a los domésticos, cuando con su cuenta y razón siempre sucedía lo contrario, si mediaban intereses.



XI

De ronda



NA hora después de anochecido aquel sábado, el descompasado aporreo del tambor, atronando con su estrépito las pacíficas y silenciosas calles de Lillo, hizo levantarse en las respectivas cocinas a los mozos, que aun no habían concluído la frugalísima cena de patatas; y, aunque ninguno de los que en casa tenían leche, recién ordeñada, se fué sin el correspondiente sorbo, hubo no pocos que, prescindiendo del fuerte plato patateril, se agarraron a la hogaza, y, cortando un buen zoquete, salieron de estampía, sin atender a más razones, y sin hacer caso de las viejas, que a última hora siempre tenían la mala ocurrencia de mandar algo que, dicho se está, quedaba sin hacer.

Cualquiera detenía a los mozos, con lo que la ronda prometía aquella noche, ni cualquiera les ordenaba nada, después que habían comenzado a oírse los «*ijujús*», y cuando el

fementido tambor no cesaba de retumbar y más retumbar, llamando a toda prisa.

Las mozas por su parte diéronse prisa a terminar el fregado, y aunque más de una de ellas tuvo que suplir a su hermano en las últimas labores de la casa, no tardaron todas mucho tiempo en estar acostadas, aunque muy pocas eran las que se quedaron dormidas. ¡Era día de ronda y había que escuchar lo que se pudiera!

En la plaza del pueblo, y entre cachetes, risas, alborotos e ijujús, llegaron a contarse hasta dos docenas de mozos; lo cual quería decir que la de aquella noche iba a ser gorda, muy gorda. Por de pronto dos muchachuelos, a quienes comenzaba a apuntar el bozo y que habían acudido los primeros, estaban muy orondos y satisfechos en el corro siendo el hazme reir; muy humildes y obsequiosos, dispuestos incluso a rodar de cabeza, para dar gusto a todos, y contentísimos, a pesar de los golpes que sufrían, palos que aguantaban, y alguna que otra caída, cuando, en plática descuidada, un fuerte empujón hacia atrás en el preciso momento en que otro mozo daba con su pierna violento golpe hacia adelante en las piernas del incauto, perdido por éste el equilibrio, de espaldas daba en el suelo, o en el barro, entre la algazara y el estrépito de todos, guardándose muy bien de prorrumpir en la más ligera queja y levantándose acaso con la mano en la parte dolorida, pero de seguro con la sonrisa en los labios, y como dando gracias a los autores de la hazaña.

¡A cualquier momento iba ninguno de los dos a darse por ofendido, así los pusieran en cruz, cuando pocos instantes faltaban, para que «les dieran la patente», el flamante título de mozos, que iban a recibir, mediante el pago de dos o cuatro pesetas, amén de seis o siete trastadas, que les habían de producir por lo menos una docena de anchos y bien marcados cardenales.

Sabían todo esto y suspiraban por verlo realizado, ansiando llegara el instante feliz de su mocedad oficial.

Los otros se aprovechaban a maravilla de circunstancias que no todos los días se daban, y con su calidad de mozos multiplicaban las pesadas bromas, siendo los más jóvenes los más atrevidos, para cobrarse en los nuevos las que ellos habían sufrido poco ha, no dando paz a la lengua con los dichos, ni

a las manos con los golpes. Después de bien aseedereados, molidos y traqueteados los aspirantes, preguntó el Alcalde de los mozos: ¿«Estamos todos»?

—Estamos, —contestaron.

—Pues a la jura de la bandera.

—A la jura, a la jura, —gritaron con alboroto, empujando a los novatos.

Entró la regocijada turba en una de las pocas tabernas, y, al verlos irrumpir, abandonaron el establecimiento los pocos hombres que en él estaban. Tal era el respeto, que inspiraba la ronda.

Por olvidado se tenían los solteros, que, a la hora de rondar, solo ellos eran dueños de calles, tabernas y casas. Si se les antojaba entrar en una, la casa se había de abrir aun a deshora, aunque no fuera establecimiento público, y la dueña de ella, aunque refunfuñando y a regañadientes, a altas horas de la noche se tenía que levantar llamada por la imperativa voz de «los mozos», para hacerles arroz con leche o chocolate. Aquello de las migas ¡ay! pasó ya, como pasaron tantas otras cosas; ahora eran más «señoritos».

Bien es verdad que al llamar a alguna puerta siempre había entre los mozos algún hijo, sobrino o pariente más o menos cercano, allí donde los parentescos se cuentan hasta la quinta y sexta generación, pero, aunque no lo hubiera, todo el mundo obedecía a los mozos y para ellos no había nunca puerta cerrada. Tanta era la fuerza de la ronda que hasta las mismísimas leyes se la reconocían. Si señor. En las flamantes ordenanzas municipales de los siete pueblos, que constituían el Ayuntamiento se decía:

«Se prohíben las reuniones... a excepción de las romerías, bailes de costumbre, ferias y mercados que no prohíbe la autoridad, *especialmente* las rondas nocturnas, siempre que éstas sean con orden y no se canten canciones escandalosas, que afecten a la moral y al pudor de las personas».

Con que a ver.

Quedaron, pues, los mozos dueños de la taberna y comenzó la saladísima escena de la jura de la bandera.

Sobre el mostrador había unas ricas mantecadas de Astorga y unas copas de vino blanco, que repartían dos por riguroso turno. El ambiente era de franca, o más bien fraterna

cordialidad. Al minuto de estar allí se veía que todos se querían de verdad y que muy mal lo hubiera pasado cualquier intruso, que con el más enclenque se las quisiera haber. Tocar a uno, era tocar a todos, y ¡guay! del ajeno que de cualquiera de ellos se mofase: ya podía preparar las costillas, pues si nunca se oyó que lo mandaran al otro mundo, porque esa traición no se «estilaba» entre ellos, también es verdad que jamás dejó de llevar su merecido, propinado siempre en forma de palos, dados fuera de la taberna y al aire libre, si es que no tuvo su zambullida en el río el majo provocador.

Afortunadamente se hallaban solos y comenzó la importantísima tarea de dar la patente de mozo. Colocáronse en grupos los rondadores y dos de ellos pusieron sus enormes cachas en cruz, en tanto que el alcalde de mozos decía:

—Muchachos, váis a entrare de mozos, y es preciso que sepáis las obligaciones que tenéis pa con todos. Es lo primero que siempre habéis de salire por todos, como nosotros saldremos por vosotros en las fiestas y romerías cuando se arme la palestra.

—Y que no se escondan, como hizo Lín la otra noche— interrumpió uno.

—Mentira—dijo Lín.

—Verdad y más verdad, que yo te ví como perdías el c... a correr.

—Y yo que te escondiste en la «tenada» del tío Juan.

—Mentira, mentira, —voceaba el mozo aludido.

—Verdad, verdad—vociferaban los otros.

—Dejarlo hombres—expresó Cundo—que si fué a la tenada es porque se le había olvidado al tío Juan echarla yerba al jato.

Riéronse todos y quedó aquí la porfía, porque el mozo, que estaba en el uso de la palabra, gritó:

—Callaros, hombres, que estamos en lo más serio, y parece mentira que os dñ en e'emplo de formalidad estos «guá'es».

Los guajes eran los dos aspirantes, que muy erguidos y tiesos, persuadidos de su papel, ni contraían un músculo, ni hacían el más ligero movimiento.

Restablecida la calma prosiguió el orador:

—Pos bueno... enteráos de lo primero, es lo segundo que no podéis ir a mozas, ni salire de ronda, sin que salgamos

todos o la mayoría... Y ahora atendere a lo más importante. Siempre que se haga d'alguna tropelia, como quitare los quesos de las ventanas o las ollas de la leche, es menester que en jamás se sepa quien lo hizo, y que se guarde en esto, como en todo, el mayor secreto, de modo y manera que nadie se entere jamás de lo ocurrido entre nosotros.

—Eso, eso, gritaron no pocos a la par.

—Y afuera los traidores—dijo el simpático Cundo noblemente indignado.

—Afuera, sí, que el tío Juanón ya sabe quien fué el que le quitó el queso la otra noche, y hasta donde lo comimos, y quienes estábamos; y eso no ha sido jamás ley de mozos, ni nunca se ha sabido nada, hasta la hora presente, en que alguno va con el soplo.

—Pues que se parle quien es, y le taparemos el pico con boñiga.

—Quien es el *lenguatero* todos lo sabemos—afirmó Cundo—lo que hay es que, por ser él la persona que es, nadie se atreve a decirlo, y menos a espetárselo en la su cara; pero de hoy no pasa, y como no está aquí el charlatán, bueno es que sepa que nunca se habló por detrás, y que si con habere estado en la otra «banda», se ha olvidado de los deberes de mozo, hay que acordárselo y parlárselo, bien parlao, ¡recoime! Cuantimás que, pa qué callarlo, todos estamos deseando que no aparezca con nosotros, porque los sus gustos no son ya los nuestros gustos, y el su modo de rondare, no es el modo que aquí se estima, y si en l'América se ronda, como él ronda, que vaya a rondare allí, y que no nos traiga por acá las sus modas, porque la calidad de nuestras personas es de un otro distinto que la de él, y nadie en jamás ha tenido que decir nada de nosotros, ¡recoimes!, hasta que vino ese tuberculoso, renegao de la Montaña, que no piensa más que en el aquel malo, y a más de contar lo que nada monta, y nunca se ha contao, se calla lo que él hace, que eso sí que es repeor, ¡recoimes! y nos hace pagar a todos cosas que nunca hicimos, ni hacemos, y que si están mal en cualquier mocedad, cuanto más en la de la Villa.

—Bien parlao, Cundo, esa es la fija. Y si os parece hoy mismo se le acusan las cuarenta y veinte más al chupao ese, que ya nos vá amolando bien.

—¡Coime!, ¿queréis callaros?, porque sinó no acabamos la jura hasta el San Miguel.

—Mira, chacho, en tocando una cuestión, como la presente, hay que acabarla, pues de monta es. Arremátala, y luego seguiremos con la jura. Ya que se echó el caldero al agua, tirar por la soga.

—Bueno, pues aceptao. ¿Queréis que le demos las quejas a Tino el americano?

—Sí, sí,—gritaron todos.

—Yo opino, salvo mejor pensamiento, que se le eche de mozo, porque ya no es parigual a nosotros.

Unos cuantos chillaron: «eso, eso». El noble Cundo afirmó:

—Yo ya os dije lo que al respectivo tenía que deciros, y no se expresa mal Lín, al mentarnos que Tino ya no es parigual a nosotros. Nacido y criado ha sido, como nosotros, en Lillo, y lo mismo que nosotros ha comido arbejos y patatas, y como nosotros ha guardao las vacas, y con nosotros ha jugao a la «gocha», pero, con irse a las Américas, se le ha subido la fantasía a la cabeza, y, ¡recoimes!, ¿qué queréis que os diga?, a todos nos hace la Pascua ya, y ninguno aramos con él. Es al igual que el mi novillo Pernaes; yo lo domé, lo uncí al carro y me sirvió tan guapamente con el su compañero «Suizo», pero vendímoslo, lleváronselo p' Asturias, y cuando a los dos años tuvimos que comprarlo otra vez, porque le teníamos ley, y nos hacía falta, ¡recoimes!, yá no había quien lo unciera con el Suizo, y cuando el uno tiraba pa Celorno el otro marchaba pa la Tortoria, y antes que no tenía yo más que cogere el yugo en la mano, y cada uno se iba pa su sitio, poniéndose cada cual en su ser debajo de la su camella..., después, que no había quien los ajuntara, ¡recoimes!

Pues eso es lo que pasa con Tino, salvo la mala comparación. Es al igual que el mi Pernaes, y ya no ara con nosotros. Ahora que tocante a echarlo, eso ya es otro cantar. El mozo no'stá aquí y en jamás s'ha visto que a uno se le condene, sin oirle: ya me sé yo que nada puede decir, y que con toda verdá lo hacemos, pero, ¡recoimes!, yo y todos miramos por la mocedad, y siempre hemos quedao bien. Aunque nos sobra la razón, dejémoslo por ahora, pa que cuando

lo hagamos, nadie tenga nada que decir, porque cuanto más lo dejemos, más razón tendremos.

Por la presente, salvo mejor entendimiento, yo me creo que basta con avi.a.le. El sabrá después lo que se hace, y aunque ya os digo que tenemos razón pa echarle, mejor es que le echemos, cuanta más razón tengamos. Con que así os pregunto, ¿queréis que por la de ahora, na más le hagamos saber su obligación, sin echarlo de mozo?

Aquello había cambiado del todo: se había puesto serio, muy serio. Todos estaban ya más que hartos de las blasfemias, pependencias y otras cosas peores de Tino, y a todo trance querían librarse del tiránico yugo del americano, que siempre quiso llevar la voz cantante, alí donde no había más voluntad que la suma de voluntades. Por esto, a todos les hubiera gustado más romper de una vez, y quedarse solos en la santa paz, que antes disfrutaran, y que en mala hora había venido a perturbar el indiano con sus groseras frases, indecentes dichos y malas acciones. Pero Cundo tenía gran ascendiente con los suyos, y merced a sus palabras, todo quedó en llamar al orden al descarriado ex-montañés.

Con esto se dió por terminado incidente tan importante, que a todos había puesto de repente cabizbajos y mohinos, más, puesto de nuevo sobre el tapete el asunto principal, volvió a reinar la franca cordialidad y la más comunicativa de las alegrías.

Durante la cuestión anterior, todos los mozos habían expuesto su opinión con la vehemencia, de que eran capaces; muy poca en verdad, como muy poca es la que usan los montañeses, aun en asuntos de suyo levantiscos: hablan muy poco y apenas si se excitan, no llegando jamás a dejarse dominar por la ira. Si los mozos no hablaron más que lo necesario, los dos neófitos, mudos permanecieron todo el tiempo en posición de firmes, sin menear pie, ni mano, sin apenas hacer uso de la vista, siempre serios y siempre humildes. Cualquiera creería que aquel par de muchachotes desempeñaban el papel de estatuas.

Se dispuso el Alcalde de los mozos a continuar su discurso y volvieron los de las porracas a ponerse uno enfrente de otro, colocando las cachavas en cruz, la cual por debajo tenía el espacio suficiente, para pasar encorvados dos hombres.

—Bueno, os decía que lo más importante en la mocedad es el secreto de todas las nuestras cosas, de tal modo y manera que al lenguatero, que parle algo, todos le tundiremos: y para estare seguros de que vosotros no hablaréis, es preciso que ahora mismo juréis no charlar nunca nada.

Y poniéndose el Alcalde enfrente de las cachiporras, y colocando su mano derecha en el punto de intersección de los palos, con toda seriedad, y en medio del mayor silencio, solemne preguntó a los mozalbetes:

—¿Juráis guardare secreto de las cosas de la mocedad?

—Si juramos, —contestaron a una los dos.

—Pues pasare por debajo de la cruz.

Hiciéronlo así; pero no bien se habían colocado bajo las nudosas cachas, cuando éstas, duramente esgrimidas por los fuertes brazos de sus compinches, cayeron implacables sobre sus costillas, a tiempo que el Alcalde y otros mozos dábanse prisa a repetir incesantes puntapiés en la popa de los infelices, que tampoco podían avanzar, porque otros tantos a puñadas, palos y coces la emprendían por delante con ellos, que, así rodeados, y sin pronunciar palabra, tuvieron que soportar el diluvio de golpes, sólo interrumpido cuando la risa y empellones de los apaleadores les obligó a poner fin a la primera parte de la jura de la bandera.

Derregados y doliéndose, entre las carcajadas estrepitosas de los demás, levantáronse los de tan donosa y contentante manera declarados mozos.

Pasó el primer amigable apaleamiento, y ya estaban todos dispuestos a continuar la interesantísima meritoria obra de anotar dos nombres más en el libro de los valientes, cuanto tundidos galanes de la Villa de Puebla de Lillo. Por un lado de la mesa, sobre la que nuevamente se habían puesto más cajas de mantecadas y más vasos de vino blanco, se hallaba sentado el tribunal, constituido por el susodicho Alcalde y dos adláteres: enfrente se hallaba tapada la mesa con una de las mantas de los jóvenes, y en el suelo colocaron un saco, que un poco se entraba por el tapabocas y un mucho sobresalía de la mesa. Algo había debajo de ésta, porque el serio y temible tribunal no podía colocar a placer sus pies, y en los semblantes de todos andaba retozando la mal contenida risa.

—Pónganse ustedes sobre la alfombra—(la alfombra era el saco)—para contestare a las preguntas del tribunal, y miren fijos sólo pa los jueces.

Hiciéronlo así los maltrechos mozos, bastante recelosos, pero sin dejar de mirar de hito en hito al tribunal: más no habían acabado de poner los pies sobre el saco, cuando el héroe de aquella trastada oculto bajo la mesa, dió un fuerte tirón de la «alfombra», con lo que uno de los examinandos, dió en tierra, midiendo cuan largo era con sus costillas el suelo, en tanto que el otro, por instinto de conservación, se agarró a la mesa, que se llevó tras sí, dando al caer, un madreñazo en la cara a Cundo, que, como más fuerte, era el escondido para dar el tirón, hecho lo cual, se levantaba del suelo, sin sospechar un final, que no estaba en el programa, pero que le dió en las narices.

El tribunal, que por no haber sillas, se había sentado en un banco de solas tres patas, y que, para mantener el equilibrio, se había acodado sobre la mesa, falto de asidero, dió de bruces encima de ella y en el suelo, quedando de esta guisa en el duro piso vasos rotos, mantecadas, maderas, saco, manta, mozos y madreñas, sin que en el confuso heterogéneo montón, se pusiera nadie en pie, enredados brazos propios con ajenas piernas, y cabezas con rodillas, que, cuanto más braceaban, pataleaban y se revolcaban, más y más se enredaban, hasta que, pasado el primer momento de asombro por lo inesperado del suceso, los mozos restantes entre gritos y alborotos se tiraron al montón, retozando todos un buen espacio de tiempo. ¡

—¡Recoimes!, —decía Cundo, levantándose con el rostro ensangrentado—, ya podías traer sin herrare los «tarucos»: de las tus madreñas, o haberte quedado en escarpines, y no me hubieras roto las narices.

—Eso no es nada, niño, se lava con vino y pasa.

—Cá, muchacho, el vino por dentro, traerme, traerme agua que esto pásase enseguida. —Y se quedó rociando.

—Bueno, bueno, a jugare al melón de olor.

—Eso, eso, al melón de olor.

—¿Y cómo es eso? —preguntó uno de los incautos semimozos.

—Pues veréis, se venda uno y por el olor tiene que conocere a todos sin palpare ni nada.

—Anda, eso lo hago yo; ¡vaya una ciencia!—replicó el que después de lo pasado, ya se creía mozo, y por tanto con derecho a hablar.

—¿A que no?

—¿A que sí?

—¿A que no?—exclamaron todos, rodeándole.

—Taparme.

Se le vendó; fué acercándose a varios, acertando en algunos y errando en los más, por fin y, al seguir la línea, sobre una silla, de espaldas a todos, y llevando con la decencia posible descubierto lo que todos llevamos tapado por detrás, esperaba un mozo, que le llegara el turno de ser reconocido por el olor. Tan bien medida estaba la altura que las narices del de los tapados ojos se aproximaron al sitio del del ojo descubierto, y, al comenzar su labor de olfateo un estruendoso ruido de meffítico gas dió con tal ímpetu en el rostro del vendado que sintiendo hasta la fuerza del aire se apartó prestísimo, diciendo:

—Sebo, ese marrano es Toribión.

Nuevo estrépito de risas y Toribión, subiéndose apresuradamente los calzones y bajándose de la silla, gritaba con su vozarrón:

—Pa él, pa él, que acertolo.

Con variaciones en el mayor o menor arte, pero siempre a base de golpes o suciedad, siempre con la misma sencillez de juegos, se sucedieron unas cuantas inocentes trastadas, que, entre mantecadas y vino blanco, sirvieron para dar el título de mozos a los dos guajes, quienes estarían molidos y apaleados, pero que, descendientes al fin de D. Quijote, daban por bien empleados todos los tumbos y acardenalamientos a trueque de salir, como salieron, de la taberna, hechos ya mozos, con derecho a la ronda, a las discusiones, a la parte alícuota de lo que a la mocedad se diera y sin miedo a que nadie pusiera sobre ellos la mano.

En medio de la bullanga de carcajadas y voces, oyóse nuevamente al Presidente, que decía:

—Callar, muchachos.

No hacían estos gran caso, enredados como estaban en las más variadas conversaciones, hasta que, saltando encima de la mesa, sublime, hierático, y destocándose conmovido, cual

sacerdote oficiante, con el alma a flor de labios, y en lo alto los ojos, dijo:

—Un padre-nuestro por los mozos, que andan por el mundo y no tienen trabajo.

Cesaron todas las conversaciones, acalláronse los ruidos, deshiciéronse los corrillos, formóse uno solo en derredor del oficiante, y, descubriéndose respetuosamente en la taberna, rezaron con fervor «El pan nuestro de cada día dánosle hoy...».

A seguido, por la calle entonaron una cantata lánguida, pausadísima, con unos finales sostenidos e interminables y una letra sentimental, pero de una dulzura y cadencia, letra y música, que entraban muy hondo en el alma, con armoniosos sentires de placidez, misticismo, resignación. Era el *¡ay!* melancólico de la montañesa gente, humilde, pobre y cristiana, que se solazaba en su amada pobreza, encontrando en ella las delicias, que muy pocos supieron encontrar y que muy pocos tenían la fortuna de concebir pudiera darse.

Era el canto de la tímida tórtola amante, gozosa de su libertad, contenta sólo con su nido, ni envidiosa de goces, que no soñó, ni envidiada de quienes equivocadamente la miran compasivos, sin curarse de escudriñar la paz y quietud de los honrados vecinos, que con el alma serena dormían tranquilos en sus hogares, con las cancillas abiertas, sin miedo al robo o a la traición.

Era la música popular, sincera, infantil y fiel delatora de lo pacífico, lo frugal, lo tranquilo, lo resignado, lo suave, lo armonioso, lo puro, lo noble, lo santo de sus moradores,

Por eso era semi-monorrítmica, sin estridencias, ni dislocados acordes, reveladores de excitados ánimos pasionales; por eso era tranquila y suavemente se deslizaba, como suavemente corría por aquellos lugares la vida; por eso era queda y pausada, lo mismo que pausados y quedos eran allí los dolores y las alegrías; por eso era sencilla, con la sencillez de las almas santas; por eso la alteración y el cambio de sus notas tenía una gradación apenas perceptible y era espontánea, como apenas perceptibles eran las mudanzas del espontáneo vivir montañés; por eso era una música plácida, delicada brisa del espíritu, aura del alma, acariciador refrigerio, que, rozando apenas el oído, lenta e imperceptiblemente se iba

adentrando, adentrando en el alma, hondo... muy hondo... suave... muy suave... dulce... muy dulce...

Alguien expresó el pensamiento de que la música es fiel reflejo del pasional estado anímico, y, al oír cantar a los mozos de Lillo, grata idea del alma popular montañesa flotaba entre canciones de amores.

El retador ijujú, mitad grito guerrero, mitad grito de alegría, invariablemente finalizaba las canciones que en pos de sí iban despertando amorosos ensueños en mozas, placenteros recuerdos en viejas, orgullosos presentes en madres y remembranzas sentidas en viejos.

Allá iba la ronda, cantando alegre en su pobreza, brindando amores, esperanzas, porvenir de las almas mozas; allá iba la ronda, fiel para el amor, frugal en el vivir, buena para Dios y para los hombres, futura continuadora de la fe, el trabajo y el hogar de sus mayores.

En medio de los cantares aún discurrieron los mozos nueva fechoría. Y ello fué así:

—Chachos, ¿vamos a llamare a las hijas del tío Periquín?

—Vamos, pero vosotros—a los nuevos mozos—tenere mucho cuidado, porque el tío Periquín tiene malas pulgas, y puede darnos una «trompicada».

—Ya correremos, ya.

—Es que, como nunca habéis venido, no sabéis como las gasta.

—Pues yo, tanto como vosotros ya sé correre.

—Sí, pero no sabéis las sus mañas; si se barrunta que vamos a dare la matraca a las sus hijas, no sé yo si alguno no la paga.

—¿Tenéis miedo?—dijo otro.

—¿Nosotros?—respondieron los novatos—. Arrea p'alante y verás.

—Atender; las mozas tienen la su cama en el cuarto de la ventana, que da a la bestecha. Tú coges la escalera, que está allí debajo junto al carro y pónesla a la ventana. Como ya eres mozo desde hoy, te dejaremos subir a ella, y llamas muy a modo, mientras nosotros estamos abajo. Si hay queso o leche, en la ventana «apandas» con él y nos lo «apurres».

—Está dicho, arrear.

—Vamos, pero que nadie «guta».

—Eso, porque si «gutimos» somos perdidos.

Hacia casa del tío Periquín, donde momentos antes admirablemente disfrazado con unos calzones de estameña del propio dueño tras unos piornos se había escondido con un enorme tronco en la mano un mozo de la baja estatura y endeblez del amo, encaminóse sin madreñas y silenciosa toda la mocedad rondadora.

Sin «gutir», como ellos decían, llegaron a la «bestecha», cogieron la escalera, la apoyaron en la ventana y por ella subió con toda precaución el mozo novato. Al llegar a lo alto musitó:

—Hay una olla de leche. ¿Os la apurro?

—Apúrrela.

Apenas la recibió un mozo en su mano, salió de estampía. Aun no había traspuesto la cancilla, cuando se presentó el falso Periquín. Se armó enorme revuelo entre los mozos, que rodeaban la escalera, con la precipitación intencionadamente la tiraron y con ella al muchacho, que se disponía a llamar a la ventana. Huyeron todos. Dió él con sus huesos en el suelo; el pseudo Periquín comenzó a molerle sin compasión las costillas: al ruido despertó el auténtico; saltó en camisa al corral y... apaleador y apaleado cayeron bajo el furor de su estaca.

—Reladrones, —decía entre estacazo y estacazo—, más os valía estare en la cama. ¿Es ésta manera de rondare?; —estacazo al que estaba en pie—. Tomar, a ver si me dejáis en paz, —trancazo al del suelo—. Toma sebo, malos hijos, arrastraos; un redemonio, que os aguante; a mordigatos, os debía quitare el pellejo.

Reparando en que el caído amargamente se quejaba, y reconociéndole como hijo del tío Taruco, soltando el palo, levantó al infeliz y lo zarandó, exclamando poseído de ira:

—¡Rediezla!, ¿eres tú?, ladrón. ¿Desde cuando salen a rondare los que no son mozos? Toma, ladrón, anda pa la cama, que no tienes tú la culpa, no; sino los otros que te admiten sin deber admitirte. ¡Rediezla! con el guaje, anda, anda a mamare y déjate de rondas. Ya le diré yo al Alcalde de los mozos, que a ver como no respétanse las costumbres. que siempre se han respetao. ¿Tú de ronda? Anda listo si no quieres que te mate.

Seguía quejándose el desventurado mozo, que entre ayes contó al tío Periquín la odisea de aquella primer noche de ronda, y, viendo éste que el tal era ya mozo y que parecía quejarse de veras con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—Chachas, Tina, Teresa, levantaivos y bajar a la cocina a hacere un café a este infeliz. ¡Rediezla!, entra, niño, entra, que si esta noche juraste la bandera, ya habrá en la tu carne algo que curare, si es que no te han roto esos alguna costilla.

Los otros, habían huído como alma que lleva el diablo, y, sin previo aviso, a los pocos instantes se hallaban reunidos en el hermoso prado de la ermita de la Virgen de las Nieves, comentando con gran algazara las incidencias de la última aventura.

—Chachos, —decía el falso Periquín—, a mí si que me calentó el paquete. Cuando más estaba arreándole a Lín, atizóme el tío un estacazo, que me partió, y todavía me alcanzó otros tres o cuatro, porque como no le esperaba, quedeme medio entontecido sin escapare.

—Y el otro ¿qué hizo?

—¿Qué iba a hacer?, amolarse. Cuando lo conoció, llamó a las sus hijas, y entre todos metieronlo pa' la cocina. Yo estuve esperando escondido a ver si tenía algún mal, pero creo que no, aunque él quejase mucho, y si no se «esborregó» al «entornar» la escalera, por lo menos «mancarse», si debió haberse mancao algo.

—Pues hay que ir a ver lo que es.

—Bueno, y yo qué hago con esto.

Esto era la olla de leche.

—¿Qué haces? Trae pa acá.

Bebió uno y siguió el turno hasta acabar la leche. Marchábanse ya, y alguien dijo:

—¡¡Eh!!; que nos olvidamos de esta moza, ya que estamos en la su casa echarle la ronda.

—Hombre, es verdad. Empieza, Cundo.

La moza era la Virgen, y allí ante la ermita cantaron se canción. Cualquier noche se les iba a olvidar a todos rondar a la Virgen, cuando al poner los ramos a las mozas, allá por Pascua, era para la Inmaculada el primer ramo y el más bonito, que subía por el tejado a colocar encima mismo del altar de la Capilla el mozo más joven.

Cumplido tal requisito, con la olla en la mano se fueron a casa del tío Periquín. Con mucho sigilo entró uno de ellos, puso la olla, donde no la pudiera romper el ganado y escuchó a la ventana de la cocina, cuya chimenea, en aquellas altas horas de la noche era la única que humeaba en la Villa.

Cuando salió el espíador, solícitos rodeáronle todos, y habló así:

—No es nada. El quéjase de las costillas y el tío Periquín le ha debido dare unas friegas de aguardiente, pero todos están contentos y, ¡niño! la tu Tina bien se ríe, cuando les cuenta como cayó. Todos le andan preguntando por la jura, pero él nada parla, ¡coimes! Yo creo que va a ser buen mozo, por la presente no es cosa mayor. A mí diéronme ganas de entrare, porque ahora van a tomar todos el café.

—¿Dejaste la olla?

—En la bestecha dejéla encima del carro.

—¿No se romperá?

—No, hom.

—Muchachos, al arroz con leche que es la una.

—Arrear, pero no hemos tocao las campanas.

Sucesivamente dieron estruendoso repiquete que en total duró más de media hora seguidita, sin alarma del pacífico vecindario, que lo oyó tranquilo, maldiciendo solo por el interrumpido sueño, y terminada esta imprescindible parte del programa de toda ronda, se fueron a tomar el sabroso arroz con leche.

¡Santo Dios y qué modo de comer! Por encanto desaparecían las hogazas de ocho libras; se atracaban. Parecía imposible que la enorme caldera en tan poco tiempo hubiera dado tal bajón: vino bebían poco, lo necesario, muchos ni lo probaban, pero comer... todos... y todos... ansiosos, devorando... a toda prisa...

En estas se hallaban, al presentarse el molido mozo, exclamando:

—¡Rediezla!, como dice el tío Periquín; ya podíais esperare por mí.

—Cuitadín, tú ya tenías quien te cuidara. ¿Qué tal Tina y Teresa, amante?, ¿te dieron con cuidao las friegas?

—No están malas friegas; cuando me «esborregué, de la escalera, creí que me había matao. ¡Vaya un trompicazo!, y

luego el susto del tío Periquín, que empezó a arrearme, yo le conocí por lo delgao y los calzones, pero luego salió otro tío Periquín, y, ¡recoime!, empezó a arreare a los dos. Con el costillazo y con el susto, yo ya ni sabía lo que me pasaba. A bien que después metieronme en la cocina, y con él y con las sus hijas, buen café y buen aguardiente me tomé.

Se acabó el arroz y, ahitos, dadas las dos, salieron para sus çasas.

Increíble era que aquellos hombres, que durante todo el día estuvieron cavando unos, segando otros, trabajando todos sin interrupción desde el amanecer, y no bien alimentados en el día, retozasen a aquellas horas, corrieran y saltaran sin la menor muestra de cansancio y con la perspectiva de tener que levantarse a las dos horas, para volver a las pesadas faenas del campo o del monte.

Cuando ya se retiraban, el lince ojo de Cundo acertó a ver a Tino, el americano, y torciendo el gesto, dijo a sus compinches:

—¿De dónde vendrá ese pájaro, que no le hemos visto en toda la noche? Cuando os digo que no me gusta. Pues ahora no le vale; aquí mismo espétole el nuestro acuerdo de esta noche.

Quiso huir el indiano, al notar la presencia de la ronda, pero Cundo con grandes voces imperiosamente dijo:

—Tino, aguarda: palabra.

El petimetre al verse reconocido, paróse en la carretera frente a casa de Nieves, y allí se reunieron todos.

—¿Qué se te ofrece?

—Poca cosa; decirte cuatro palabras, que hemos hablo estos y yo.

—A mí, ni tú, ni el Rey me para, mi amigo, y si quieres algo (aquí una horrible blasfemia) sal aquí. ¿No?

—Primero púrgate, porque parece que tienes la lengua sucia, Tino. Y ahora escucha, palabra de amigo, y si mejor quieres, de hombre; que yo a todo hago.

—Me vas amolando ya, ¿no?, y a mí ¡che!, nadie se me pone delante. ¿Estamos?

—Ni yo quiero ponerme, Tino, pero si por esas vás, el hijo de mi madre del camino no se aparta.

—¿Qué vá, mi amigo? Donde yo pongo el pie, ¿sabe?, ni tú lo pones ni... (aquí otra blasfemia).

—Tino, púrgate otra vez. Y tocante a poner la mi madreña, donde pones tú el zapato, sábeta que no se trata de eso ahora, ni yo la pondré nunca; pero Tino, más terreno preciso yo que tú, y sinó he de meter la mi pata en el tuyo, no metas el tu charol en el mío, que yo calzo hierro y tú no llevas más que cartón. Ya te digo ¡recoimes!, que traigo palabras de amigo. ¿Escúchasme o nó?

—Habla ya, ¡ché!, pero ten ojito.

—Pues oye. El tu comportar con los mozos, no es leal. Parlas lo de los demás, que no merece parlarse, ni nunca se ha parlao, y ocultas lo que haces tú, que es peor, si es que no le echas a otro la culpa de los tus malos pasos, como echás-tesela el otro día a Miguelón. A más hablas como un demonio, y sales con nosotros cuando así te cumple, pero, cuando vas a los tus malos andares, aseparaste y no pareces, como esta noche. Mal está esto y a nadie se lo hemos consentido, ni queremos que con nosotros te juntes. Sin tí hemos pasado muy bien y sin tí pasaremos mejor; pero lo que yo quiero decirte es que todo el pueblo fía en nosotros, y que como somos los que hemos de respondere, o sales con nosotros o no sales. Y si con nosotros te juntas; a nuestras leyes has de ajustarte.

Yo quería echarte de mozo, y estos no han querido, porque aún te tienen ley, pero has de saberte que, o eres como somos todos o estás aquí demás; y no ha de servir el que te ampare de nuestra sombra; que si los mozos nos amparamos, porque nada malo hacemos, no queremos amparare a perdidos como más de una vez por desgracia hemos amparado las tus malas acciones. Con que ya lo sabes; estas palabras de amigos teníamos que decirte, y agradéceles a estos el que hoy no te haya echao yo de mozo.

—Já, já, já,—rió el infatuado americano—ya saben estos, mi amigo, por qué no me han echado de mozo. Y, ¡ché!, ya te digo que en mis cosas nadie se mete, ¿no?; y menos tú, que andas a caza de piltrafas, que yo desprecio.

El golpe no pudo ser más certero. En mitad del corazón y en lo que más amaba le dió a Cundo, que por un momento sintió irresistibles ganas de abalanzarse al insolente.

te profanador de sus amores, para ahogarlo entre sus férreas manazas. Sin embargo, con un gran esfuerzo pudo contenerse, y, aunque tambaleando, sereno dijo:

—Mira, Tino, que no van por mala parte mis palabras; ya te dije que yo no ponía mi madreña en el tu sitio, y sinó mira pa esa ventana—(señalando la de Nieves)—, aunque parece que ese terreno es más mío que tuyo; pero por lo que más quieras no pongas la tu suela en el mi prao, —(y señaló a la de enfrente)—y por tu vida te pido que no pises las flores del mi huerto, porque a la menor hago contigo lo que con nadie quiero hacer. Como si nada hubieras parlaao. Ahí va mi mano y haz caso de la mocedad, que todavía te quiere.

Al tender Cundo la diestra, con un golpe la vió rechazada por el indiano, quien echándose atrás, y sacando su pistola, con saña de víbora escupió.

—En el tu prao hace mucho que pisé yo todas las flores ¿no?, y en el tu huerto no hay fruto que yo no haya comido, hijo de... (una palabra fea y unas blasfemias iracundas).

Los mozos se interpusieron entre el americano y Cundo, pero éste, potente, avasallador, sin nada en la mano, al frente el noble pecho, la cabeza gallarda intrépido avanzó, tirando a unos, separando a otros, hasta llegarse a Tino, a quien con suma facilidad levantó en el aire, lo volteó, lo arrojó contra el suelo, poniéndole su pie sobre el pecho, en tanto que el arma, desprendida de la mano, se disparó, al dar contra la carretera.

En esta forma, inmóviles y mudos, jadeante el americano tendido de espaldas, sereno y erguido Cundo, como San Miguel, decía emocionado y ligeramente temblón:

—Tino, merecías que te aplastara esa lengua de víbora, y no sé si Dios no me agradecería esta acción, pero tu madre te salva, Tino. Levántate y aprende a callare.

Mientras esto ocurría en la calle, abríase una ventana de cada casa, y de ambas salía una voz femenina y juvenil, que angustiada, exclamaba:

—¡Cundo!... ¡Cundo!...

Separábase éste del vencido y levantando su vista, a un lado y otro, contestaba:

—No te apures, Marusa, ni V. señorita Nieves: ya que

no quieren, no aplastaré al bicho venenoso, pero cuidado no las muerda más.

Y, como los otros habían levantado al indiano, a quien se llevaban dos, temiendo todos que el disparo hubiera alarmado al vecindario; igual que si nada ocurriese, dieron dos vueltas a la Villa, cantando esas canciones tristes, melancólicas y dulces, yéndose los rondadores en busca de sus respectivos lechos con la paz en el alma y el cansancio en el cuerpo

.....

.....

¡Bien hayais vosotros, mozos nobles, mozos honrados, mozos honestos, hombres buenos! ¡Bien hayais vosotros, los que sois labradores en vuestros pequeñísimos huertos, segadores en vuestros hermosos prados, ganaderos y veterinarios en los corrales de vuestras vacas y ovejas, leñadores en vuestros frondosos montes, pastores en vuestras majadas, carpinteros en vuestros inviernos, pescadores en vuestros ríos, forzudos y mañosos en vuestros aluches, fieles en vuestros amores!

¡Bien hayais todos y cada uno de vosotros los que tenéis en vuestras casas y manejaís con vuestras manos azadas, guadañas, trocar, hachas, cayados, azuelas, garlopas, cañas, garrafas, butrones, palos, y ramos con arte y destreza tales, que más bien parecen, adquiridos unos en politécnica escuela de artes y oficios, estudiados otros en famosas aulas y granjas, que no aprendidos todos por todos y cada uno con verdadera maestría y en tan pocos años en las urgentes realidades de la vida!

¡Bendita la ronda, si la ronda es bendita!

¡Bien haya la ronda, si la ronda hace bien!



XII

Sicut vita finis ita



IA de estupefacción y horror amaneció en Puebla de Lillo. Las gentes tapábanse los ojos con la mano, mordíanse el labio inferior, meneaban la cabeza de arriba abajo y se juntaban medrosamente en corrillos, hablándose muy quedo, como temiendo a las mismas palabras, que de sus labios salían.

Nunca se sabe quien trae las noticias, pero es lo cierto que ellas corren de cocina en cocina y de prado en prado con la rapidez de la luz, sin obstar que el hecho haya sucedido a bastantes kilómetros de distancia. Llegan algunas desfiguradas, al pasar veloces de boca en boca, pero en lo esencial son exactas, y se saben inmediatamente sin necesidad de telégrafo.

La de aquella mañana era horripilante, y por lo mismo que los pacíficos vecinos no recordaban en toda la región,

incluyendo a los demás ancianos, algo que asemejara a tanta crueldad y traición, acogían incrédulos el fatídico rumor, que a cada instante adquiriría más visos de realidad.

Allí no se tenía memoria de más muertes violentas que las producidas por la nieve traidora, o por la desgracia de algún viandante, que caía peñas abajo, hasta dar con sus destrozados miembros en el fondo del abismo, o en el cauce del río: por eso las sencillas gentes se miraban y se horrorizaban, al oír que Tino, el americano, había aparecido muerto de terrible puñalada, que por la espalda traidoramente le asestó un criminal, amparado por las sombras de la noche en intranquilada calleja de la Villa del Baleario.

No cabía en la cabeza de tan piadosos moradores la posibilidad del crimen, y de aquí la resistencia a creerlo, apesar de que la noticia, sin saber cómo, se iba confirmando; y de aquí también la profunda lástima y compasión, que en supuesto de veracidad inspiraba el cadáver de Tino, a quien, si en vida no quisieron, lloraban amargamente en su muerte alevosa.

Poco duró la incertidumbre, y en virtud de esa inexplicable ley, por la que resultan ciertas el noventa y cinco por ciento de las malas noticias, la pareja de la Guardia Civil, que fatigada llegó a la aldea, confirmó que Tino había sido hallado muerto en la calle por tremenda cuchillada, que por detrás le atravesó el corazón, a eso de la una o las dos de la madrugada.

El pueblo entero se alarmó con la presencia de los beneméritos defensores del orden público, pero, aunque con rodeos y agasajos les hicieron preguntas, mientras los Guardias en una taberna reponían sus fuerzas, éstos, fieles en el cumplimiento del deber, guardaron el secreto que del sumario conocían, y nada añadieron a lo dicho.

En busca de noticias llegaron precipitadamente el Juez Municipal y el Cura, y cuando más afortunados que los restantes vecinos (a quienes mandaron salir de la habitación) supieron que los Civiles eran portadores de un auto de prisión contra un mozo de Lillo, se quedaron mirándose mudos de asombro, y cuando leyeron que el preso era... ¡ ¡ ¡ Cundo ! ! !... el orbe se les vino encima.

—No puede ser, no puede ser—decía angustiado el afligido sacerdote—se ha equivocado el juez; es el mejor mozo:

yo lo fío: el mejor, el mejor. Anoche no salió del pueblo.
¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Y lloraba el atribulado Párroco. Si en los Guardias hubiera estado, sin el preso se hubieran vuelto, convencidos de la inocencia, que el juez y el cura tan palmariamente demostraban, pero la orden había que cumplirla, por dolorosa que ella fuere. ¿Qué otra cosa podían hacer ellos?

Comprendiéndolo así y por consejo de los mismos Guardias mientras el juez marchaba en busca de dos mozos, que acompañaron a Cundo en la noche anterior, y de un tercero, que con ellos habló en la plaza, al retirarse a dormir muy dadas las doce, el Cura escribía una carta al Juez instructor del proceso, probando la coartada de Cundo, ofreciendo testigos de ello y afirmando bajo palabra de sacerdote que el preso era de lo más honrado y pacífico del vecindario, que ambas virtudes poseía en grado sumo.

Acurrucado junto a la ventana, o con el oído en el ojo de la cerradura, o escuchando por las rendijas del piso superior, o en el mismísimo tejado atisbando por el hueco de la chimenea, alguien debió oír lo de la prisión de Cundo, porque cuando la pareja salía a capturarlo, el Juez a buscar los tres mozos y el Cura requería pluma y tintero, ya se sabía en el pueblo la triste nueva, y apesar de que no existía persona que no estuviera convencida de la absoluta imposibilidad de que fuera Cundo el autor de tan horrible delito, como la Montaña no es la ciudad, donde no con esta evidencia sino solo con el más fútil pretexto o a veces con la más absurda de las calumnias se arma un motín, se apedrea, se insulta y se tirotea a los guardianes del orden público, como la Montaña respeta siempre a la autoridad, aunque la autoridad se equivoque, pasó la pareja ante las asombradas gentes, sin encontrar una injuria, sin oír un reproche, antes al contrario apartándose los vecinos y cediéndoles el paso.

Cundo arrancaba patatas, cantando su canción favorita, uno de esos cantares interminables, melancólicos y de finales prolongadísimos. Un amigo le puso al corriente de lo sucedido, más tan absurda era la noticia, que no le hizo caso el mozo, siguiendo tranquilo su labor, pero, al ver que el otro insistía, y más que nada, al estudiarle el rostro, soltando la azada, dijo emocionado:

— ¡Recoime!, puede que sea verdad. Pues si vienen a por mí, vamos a ahorrarles camino. Por la vieja lo siento, no le vaya a dare algún mal. Ocultáiselo, ¡coimes!

Y echando la chaqueta sobre el hombro izquierdo, cogiendo de aquel brazo el cesto de las patatas y levantando la azada, que colocó en el hombro derecho, emparejó con el mozo carretera abajo. A la entrada del pueblo llegaba, viendo a los Guardias, que en dirección contraria venían, y que, al cruzarse con ellos, pasaban de largo a la tierra de las patatas, cuyas señas inconfundibles les habían dado en el pueblo. El mozo, que acompañaba a Cundo, quedó sin saber que hacer, pero éste, rápido, preguntó:

—¿A quién buscan, si no es mala pregunta?

—A Facundo González.

—Yo soy.

—Pues dese preso.

—Preso está.

Uno de los civiles sacó una cadenilla, y dando mil excusas intentó ponérsela.

—¿También amarrao?

—Lo sentimos mucho, pero no hay otro remedio.

—Pus que cada uno cumpla con la su obligación. Toma tú eso y escóndelo en la tu casa, donde no lo vea la abuela. Aten ustedes.

Esposado ya los guardias, compadecidos de él, le propusieron torcer a la izquierda, y salir por calles retiradas.

—Se estima en lo que vale—contestó el preso—pero ahí vive la mi abuela, y mejor es ir por este camino real, si les cumple. Si que así, que me vean de una forma o que me vean de otra, Cundo será siempre el mismo Cundo en este pueblo y en todo alreor de la tierra. Adelante.

Y echó a andar. Parecía que el mozo mandaba y los Guardias obedecían.

Todas las mujeres se asomaban llorosas a sus puertas; los hombres todos estaban graves; los chiquillos temblaban de miedo, sin atreverse a acercar, nadie musitó una sola palabra y en medio del más profundo silencio el pueblo atravesaba Cundo, maniatado como un criminal, entre los custodios de los bandidos.

Nieves desde su ventana le vió venir y se retiró a llorar,

pero no tan pronto que los ojos del mozo, acostumbrados, cual los de todos sus convecinos, a mirar a largas distancias, no viera el comienzo de las lágrimas en los ojos de la bella. Esto, unido a otras lágrimas, que a su paso había visto, comenzó a dar al traste con la estupenda serenidad, que había conservado, pero supo ser fuerte y sólo al pasar entre las casas de Marusa y Nieves, salió de lo íntimo de su alma un hondo suspiro, que no pudo del todo ahogar.

Así llegaron a las últimas viviendas de la aldea, donde a regular distancia se reunió un nutrido grupo de personas. Esperaba el juez municipal con los tres mozos dispuestos a ir a la Villa: salía emocionado el Cura, que no pudiendo sujetar los nervios, con los brazos abiertos se lanzó al mozo estrechándole contra su pecho y diciéndole entre sollozos:

—¡Cundo, hijo mío, tú como un criminal?

—También fué Jesús y era Dios, y El estuvo entre dos ladrones, y yo voy entre dos hombres de bien... y déjeme ¡recoimes! que me están matando entre todos.

Era verdad. El abrazo del sacerdote rompió el freno que contenía las lágrimas de los que de lejos contemplaban la dolorosa escena, y, roto el dique del llanto, las mujeres daban grandes alaridos, berreaban los rapaces, agarrados a las faldas de sus madres, y disimuladamente los hombres se limpiaban los ojos con el dorso de la mano o la manga de la camisa. Los mismos guardias estaban apenadísimos, y deseando acortar tan triste escena. Uno de ellos llevóse adentro al Párroco, para recoger la carta, que también había firmado el juez.

Al salir, previa seña al compañero, pusiéronse a los lados de Cundo, terciaron al hombro los fusiles, y antes que nadie diera voz de marcha con atronador griterío se recrudeció el lloro universal.

Cundo, ligero, se volvió instintivamente, quiso levantar el brazo derecho, para accionar, dióse cuenta de que no podía, por tener amarradas las manos una con otra, e irguiendo la cabeza, con la santa inocencia en el rostro, arrogante, exclamó en alta voz:

—No lloréis ¡recoimes! que me partís el alma. Dios no deja a los suyos. Hasta luego.

Así diciendo volvió la espalda, comenzó a andar con

paso firme y acelerado carretera arriba entre los Guardias, escoltados por los tres mozos, y anegado en lágrimas quedó el pueblo, contemplando cómo, al pasar por las Nieves, se detuvo un instante la comitiva, continuando después, hasta perderse de vista en un recodo.

Los civiles trataron al preso con toda consideración. Eran padres, hermanos, hombres, tenían corazón y sentimientos, como los demás. Convencidos por otra parte de la inocencia del mozo tuvieron con él ciertas complacencias, como la de hablarle, y hasta permitir que le hablaran sus compañeros, al pasar por despoblado, si bien con el mandato de que se quedaran atrás, cuando vieran gente o atravesaran un pueblo.

Cundo se repuso algo de la emocionante despedida de su lugar y en los ratos, en que forzosamente iba mudo, entregado a sus pensamientos, como si la hubiera visto, sin gran esfuerzo imaginativo, reconstituía la escena del crimen, porque él sólo poseía datos, que nadie en el mundo conocía.

Recordó la amenaza de cierto minero a Tino, los malos pasos en que estos dos andaban enlodados, la noche de las migas, en la que su providencial presencia evitó se consumara el crimen meses antes, y con toda clarividencia supuso lo ocurrido, y... acertó.

Mas luego dióse a pensar en si lo denunciaría o no. El no poseía pruebas, y el asesino habría tomado sus medidas, para quedar impune. Allí estaba él, que sin saber por qué, iba preso, lo que clara prueba era de que no había parecido el criminal. El seguro estaba de quedar libre en cuanto declarara, así que estaba tranquilo, pero le atormentaban las dudas en aventurar una denuncia. Y no porque no acertase con el criminal, pues quien había sido era evidente para él, sino porque, muerto ya Tino, le parecía a él otro crimen denunciar al homicida, aunque fuese en cumplimiento de la ley.

Tendrá padre, o madre, o hermana, pensaba; y, si lo denuncio, habrá más lágrimas de inocentes. Al mismo tiempo la noción del deber se alzaba rígida, poniendo a su consideración que el crimen hay que castigarlo; que sino lo denunciaba, él sería cómplice; que la mala hierba hay que arrancarla: y, cuando ya se hallaba decidido a salir por los fueros de la

justicia, otra vez la misericordia iba nublando, nublando el deber, hasta semiconvencerle de que aquellas razones eran escrupulos: que todo ello no valía una lágrima de madre, que, si no es en este mundo, en el otro hay un Dios, que castiga.

Y la voz, que claramente oía antes en su conciencia, gritándole: «denuncia a ese bandido, denúnciale», sonaba ya muy lejos, apagada por la compasión, que suavemente le decía «salva a ese desgraciado, calla». Y la voz de la justicia le parecía recta, pero dura, inclemente, inhumana; y la de la misericordia débil, pero suave, dulce, angélica: y una y otra le zarandeaban, le traían y le llevaban tan pronto a este lado, como al opuesto, sin que sus ojos se posaran ni una vez en la maravilla de aquel grandioso paisaje, tan sosegado y apacible.

Después de todo, él no lo sabía de cierto, no lo había visto; pero la implacable justicia le decía: «Si lo sabes, aunque no lo hayas visto», y replicaba la de la misericordia, «pero no tienes pruebas» hasta que por fin, acertando o equivocándose, que él claramente no lo apreciaba, fijas y tenaces quedaron en su mente estas dos ideas: «yo no lo he visto»: «tarde o temprano Dios le castigará».

De esta suerte la inmensa fe de Cundo y su ardiente caridad, salvaron por entonces al minero, a quien él sin embargo había de buscar, para hablarle claro, muy claro. Tomada esta resolución, como buen montañés se aferró a ella con ahinco, y fué acumulando toda la astucia y picardía montañesas, para habérselas con el Juez.

Un don de Dios fueron para él las angustias y vaivenes de esta lucha, porque, poseído de ella, no se percató de que, pasados los dos primeros pueblos, en que le conocían, y en los que por tanto le miraron con ojos compasivos, al irse acercando a la Villa, cambiaban los rostros de los curiosos, le miraban airados, y más de uno se permitió execrarle.

Aún no habían llegado al magnífico puente de la entrada de la población, cuando otra vez comenzaron las angustias del desventurado. Una turba de chiquillos les esperaba y antes de que llegasen, ya vió un sin fin de manecitas, apuntándole.

Al acercarse con los Guardias, por más que éstos intentaran ahuyentar la desvergonzada chiquillería, no era ésta ya la de la montaña, tímida y hosca, sino la de la ciudad,

atrevida e insolente, que se mete por todas partes, sin que haya ser capaz de oxearla.

—Míralo, le mató, porque le quería quitar la novia.

Y a Cundo le dió un vuelco el corazón.

—¡Qué mala entraña debe tener!

Y Cundo cerró los ojos.

—A éste lo ahorcan.

Y Cundo se estremeció.

Sus tres amigos quedaron atrás, muy atrás, en parte por el mandato de los Guardias, y en parte porque les daba mucha vergüenza, y, aunque iban sueltos, no querían les alcanzara aquella ola de odio e ignominia. Para él solo era toda: tan grande, tan airada, tan cruel. La Villa entera vió el cadáver acuchillado infamemente por la espalda, a traición, y, al pasar el que suponía reo, se desfogaba ultrajándole, sin que valieran de nada las intimaciones de los Guardias, y con denuestos e insultos cubría de oprobio la honra del maniatado, que ¡oh ironía! no tenía más almas compasivas que los ejecutores de la justicia.

—¡Lo que se hace por una mujer!—dijo una.

Cundo supo callar.

—Buena cuchillada le diste, pero ahora la vas a pagar, traidor—afirmó otra.

—¡Maldita quien te embrujó, desgraciado!—exclamó un hombre.

No resistió más.

—Por Dios—gimió el preso a los guardias—vamos más de prisa.

Casi iban corriendo, pero apresuraron el paso cuanto pudieron, no obstante lo cual aquella calle, que el mozo tuvo siempre por larga, ahora parecía que se alejaba en la recta, que siempre se veía el fin allá lejos, lejos, teniendo el infortunio de pasar forzosamente ante personas de toda clase y condición, que en la interminable carrera estaban esperando, para gozar de tan bárbaro espectáculo, para asaetearle con iracundas miradas, y avergonzarle, y angustiarle, y aniquilarle, y reducirle a polvo, y desgarrarle el alma, y arrancarle el corazón, a fuerza de insultos y sarcasmos.

Al fin entraron en el Juzgado y el preso se dejó caer en un banco, no tanto por el cansancio material del cuerpo, cuan-

to por el anonadamiento, las angustias y las agonías del espíritu.

Los Guardias pasaron a ver al juez, a quien entregaron la carta y con ella dieron la noticia de la equivocación, al juzgar a Cundo reo. No sirvió de gusto al alministrador de justicia haber errado la pista, pero en cambio desarrugó el entrecejo y la asperidad, con que pensaba recibir al mozo, y la trocó en afecto y hasta simpatía, al oír relatar a los civiles la conmovedora escena de la prisión y despedida. Así que, cuando sereno entró Cundo, pero algo temeroso, se encontró con el rostro simpático de un hombre, que le trataba cual ninguno le había tratado, desde que salió de su aldea.

Comenzó el interrogatorio con las generales de la ley, y, dueño ya el mozo de la situación, se apresuró a desplegar toda su montañesa suspicacia, aquilatando el alcance de preguntas, y toda su montañesa astucia en las comprometedoras respuestas. Sin contratiempo se deslizaba insulsa la declaración, cuando el juez, mostrando la navaja, que Cundo hizo saltar una noche del brazo del minero, y que a éste había devuelto el día de las Nieves, preguntó:

— ¿Reconoce V. esta navaja?

Los montañeses darán cincuenta rodeos, pero no suelen mentir generalmente; harán cuanto sea posible por ocultar la verdad con toda suerte de restricciones mentales, aunque ignoren la existencia de estas dos palabras, pero jamás negarán lo que debe afirmarse, ni afirmarán lo que negarse debe, salvo alguno que otro que si a la suspicacia, a la astucia y a la desconfianza le da por añadir la mentira, es hombre, que no tiene atadero, del que nada se saca en limpio, que embrolla lo más evidente, y a quien hay que dejarlo o matarlo.

Cundo, que, repetimos no mentía, al encontrarse con la pregunta seca, escueta, sin escapatoriá posible, se inmutó, pero, como ellos se inmutan, interiormente, sin que al rostro asomara la más leve indicación de la lucha interior, que sostenía, sino solo una vaga expresión de idiotez, de ignorancia acerca de lo que se le preguntaba. Se acogió al último recurso de los suyos en los grandes apuros: *hacerse el tonto*.

El juez, que ensangrentada enseñaba la navaja, como último recurso, algo así como un golpe efectista teatral, que

infaliblemente había de dar al traste con la serenidad del palurdo, a la vista del cuerpo del delito, si lo reconocía y era el autor del homicidio; el juez, al mostrar la navaja, quiso observar atentamente al montañés, y nada, absolutamente nada más que idiotismo leyó en aquella inalterable cara. Viendo que no contestaba, insistió:

—¿No oye? ¿Reconoce V. esta navaja como suya?

Escuchar estas dos últimas palabras y responder enseguida con todo aplomo: —No señor—fué todo uno. Luego con gran calma se echó la mano al bolsillo izquierdo del chaleco, y, sacando de él una navajita de mango de madera amarilla, sujeto a una astrosa correa, cuyo extremo estaba atado a uno de los ojales, abriéndola y enseñando la pequeña hoja, ancha, afilada y reluciente, continuó diciendo:

—Yo nunca he tenido más que ésta u otras *aparentes* a ésta. Esa de ahí ni es mía, ni lo ha sido nunca, ni ninguna parecida.

—Pues hay—dijo el juez convencidísimo de la inocencia de Cundo—quien declaró que el día de las Nieves vió a V. con esta navaja en las manos.

¿Cree alguno que se turbó el mozo? No conocerá a los montañeses quien tal suponga. Ni se turbó, ni calló, ni mintió. El muy ladino, bajando el brazo derecho, cogiendo su navajita como para guardarla, con toda inocencia, y con profundo conocimiento de decir verdad, decía, mientras a lo tonto hacía esta operación, y al mismo tiempo precisamente que en la mano tenía su navaja:

—No es cierto que yo haya llevado esta navaja el día de las Nieves, y mucho menos que la haya visto persona, que lo pueda declarar.

—Pues así se ha declarado—repuso el juez—quien dirigiéndose al actuario dió orden de que entrara un minero, que no era el autor del asesinato, pero sí amigo de éste.

Cundo rápidamente se hizo cargo de que una imprudencia del tal, queriendo quizá desorientar a la justicia, la ponía precisamente en la verdadera pista, y al amigo en trance de pagar su crimen; más emperrado el mozo en salvarlo, así decía al juez, cuando el otro entraba al careo y de suerte que este pudiera oírlo:

—Señor juez, yo quiero que conste en el papel que ayer no estuve en la Villa; que anoche estuve regando

desde las nueve hasta las doce con Pepón y Marianín: que a esa hora, al ir a tumbarnos en la cama encontramos a Miguelón, y nos estuvimos hablando hasta cuasi la una, y que esa mala acción que se ha hecho con Tino, parece que fué a esta hora.

Con tales afirmaciones daba a entender que no se le podía echar la culpa, y conseguido esto, que con razón pensaba ser de gran importancia para el desarrollo del caso, calló porque el juez preguntaba:

—No es cierto que anoche declaró V. que el día de las Nieves vió esta navaja en manos de este mozo?

El minero, aturcido, desconcertado, bajó la cabeza, contestando:

—Si señor.

—¿Lo oye V.?—dijo el juez a Cundo.

Este tenía que el azoramiento del otro diera al traste con todo, y muy tranquilo repuso:

—Sí, es verdad que el día de las Nieves yo tuve una navaja parecida a ésta (y señalaba la de la mesa), pero no es cierto que fuera esta misma. Y el muy astuto metía la mano derecha en el bolsillo del chaleco, como para rascarse, cuando su navajita con la mano, en realidad lo que hacía era tocar continuando:

—Este se habrá confundido, pero a poco que repare verá que ésta (y señalaba la de la mesa) no tiene las cachas, que tenía la otra (era verdad, las tenía nuevas y este dato no había pasado desapercibido para Cundo) ni estos clavines, ni este agarradero del mango. Hay muchas navajas parecidas, y la que yo devolví a su dueño, aunque tenía una hoja como ésta, no era toda ella como ésta.

El minero, que oyó esta declaración, por lerdo que fuese, tuvo que comprender el interés de Cundo por salvar a su amigo, y por si lo dicho no bastara, alguna rápida mirada del mozo en el momento oportuno le confirmó en ello, así que repuesto de su anterior turbación, mintió, estando a punto de volver a echar a perder el asunto.

—Es verdad, es verdad—decía—no era ésta: la miramos bien, y ahora que me fijo veo que no era; además de lo que dice ese la hoja tampoco es la misma, aquella era más pequeña, mucho más pequeña.

El juez interrogó a Cundo :

—¿Es mayor la hoja de ésta ?

Y el mozo volviendo a rascarse como antes, contestaba :

—Si señor, es mayor esa hoja, mucho mayor.

Con una filípica del juez al minero, por no haberse fijado y ocasionar trastornos tan grandes, como el apresar a Cundo, terminó el interrogatorio, dando a éste orden de que esperara en la habitación de fuera.

Para vindicar al juez de la ineptitud, que alguien pudiera colgarle, piénsese que no tenía él los hilos de la trama, que nosotros conocemos al dedillo, y que todos los indicios, para juzgar, eran una navaja, que nadie reconocía como suya, gracias a las tretas de Cundo, que cual todos los montañeses, al más perspicaz y en asuntos más claros, no yendo sobre aviso, se la juegan, allí donde tan poco se ayuda a la justicia, a la que temen por las molestias que ocasiona, y donde por esto y por no tener compromisos, nadie sabe nada y todos *parecen tontos...*

Declararon los otros tres mozos, entró nuevamente Cundo, y enseguida salió con su auto de libertad, sin haber pisado la cárcel ni un minuto. A su albedrío en la Villa comieron muy satisfechos, compraron unos «nicanores» para la gente mayor, unos caramelos para la chiquillería y salieron en dirección a la aldea, rebosando por todas partes la innata y retozona alegría.

Mientras sucedieron tales cosas, tan inusitadas y tristes, en casa de Marusa ocurrían otras no menos tristes y emocionantes. Nieves, después de llorar a mares, y de preguntar y repreguntar a su padre la explicación del prendimiento de Cundo, ya más tranquila, al escuchar a aquél que indudablemente se debía ello a un error de pista, muy explicable en los primeros instantes, y originado por cualquier cosa insignificante, por un pañuelo, la huella de un zapato, una navaja, cualquier objeto que se supusiera del mozo, pero que, fuera lo que fuese, se aclararía en cuanto Cundo declarase, volviendo entonces enseguida, quizá aquella misma tarde, algo tranquilizada Nieves, se acordó de Marusa y presumiendo acertadamente que aquella infeliz estaría ahogada de dolor, a punto de morir de pena con los terribles sucesos de aquel

luctuoso día, que por arte del mismísimo pateta se unían, se conjuraban todos hasta en los detalles más mínimos, para venir a caer aterradores con horrible mazazo de muerte sobre la débil mocina, cada instante más consumida por la inexplicable enfermedad: pensando esto Nieves, se fué a ver a la desgraciada, a consolarla, a llorar con ella, si otra cosa no podía hacer.

Por la cocina andaba el tío Juanón más hosco y con más ceño del acostumbrado, por lo cual apenas si contestó gruñendo al saludo de la señorita, y después de cerciorarse de que iba a estar allí un buen rato salió al pacerero, que estaba lejos, para ver el ganado sin pastor en aquel día.

—No tardaré mucho. V. siempre llega a punto. Arriba está esa malaventurada, que me va a matar con su misma muerte. Suba y mire a ver si V. la hace tomar bocáo, que ni gota de leche ha entráo en el su cuerpo. Hasta luego.

Marchó Juanón y subió Nieves. La estancia en semi-obscuridad; al fondo la habitación baja de techo. La cama, donde Marusa se agitaba con violentos espasmos de todo su cuerpo macilento, en el extremo opuesto a la entrada. El ambiente pesado y nauseabundo. El profundo silencio, alterado de vez en vez por los hondos suspiros de la doliente.

Sólo entrar allí aplanaba y entristecía.

Al preguntar la señorita a la mocina si había descansado, ésta preguntó a su vez si estaba su padre en casa, y oyendo que no, sentose en la cama, tendió suplicante sus descarnados brazos a Nieves; acercóse ésta; con todas sus fuerzas se le echó la otra al cuello, y rompiendo en un amarguísimo lloro, entrecortado, agudo, de ira, amor, rabia y desesperación, angustiada decía con voz ronca y temblona, pero potente y agudísima:

—¡Ay, señorita de mi alma!, que no he podido llorar hasta ahora, ¡ay! que hace mucho tiempo me estoy comiendo las lágrimas, por no atreverme a llorar delante del mi padre. ¿Por qué no me matará Dios de una vez? ¿por qué me hará sufrir horriblemente?... ¡Ay, Virgen de las Nieves!, ¡malpocadina de mí!, ¡qué redestichada soy!... ¡Pobre Tino, amor mío!, ¿qué mal hiciste a nadie?... ¿qué culpa tenías tú de que yo te quisiera?... ¡Matarte!... ¡matarte!... y de noche... y a traición... criminales... bandidos... asesinos,

que lo mataron a él y me matan a mí... ¡Ay, madrica querida de mi alma!, ¿por qué no me llevaste contigo a mí, que he caído en esta cama, para no salir, y no al infeliz desventuráo, que es toda mi vida?

Con estas imprecaciones y lamentos siguió largo rato, afónica ya, pero gritando, exaltándose cada vez más, disparatando poseída de la ira, y rebramando de furor por la impotencia de vengar la muerte de su amado. Nieves intentó consolarla, pero tuvo que callar, ahogada su voz por los desesperados gritos de la enferma, que sin cesar apretaba, nerviosamente apretaba sus brazos al cuello de la señorita, ahogándola casi, despeinándola con sus movimientos y refregones, ensordeciéndola con aquellos roncós, desgarradores gritos al oído, embadurnándola con las lágrimas, llenándola de pavor en presencia de tan horrible excitación.

Rendida del esfuerzo cayó en la cama la enferma, exhausta, aniquilada, lacia, vencida por el dolor y la ira. Cayó en el lecho, como el trapo del muñeco, al que destrozó la armadura el niño; como la tórtola, herida de muerte; como debió caer allá, en la calleja, el cadáver de Tino, atravesado el corazón. Allí se desmoronó la cuiñadina con un brazo inerte fuera de la cama, tendido el otro a lo largo, ladeada la cabeza sobre la almohada, al aire el agitado pecho, lasa la en otro tiempo rizada cabellera rubia, palidísimo el rostro, afilada la nariz, entreabiertos los azules ojos de indefinible y apagadísimo mirar..

Aprovechó Nieves aquella pausa, para con todo mimo arreglar la ropa, guardarla los brazos, mullirla la almohada, y atusar los dorados cabellos, acompañando todos estos actos de muy concertadas y levantadas razones, con las que inútilmente pretendía calmar la nerviosidad de aquel angustiado espíritu, y atenuar la terrible impresión de tan desventurada alma.

Dejábala Marusa ejecutar, sin oponer resistencia alguna, como un maniquí que se trae y se lleva, donde a uno place, y por el ánimo de la oprimida resbalaban las santas y caritativas palabras, cual el agua resbala por la insensible peña, cual notas de divina música en sordós oídos, desgranándose, para perderse en el espacio, sin que nadie recogiera aquellas cristianas y sublimes ideas de resignación y consuelo.

Pasó así algún tiempo, durante el cual, en el silencio de Nieves, apenas si se oía el hálito de Marusa, cuando de pronto, al escuchar el nombre de Cundo, pronunciado con lástima por los labios de la señorita, impetuosa se irguió en la cama la moza, y presa de nuevo ataque, con los ojos desmesuradamente abiertos, febril el rostro, los puños crispados, en desorden la pelambreira, enajenada y fuera de sí, a modo de pantera rugía.

— ¡Cundo?... ¡Cundo?... malos lobos le hinquen los sus dientes... así permita Dios que lo embrujen... y que las lechuzas le chupen la sangre... y se le muera el ganao en la cuadra... y se le prenda la tenada... y le pique el corazón una víbora... y muera comido de tábanos... y le claven las sus garras las águilas... y se le esborregue encima la peña Susarón, pa que no quede de él ni tajada, así... así... así... ni le puedan siquiera comere los gusanos, cuando se pudra el su cuerpo en la tierra y la su alma esté ardiendo en los infiernos por siempre jamás amén... ¡¡¡Criminal!!!... ¡¡¡Bandido!!!... ¡¡¡Asesino!!!...

Aquella furia imponía. Asustadísima Nieves, pugnando por sujetarla, temblaba, sin poder decir otra cosa que:

— Marusa, ¡Marusina!... ¡¡Dios mío!! ¡¡Dios mío!!...

Esta tirándose de la cama, ya loca, seguía:

— Déjame, déjame, que le coma los hígados... que lo deshaga entre mis uñas... Pero sino hace falta... já... já... já... ¿no sabes tú?... lo llevaron los civiles... y atao... atao... já... já... ja... anda y púdrete en la cárcel, traidor... ¿No decías que me querías?... ¿por qué me mataste la vida?... y ¿eres tú el bueno?... ¿eres tú el honráo?... Ahórquelo Sr. Juez, ahórquelo... No, no, que le atraviesen el corazón, como él atravesó el de mi Tino... y por la espalda y a traición... y de noche... y que lo dejen allí pá que le coman los perros... Al mi Tino lo levantaron, ¿sabes?, y lo pusieron encima de una mesa... y allí está con el su corazón partido a la mitá, solo porque yo le quería... ¡Pobre Tino! ¡amor mío! yo quiero verte, estás solo... pero allá va tu Marusa... ¡espérame!... ¡espérame!... ¡que voy a abrazarte!... Quítate tú, mala mujer... déjame ir... afuera... no me toques... que te ahogo...

En aquel instante horrorizaba en su locura. El pelo en-

cregado, desorbitada, con unas fuerzas hercúleas, contra las que de nada servían las escasas de la amedrentadísima Nieves, que en vano pugnaba por sujetarla en la cama, de donde yá se había tirado, después de golpear dos o tres veces a la infeliz señorita, que, al ver a la demente en mitad de la habitación, no supo más que arrojarse al suelo, abrazarse a las piernas de la loca y gemir:

—Marusa, riquina, ¡por Dios! ¡riquina, Marusa! ¡¡Virgen de las Nieves!!

En tan apurado trance se hallaban cuando en la puerta apresurado apareció el médico, quien, al oír los lamentos, corrió cuanto pudo escaleras arriba, diciendo:

—¿Qué es esto?

Quedó un segundo estupefacto a la vista de cuadro tan trágico, pero reponiéndose enseguida, separó a Nieves, y ofreciendo risueño su brazo a Marusa, exclamó imitando admirablemente una elegante cortesía:

—Vamos, prenda, ¡Repollo! qué traje tan guapín, cógete a mí y vamos los dos a lucirlo por la carretera. Vamos, vamos.

Un instante de desconcierto hubo en la alucinada razón de Marusa, a quien el médico miraba escrutador, buscando recobrar la lucidez, más al instante la volvió a dominar la locura y dijo:

—¿Eres el juez, verdad?... vamos... vamos a matarlo... y me dejarás ver a Tino... déjame verlo, sinó te mato yo a tí... que no es más que para arrancarle el puñal del corazón... ¿se le vé?... ¿se le vé el corazón?... anda... vamos pronto... antes de que lo entierren... y lo traemos, pa enterrarlo aquí... ¿quieres?... Anda, vamos... vamos pronto...

—¡Rebadajo!, esto está peor de lo que yo pensaba— repuso el médico que, soltándose a duras penas del brazo de Marusa, se fué en derechura al cántaro, de donde sacaban el agua para la enferma, mientras ésta, ya en la puerta de la habitación, se disponía a bajar el primer peldaño gritando y vociferando «que todos la dejaban sola, que iba con su Tino, y que...». No pudo decir más, toda el agua del cántaro lleno, volcado hábilmente por el médico cabeza abajo de Marusa, cayó empapándola la camisa y refrescando su febricitante cuerpo, que empezó a tiritar con la impresión,

estando a punto de rodar escaleras abajo, si el médico no la hubiera tenido con sus brazos.

En los de este y en los de Nieves la trasladaron a la cama, donde otra vez quedó el muñeco roto, el insensible maniquí, la tórtola herida.

—¡Repollo!, que en peligro está de quedarse loca. Haga V. favor de subirme mediado de agua ese vaso. Tú, alborotadora, a ver ese pulso, sí, sí, muy valiente... muy valiente... no me engañas, no, por fuerte que golpees... ya amansarás, y ojalá no sea más de lo que espero. Déme una cucharita. Vas a tomar esto, ¿oyes?... ¿qué nó?, como si cantaras... arriba ahora mismo... todo... todo... eso es. A dormir.

La depresión de la enferma avanzaba, el terrible esfuerzo la aplanó y el sedante empezaba a obrar, aislándola del mundo, haciéndola cerrar los ojos y apagando la débil luz de su inteligencia y el frenético furor de aquella imaginación agitada y vivamente herida por el ensangrentado fantasma de Tino con el corazón atravesado.

Tan pálida quedaba y tan inerte, que Nieves inquieta miraba a Marusa y al médico, quien seguía con la muñeca de la moza entre los dedos, inspeccionando el pulso.

—Bueno—dijo, recogíendola el brazo dentro de la cama—ya tenemos tronco para diez minutos. No se asuste V., que es efecto de una medicina, que a la fuerza ha habido que administrarla, y que, por si acaso, temiéndome algo, ya traía yo preparada. Si le repite el ataque, ó la mata, ó la deja loca para siempre, y ¡repollo!, eso, como se pueda, hay que evitarlo.

¿Y V. qué hacía aquí sola, infeliz? Si ha estado expuesta incluso a que la hubiera matado. ¿Por qué no avisó?

—Si no pude—decía temblando aún.—Se tiró de la cama de un salto, y no la podía sujetar. ¡Ay qué miedo he pasado, Doctor... no le diga nada a papá... Si viera con que rabia me miraba... lo que hace la enfermedad... estaba loca, ¿verdad?

—Y tan loca, y sabe Dios aún: por de pronto con la crisis de hoy, ese organismo, que hace tiempo se viene debilitando, temo que resista poco.

—¿Se morirá?

—No lo sé, ya veremos, ya veremos. Lo que hay que hacer es decirle a D. Diego que esté alerta.

—Pues entonces darle hoy el Santo Viático.

—No, hoy no hace falta, y no tenga cuidado Nieves, que ningún enfermo se me ha ido sin Sacramentos. Eso corre de mi cuenta. Con esta medicina que la dí, descansará, y quizá no se repita el ataque, porque ha de estar muy aplanada; pero V. no vuelva a estar sola con ella, que hoy se ha librado V. de milagro; más no deje de visitarla, porque, dada la enfermedad que tiene, V. y el Viático, que la han de tranquilizar, son las mejores medicinas. Para estas enfermedades no hay remedios en la botica. Si sana, a D. Diego y a V. lo deberá, por más que ahora ha sido V. la causa del ataque.

—Ay Dios mío, ¡tuve yo la culpa!

—Qué culpa, ni qué repollo. V. fué la ocasión, y mucho mejor es que lo haya soltado yá, porque la cosa, tarde o temprano tenía que salir, y cuanto más hubiera tardado en estallar, peor. Así ya pasó, por lo menos el trueno gordo. Hombre, Juanón, me alegro que vengas. Sois unos brutos, unos animales, ¿a quién se le ocurre marcharse de casa?

—Como vino la señorita y tenía solo el ganáo...

—Qué ganao, y por poco mata tu hija a la señorita.

Apenadísimo se enteró de todo lo ocurrido el pobre hombre; presentó a Nieves sus excusas y después de oír que su hija estaba *privada*, no por enfermedad, sino por medicina, al tanto ya de la gravedad de la enferma, y de las prescripciones del Doctor, en especial de que nada se la dijera de Tino, y sólo que Cundo había vuelto por no ser culpable, repuesta Nieves del susto, un poco arreglado el desorden de su traje y cabellos, vuelto el conocimiento a Marusa, quien de nada se acordaba, marcharon la señorita y el Doctor, que salía diciendo:

—Y que no vuelva yo a ver cerrada esa ventana. Maldita costumbre la vuestra de tener agujerines, cuando todos los huecos debieran estar bien rasgados, para que entrara el sol y el aire, que son la gracia de Dios, y que nunca entran en vuestros tugurios. ¡Ah! y que no me venga todo ese rosario de gente, que se ha de meter hasta la misma habitación de la enferma a robarla el aire necesario y a estorbar. ¡Cuán-

do acabaré yo de quitaros esta endemoniada costumbre! Todo el pueblo se ha de encajar donde no hace falta ninguna. Que no entre nadie, ¿oíste?

Llegó Nieves a su casa, y con su padre se sentó a la mesa, sin probar bocado, igual que todo el pueblo, cabizbajo, desganado y triste.

A las cinco de la tarde Cundo y sus compañeros se paraban a rezar la Salve en la ermita, y, como siempre, la alegre noticia de la libertad llegó antes que ellos, por lo cual, ya en las afueras, les esperaba gran parte del vecindario, que se disputaba estrechar su mano, y que no se dió por contento hasta que no supo todos los detalles del crimen, que los mozos sabían y que eran: que Tino había ido al bacarrat jugando fuerte y con alternativas, abundando la desgracia: que el juego estaba muy concurrido: que a las doce de la noche se le acabaron los cuartos al americano: que pidió prestado y prestado jugó hasta la una, hora en que por no prestarle más, se fué a dormir a la posada, y que a las dos lo encontró muerto de una puñalada un sereno, sin que hasta la fecha hubiera noticias del asesino.

¡Qué cosas tiene Astréa y lo que son los pueblos! Al entrar Cundo en la Villa le llenaron de improperios; al salir, de bendiciones. Al saberse en la aldea la muerte de Tino le compadecieron los que en vida le odiaron, al regresar libre Cundo, la alegría por su libertad ahuyentó la tristeza por la muerte del americano.

¡Volubilidad, volubilidad de ciudades y de aldeas!



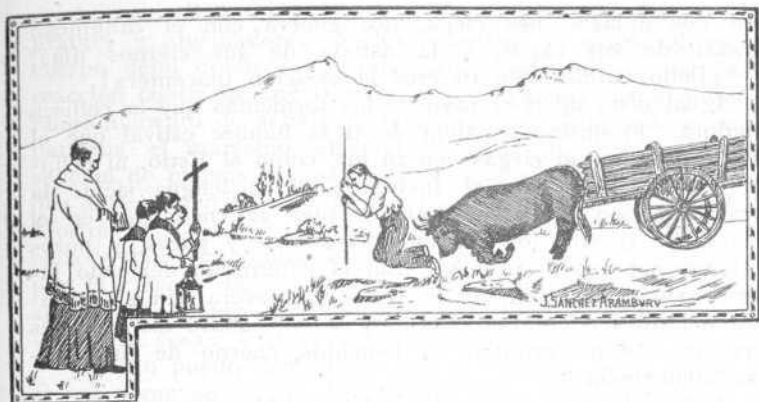
... el ... de ...

... el ... de ...

... el ... de ...



... el ... de ...



XIII

Cuando un amor muere otro nace



TOÑO! Estación de nostalgias y tristezas, de languideces y desfallecimientos, de meditación y recuerdos, tienes toda la sublimidad moral del ocaso de un gran dolor.

Invierno es silencio, inactividad, letargo, muerte; por eso nos recluye, nos encarcela, nos paraliza con el gélido soplo de sus nieves y lo interminable de sus noches sempiternas.

Primavera es vida, animación, movimiento, voluptuosidad, gallardía, amor, pasión; por eso es alegre, coquetuela, vehemente, inquieta. Nos agrada, nos seduce, nos encanta; pero nos marea, nos aturde, nos desconcierta con el jabardillo de sus pájaros y el impetuoso brotar de sus flores.

Verano es fuerza, poder, luz, fuego, energía, lubricidad, avasallamiento; por eso es implacable, dominador, férreo, hercúleo. Nos sostiene, nos alimenta, nos conserva la vida,

pero nos aplasta, nos ciega, nos enerva con el caliginoso abrasar de sus rayos, y la asfixia de sus eternos días.

¡Bello Otoño, sólo tú eres la estación placentera!

Igual dista de tí el rayo de las tormentas que la cellisca heladora: lo mismo se aleja de tí la lumbre estival que el invernizo hielo; ni ciegas con tu luz, como el Estío, ni eclipsas nuestro sol, como el Invierno; ni tu lengua siente la abrasadora sed de agosto, ni tus pies se encharcan en el lodazal de enero. Son tus auroras suaves y puras, y puros y suaves son tus atardeceres. Sin el exterminio del cano invierno, sin el estrépito de la riente primavera, sin el escándalo del lúbrico verano, callado y sereno, sobre los mortales derramas, Otoño pródigo, el henchido cuerno de tu apetitosa abundancia.

Eres misterio, eres paz, eres quietud, eres calma, eres belleza, eres suavidad, eres beatitud, eres dulzura, eres placidez y sentimiento eres tú.

Y si cierto es que unido a tí llevas el triste recuerdo de las cosas, que perecen, nos enseñas a morir, como mueren tus tardes otoñales, resignadamente, calladamente, con sosiego, sin convulsiones, sin espasmos, con toda la augusta majestad del ocaso de una reina, y toda la envidiable serenidad del espirar de un santo.

Así murió Marusa. ¡Pobrina mía! ¡Fenecida florecina del amor! Nació para amar, amó y amando murió.

Pocos días después del terrible ataque, efecto de la trágica muerte de Tino, el médico decía a D. Manuel:

—Yo podría contestar a su pregunta, dándole una conferencia psiquiátrica, exornada con las «sexquipedalia verba» de emaciación, anorexia, lipemania, akinesia, anoya, etc., etc., pero, aparte de que con toda su gran ilustración, no me había de enterder V., tengo por algo pedantes a los compañeros, que a troche y moche usan palabras técnicas, ante quien no los entiende, principalmente en casos, en que, como el nuestro, desgraciadamente la ciencia es un mito.

Doloroso es confesarlo, más así es. Esa pobre chica, *se muere a lo tonto*, (y perdone lo vulgar de la frase). Sin lesión en los órganos, sin enfermedad definida, la atonía se ha convertido en astenia, y en ese organismo todo es progresiva pereza funcional. El horroroso achuchón del otro día la

produjo aquella excitación con los consiguientes síntomas delirantes y alucinadores de los sentidos, y, claro es, en un cuerpo débil donde la anemia había hecho de las suyas, la reacción contraria, fué tremenda, y, si grande fué el momentáneo aumento de actividad, el defecto de la misma, o sea la parálisis, el marasmo, el letargo, la apatía estóica, la consumción de fuerzas en una palabra, tuvo que ser mucho mayor que antes, y tan intensa que no hay salvación para esa infeliz. Morirá enflaquecida, lánguida, consumida, sin que por muchos y muy rimbombantes, que sean los nombres inventados por la ciencia, haya ni uno solo que precise el diagnóstico acertado. «*Pasión de ánimo*», la llama el pueblo, y eso es, y no otra cosa: «¡PASION DE ANIMO!».

Yo no puedo decir más. ¡Si V. supiera lo doloroso que es ver como se va un enfermo de entre nuestras manos, sin saber que tiene, ni encontrar medicina, ni hacer otra cosa que presenciar aquel desmoronamiento de la vida, y adquirir más fuerte cada vez la convicción de que se muere sin remedio!

Pues todo esto, bien poco por cierto, es lo que sé de Marusa: y no mucho más, ¡quía!, nada más, le diría a V. el médico más famoso. Morirá, y a este paso morirá pronto; probablemente sin violencias, con una agonía lenta y tranquila, que es casi seguro ha de consistir en el *imperceptible* hálito del cuerpo, que cesará con la misma naturalidad con que progresivamente cesa el movimiento del péndulo de un reloj, al que se le acaba la cuerda.

Y así fué. Pasado el rapto de locura, vino la temida depresión. La enamorada virgen, que vió como la Intrusa con la espeluznante muerte del amado, cortaba las ligaduras del amor humano, después de protestar, mediante aquella furibunda vesanía, desasiose de todo lo terreno, e inclinando su cabeza resignada, a medida que sentía disminuir el vigor corporal, esperaba a la muerte, como a la amiga deseada, que pusiera término a las torturas de la vida, sin que nada ni nadie la sacara de su abatimiento, estimulando en ella el deseo de vivir.

En extremo postrada, si veía, u oía, de ello no daba señales, y era su indiferencia tal, que insensible a todo, únicamente salía de su habitual sopor, cuando la hablaban

Nieves o D. Diego, y aún entonces no les escuchaba más que al oírles cristianas reflexiones. Avido de amor el herido y atribulado corazón, inquieto vagaba en busca de un ser, digno de amarse, y, no encontrándole en la tierra, implorante al cielo lo pedía, y en el cielo lo hallaba su profunda fe.

Cada día se purificaba más. El otro mundo, Dios, su Virgen de las Nieves colmaban sus amorosas ansias, y descansando en la esperanza de un amor eterno, con ahinco suspiraba por la muerte, puesto que sólo ella había de calmar sus piadosos anhelos, abriéndole de par en par y para siempre la mansión de luz, donde habita el Amor de los Amores.

—D. Diego: ¿por qué no me traen el Señor?—preguntó una tarde.

—¿Quieres?

—Cuanto más antes, mejor.

—Pues ahora mismo. ¿Tienes algo que decirme?

—No señor, díjese lo ya todo. Que venga la señorita.

Tarde otoñal, lánguida, serena, melancólica. Las campanas de la Parroquia, lentas y graves, tocaron a «administrar». En el pueblo y en el campo se pronunció con lástima el nombre de Marusa. Acudieron los fieles a acompañar a su Señor: ellos mustios y silenciosos: ellas tocadas con la negra mantilla y la vela en la mano. Fueron todos los desocupados, muchos que abandonaron sus quehaceres, y no pocos, que de las tierras regresaron.

Pausadamente salió del templo la religiosa comitiva. Una cruz de madera entre dos sucios faroles; ordenadas filas de rudos hombres; la campanilla, sonando a intervalos perezosamente; un devoto infante con el acetre; el Párroco con las manos cruzadas en fervorosa actitud de respeto sobre la bolsa, donde a la altura del pecho llevaba el Viático de la eternidad. Cerrando las filas, con el rostro casi totalmente cubierto, numeroso grupo de mujeres, que apretujadas no cesaban en sus rezos apagados.

El tardo caminar de aquel pueblo, que acompañaba a su Dios con tanta religiosidad, infundía inenarrable admiración, despertaba ideas de ultra-tumba, y poderosamente hubiera conmovido a quien, incrédulo, presenciase el paso del Señor por aquellas calles, donde ni una persona transitaba, ni una sola casa había que cerrada no estuviese.

... Semitonaba el Párroco un versículo del Miserere, y a los pocos instantes los creyentes vecinos a coro semitonaban el siguiente. La salmodia del arrepentimiento davídico, pronunciada con el pausado ritmo y las téticas inflexiones de las ásperas voces montañesas, sonaba en el alma con sacudimientos de rotunda afirmación de lo sobrenatural, y con patente muestra de la inmensa fe del pueblo, que ahuyentaba el castigo de la cólera divina, desarmándola con el salmo de la penitencia.

En el alma de Cundo, que en un prado cercano, acababa de descargar el fertilizante abono, cayeron una a una las lentas campanadas, cual si fueran martillos de su corazón. Dos lágrimas solas resbalaron por sus mejillas. Ni preguntó por quien tocaban. Se lo dijo su amor.

— ¡ ¡ Corderina mía ! !

Precipitadamente unció la pareja; requirió la agujada; y, todo lo de prisa que el perezoso andar de los pesados bueyes consentía, se encaminó a la Villa. Mas no pudo lograr su intento, porque, al abocar él a la carretera, vió ya el desfile, que a la carretera iba.

Entonces se descubrió piadoso, se volvió cara al carro, dió en el morro a los bueyes con la ijada, y muy quedamente pronunció:

— Tuis atrás... Morico... ceta, Suizo... humilla... más... más... así... jóóó...

Cuando las filas entraban en la carretera y las voces montañesas salmodiaban: «*Restitúyeme la alegría de tu Salvador y fortaléceme con un espíritu de Príncipe*», Cundo, logrado su objeto de que ambos bueyes se arrodillaran, delante de ellos se arrodilló en el centro; con ambas manos se agarró a la agujada, y apoyando en ellas su frente, inclinó la cabeza, mientras pasaba Dios Sacramentado... El último rayo del sol otoñal, al morir plácido tras las sierras, reverberando en la metálica punta del palo convirtió la agujada de de Cundo en vela que alumbraba el paso del Señor.

Desde aquella tarde el fervor de la moribunda creció al par que su extenuación, edificando a cuantos a su lecho de muerte se acercaban. Por fin su alma pura y amante, sin visible trastorno corporal, salió con el último beso al crucifijo. El serafín, que, abrasado en el amor divino, la ima-

ginación de Nieves vió en la sierra una deliciosísima mañana, volé a su Dios y, por tan maravillosa y divina traza, el corazón amante de la virgen montañesa ni átomo de su amor perdió. Cuando moría el de la tierra, caduco, precedero y a mudanza sujeto, nacía el del cielo, perenne, firme, eterno.

Pasó el entierro con su fúnebre dolor. La ungida mano de D. Diego fué besada por todos los que asistieron y su óbolo depositaron ante el cadáver y en un bonete, demandando un responso, que el sacerdote rezaba con los ojos cerrados. Involuntariamente, al notar que unos labios temblaban, besándole, miró. Era Cundo. El conmovido presbítero envió al cielo su plegaria, pidiendo a la vez la salvación de la muerta y la felicidad del infortunado afligido.

Cuando las primeras paletadas de tierra caían sobre el cadáver de Marusa brotó el llanto compasivo, y cuando las últimas rellenaban el hoyo, esparcidos por el cementerio, dando rienda suelta al dolor más clamoroso, gritaban los deudos ante la sepultura de sus deudos. Padres, hijos, esposos, hermanos, amigos, lloraban separadamente ante el metro de tierra, donde se habían podrido los restos de los amados.

Durante muchos días fué lápida del sepulcro de Marusa la tierra lleca, que, rodeada del verde otoño de todo el Camposanto, no tuvo una sola brizna de hierba sobre la tumba, como si el heno quisiera guardar luto a la mocina, que en vida le había dedicado los afanes de sus campestres labores

.....
.....
Transcurrieron varios días. Huía la placidez otoñal, velozmente empujada por el invierno, que en aquellas peñas asentaba su trono predilecto, dilatando el tiempo de su destructor dominio a expensas de Vertumno y Flora. La borrina llenaba de negruras horizontes y corazones. Había pasado ya la feria de Cofiñal, con su luctuosa y conmovedora fiesta de Animas, quizá la de más piedad y emocionante, que el autor en su vida presencié. En el mercado los montañeses se proveyeron de almadreñas, y compraron el «gocho». La cecina también estaba en casa. Se cogió en la feria de Lillo, en la que también se vendió gran parte del ganado vacuno de las montañas.

Por cierto que en esta feria ocurrióle a D. Manuel inesperado incidente.

Llevado de su afición a las cosas de la Montaña, pasose las mañanas del doce y trece de septiembre en el prado, donde se lucían las lustrosas vacas y novillos de la incomparable ganadería leonesa. De admiración servía contemplar aquellas magníficas reses suizas, holandesas, del país, cruzadas, etc., allí había de todo.

La selección y el cruce del ganado vencieron la rutina general, aleccionada por las ventajas del primer vecino, que se arriesgó. Solo, después de algún tiempo de verle poner en práctica y de observar los resultados positivos del primero, se animaron otros cuantos a mejorar el ganado, hasta que por fin, igual que con la luz eléctrica, cuando ya estuvieron seguros de las ventajas, y no antes, la mejora de las reses, mediante selección y cruce, fué un cuidado más en los paceros y en los establos.

¡Así estaban de hermosos aquellos novillos, vacas, y bueyes! ¡Así estaban de guapos aquellos «jatines» de tan bonita estampa!

En la pradera pastaban y mugían, paseando majestuosamente el peso de sus arrobos, levantando las vacas su misericordiosa vista de madres y engallando los novillos su rizado testuz. ¡Qué arrogantes al desafiarse y qué rudos en la pelea, interrumpida siempre por sus amos en los comienzos con harto sentimiento de los que se acercaron a presenciárla!

Por entre las reses iban y venían vendedores y compradores: éstos con sus blusonas y sus polainas, aquellos con sus madreñas y sus chaquetas. A veces aumentaba el corro alrededor de una res. El perito comprador la miraba y remiraba, tocaba con sus manos los cuartos traseros, la hacía andar, y tan pronto la inspeccionaba de frente, como por detrás, o de costado. El dueño clavaba escrutador su vista en el rostro del marchante, sin perderle movimiento, estudiando en la cara el efecto de las observaciones, y, al fin, cuando el otro interrogaba: —¿Cuánto?—el montañés, después de un rato de silencio, contestaba: —Tres mil ocho.

Si era excesivo el precio el chalán daba la vuelta, sin pronunciar palabra, pero que no se le ocurriera pararse otra vez frente a la vaca, porque entonces el montañés, visto por

este detalle el vivo deseo del comprador, no rebajaría cinco céntimos del precio pedido.

Si el precio admitía trato, el comprador decía: —Por tres mil cuatro marco.

—Ocho tiene que sere.

—Pues yo de cuatro no paso. ¿Buen provecho?—y tendía la mano abierta.

—Amigo, no estamos en los tiempos de los tres noventa, en los que las terneras debían pesare noventa libras, tenere noventa días y costare noventa reales.

—En cuatro no, y retiraba el otro su mano, sin estrechar la del comprador.

Indefectiblemente se presentaba alguno diciendo:

—Echar tercio.

Dudaban ambos y si les convenía alargaban las manos y cerraban el trato en tres mil seiscientos reales. El comprador con unas tijeras, que a prevención llevaba, hacía una figura con el corte de pelo en el cuarto trasero o delantero del animal. Inmediatamente y sin saber de donde, venía un paisano con un jarro de vino puro, o mezclado con gaseosa, alargaba el vaso lleno al vendedor, después al comprador y luego absolutamente a todos los curiosos que estaban en el corro, sin que uno dejara siquiera de llevar a los labios el líquido llamado «*la robla*», con que en la Montaña se cierran las transacciones.

Hasta más de cuarenta reses llegó a marcar un tratante. A las doce de la mañana del último día de la feria en las afueras del pueblo se hacía la entrega y se cobraba el importe de las ventas. Allí estaba toda la Villa y allí estaban D. Manuel y Nieves.

El comprador sacaba un cuaderno rebosado, e iba llamando: se adelantaba el dueño de la res vendida, hacía entrega de ella, cobraba su dinero y esperaba a que sus convecinos hicieran otro tanto. El ganado de la pradera iba pasando al camino, pero gran trabajo costaba a todos que las reses no se volvieran a mezclar con las aún no entregadas, ni pagadas.

Llegó la vez al tío Juanón, que taciturno y sombrío, entregó su jato blanco y recibió el precio. El inquieto ternerillo, asustado de tanto barullo, a un lado y a otro corría, sin que

nadie pudiera sujetarle, hasta que adelantándose Nieves llamó :
—Torín... torín... torín...—.

Oyola el becerro y se fué a la querencia del pan. El tío Juanón se marchó abatido. Nieves rascaba la cabeza del recental, que de ella no se separaba.

Al finalizar la entrega alinearon el ganado para la marcha y comenzaban las reses a caminar en medio del silencio de todos, que estaban muy contentos con los billetes en el bolsillo, pero que a la legua se veía lo que estaban sufriendo, al separarse de las vacas, que tantas veces ordeñaron, los novillos que eran su orgullo, los bueyes de sus agrícolas trabajos y los terneros, que ayudaron a nacer.

La marcha del ganado iba dejando en el ambiente la tristeza a todos contagiada, y el jatín blanco de la fallecida Marusa no se apartaba de Nieves, que seguía rascándole con ambas manos y mirándole arrobada. Era tan tierna aquella muda despedida, tan al alma llegaba la melancolía de la joven, al hacerle las últimas caricias, que apreciando don Manuel el sentimiento de su hija, se fué al ganadero diciéndole :

—¿Quiere V. cincuenta pesetas más de las que le costó aquel ternero ?

Miró el tratante a ver cual era, y al fijarse en el interesante grupo de la señorita y el becerrillo, contestó :

—Ese lo llevaba yo para semental, porque tiene muy buen corte, pero aquella es hija de usted, ¿verdad ?

—Si señor.

—Pues suyo es el ternero. Venga el precio.

Pagó el señor, y al volverse, se encontró abrazado por Nieves que ante todos decía :

—¡Qué rebueno eres, papín!

—Mucho, mucho. ¿Y ahora en qué rinconera ponemos eso, en qué rinconera ?

El ternerillo, siguiendo tras la señorita metió su morro entre el padre y la hija : el tratante arreó su ganado carretera arriba, los montañeses se volvieron a la Villa satisfechos de la venta, pero algo tristes : la que rebosaba alegría era Nieves, que entró arreando su jatín.

Y veamos por dónde Cundo, que en el verano se había hecho el imprescindible en casa de D. Manuel, tenía que

entrar y salir en la casa cuatro veces más al día, para llevar al pasto, al jato, que compró el amor de un padrazo muy repadre, a fin de ahorrar el disgustillo de una hija tan corazonazo, tan zalamera y tan zaragatera.

Una tarde halló Cundo a Nieves, sentada en el corral con un libro por entre cuyas hojas asomaban indiscretas las puntas de una carta. Algo anormal sucedía a la señorita, porque apenas si contestó al saludo, siendo así que ella se perecía por hablar con todos y con él más que con ninguno. Ni siquiera recibió a su jafín con las acostumbradas muestras de júbilo: solo una caricia de compromiso, al acercarse, como siempre el animal.

—Enciéralo, —ordenó. Cundo lo ató a la «suelta», pensando: ¿qué tendrá hoy la señorita? Después dió una vuelta por la «bestecha» y cogiendo un tronco empezó a partir leña, mirando con disimulo a Nieves.

Esta, meditabunda, suspiraba. ¡Qué misterios agitaban su alma siempre tranquila y en reposo! ¡Qué desconocida fuerza la impelía en busca de algo ignorado, que satisficiera aquella insaciable sed de anhelos y venturas sin forma, ni color, ni nada que orientarla pudiera en el laberinto de los imprecisos deseos, que la consumían!

Anhelaba, pero no sabía qué. Había recobrado la salud, la satisfacía la vida, no la preocupaban las necesidades del porvenir, tenía un padre, que la adoraba, era mimada por todos, y apesar de esto... quería más, sin saber otra cosa que, aun satisfechísima de todos los mentados bienes, ninguno de ellos, ni todos juntos, bastaban a aquietar aquellas aspiraciones, nunca con tal fuerza sentidas. Su alma angelical, toda caridad, se licuaba al dulce influjo de un sentimiento, muy noble, semi-divino, que hacía agolparse la sangre al rostro, latir violentamente el corazón y vibrar tensionados los nervios, para caer después, rendida, en la inacción y laxitud más bienhechoras.

Entonces una inexplicable opresión dulcísima la obligaba a cerrar los ojos, y su imaginación semi la persuadía de que la materia se sensibilizaba, perdía la forma corpórea, se esfumaba, se evaporaba, hasta quedar único el espíritu vagando por etéreas regiones de bienandanzas incógnitas...

A poco el hondo suspiro la traía a la realidad del vivir,

y tras ella inevitablemente surgía el violento golpear de la sangre en las venas, la abrasadora calentura del cuerpo, el nervioso estremecimiento general. Y tan pronto el éxtasis como la acción, el marasmo como la actividad, el apagamiento como el fuego, la quietud como el desasosiego, la apacibilidad como la agitación, el morir como el resurgir.

¿Qué era aquello, Dios suyo, qué era aquello que jamás había sentido hasta los últimos días, ni nunca sintió, como en aquellos instantes? ¿Qué tendría ella que así la oprimía el corazón con aquellas torturas tan adorables?

Cundo miraba la carta del libro y persuadido de que ella era la causa del silencio de su señorita, no pudiendo vengarse en el autor o la autora, descargaba fiero su hacha sobre el tronco. ¡Si supiera él quien la hacía sufrir en lo más mínimo!... Del tronco saltaban a distancia las astillas.

Ella sentía vivos deseos de comunicarse con alguien, de vaciar por entero sus intrincados pensamientos, ¿pero quién sería capaz de comprenderla, cuando ella misma no sabía cuáles eran sus pensares? ¿ni quién sería capaz de aconsejarla, si ella misma ignoraba la materia del consejo?

¡Pobrecilla criatura, navecilla frágil, agitada por las tormentosas olas del mar de la vida! ¡Rosa fragante, que su corola abría a los benéficos rayos del sol o a las iras del vendabal! ¡Alma ingénua, candorosa, virgen, que amarrada a la vil materia del cuerpo, se desasosegaba en la terrible lucha del espíritu y la carne, sintiendo tan pronto agitarse en su ser las alas del angel, que al cielo la subían, como el cieno de la bestia, que al infierno la bajaba! ¡Pobre navecilla, rosa inmaculada, alma angelical!, ¿a qué puerto te diriges? ¿qué sol es el que buscas? ¿qué deseos te consumen?

No lo sabía. Esta incertidumbre la agobiaba y la simpática joven, extraviada en el enmarañado bosque de sus pensamientos, no cesaba de preguntarse:

—¿Qué tendré yo, Dios mío? ¿qué será esto?

La maldita carta había roto el equilibrio de aquella alma serena. Ella esperaba que tras las postales había de llegar, pero ni por sus mientes pasó que tan rudo batallar consigo misma pudiera traer entre las frases de amor. De su gusto era el abogado, pero no acababa de ser el ideal que anhelaba. Le fué sumamente agradable el día de las Nieves; tenía arro-

gante figura; su educación era esmerada, pero no era esto, no, lo que bastaba a su corazón.

Otra cualquiera hubiera cerrado los ojos y sin dudar se hubiera lanzado en la felicidad, que la ofrecían, pero Nieves, cuyas peregrinas ideas acerca del amor conocemos ya, dudaba, dudaba mucho, y en manera alguna quería contraer compromiso alguno, sin haber antes aquilatado con el frecuente trato las virtudes y el amor, de quien a su mano aspiraba con tan bellas palabras y tan sentidos párrafos.

Por otra parte, el pavoroso enigma del «qué seré yo», volvía a presentarse ante ella con la misma incertidumbre de antaño, y todo esto la ponía en aquel estado de indecisión, de ignorancia, de ceguera. No veía, no acertaba a discurrir serenamente, y en vano se esforzaba por averiguar qué tenía.

Vehementes impulsos tuvo de preguntárselo a Cundo, que inalterable seguía con todo ahinco partiendo leña con aquellos furibundos hachazos, que las ramas hendían al primer golpe, mas se detuvo con el natural temor de que el mozo se encogiera de hombros ante pregunta tan extraña.

¡El, sí que era feliz! ¡Tan noble, tan resignado, tan contento, tan sufrido, tan cariñoso, tan llano, tan sencillo, tan manso, humilde, fuerte, bueno y hermoso! ¡Qué arrogante!... y lo miraba con una expresión de rostro, que no pasó desapercibida para el mozo, quien por primera vez erró el golpe de la hacha.

¡El, sí que era feliz! ¡Sin ansias, ni deseos, ni fiebres, ni desasosiegos, ni aspiraciones, ni anhelos, ni dudas, como las que a ella la poseían!

Otra vez tuvo deseos de preguntarle:

—Cundo, ¿qué tendré yo?

El mozo se enderezaba haciendo un alto en su trabajo, y, después de limpiarse con el brazo izquierdo el sudor de su frente, al posar su vista en Nieves, algo debió leer en la cara de la joven, cuando al par que ella pensaba en hacerle su confidente, la dijo compasivo:

—¿Qué tiene V., señorita?

Pregunta sencilla, ingénua, inocente, que por esto mismo nubló la vista de la joven, coloreó su rostro y repentinamente rasgó el velo del misterio, que la acongojaba. Desconcertante, terrible, implacable pregunta, cuyo alcance no

pudo adivinar el mozo, al pronunciarla. A su luz parecióle a Nieves que se disipaban como por encanto todas sus dudas, vió clarísimo, creyó que su alma quedaba desnuda a los ojos de Cundo, la pareció que los ojazos del muchachón leían con toda claridad en su espíritu, y al darse clara cuenta del afán que la atenazaba, ni pudo contestar, ni hacer otra cosa que mirarle con intensa mirada de amor, a través de los gruesos lagrimones, que al conjuro de aquellas palabras brataron impetuosos.

Cundo estaba asombrado. No sabía que pensar de tan extraña actitud. Veía penetrar muy dentro de sí la mirada angustiosa y amorosa de Nieves, demandando una limosna de caridad, y el mozo, sintiendo desbordársele el raudal de la ternura, llevado de su nativa bondad, condolido por el copioso llanto de su señorita, de su Nieves, sin reflexionar, ni siquiera ser dueño de sí mismo, por un irresistible impulso de su amor, soltó el hacha, fuése a la joven, puso sus manos callosas sobre las finas, que la señorita llevaba a los ojos en aquel instante, y hondamente emocionado suplicó temblón:

—Por Dios, no llore, mi vida. ¿Qué tienes?

El desconocido amor de Nieves estalló impetuoso gritando: —¡Cundo de mi alma! ¡Déjame por Dios, que me estás matando! —y mirándole enajenada, ocultó su rubor, echando a correr escaleras arriba.

Aturdido Cundo, la vió marchar. Solo entonces, confuso y admirado, consiguió leer en el corazón de Nieves. La señorita le amaba, sí, sí; le amaba con todas las fuerzas de su adorable alma, le amaba con toda la intensidad de su privilegiado espíritu. Era inútil que tratara de ocultarlo. El amor había estallado en forma indudable y avasalladora. ¡Le amaba!

Y él... él la amaba también, sin haberse dado de ello cuenta hasta aquel instante, sin habersele ocurrido siquiera que aquello pudiera ser. Y sin embargo, era. Aquel ¡Cundo de mi alma, que me matas!, fué dicho con un acento inconfundible, por absurdo que pareciese.

¡ El, él matarla, cuando la sangre toda de sus venas hubiera sido poca para dársela. ¿El, matarla, cuando la su vida sin ella, no sería vida, porque ella era su sola vida! ¿El matarla, cuando, muertos los sus padres, muerta la su Marusa,

no le quedaba en el mundo más que aquella pobre abuela, que iba a morir, y ella, su señorita, su Nieves de su alma, y de su vida, y de su corazón, que lloraba por él, sí, por él, porque aquellas lágrimas eran por él; porque en el corazón no se manda, porque acababa de decirle un ¡Cundo de mi alma!, como en su vida oyéranlo los oídos de este pobre infeliz, que es muy pobre y muy ignorante, pero que tiene un corazón muy regrande para querer a su señorita, a su Nieves, a su vidina, como nadie en el mundo la ha querido ni puede quererla!...

Y roto el dique de lo inesperado, abierta la válvula del amor, por ella salía puro e indómito, sin detenerse a pensar en lo imposible de su realización. Solo una vez pasó rápida esta idea, que le mandaba ahogar sus sentimientos; *callar*, y el mozo, loco de felicidad, la atajó diciendo:

—Yo, yo callare cuando dentro de mí tengo una cosa que me está diciendo: «parla Cundo, parla, que es en bien tuyo y de la señorita; seca sus lágrimas, quiérela mucho». Parlaré, parlaré, hasta que suelte todo lo que yo tenía aquí dentro, sin saber que lo tenía.

¿Qué calle? Callado estuve, cuando na más llegar comenzó a mostrarme el su cariño; callado estuve, cuando sabíale yo las cosas, que de mí le decía a aquella biendichosina de mi Marusa; callado estuve cuando mandábame a secare la ropa mojada en el mi cuerpo; callado estuve cuando consolábame con aquellas sus palabrinas de miel; callado estuve cuando mandome salir al aluche y tirare a todos los mozos; callado estuve cuando cojila al volver del Pinare; estúvela callado, cuando preso, como un criminal, vila quitarse de la su ventana, llorando por mí; callado estuve siempre que me miraba como no miraba a otros; nunca nada la dije, y sólo la primer noche que vino, habléla cantando contra el mi querer; callado estuve, sin sentir deseo de hablarla, porque no sabía yo lo que dentro de mí llevaba. Hoy que lo sé, no puedo callare. ¿Vió alguno la fuentina cuando poco a poco va rompiendo la peña? ¿Vióla salir de pronto? Pues dígala que vuelva dentro, que esté quieta y que no forme el reguerín...

Nieves, llena de vergüenza y amor fué corriendo a la habitación de su padre, que, abstraído leía, y colgose del

cuello del autor de sus días, apretando nerviosamente los brazos y mojándole la cara con su copioso llanto.

—Pero ¿qué es esto?, ¿qué te pasa, corazón?, ¿qué tienes?

Nieves impresionadísima sollozaba, sin cesar de dar a su padre abrazos y besos cada vez más apretados y estrepitosos.

—¡Hija mía! acaba... habla... dime...

—¡Ay, padre mío, cuánto te quiero!

—Ya lo sé mujer, ¿pero qué te pasa? No me tortures, pichona.

—No te asustes, papín, que no es nada.

Algo más tranquilizado D. Manuel, quien de buenas a primeras se llevó un susto de «padre y muy señor mío», procuró tranquilizar a su desatinada hija, y habiéndolo en parte logrado, inquiría la causa de aquella inexplicable agitación.

—¡Si vieras qué vergüenza me da!

—Vaya, mal de amores.

Nieves asintió con la mirada, y D. Manuel continuó:

—Ya me parecía a mí que toda la vidriería y todo el estilo gótico de la catedral de León habían de venir a parar en esto.

—No, si no es ese.

—¡Caspitina!, pues entonces ¿quién es el muy ladrón que me roba la hija, sin haberme enterado yo?

Nieves tuvo el nombre en los labios y otra vez ruborosa bajó la vista.

Su padre hubiera premiado tanto pudor con un abrazo, pero se contuvo y prosiguió:

—Vamos, Nieves, hija mía querida ¿por qué no lo dices? ¿no soy tu padre? ¿no quiero tu felicidad mucho más que la mía misma? ¿O ha llegado tu obcecación a poner tus ojos en hombre que no sea digno de tí?

—Eso sí que no, vale mucho más que yo—replicó Nieves—y por lo menos me quiere tanto como yo a él.

—¿Pues entonces...?

Otra vez el nombre del amado se posó en los labios y otra vez tuvo que huir, cediendo el puesto a las palabras:

—Me da mucha vergüenza: ¡Vaya! No me mires.

—Pues me volveré de espaldas.

—Eso.

Lo hizo así el buen señor y entonces Nieves con la vista clavada en el suelo, igual que si su padre la estuviera mirando, temblona dijo muy despacio y con inenarrable acento de amor: — ¡Cundo!

No fué flojo el salto con que D. Manuel dió la vuelta, ni lugar a duda admitió su gesto de estupefacción. La hija tímida y entristecida preguntó:

— ¿No te gusta?

— A mí me gusta *todo* lo que a tí te guste...

— Vete con Dios, hija, y qué pesó me quitas de encima.

— ...Pero es tan raro todo esto. ¿No recibistes hoy carta del otro?

— ¡Ah! ¿ya lo sabes?

— Yo te la entregué, y aunque debía reñirte por no haberme dado cuenta de su contenido, me bastó ver que no comías y cómo has pasado la tarde, para saber lo que dice, sin leerla.

— Regáñame, si quieres, pero no te dije nada, hasta no decidir mi contestación. En eso estuve pensando todo el tiempo. Pero siéntate que te lo voy a contar todo. Verás...

Nieves siempre ingénua, y mucho más con aquel padre, a quien tanto quería, le dió minuciosa cuenta de todo lo que sufrió aquella tarde memorable. Manifestó que no la produjo sorpresa la esperada declaración escrita, pero que la dejó como tonta, y sin saber que contestar. Unas veces la gustaba el pretendiente, su amena conversación, su finura, su carrera, aquella elegantísima distinción; otras le parecía algo afeminado, excesivamente cuidadoso de su persona, altivo, seco, y un mucho pagado de sí mismo.

Recordaba que en los pocos instantes en que departió con él, le miró varias veces a los ojos, según costumbre de ella, y no podía decir qué era, pero había en ellos algo que no la satisfacía, tenían una manera de mirarla... así... no sé como, que no la gustaba.

En fin que no acababa de decidirse, y que pasó una tarde terrible, hasta que por último se propuso un término medio, ni darle esperanzas, ni rechazarlo, procurando estudiarle más de cerca, conversando con él. Ya decidida a esto y, pensando como se lo diría a D. Manuel, llegó Cundo con el ternero. «Ni le hice caso, papín; estaba yo muy preocupada».

Después entre lágrimas y protestas de cariño y besos y

abrazos contó a su padre lo que ya sabemos, terminando así:

—No me digas que no, padre mío, no me digas que no, porque es el hombre más bueno que yo he conocido, y él sólo tiene en sus manos la felicidad de tu hija.

—Hija mía, la cosa es muy seria, y para pensarse despacio. Por de pronto contéstale al abogado con unas calabacitas bien arregladas, pues, madrugando más que tú, he tomado mis informes y bajo ningún concepto te conviene. Lo otro... tiene sus peros, más no seré yo quien sin razones me oponga a tus proyectos, piense el mundo lo que quiera. Tú, por de pronto no des al asunto más aire del que le has dado, que no es poco, ¡caramba! que no es poco, para empezar.

—¡Cuánto te agradezco oírte hablar así, y para que veas lo buena que soy, con lo que dices me conformo. No sabes tú el trabajo que me cuesta no salir a la calle gritando: «éste, éste, Cundo, es mi novio».

—Calma, calma y calma, y no te precipites, que si está de Dios, ello saldrá, como un día dijiste tú.

—Bien, pues un beso y me voy al rosario.

—¡Sí, vete; hoy me quedo yo en casa, porque me has puesto en unos apuros!...

Cundo Nieves llegaba a la puerta, desde ella se volvió para amenazar a su padre, riendo, al decirle: —Como seas malo, te pego—y la gran picarina marchó dejándole arrobado con sus monerías y pensativo con sus amores.

Al poco rato en el cuarto de D. Manuel sonaron dos golpes, acompañados de una profunda voz, que decía:

—¿Da su permiso?

—Adelante.

Cundo avanzó con la gorra en una mano y el libro de Nieves en la otra.

—Santas y buenas noches nos de Dios.

—Buenas las tengas hombre; ¿qué quieres?

—¿Querer?... ¿querer?... tanto como querer, yo no quiero nada, que hartó se me ha dao en esta casa, sin merecerlo. Pero sí venía a pedire el último favor.

—Habla; ya sabes que cuanto se pueda, se hace por tí.

—Lo sé, D. Manuel, y se agradece, y por eso llamo yo a esta puerta.

—Pues, tú dirás.

—¿Usted conoce a los de la milicia de León?

—Sí, tengo algún amigo.

—Pues, a lo que vengo, vengo. Yo quiero ser soldao. Si cae un rayo a los pies de D. Manuel, no le deja más estupefacto. Por lo visto aquel día no se caminaba más que de asombro en asombro.

—¿Tú soldao?... ¿Y qué vas a hacer de la pobre abuela?

—Pues ese es el *ite*; que más vengo por ella que por mí. Si hubiera estao solo en el mundo me hubiese marchao, sin pisar esta casa, pero el aquel de la vieja me trae a pedirle el favor.

—Explícate, hombre. Cada vez me dejas más tonto.

—A eso voy, que hablando se entiende la gente. Yo tengo que marchare, ella no se va a quedar sola y desamparada, ¡primero me repudría yo con mis cosas!, y en estas y las otras, después de dare y tomare, me dije, digo, pues voy con el cuento a D. Manuel, que es muy campechano y él me dirá...

—De tu abuela no tienes por qué preocuparte. No se me olvida que ella mitigó mi hambre más de una vez, y por lo tanto todo lo que he hecho y todo lo que haré por vosotros no es más que pagar deudas atrasadas. Nada la ha de faltar. Lo que sí me extraña, y lo que no me explico, es tu afán de sentar plaza.

—Cada uno es cada uno y...

—Sí, sí y una docena, doce; ¿pero qué mosca te ha picado a tí tan de repente, para salir ahora con esas?

—¡Recoimes!, no me pregunte, D. Manuel.

—¿Cómo qué no te pregunte? Ahora mismo lo vas a decir.

—¡Recoimes!

—No hay más recoimes. Ahora mismo...

—Pero D. Manuel, si lo sabe V. como yo... —y al buenazo se le llenaron los ojos de lágrimas.

D. Manuel se conmovió y supo apreciar en todo su inmenso valor aquel acto heroico de humildad y supremo renunciamiento, pero sereno dijo:

—Si lo sé. Nieves estuvo conmigo. ¿No la quieres?

—¡Que no la quiero? ¡recoimes! ¡que no la quiero?... ¿y pregúntamelo V. que sabe que por la señorita rodaría yo, Susarón abajo?

—Entonces ¿por qué te marchas?

—¡Por eso, recoimes, por eso! ; porque quiérola yo más que a las niñas de mis ojos, y como soy un bruto y un animal, que no sabe nada de nada, y como ella está encaprichada por mí, y yo por ella, y esto no puede sere, vóyme, para que se le pase la su ventolera, aunque yo me «esborregue» por esos mundos. Y no me haga hablare más, y disimule, don Manuel, porque hay ratos en que no sabe un hombre lo que dice.

Al ver al desnudo tan hermosa alma, D. Manuel, cuyas sanas teorías conocemos, no se fijó en lo burdo del ropaje en que iban envueltos tan elevados pensamientos, ni miró el tosco vaso, donde se le servía tan preciado licor. Pensó en su hija, y bien pensó, al afirmarse en que quien de tal manera la quería que a ella sacrificaba su misma dicha, bien podía ser el único que la llenara de venturas. Así que con sus proyectos de marcha aseguró Cundo lo que deseaba, y D. Manuel, completamente subyugado por tan altos sentimientos, dijo :

—Pero ven acá, pazguato, ¿qué tiene que ver que ella te quiera, para que tú te marches?

—¿Y qué hago entonces?

—Pues dejarte querer, tonto.

El rayo cayó ahora frente a Cundo.

—Te digo a tí lo mismo que acabo de decir a ella. El asunto tiene sus mas y sus menos, y nadie en este mundo nace con derecho a oponerse a la felicidad de nadie. ¿Será esa vuestra felicidad, que es también la mía? Ni vosotros ni yo lo sabemos, y eso es lo que tenemos que hacer, averiguarlo, saberlo, poniendo cada uno de nuestra parte lo que podamos. Si conviene se hace; sino se deja, que no es esto un tiro ni una puñalada. ¿Entendiste?

¡Bueno estaba él para contestar! En el corral, y cuando se dió cuenta del amor de Nieves, pensó lo que ya sabemos que estaba decidido a «parlare» : pasado el arrebató amoroso, reflexionó, y se vió tan bajo, y se pareció tan poco para su señorita, y tan imposible se presentó ante él lograr tamaña ventura, que, por no creerse digno de ella, decidió sacrificarse y, sin despedirse, poner tierra por medio, estrujándose el corazón, para que ella con libertad buscara el ser, que

pudiese darla la ventura, que él creía no poder dar.

Así que ahora, al oír de labios del mismísimo D. Manuel que cabía en lo posible lo que el mozo juzgaba de todo punto irrealizable, creyó volverse loco de alegría y a duras penas pudo contenerse, sin abrazar a su señor; más resurgió en él la innata desconfianza de la raza y se aventuró a decir:

—Más valía que marchara antes de consentire.

—Ni yo te digo que consentas. Entendámonos. Ni apruebo ni desapruuebo. Estudio. ¿Te parece poco?

—Ya sabe que no pensé yo otro tanto. Mándeme V.

—Pues mando: primero que no marches: segundo que no hagáis el tonto la señorita y tú, cosa que de ninguno temo, pero que advierto, porque en estos casos siempre es necesario advertirlo: y tercero que nada digáis hasta que no optemos por una solución. ¿Estamos?

—Estamos. ¿Tiene algo más que mandare?

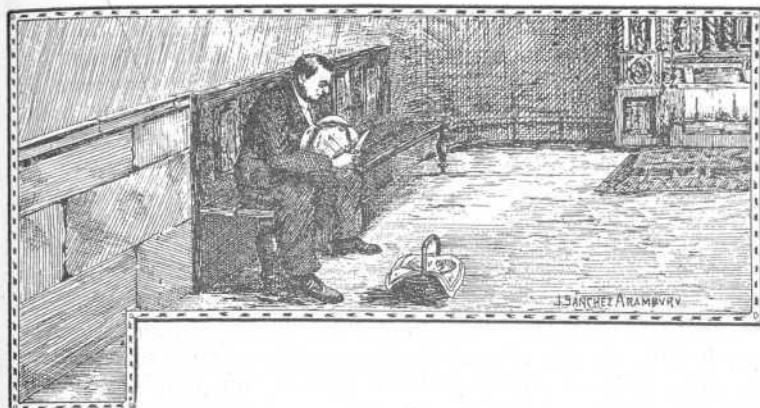
—Nada más.

—Pues a la paz de Dios, —y se marchó para no verse en la precisión de tirarse al suelo, besando donde aquel hombre pisaba.

D. Manuel, harto zarandeado con las fuertes emociones del día y acordándose mucho de lo que él sufrió con sus contrariados amores, ni quiso turbar la felicidad de los novios, ni aprobar sus amoríos limitándose a decir:

—Menos mal que este incidente inesperado dictó la contestación a la carta del sportman abogadillo. Alma por alma vale mucho más la de Cundo, ignorante, que la del otro, ilustrado, y la felicidad de mi hija más la veo de este lado, apesar de todos los pesares, que del otro, no obstante carrera y posición. Ya veremos.





XIV

Cabeza y corazón



PENAS empezado, terminó el Otoño. Tan fugaz como la Primavera y el Estío pocos días tuvo de reinado en la Montaña. Comenzaba el tono gris, que entoldó el cielo, y, si el sol, por acaso, lograba colarse breves instantes por algún resquicio, su rayo era tan débil, tan tristón, tan pálido que en todo ponía adulado color de tísico.

Las campanas de la Iglesia habían dado ya el primero y segundo toque, sin que el soportal de la parroquia viera turbado su eterno silencio por otro ruido que el de las madreñas de las mujeres, muy entoquilladas, muy enmantonadas, desfilando una a una hacia el interior del templo, después de haberse quitado a la puerta el calzado de madera, que cada cual colocó en el sitio acostumbrado.

Al tercer toque llegaron los hombres, pero silenciosos ahora, y aunque se detuvieron en las arcadas del atrio, ni

uno se colocó bajo el frondoso castaño de fuera, ni uno sentose en los largos troncos del soportal; y, al oír la señal del comienzo de la Misa el ruido de las cien madreñas, que se descalzaban, a las mujeres denunció que entraban los hombres, pues no se ofan en el templo los pasos de éstos, calzados ahora con escaarpines.

La Iglesia estaba llena. Adelante, junto al presbiterio, en sufragio de los respectivos difuntos, ardía en los innumerables hacheros la cera que cuidaban las enlutadas mujeres. Cada una tenía ante sí dos estrechas y largas tablas horizontales, pintadas de negro, agujereada la de arriba, lisa la de abajo, en las que se sujetaban las cuatro enormes hachas, que lucían, sin que ni gota de la amarillenta cera se derramase, escapando al cuidado de la ahorradora montañesa, que con sus dedos rebordeaba el círculo, dentro del cual temblaba la cera, licuada por el calor de la llama, que esparcía humo negrísimo.

Ante aquellos hacheros, en el mismo sitio siempre, cuidaron otras hachas las madres de las que ahora estaban arrodilladas; y ante aquellos hacheros, y siempre en el mismo lugar cada una, cuidarían la cera las chiquillas, que ahora estaban todas juntas en el lado derecho del templo, tocando a la misma valla del altar.

Los niños, que ocupaban el izquierdo, pasados no muchos años, oírían la Misa desde el coro; después bajarían a oírlo bajo de él; algún año tendrían que estar, como Mayordomos, en el altar mayor, pero niños y niñas, y mozos y mozas, y hombres y mujeres, tendrían en cada etapa de la vida su sitio fijo, matemático, en el que constantemente se habían de colocar, sin que por la fuerza de la costumbre se corrieran ni un centímetro, y sin que dicho lugar se ocupara cuando el *usufructuario* estuviera enfermo o ausente.

Comenzó una de esas devotas misas aldeanas, en las que, sin querer, hay que rezar. Pasado el evangelio, volvióse el Párroco y con acento familiar y reposado dijo una plática sentida, llena de consejos cariñosos, que escuchaban reverentes los de la Montaña.

Al ofertorio un hombre se adelantó al centro del Presbiterio, poniendo en el suelo «la caridad», un canastillo que en su interior y envuelta en una amplia servilleta de hilo

crudo con cenefa encarnada tenía una hogaza de pan, que al descubierto puso el montañés, dejando caer fuera del cesto las cuatro puntas del lienzo, que la cubría.

El sacerdote, rezando una oración, bendijo la oferta, rociándola con agua bendita, y el montañés, retirándose a un lado, con el pan bendito, sacó una navaja, hizo con ella la señal de la cruz sobre la cocida masa, y la cortó en cuatro partes iguales; luego, mientras proseguía el Sacrificio fué partiéndola toda en pequeños cuadrados trocitos, sin que cesara en su labor más que al augusto momento del alzar, durante el cual el silencio religioso se alteró con el devoto murmullo del «Adorámoste».

Después de la Comunión, de arriba a abajo recorrió el templo con la canastilla, de la cual sacaban las mujeres el pedazo de pan, que las correspondía.

Cuando él de la cesta llegaba a la puerta, terminó la Misa, y colocándose a la salida del templo esperó a que los hombres recogieran su trozo de pan, que comían, luego de haberse con el santiguado. Sin apresuramientos, terminadas las últimas preces castellanas, salieron del templo, encendieron los escasísimos fumadores, los cigarros, que a medio gastar dejaron sobre los bancos de afuera, o metidos en las galochas, o colocados en los salientes de los dibujos pétreos de la columnata.

Entretanto las mujeres allá adentro, esperaban a que el Párroco una por una fuese a todas las «sepulturas» rezando el responso, a cuyo amén acompañaban los soplos con que cada cual apagaba sus hachas. El más ignorante desconocedor de las costumbres montañesas hubiera podido señalar, sin temor a equivocarse, los hacheros de los últimos fallecidos. Siempre que el sacerdote llegaba a una de estas «sepulturas» con los cinco céntimos en la mano se aproximaban las mujeres a «echare un responso más».

Sin saber por qué Nieves aquel día se puso muy encarnada, al depositar su perra chica ante el hachero de la familia de Marusa.

D. Manuel recibía afuera con el afecto de siempre el saludo de sus paisanos, que no esperaban, como antes, el rato de sabrosa charla. Ni, aunque lo hubieran esperado, estaba don Manuel en vena de charlatán. Además de la inclemen-

cia del tiempo, alejábanlo del pórtico ciertas entrevistas importantes, que en la noche anterior había conceptuado necesario tener cuanto antes, y, firme en su decisión, dijo al médico:

—¿Quiere V. hacerme favor de venir conmigo?

—Con mil amores.

—Vamos. Oye tú, dile al Sr. Cura, que el Doctor y yo le esperamos en mi casa.

Cuando salió Nieves de la Iglesia no dejó de extrañarla que no la esperase su padre. En cambio al volver la esquina, ¡que casualidad!, vió a Cundo, a quien nunca había visto a tales horas, y, ¡cosa rara! el mozo se acercó, algo tímido, pero se acercó, riéndose, al dar los buenos días, y la acompañó hasta casa, sin que en el trayecto hicieran ambos otra cosa que mirarse, sonreirse, bajar los ojos, y volverse a mirar, a sonreír, y a bajar la vista.

Al médico no le cabía ya la impaciencia en el cuerpo; así que nada más entrar en la habitación de D. Manuel, quien, precavido, cerró la puerta, exclamó:

—¿Pero puede saberse qué ¡repollo! de secretos me trae Vd. con esa cara larga y esos misterios?

—Siéntese V.

—Por sentado. ¿Qué es ello?

—Mi Nieves, quiere casarse.

—Perfectamente. Sigue mi consejo. Hasta ahora no veo nada que justifique esa cara de Viernes Santo.

—Algo me apena que se case, porque es ella el único afecto de este viejo, y yo soy el único cariño suyo. De aquí en adelante seremos dos los amados, y yo en último lugar.

—¡Canastos! Supongo que no tendrá su egoísmo la osadía de querer cambiarle el curso a la vida.

—Nada de eso. Me resigno; pero la quiero, como muy pocos padres habrán querido y me asusta lo desconocido, me aterra el porvenir de mi nena. ¡Hija mía de mi alma, si se equivoca! El primer disgusto matrimonial de ella sería el sudario con que envolvieran mi cadáver.

—Pero señor, ¿qué empeño tiene la humanidad en amargarse la vida pensando en infortunios futuros, que sabe Dios si ocurrirán? ¿Por qué dice V. eso?

—Porque me dá miedo, mucho miedo el matrimonio.

- No pensaba V. así, cuando matrimonio.
- Porque yo estaba seguro del amor y las virtudes de la que fué mi esposa, y el tiempo lo comprobó. Nó me equivoqué.
- ¿Y Nieves se casa con un golfo?
- Eso nunca. Lo impediría yo que soy su padre.
- ¿Con quién se casa?
- Pásmese Vd. ¡Con Cundo!
- ¡Hombre! ¿Vd. qué me dice? ¿Con Cundo? ¿con nuestro Cundo?
- Sí señor, sí, con ese mocetón.
- ¿Y la chica?
- Mi Nieves, ciega, enamorada perdida; sin atender a razones.
- Naturalmente. El amor, si es preciso, se da de puñadas con la razón. Pocas veces van acordes el corazón y la cabeza.
- Eso es lo que me trae a mí a mal traer. V. sabe lo que yo quiero a mi hija, cómo procuro no sólo cumplir, sino adivinar sus deseos y no quisiera contrariarla en lo más mínimo.
- Pues no la contraríe.
- Entonces V. me anima a que consienta en esa boda.
- Sin duda alguna.
- ¿Y no merece Nieves más que eso?
- Indudablemente. Millones de veces más. Ya sabe usted la chifladura que tengo yo por esa nena. No hay hombre que la merezca ¡repollo! Gran figura, irresistible simpatía, y un corazón más grande que la peña de Susarón. Si espera V. topar con un hombre digno de ella se quedará soltera, pues aunque Diógenes lo hubiera encontrado, ese tal me parecería a mí poco.
- ¿Entonces?
- ¡Entonces.... entonces... que la tiene V. que casar con Cundo!
- ¿Por qué?
- ¿Y le pregunta V. eso a un médico? ¿Quiere V. que le de una conferencia de ginecología? ¿Dónde puede V. hallar un hombre como Cundo? Sano, fuerte, robusto, con todo ese vigor y toda esa sangraza que lleva en sus venas. ¡Vera usted qué nietos, verá V. qué nietos!
- ¡Doctor!...
- Qué Doctor, ni qué ¡repollo! ¡Una de las causas de la

decadencia de la humanidad son esos matrimonios de alfeñiques que contraen una señorita clorótica con un podrido spormant, despojo del vicio! ¿Matrimonio? ¡Cadena perpetua! Es un crimen engendrar candidatos a la tuberculosis. Los que no sirvan para casados que no se casen; y que no nos degeneren la raza. Sangre recia, sangre virgen hace falta. Yo no dejaría casar a nadie, sin que enseñara un certificado facultativo de aptitud.

—Es V. terrible.

—¡Si tengo que serlo! Seguramente que en cuanto se huelan por ahí en ciertas clases sociales los amores de su hija, a ella y a V. los ponen de vuelta y media, y no habrá quien no se escandalice de matrimonio tan desigual, ni quien deje de hacer miles de aspavientos. ¡Mentecatos! Todos sus pergaminos y todos sus orgullos valen infinitamente menos que un glóbulo rojo de la sangre de sus hijos. ¡Matrimonios desiguales! ¡Cómo si cosa tan sagrada, fuera asunto comercial! ¡Los tales no ven más que cantidades!

Matrimonio = 10.000 + 10.000. Total 20.000 = matrimonio.

—Gráfico es V.

—Yo no. Ellos. La maldita sociedad, que no sé de donde se ha formado unas leyes en abierta pugna con la Ciencia y con la Religión. Amor y salud... y lo demás es no entenderlo. Con estas dos condiciones no hay matrimonio malo, ni desavenido: con las otras es muy difícil hallar uno bueno.

—Según V. estoy de enhorabuena.

—Y tanto. El muchacho no tiene pero. Algo cerril, pero noblote y bueno y sano hasta la pared de enfrente.

—En eso estamos conformes. Lo único que me asusta es la diferencia de educación. Cundo con todas sus virtudes nunca pasará de un mozón de pueblo.

—¡Ay!, ¡ay! que D. Manuel este. ¿Tan difícil cree V. hacer un señorito? Déle V. cuartos, y verá qué pronto saludan todos al asno de oro y se hacen lenguas de su distinción, aunque sea más bruto que un arado. Aparte de que en Cundo hay madera. ¡Ya lo creo que la hay! y despejo natural, para que en muy poco tiempo se ponga a la altura de las circunstancias.

—No; si no me refiero a eso, que lo sé bien. Me refiero

a congeniar con mi Nieves. ¡Hieren tanto las diferencias de educación!

—Habiendo amor de por medio no se apure V. Amor todo lo allana. Ya bajará ella y ya subirá él. No lo dude; si hay amor, irremisiblemente se unirán, para no separarse jamás.

Ahí oigo al Pater. Llega a tiempo. A mí en cuanto me sacan de las cosas del cuerpo, me han matao. Entre V., entre, que D. Manuel ha puesto hoy sobre el tapete un tema sugestivo: «El amor y el matrimonio ante la Ciencia y la Religión». Yo ya he informado. V. tiene la palabra.

—Siempre de chispa y buen humor.

—Que no es broma, señor mío; que es una cosa muy seria, y, apesar de lo teórico del título, muy práctica, *inminentemente* práctica ¿no es cierto D. Manuel?

—Todavía ha de conseguir V. verme reir.

—¿Y por qué no? Escuche V. Pater. Mire ese hombre todo fúnebre, porque acaba de saber que el instante de la boda de Nieves se acerca más que a paso. ¡Qué desgracia! ¡Qué complicación más horrible la futura aparición de nietos, que le desricen el bigote!

Miró a D. Manuel el Párroco entre asombrado y preguntón. El jurisperito afirmó con la vista y el bonachón del sacerdote exclamó:

—¡Caray, caray! ¡Qué buena noticia. Cuanto me alegro, si es para gloria de Dios.

—Sí, hombre, sí. Chóquela V. Un voto más. ¡Viva la boda!

—¿Querrá V. callarse y dejarme hablar?

—Si no puedo, si estaba por salir ahora mismo y hacer entrar a esos chicos, para decirles: «Venid, hijos míos, la Ciencia, la Religión y la Paternidad os bendicen, y de vosotros esperan hijos robustos, ciudadanos fuertes, hombres *hombres* que regeneren esta enclenque, decrepita y corroída humanidad». ¿Eh? ¿qué tal el parrafejo?

—Algo cursi, pero, hombre, déjeme hablar.

—Hable el Presidente.

—Créame, D. Diego, que este es uno de los momentos más importantes de mi vida. Efectivamente quiere casarse mi hija, y yo quiero pedir consejo a mis amigos. El Doctor, según el dice, ya informó.

—¿Y qué va a decir este Cura de pueblo? ¿Cómo voy yo a aconsejar a quien sabe más que yo?

—Precisamente su consejo me interesa más que el del Doctor, con interesarme no poco el que amable acaba de darme, cediendo a mi requerimiento.

—Pues pregunte usted D. Manuel, seguro de que mis escasos conocimientos, mis enseñanzas religiosas y mis oraciones están siempre al servicio de quien de ellos necesite en los trances de la vida.

—Oígame. Nieves quiere casarse, y que me perdone Dios, si le ofendo, al querer en mi egoísmo, que sea casada antes que monja, según más de una vez he temido.

Si ella hiciera una boda, que no llamase la atención en el mundo, nada hubiese preguntado, pero es el caso que, cuantos nos conocen, exclamarán despectivos: «Vaya un bodorrio; están locos ese padre y esa hija».

—El que dirán jamás debe amilanar a una conciencia recta y pura. Siga usted.

—Así debe ser, y así es para mí, pero por de pronto el sambenito de locos nadie nos lo quitará. Por mi hija lo siento más que por mí.

—Su hija tendrá que vivir con su marido y no con el mundo, por lo tanto el juicio de aquél y no el de éste es el que la interesa. Adelante.

—Conformes. El preferido por Nieves no tiene tacha alguna. Bueno, honrado y trabajador.

—Hermosas cualidades son. Añada V. la de piadoso y Nieves está de enhorabuena.

—También la tiene, pero ¿cree V. que basta con esto?

—sobra, con tal que todo ello esté basado en el amor mutuo.

—¿Tanta importancia le da V. al amor?

—Tanta le doy, que sin él el matrimonio más igual es un infierno, y con él el más desigual es un paraíso. En el matrimonio no hay purgatorio. O cielo, o infierno. Amor y disputa no se conciben.

De dos seres hace uno el matrimonio y esto sólo puede hacerse mediante el amor, santificado por la Gracia. Ríase V. de caracteres, que congenien, afinidad de gustos, etc., etc.: si no hay amor, todo perdido; si lo hay, todo ganado.

Ustedes estarán cansados de ver los matrimonios más

desiguales en fortuna, educación, afecciones, caracteres y habrán notado que suelen ser los más felices el pobre casado con la rica, o la pobre con el rico, que no los que han tomado el matrimonio como una especie de compra-venta de cuerpos. Y es que, para que un hombre o una mujer se decidan a unir su suerte, con quien es inferior a ellos, se necesita un gran amor, que no suele haber en los que pudiéramos decir no que se casan, sino que se ajustan y se venden.

— ¡Cuánto bien me están haciendo sus palabras! ¡Cómo se disipan las nieblas, que en mi inteligencia habían formado los prejuicios del mundo!

— No le de V. vueltas, D. Manuel. El mundo, precisamente por ser uno de los enemigos del alma, tiene que estar en contradicción con Dios. Mi Maestro, la Verdad Eterna, solo una cosa encarga a los casados: «que se amen como Cristo amó a su Iglesia». ¿Su hija se casa con un pobre?

— Muy pobre.

— Pues entonces no dude V. de su amor, y consecuentemente no dude de su futura felicidad. Por ser bueno le querrá con amor de complacencia, por ser pobre con amor de benevolencia, y, porque nadie puede prescindir de sí mismo le querrá con amor de concupiscencia, es decir, se *complicará* en la bondad de su marido, *querra el bien* para él, y en virtud de la necesaria e inevitable comunicación de bienes, que hay en el matrimonio, todo este amor al amado retornará a ella misma, de tal suerte, que irá a la unión con él, derramando a torrentes los tesoros de un amor, que, cuanto más bien desea para el amado, más bien adquiere para sí mismo; puesto que para éste el amado no es algo extraño, sino algo muy íntimamente suyo.

Añada V. a esto que, desde el momento en que la señorita eligió el compañero de su vida convirtió el amor en dilección, sin impulsarla a ello, según V. motivo alguno exterior de riquezas, gloria, vanidad ni otro bien que la virtud, y tendrán Vds. como consecuencia, el amor más puro, más noble, más desinteresado y más santo. El solo amor con que al matrimonio se debe ir.

Y les ruego dispensen esta inevitable reminiscencia de mis estudios filosófico-teológicos.

— Muy bien, ¿pero dónde me deja V. el forzoso chocar

en la vida por efecto de la distinta educación y clase social?

—Amor es sacrificio, D. Manuel. Quien ama con verdad sabe soportar defectos, que por otra parte el mismo amor piadoso encubre.

—Fíjese V. en que realmente hay cosas grotescas. ¿Qué papel haría en la Corte una princesa paseándose del brazo de su marido, torpe gañán?

—Probablemente la princesa evitaría a su marido tal vergüenza, pero, si ello necesario fuese, crea V. que el amor de la princesita la haría ir orgullosísima con su gañán, que no cambiaría por ninguno de los que valieran infinitamente más que él. Y en cuanto a lo grotesco, si el mundo se reía de ellos; ellos, en su inefable no comprendida dicha, a sus solas se reírían de la risa del mundo, gustando un placer que nadie más que las almas grandes saben gozar.

—Según eso para V. no hay matrimonios felices más que entre los desiguales.

—No he sostenido tal. Si entre iguales hay amor, felicidad ha de haber; mas si me autorizara V. para afirmar que, cuanto más se da, recibiendo menos, mayor prueba de amor, y, por ende, mayor garantía de ventura existe.

—Perfectamente por una de esas dos partes, pero ¿la otra amaré por la persona, o irá al enlace matrimonial por la ventaja que le reporta?

—Si esa otra persona está adornada de las cualidades que ustedes han dicho, no vacilo en afirmar que irá al matrimonio por puro amor y aún me atrevo a asegurar que, en sus adentros, quisiera ver a la bien amada en el mismo plano inferior que él, solo por acallar la malevolencia del mundo y aún él asomo de que pueda dudarse de la pureza de su amor.

De todas maneras para eso es el noviazgo; para descubrir esas cosas; y ni V. ni su hija son tontos, que yo sepa.

—Mil gracias, pero en estas ocasiones todos necesitamos de los amigos.

—Y los amigos como nosotros, estamos para servir a todos.

—Vaya señores, si no hablo reviento. ¡Repollo! con la seriedad y metafísicas en que andan ustedes metidos. El médico dice que el novio no tiene tacha corporal, y el Pater segun mente afirma que no tiene pero en el alma. «Mens sana in corpore sano». ¿No se dice así? Los chicos se gustan:

dinero tiene V. para los dos. Pues, ¿qué más quiere usted? ¡repollo! ¿O vamos a estar regalándole el oído toda la mañana?

Cuando el Párroco se enteró de que el amado era Cundo, no pudo reprimirse y exclamó:

— ¡Bendito sea Dios! Bendito sea Dios que por tan ignorados caminos sabe preparar la dicha de los suyos. Enhorabuena, D. Manuel, enhorabuena. En bruto va, pero su hija se lleva un diamante de lo fino. Cosa superior. Ya puede V. dar gracias a Dios por el don que les ha hecho. ¡Mi Cundo! ¡Mi Cundo! Si tenía que ser, aunque nosotros ni lo hayamos imaginado, si las almas gemelas se atraen, se complementan, y el complemento de las virtudes de Nieves tenían que ser las virtudes de Cundo, como el premio de las virtudes de él, tenían que ser las virtudes de ella. Loado sea Dios que ha formado un hogar netamente cristiano, ahora que tanto escasean.

Y así continuó el buen señor admirándose, dando gracias a la Providencia, y poco menos que bajando a San José de los altares, para poner en ellos al futuro esposo.

Largo rato continuaron todos en los más nimios comentarios de tan inesperado suceso, y, después de mucho hablar, y pesar el pro y el contra de todas las soluciones, convinieron en que no vendría mal dar largas a la boda, sometiendo a pruebas el amor, y haciendo entre tanto que el mozo se fuera puliendo.

Para ello nada mejor que llevarlo a la capital, donde, con su natural despejo y muy pocas lecciones, poco habría de tardar en adquirir sino esa distinción y maneras aristocráticas que es difícil improvisar, a no mamarse, por lo menos ese barniz exterior, que da lustre a tantos políticos hueros, a tantos perfectos bodoques y a tantísimo aurífero asno.

El mozo solucionó todas las dificultades. Se le había metido en la cabeza sentar plaza, y con la suya se salió. No se le ocultaba cuanta distancia había de la persona de Nieves a la de él, y queriendo a todo trance acortarla por su propio esfuerzo, después de encontrarse primero con el médico, quien, dándole con los dedos en la barriga, le llamó «pillín», y luego con el Cura, que fué más explícito y le endosó un

sermón, oído con singular agrado y recogimiento; se fué derecho a casa de D. Manuel, y al hablar con el corazón en la mano, se retrató de cuerpo entero.

¡Y qué hermoso, y qué grande, y qué sublime lo vió don Manuel con gran contentamiento y regocijo!

Primero la sincera confesión de su pequeñez, de su nulidad. Luego la exaltación, que de Nieves hizo.

Para él era la señorita una cosa muy grande, muy elevada, inasequible. ¡Susarón! Eso: ¡¡Susarón!! Compendio de todas las grandezas por él conocidas, síntesis de todas las riquezas por él soñadas, amalgama y acoplamiento de todos los afectos en su corazón sentidos.

¡¡SUSARON!!! ¡¡Eso era Nieves para él!! ¡Y por eso ante ella se veía tan chiquito y tan despreciable! por eso, lo mismo que jamás pudo pensar que Susarón fuera suya, jamás pudo imaginar que llegara un día que lo fuera Nieves.

A seguido pintó el amor de su alma, y con su rudo lenguaje supo enternecer el corazón de aquel padrazo, que le oía embobado, pensando en que, dijera el mundo lo que dijera, el hombre, que tales cosas sentía, era el único digno de su hija.

Por fin con la altivez montañesa supo negarse discretamente a cuantas proposiciones le hizo D. Manuel, acabando por convenir que la abuela se iría con ellos, y que él marcharía también e ingresaría en el ejército. No hubo medio de convencerle de lo contrario.

—Sentiría que lo tomase a desprecio, que no lo es ¡recoimes!, pero lo que mucho vale, no poco cuesta: y yo que ahora no sé lo que me pasa, avergüénzome de sere como soy, y quiero hacer algo por merecere tan rica corona. Déjeme ¡coimes!, que también quiero yo que vea V. de lo que es capaz un hombre.

A más que, aunque ya me sé que no, porque hay veces que el corazón no engaña, quiero estare seguro de que todo esto no es una ventolera de la señorita, y así, atao en la milicia, ella, y yo, y V. tenemos tiempo de sabere más fijo lo que a todos nos conviene, aunque yo me pudra esperando el día.

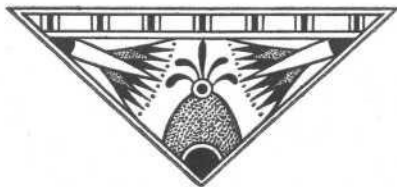
Miel sobre hojuelas eran para D. Manuel tan acordadas razones y de perlas halló cuanto el mozo dijo.

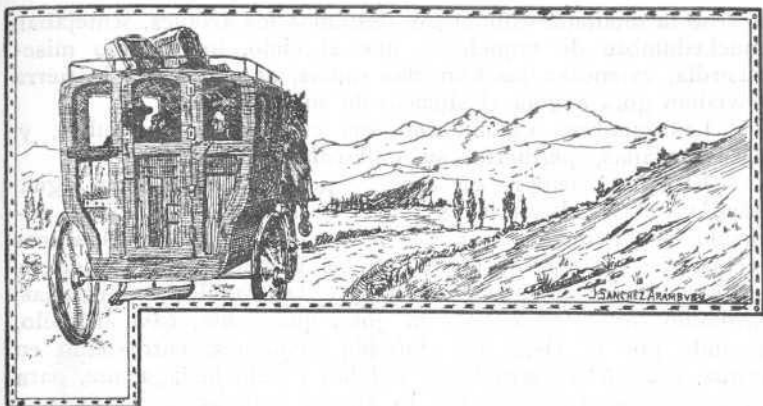
La que no estuvo tan reductible fué Nieves, pero todo lo dió por bien empleado, cuando supo que no tenía porque ocultar sus amores, puesto que oficialmente los aprobaba don Manuel, y más tarde o más temprano habian de terminar en boda, tan deseada ya en tan poco tiempo.

Al despedirse Cundo contestaba a una advertencia de D. Manuel:

—Si cumpliero fui siempre con los demás, que nada eran míos, abondo serélo pa la su hija, que ha de ser mi mujer, si Dios quiere.

Al amanecer el día siguiente, el camino de paja, con que los mozos de Lillo anuncian una nueva boda, veían las asombradas gentes que salía de casa de Cundo y, tendido por las calles más transitadas, entraba en casa de Nieves.





XV

¡¡Adiós la mi Montaña leonesa!!



PAISAJE sin luces, ni contrastes, ni contornos, ni colores era el de la Montaña. Adormilado, monótono, sombrío, moribundo paisaje.

Había huído el deslumbrante sol: la maravilla de aquel cielo de un azul prusia, no pudo atravesar el compacto espesor de las nubes grises, negras y plomizas, que cada día más bajas, de tristeza oprimían el espíritu.

De sus galanas vestiduras se vieron privados los arbustos. Una a una cayeron las amarillentas hojas de los árboles, y, después de gemir, zarandeadas por el vendabal, que tan pronto las amontonaba, restregándolas, como las esparcía mutiladas y crujientes, al quebrarse, teniendo el bárbaro placer de entangar la lozanía de otros tiempos, convertidas en hediondo abono, morían las que tan efímera belleza disfrutaron.

Si por acaso la niebla y la lluvia por entre su fino cendal

acuoso la montaña esfumaban, desnudos los árboles, semejaban muchedumbre de esqueletos, que al cielo, implorando misericordia, extendían las húmedas ramas, al par que a la tierra enviaban gota a gota el silencio de su desamparo.

Las cumbres escondieron sus crestas en las nubes, y, así truncadas, perdieron su gallardía.

El agua, siempre el agua, y por todas partes el agua, añadía nueva tristeza a la universal tristeza. Resbalaba puliendo las negras peñas de la sierra; negreaba en las hocas techumbres de paja; sudaba en las fachadas de los pétreos edificios: insensiblemente corría por las canales de las tejas, tardando siglos, en formar la gota, que, lenta, caía al suelo, seguida por la vista del aburrido montañés, entretenido en mirar, cuando se formaba, y bajaba, y caía la siguiente, para volver sus cansados ojos a lo alto, y esperar se formara, y bajara, y cayera, otra... y otra... y otra...

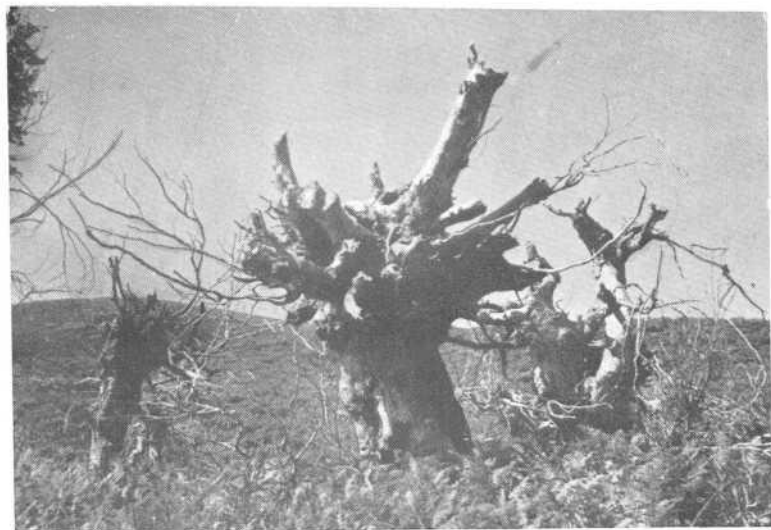
El agua, siempre y en todas partes el agua, cayendo con desesperante lentitud y machaconería insistente. El agua hinchando las maderas de los carros, los postes de las bestechas, las portilleras de los prados, las puertas y ventanas, quejumbrosas, al abrirse chirriantes; alisando el indómito pelo de las reses vacunas, de los perros de ganado, de las montarares cabras: lamiendo la pizarrosa caperuza del torreón, el hierro de los aperos de labranza, los vaheados cristales: empapando el vellón de las ovejas, introduciéndose en las casas, para empapar las ropas, y subiendo a las mismas alcobas, para empapar también las mantas y las sábanas.

El agua, siempre el agua y en todas partes el agua. Lenta, fina, invisible, monótona, tediosa, cayendo, cayendo, cayendo una hora y un día, y otro... y otro... y otro...

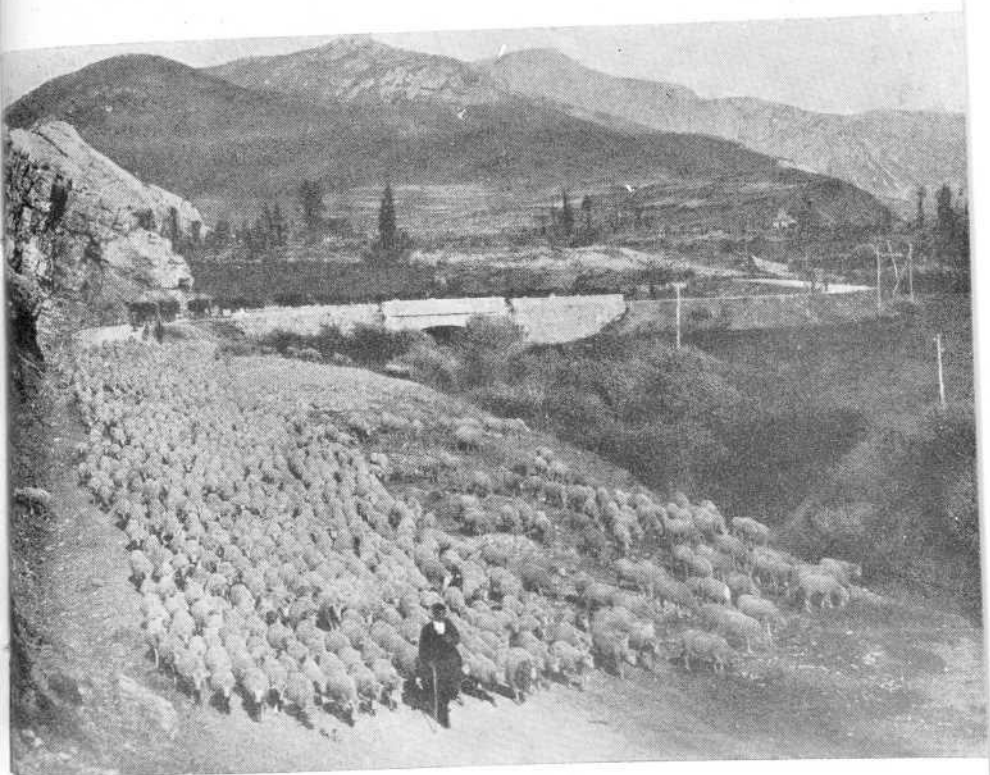
Las nubes, bajando cada vez más sobre la aldea, tocando el mismo lodazal del suelo, por doquiera extendían la tupida gasa de su neblina, ocultando no solo la ingente grandeza de las montañas, sino la pobre humildad de las vecinas viviendas.

Los rapaces tras los cristales, miraban horas y horas formarse y deshacerse las fugitivas burbujas en los charcos. Los hombres asomándose de vez en vez, murmuraban abatidos: —*YA CERRO.*

En uno de esos días insoportables se alteró el fúnebre



...muchedumbres de esqueletos... (pág. 320)



...marcháronse las ovejas! (pág. 321)



...la purísima nieve... (pág. 331)

silencio. Sonaban monorrítmicos unos esquilones, que se acercaban; latían sin fuerza los perros; asomó en la plaza la triste empapada silueta del zagalillo, seguido de tres hermosos ejemplares de carneros, tras los cuales las ovejas, muchas ovejas gordas por el pasto del Estío, voluminosas con la riqueza de su lana, pero chorreantes, mústias, llenas de cansera caminaban pausadas. De tres esqueletos de mastines crujían los huesos, al andar, y los pacientes burros con la resignada cabezota baja cerraban el tétrico desfile, llevando sobre sus lomos carga de sartenes, cántaros, cazuelas, almohadas y ropas, cubiertas por el toldo impermeable, sobre el que resbalaba el agua, cayendo también lenta, monótona, tediosa.

Al fin, el rabadán, vestido de piel de oveja, apoyándose trabajosamente en el cayado, adusto el rostro, daba la orden de alto con un silbido largo y doliente. Tras el pastor la rapazona de recios zapatones, lánguido mirar e inexpresivo rostro, se estremecía entre las ropas, bajo el ceñido mantón y la astrosa tela impermeable, que de cabeza a pies la cubría. Las ovejas no se acostaron, cual en Junio. A pié firme esperaron que los pastores calentaran el estómago, y la triste caravana, empapada en la tozuda agua del ambiente, carretera abajo empezó su caminata, mientras en todas las cocinas, resignados, caídos, mediatibundos y angustiados gemían los montañeses: — ¡*Fuéronse, niñas, marcháronse las ovejas!*

¡ En días como éstos el médico, recién llegado al pueblo, aprendió a tocar el acordeón a los cuarenta años de edad! !

En estos días se acabaron de recoger las patatas, y de abonar los prados, y de traer la hoja, y de acaparar la leña, y de completar la sucia baraja.

Los troncos ardían en el llar, llorando la savia, que hervía, al salir. En las casas de los pobres la siniestra tea de pino se quemaba en el teero, ahumando el aposento, llenándolo de tan pavorosas luces y sombras que los rostros parecían seres de brujería y hechizo.

Comenzaban los filandones, y en ellos se proseguían interrumpidos asuntos de bodas, hijuelas, partidas y negocios, que las duras faenas de la recolección no dejaron discutir. Recitábanse romances de moros, caballeros y príncipes.

cesas encantadas; proponíanse adivinanzas; leíanse periódicos y revistas atrasadas, y de vez en cuando la sempiterna monotonía se interrumpía por el molestísimo picor de garganta, el llorar de ojos, la pertinaz tos, que a todos producía el «humiazo», hábilmente escondido por los mozos. Aquel endemoniado tufillo de las brasas, mezcladas con el pimiento, el trapo y las raspaduras de cuerno era capaz de ahogar al más sano, y apenas se percibían los primeros síntomas, echábanse con gran algazara los circunstantes a buscar el maldito cacharro, que de estampía hizo salir a la calle a los desgraciados anémicos y asmáticos.

Huyeron para Nieves los regocijados días de las excursiones. Ni bebía ya la cristalina agua de la Fom-pernal, ni gozaba de la soledad y frescura de la fuente del Obispo, ni partía la tortilla cabe las nemorosas umbrías del Yarga, ni veía formarse y correr el prodigio y la abundancia de Fontamosa, brotando a borbotones por cuantos resquicios en el talud buscó, y reuniéndose después, para formar el río más juguetón, y fresco, y saltarín, de la montaña.

Ni siquiera disfrutaba la joven de la cercana y en pasados días deliciosa sierra, tan hostil ahora, como amable poco antes. En los vasitos que de búcaro sirvieron, donde todos los días morían y se renovaban las más olorosas y delicadas florecinas, apenas si de tarde en tarde, secábanse los pétalos de otras pálidas y sin vida.

Eran interminables las horas. La imperceptible borrina seguía cayendo implacable y tediosa. Todo estó que en los ánimos producía terrible depresión, pasaba por el espíritu de Nieves, sin ocasionarla el más ligero aburrimiento, y semejante al poeta que porque la vida se le puso triste, no veía en pleno Estío las bellezas de la Naturaleza, que antes cual nadie cantó, así ella, por la razón contraria, saturada de alegría, no lloraba el luto de los árboles y las flores. Hallábase inmune de amarguras, tristezas y nostalgias.

Recluída en casa, su tiempo repartía, cuidando los jilgueros en sus jaulas, riñendo al gajo de vistosas plumas por sus incorregibles raterías, repartiendo el grano, que insaciables devoraban las aves del corral y los desvergonzados gorriones de los aleros, únicos seres, que se atrevían a afrontar la crudeza de aquel terrible invierno.

Leía más que antes, y, cuando los cansados ojos separábase del libro, aún encontraban motivos de distracción en seguir los caprichosos giros de las llamas oscilantes, que contemplaban tantas miradas aburridas.

Al llegar a la montaña, cuando la alegría era patrimonio universal, y reían las fuentes, los arroyos, los ríos, los prados y las flores, solo ella estaba lánguida: ahora que los pájaros huyeron, y secáronse las corolas, y pudriéronse las hojas, y todo languidecía, y todo lloraba, solo ella se henchía de felicidad y venturas. Y es que, a despecho de bellezas y de paisajes, la alegría, o la aflicción no están en las cosas, ni en los seres, sino en nuestro mismo espíritu. ¡Las llevamos en el alma!

Por esto Cundo, que al acercarse el invierno, ni con su misma juventud moza había logrado jamás sustraerse al universal abatimiento, estaba ahora gozoso, loco de felicidad. Era más vivo su andar, expresivos los inocentes ojazos, y él, tan de suyo retraído, hasta se permitía inusitado gracejo en su ya no escasa conversación. Cantaba, al levantarse, y al trabajar, y al comer, y al entrar, y al salir; y hasta soñando cantaba.

Cantaba y soñaba.

Unos sueños muy largos, muy dulces. Unas veces se le aparecía sonriente la Virgen de las Nieves, que le mostraba el Divino Niño: otras se le presentaba una bellísima princesa, rodeada de brillante corte, a la que eclipsaba en joyas y hermosura. La encantadora princesita paseaba sus ojos por los apuestos jóvenes, sin que, apesar del constante mariposeo de los melosos galanes, fijara su vista en alguno, hasta que allá a lo lejos le veía a él, a Cundo, aislado, pobremente vestido, y entonces se animaba el rostro de la princesita, mirándole a él, y sonriéndole amorosa...

En ocasiones percibía una música dulcísima, que le enajenaba, el arrullo de la tórtola, el suavísimo olor de las flores de un jardín... y las flores olían cual Nieves, y el arrullo y la música sonaban como la charla de Nieves, hasta la princesita ¡qué cosas!; tenía el rostro de Nieves y más que todo miraba, cómo Nieves le miraba a él, ¡a él sólo! ¡La Virgen no era cómo Nieves, pero se le parecía tanto!... y el Niñín era tan guapo, tan divino, tan juguetón... hacía cada

monadina, que era como para morir de santo gozo. Una vez cogió con sus manecitas el rostro virginal de su madre, y mostrándolo a Cundo, risueño le dijo:

—Tu novia se llama Nieves, como mi madre, y la quiere mucho, y mi madre quiere a tu novia, y te quiere a tí, porque tú nos quieres a los dos, ¿verdad?

Ello era que Cundo se despertaba siempre con el nombre de Nieves en los labios, y con el pensamiento de la amada en el alma. Así corrían para él tan rápidas las horas, como lentas para los demás: tan pausados los días para sus convecinos, como veloces para él: tan lúgubres para todos, como alegres para el elegido.

Sobre todo, cuando, al cerrar la noche, reuníanse en la cocina para el filandón, a mieles y a poco le sabían las cinco horas interminables. La velada comenzaba invariablemente con el rezo del Santo Rosario, que dirigía una cansina vieja, sin que se hartara a lo último de rezar Padrenuestros: «A las Animas; a San Antonio, que nos guarde el ganado; a Santa Bárbara, que nos libre de rayos y centellas; a las obligaciones y difuntos de los presentes, etc., etc.».

Acomodados ya, unos encima de la «gloria» con la resobada baraja entre las manos, en los escaños otros con el periódico, la navaja y el trozo de madera ellos, ellas con la puntilla, si eran jóvenes, o la rueca, si de los cincuenta pasaban; sentado Cundo frente a Nieves, ni escuchaba los más interesantes romances de la tía Tanasia, ni reía las agudezas del socarrón Gapo, ni siquiera sacábanlo de su muda admiración las voces de los tramposos de la baraja.

—¿Pasmástete chacho?—decía uno.

—Bien pasmáo está, que la moza merécelo bien—replícabá otro.

Nieves agradecía sonriendo.

—Bien hayas tú, niña, y bien hayan tus hijos y los hijos de tus hijos, si Dios te da esa corona. Mira, prenda amante, así el Señor nos salve a todos los presentes, amén, como que si tú das mucho, no es poco lo que recibes, ni es paja la que llevaste de esta montaña, sino trigo, y trigo bien limpio,

—¡Recoimes! cálese, si quiere, sino la vuelvo él cenorro pa arriba, y así no gutirá. Yo nada valgo, pero no tengo otra cosa mejor que darle que la mi leal persona.

—No te enfades, Cundo, por trigo limpio te escogí yo, y razón lleva la tía Tanasia.

Al mozón se le subió toda la sangre a la cara, estando a punto de desvanecerse de ventura. Que le floreciera la tía Tanasia, pase, pero que allí delante de todos confesara su chifladura la mismísima Nieves era mucho gozar, para no ruborizarse. Estaba visto que en aquellos amores, tan aplaudidos de todos, él hacía de mujer y ella de hombre. Aunque la quisiera hasta morir, bien poco era, para lo que la amada merecía. A la tía Tanasia y a los demás se les centuplicó la alegría, viendo la magnitud de tan desinteresado amar.

Nieves seguía embelesándolos.

—Sí, niño, como decís aquí. Lo nuestro es cosa de la Virgen de las Nieves, y, por Dios, mozinas, no os caséis más que con aquel a quien queráis con toda el alma, e igual os quiera a vosotras, sin fijarse nadie en si el uno tiene seis parejas, y la otra solo dos. Ya lo véis, yo me caso con un pobre, pudiendo casarme con un rico, pero malditas las riquezas, si el rico no me da la felicidad, que yo espero de mi Cundo.

Y no me avergüenza el decirlo; que el amor honrado no es delito. Casaros por amor y no por interés, amigas mías queridísimas. Si así no es y Vds. los padres buscan de verdad la ventura de sus hijas, no las dejen casarse, o mejor dicho venderse por unos cuantos animales.

Y ahora que marchó mañana, y por esto hay más gente en el filandón, quiero deciros que volveremos, y haremos aquí una casa que será la casa de todos, porque la hemos de hacer con las puertas bien grandes, y las hemos de tener siempre bien abiertas, para que entren todos por ellas, todos ¿verdad, Cundo?, hasta los pobres, que en nuestra mesa tendrán siempre un plato, que será de ellos, solo de ellos y no nuestro.

Sólo así puedo yo corresponder al cariñazo que ustedes me tienen, y que yo les he cogido, y más que nada sólo así puedo mostrarme agradecida a la felicidad, que aquí encontré.

—¡Rediezla, si no fuera por el natural de la cobardía, la daba a V. un abrazo!

—Pues venga, tío Periquín, —dijo Nieves, plantándose en medio de la cocina con los brazos bien abiertos.

—A las tres, señorita ¡ahí va, rediezla!—y no sólo la abrazó, sino que le dió un sonoro beso.

—Dale otro por mí, niño—le dijo su mujer—, que bien merécelo, quien así parla.

Sonó otro y sonaron, roto el fuego, muchos más, porque todas la abrazaron. El tío Periquín, limpiándose furtivamente las lágrimas decía a D. Manuel:

—¿Se acuerda de la trucha?

—Ya lo creo, buen ojo tienen y listos son Vds. Acertó, acertó. Ahora me toca hablar a mí, y decirles, como mi hija, que nuestra casa, será la de Vds. Yo compraré mis prados, trocaré Astréa por Ceres, y, libro en mano, porque sólo él es el maestro, enseñaré a abonarlos y a renovar semillas. En el plano de mi casa el Arquitecto dibujará higiénicas cuadras y en ellas aprenderéis a cuidar el ganado, a seleccionarlo, a sacar de él el mayor producto, eso es, el mayor producto.

Fabricaré quesos y mantecas, y os mostraré la presentación que debéis darles, porque es una vergüenza que, siendo nuestra ganadería leonesa una de las mejores del mundo, tan desconocida se halle que nadie sepa apreciarla en cuanto ella vale, que es mucho, ¡caramba!, que es mucho.

No hay terneras como sus terneras, ni sementales vacunos, cual los suyos, ni manteca como su manteca, ni quesos como sus quesos. Tan buenos son que, no obstante hacerse lo mismo que los hacían las abuelas de vuestras abuelas, aun se codean con el Rochefort y demás hermanos extranjeros, que se disputan el dominio de nuestras españolas mesas, cuando los nuestros pueden vencer a los ajenos en su misma tierra.

De tal manera haré mi casa que para vosotros será granja agrícola, donde podáis aprender lo que otros os debieron haber enseñado. Así y sólo así se hace patria, cual dicen los modernos. No sois vosotros los culpables, no, que bien os conozco, y buena voluntad tenéis y dispuestos estáis a salir de vuestro marasmo, y luces y talento más que suficientes hay en vosotros, para asimilaros, y hacer vuestros, y llevar a la práctica los adelantos de la actual teoría agrícola. Pero ya se ve, ocupados en medrar políticamente cuatro sinvergüenzas, no se acuerdan de vosotros, de la verdadera riqueza española, más que para pedirnos el voto y cobraros las contribuciones.

No véis al Estado como padre, sino con la cara dura del recaudador, y esto tiene que acabar de una vez para siempre, ¡pues no faltaba más!

D. Manuel, por la fuerza de la costumbre, pasó de la sencillez de la conversación familiar al aparato de las galas oratorias, y, metido ya en este terreno, se exaltó en tal forma que de bruces dió en lo mitinesco.

Tan grande era su autoridad entre los suyos, y tan patentes las crudas verdades, que de su boca salían atropelladas, que los perspicaces montañeses rompieron su sempiterno mutismo, tronaron contra los malhadados políticos, mostraron ansias de redención, y airados y fieros, pedían, exigían justicia, moralidad, legislación, amenazando con no pagar las contribuciones y fomentar cualquier algarada de los mineros, si no se les atendía en un plazo perentorio.

Ellos pondrían gustosos todas las fatigas de su rudo trabajo, levantarían las cargas del Estado, cumplirían las leyes, llegarían hasta el sacrificio en pro de la amada patria, porque aún no estaban maleados, pero si hartos de abandono, e injusticias y agiotaje, y recomendaciones, y orfandad. Que les dieran la mano, pero pronto, pronto, sino ellos por la suya, se tomarían la justicia que incúamente les robaban.

Se iban dando cuenta de que eran los más y los mejores, sabían su fuerza y ellos, los tímidos, los cobardes, los parias, los ilotas, surgirían contra los poderosos, y... ¡ay del día! en que con sus guadañas comenzaran a segar las malas yerbas del nepotismo, empleomanía, caciquismos, filtraciones, y demás plagas de la mal llamada política española!

Que nos enseñen, que no nos dejen solos; queremos escuelas, granjas agrícolas, veterinarios e ingenieros de montes, que hagan algo más que venir de año en año a señalar los pinos de la corta. Que trabaje todo el que cobre: que todos cumplan con su deber, como nosotros cumplimos con el nuestro.

Aquello se ponía fiero, y aquellas voces y aquellos chispazos no estallaban solo en Lillo. El autor los ha oído muchas veces en los más apartados rincones de la Montaña, los oye cada día con más frecuencia y más airados; ve muy próximas a estrecharse las callosas manos del labrador y las negras del minero. *¡Que lo sepan quienes deben no ignorarlo!*

—Calma, hijos míos—decía D. Manuel, algo arrepentido de haber prendido aquel fuego—calma, que si con razón os quejáis, aún puede llegar a tiempo el remedio, y no faltan hombres, que lo buscan con buena voluntad.

—Pues que venga ¡rediezla!, y que cuando se levanten a habláre en la casina de las leyes que el nuestro diputado hable de lo nuestro, y el otro de lo de los otros, pero que no nos amuelen más con la política. Que vengan aquí los señoritos a aprendere de nosotros, y disimule la fachenda, don Manuel, pero V. lo ha visto; cuando nos juntamos en la casa del toro, el nuestro Concejo no habla más que de cosas del común. Pues que hagan ellos lo asemejáo ¡rediezla!

Eran las once y despidiéndose con más tristeza que de ordinario, calzadas las almadreñas, salió cada cual en busca del mísero lecho, recibiendo en pleno rostro el latigazo helador de la borriña.

A D. Manuel le pareció que el lento choclear del hierro en el barro aguachinado semejava el canto funeral de la honrada y creyente raza, que moría abandonada entre los riscos del desierto.

El día siguiente amaneció más nublado, más tristón, más frío, más lluvioso.

A las dos en la carretera esperaba el fementido armatoste, enganchadas las huesosas bestias, al lado de las cuales la mujer seca, angulosa, tostada, envuelta en trapos y más trapos, temblando de frío, ansiaba el final de aquella despedida larga, silenciosa, apesarada.

Allí, se veía a todo el pueblo, encogido, serio el ceñudo rostro, tiritando entumecido. Todos eran iguales, jóvenes y viejos y mozas: todos curtidos, secos todos, sarmentosos, con el lánguido mirar en la apagada vista, la inacción en los áteridos miembros, el estremecimiento en el castigado cuerpo.

Nieves no lograba desasirse de los brazos, que la apretaban, y en más de una ocasión trabajosamente logró reprimir el grito de dolor, que le arrancaba el apretón de manos de algún mozo. La pizpireta señorita por primera vez en muchos días veía nublarse su habitual regocijo, y aquel corazón, tan amante de sus prójimos, se angustiaba con una despedida tan honda, tan triste, tan silenciosa. Nadie la

hablaba, oprimíanla entre sus brazos, manchaban su rostro con el llanto, reteníanla gran espacio de tiempo sollozando, y a lo sumo quedas musitaban a su oído: — ¡Adiós queridina!

— ¡Que la Virgen de las Nieves te acompañe, mi alma!

— ¡Ay niña, que el Señor te guarde ese corazoncín de oro, y que El te libre de todo mal.

La tía Sinda iba alelada; ni se dió cuenta de lo que en su redor sucedía. Abrazó, lloró, besó, volvió a llorar, a abrazar, a besar a todos, a todas, sin que supiera a quien besaba. La arrancaban a sus años de entre los suyos, un profundo amor insospechado brotó impetuoso y repentino de aquel apagado espíritu.

Hubiera querido tener en aquel instante además de las personas, los seres todos del pueblo, todas las vacas, las ovejas todas, todas las cabras, y las fincas, y los ríos, y los peñascos, y las fuentes, y las truchas, para meterlo todo con ella en el coche y llevárselo al fin del mundo, que ella fuera; más no pudiendo lograrlo, vuelta a la peña, que la niebla ocultaba, exclamó con cascada voz del otro mundo:

— ¡¡Susarón, Susarón, adiós para siempre!!

El ecuaníme D. Manuel tampoco andaba muy seguro de su conocida ecuanimidad. Apretó fuertemente muchas callosas manos, dió no pocos abrazos, algún que otro beso, y a todos y a sí mismo consolaba diciendo:

— No lloréis; si hemos de volver. Pues no faltaba más.

— ¿Vamos ya? que nos arrecimos.

— Vamos, vamos. Arriba.

La tía Sinda, no teniendo ya a quien abrazar se abrazó sollozando a Nieves y así, abrazadas, subieron al coche, llevando en sus vestidos los primeros copos de la nieve.

D. Manuel, resfriado y entumecido, metióse dentro, subiéndose el cuello del gabán, y apenas acomodado en el asiento, echó el busto noble fuera gimiendo:

— Adiós, hijos míos, os llevamos en el alma.

Al mismo tiempo la mujer tostada apenas silabeó. Anda, Califa—y las ateridas bestias enderezaron la cabeza, despaciosamente estiraron los entumecidos miembros, y comenzaron a arrastrar penosamente las maderas y hierros, que rechinaban dolientes, apagando con su ruido el débil cascabeléo de las colleras.

De entre las sombras galopando en brioso caballo apareció un jinete, que en medio de la desolación y luto universal, dió la nota alegre, gritando: — ¡Adiós, vecinos! ¡Viva la Virgen de las Nieves!

Nadie contestó. Era mucho el dolor y la angustia de los oprimidos y nobles corazones.

Al arrancar el coche, parecía se llevaba algo muy hondo del alma de todos. Lloraban en silencio. La finísima lluvia se convertía en heladora cellisca de nieve, que el rostro quemaba. De blanco se cubrían los negros mantones de las sarmenosas mujeres, sin que de nada sirvieran los abiertos paraguas. El vendabal rugía cada vez más airado. El aullido de los lobos, el fatídico graznar de los buitres y cornejas, el melancólico mugir de las vacas en los establos, eran lúgubres notas, que ponían espanto en el ánimo más esforzado.

Todo estaba medroso: todo triste con la tristeza de una muerte silenciosa y lenta, cual un nocturno de Chopín.

Ni siquiera tuvieron los afligidos montañeses el consuelo de seguir el carruaje con la vista. A los pocos metros la densa neblina les ocultó, y, sin hablarse, lentamente, con los ojos humedecidos aún por el llanto, acompañados del chocle... chocle... chocle... de las madreñas uno, a uno, fueron desfilando todos, cual negros fantasmas.

Sólo el Párroco quedó allí, en medio, recibiendo en pleno rostro el azote gélido de la cellisca y exclamando ahito de amargura: — ¡Adiós, mi Montaña! ¡Adiós la raza de la tía Sinda, sufrida y honrada mujer leonesa! Ya nadie hilará con tu rueca, ni cocerá pan en tu horno, ni mazará en tus odres, ni cortará escarpines, ni pelará hoja de roble, ni echará remontas en el sayal de los calzones, ni sobará tus quesos, ni escarmentará la lana, ni devagará el lino. Contigo se van la rueca y el huso, la estameña y la retorta, la boteja de la leche y la cazuela de las migas, la manteleta y la saya, y ¡oh dolor! hasta el rosario se va contigo... ¡Adiós, mi Montaña, marchó la tía Sinda y marchó mi Cundo! Ya nadie rondará, como él rondaba; ni tocará su tambor: ni subirá a ponerle ramos a la Virgen, ni rezará el Padre nuestro en la taberna, ni lucirá su fuerza y su maestría en los aluches, ni será tan firme y tan casto en sus amores, tan sobrio en sus comidas, tan duro en su trabajo, tan resignado en su vivir, tan senti-

mental en sus canciones, y ¡ay! tan devoto en su Parroquia.

¡Se van, se van, mis honradas costumbres montañesas... y me dejan solo con mi Dios!

Cerró en nieve. Rugía y más rugía el vendabal, azotando el bástigo. Al volver el sacerdote la esquina de la Iglesia una encallejonada y furibunda ráfaga lo envolvió en su capotón, dando con él contra el suelo, a tiempo que la campana, movida por el terrible ímpetu del huracán lanzaba único sonido fúnebre, doliente, que en las almas de los infelices vecinos suscitó pavorosas ideas de hechizos y brujerías, o ánimas en pena.

El buenó del sacerdote se removía en el lodazal, levantándose al fin, para decir:

— ¡Dobla, dobla, campana mía. Tú sola lloras conmigo la muerte de mi Montaña!

Y sucio, como estaba, chorreando, enfangado, penetró resueltamente en la medrosa Iglesia, llena de sombras, entre las que debilísimamente a ras de suelo moría, temblando en el aceite, la luz de la lámpara del Santísimo.

El angustiado sacerdote dejose caer de rodillas a la entrada del presbiterio: oyóse un golpe sordo, que tristemente retumbó en la nave: chirriaron lúgubres las maderas del inseguro pavimento: chisporroteó la lucecina: con furia azotaba el vendabal los cristales de los estrechos ventanos: y, al mismo tiempo que el apesadumbrado Presbítero, cual ser del otro mundo, con el capotón extendido y los brazos en cruz, clavaba su vista en el Sagrario, los viajeros, al pasar por la ermita de las Nieves, rezaban fervorosos como él.

¡Oyelos, Señor! ¡Guarda la fe de mi leonesa Montaña!

Al salir el Párroco del templo la purísima nieve uniformábalo todo. Solo la siniestra boca negra de las minas carboníferas rompía la virginal blancura. El silencio y el letargo eran los moradores de la Montaña...

Puebla de Lillo. Veranos de 1918 y 1919.

Significado de palabras usadas en Pueblo de Dios
y sus alrededores en esta zona

Diccionario

Significado de palabras usuales en Puebla de Lillo y empleadas en esta novela ⁽¹⁾

A

***ABASTO**.—Tiene una significación mucho más amplia, distinta a las tres dadas por la Academia. «Dar abasto» es dar a uno lo suficiente de cualquier cosa, sea trabajo, sustento, dinero, etc., etc.

***ABATE**.—Quítate, sepárate, márchate.

***ABONDO**.—Suficiente, bastante.

***ADMINISTRAR**.—La Academia en la cuarta acepción de este verbo dice que es «dar a un enfermo el Viático, o el Viático y la Extremaunción». En Lillo sólo se dice del Viático y no de los demás Sacramentos.

***AGUANTAR**.—No se conoce con el significado de sufrir, sino con el de apresurarse, correr, ir de prisa. Muy pocas veces se usa con el de sostener, sufrir pesos, resistirlos.

***AGUIJADA**.—Más común aijada o ijada. El significado de la Academia.

(1) Las voces que llevan asterisco se encuentran en el Diccionario de la Academia, pero con significación distinta a la de la Montaña leonesa. Las restantes no están en dicho Diccionario, pero el autor con toda honradez afirma que son de uso cotidiano en Puebla de Lillo, y que todas ellas están contrastadas y depuradas varias veces por el mismo. Más que para inteligencia del texto, se insertan, porque merecen ser recogidas, siendo la mayor parte muy hermosas, muy castellanas y muy gráficas. Se habla muy bien en la Provincia de León.

***AFIAR.**—Es completamente distinta de la acepción de la Academia. Ni remotamente se conoce en el sentido de dar a uno fe. Afiar es salir en defensa de alguno.

ALBANDO.—Del verbo albar, pero solo se usa en el gerundio. Está albandando la manteca, sebo, aceite, cuando puestos al fuego comienza la ebullición.

ALUCHE.—Lucha parecida a la moderna Greco-Romana. Es antiquísimo el aluche en las romerías, donde uno o varios pueblos desafían a otros. La fiesta completa es el aluche.

A MODO.—Espacio, poco a poco, con cuidado.

AMOLARSE.—Fastidiarse. El verdadero significado en la Montaña está en la siguiente locución: «Amuélate», es decir, «me alegro que te suceda el mal que te buscaste». Como verbo activo significa incomodar, fastidiar a uno.

***AMOROSO.**—Concuerta con la cuarta acepción, que le da la Academia. Agradable, templado, bonancible, suave. Se aplica a las cosas, por ejemplo, hoja amorosa, habitación amorosa, día amoroso, manta amorosa.

***APANDAR.**—La diferencia entre la significación de la Academia y la de la Montaña está en que la Academia la aplica indistintamente, y en la Montaña se aplica sólo a las pequeñas raterías.

***APAÑAR.**—Reunir con el rastro o aparvar la yerba segada y en disposición de ser recogida en la tenada.

***APARAR.**—Dice la Academia «acudir con las manos o con la capa, falda, a parar o coger alguna cosa. Juzgamos más expresivo el sentido, que se le da en la Montaña. Aparar es coger en el aire un objeto, que a uno se le echa. Estaría muy mal dicho: «apara esa sartén de la lumbre». En cambio está muy bien dicho: «apara esa manzana, que te tiro». Aparar el que recibe una cosa, que le tiran por el aire.

APATUSCAR.—Tiene dos acepciones. La más conocida es la de robar cosas de poco valor, igual que apandar. La segunda es aporrear a uno, venciéndole.

***APURRIR.**—Lo supone la Academia provincialismo de Santander, y le da el significado de: «alcanzar algo y darlo a otro que está apartado». Quizá sea así en Santander. En León donde se usa muchísimo, acaso más que en Santander, apurrir es poner un objeto al alcance de uno, no entregándoselo, sino acercándoselo de manera que él por sí pueda

cogerlo. Y así, sentado uno en una mesa y no alcanzando a coger un objeto situado en el otro extremo, si quisiera que se lo diesen en la mano diría: «dame eso», si quiere él cogerlo por sí, dirá «apurreme eso», y el otro no se lo dará, sino que sólo se lo acercará, para que él lo coja.

*ARBEJO O ARVEJO.—Es el mismo arvejo, que define la Academia, diciendo que es: «garbanzo de Asturias, parecido a la arveja, y más pequeño y duro que el de Castilla». Eso es, pero añadimos que quizá más que garbanzo de Asturias, sea de la Montaña de León, puesto que allí se siembra más y es el alimento más común.

ARCA.—(Boca del) El estómago.

ARMANTES.—El conjunto de todos los suplementos (celleras, latillas, rabera), que se ponen al carro ordinario, para la faena de la recolección de la yerba, a fin de que así pueda llevar más carga.

ARRAPIEZO.—Apelativo cariñoso, que significa chiquillo trastuelo y listo.

*ATARUGARSE.—Una de las acepciones dadas por la Academia es: «hacer callar a uno, dejándole, sin saber que responder». En la montaña leonesa no es esto, sino «cortarse, azorarse, confundirse, quedar callado, no porque lo dicho por el contertulio le deje a uno sin saber que contestar, sino porque la vergüenza del que habla, o el respeto a la persona, con quien se habla, o el temor a lo que va a decir, le imponen a uno y le infunden miedo. Es decir se ataruga uno por impresión propia, no por imposición ajena.

AVENTAO.—De aventar. Venir o ir aventao es «llegar o marchar corriendo, para oír, recibir o hacer algo que le interesa a uno mucho, y es de gran agrado.

B

*BANDA.—Lado es la significación que da a esta palabra el Diccionario de la Academia, y, entre tantas frases como escribe con la palabra banda, faltan las de «irse a la otra banda», equivalente a morir, y conocida de todos, y la de «marchar para la otra banda del mar», que en la Montaña significa emigrar precisamente a Cuba o a la República Ar-

gentina. Cuando se emigra a otro sitio, no se emplea la frase, sino que se expresa el lugar a donde se va.

BARAJONES.—Ni en el Diccionario de la Academia, ni en ningún otro lo he visto y es conocidísimo. Los barajones son unas tablas de dos o tres cuartas de largo por doce a quince dedos de ancho, que, ajustadas al calzado, sirven para andar sobre la nieve, en la que por la anchura del suplemento al calzado hay más dificultad en hundirse.

BÁSTIGO.—También desconocido en los Diccionarios. Vendabal de nieve o cellisca, que azota los edificios, aplicándose principalmente a los deterioros hechos por su azote contra las ventanas, puertas y balcones.

BECEA.—Ganado, que está en el pasto. Turno que se guarda en el pastoreo del ganado de un pueblo, y en virtud del cual cada vecino cuida en el pacerero el ganado de todo el pueblo durante los días que le corresponden, según el número de cabezas que posee. De aquí las frases: «estar con la becera»: «tocarle a uno la becera de los jatos, de las cabras, ovejas., etc., etc.».

BERRAR.—Berrear.

BESTECHA.—Soportal, cobertizo o sencillo techado, que hay en todos los corrales de la Montaña para que el ganado, el carro, los instrumentos de labranza estén bajo cubierto.

BIENDICHOSO.—Difunto, a quien se supone gozando de Dios. Es general dar este nombre a todos los difuntos.

BODEJO.—Escoba hecha de piorno, retama, árgoma u otro arbusto y que sirve principalmente para barrer las eras.

BOLERA.—El cuadro o sitio donde se colocan los bolos, que son nueve, más el llamado «cuatro». También y con más propiedad se llama a este espacio ocupado por los bolos «castro», y «bolera» a todo el terreno, que se precisa para jugar.

***BOÑIGA.**—Excremento del ganado vacuno y de otros animales, dice la Academia. Lo primero es exacto, lo segundo no, y aun pudiera ponerse el reparo de que en la Montaña leonesa boñiga no se dice más que cuando el excremento del vacuno está ya seco.

***BOQUERO.**—Boquera dice la Academia que es la ventana por donde se echa la paja al pajar. Boquero es en la Montaña la ventana por donde se echa la yerba en la tenada.

***BORRINA.**—Provincialismo asturiano, dice la Academia, afirmando que es «niebla densa y húmeda». Eso no es borrrina, eso es *orbayo*. Borrina usado en León más que en Asturias es la cellisca de nieve menuda o llovizna semicongelada. Siendo esto se explica que se use en León más que en Asturias, porque más inclemente es el clima leonés que el asturiano. Si en Asturias se usa la palabra, seguramente que es sólo en la parte montañesa, que confina con León. Lo clásico de León, es borrrina, lo clásico de Asturias, es orbayo. El *orbayo* asturiano es el *cierzo* leonés, la *niebla* castellana, la *boira* navarra, el *sirimiri* bilbaíno.

La borrrina es algo más. A todo esto añade el fiero lancetazo de las finísimas agujas de la nieve congelada y empujada por el viento contra el rostro. A buen seguro que si una vez sola borrrinara sobre mis lectores, en la vida olvidarían lo que es borrrina.

BOTEJA.—Pequeña olla de barro, a la que en la parte inferior se hace un agujero llamado *del diablo*, por donde la leche, recogida en la olla para natarse, suelta el suero, o líquido allí llamado *dibura*.

C

***CABECEAR.**—(el día). Declinar la tarde, oscurecer. Es una frase muy leonesa y corriente.

***CABRUÑAR.**—El mismo significado de la Academia.

CACIDA.—Batería de cocina, que hay que fregar, por haberse ensuciado con la comida. Y así cacida es todo, pucheros, fuentes, platos, cubiertos, vasos, en fin todo lo que se ensució con la comida. Y es cacida sólo cuando está sucio y para fregarse.

CADRILADA.—Maña del aluche, que consiste en atraer al contrario sobre el cuadril, para así tirarlo.

CANEAR.—Echar leche a las migas. ¡Precioso verbo! Ponerlas blancas.

***CARIDAD.**—Pan bendito durante la misa parroquial, y repartido en pequeños trocitos entre los fieles asistentes al Santo Sacrificio.

***CARNERO.**—Tallo del brote tierno de la zarza, despojado de su corteza o envoltura. Lo comen los chicos.

*CELAR.—Además del significado espiar, acechar; cuando se aplica al ganado vacuno significa hacerle retroceder, recular.

CELLERAS.—Las dos tablas, que en ángulo recto salen del extremo delantero del carro en dirección a la vara, en cuyo comienzo se unen. El hueco que queda formado por el ángulo se llama *estranguadera*.

*CIERZO.—Viento, que sopla del norte dice la Academia. Mas bien que esto es en la Montaña la acuosa neblina, que viene empujada por el viento norte. Véase borriña.

COLMATO.—Haz de cereal.

CORRICASA.—Trigo tremesino, única clase que se siembra en la montaña leonesa, cuyo clima impide sembrar otro trigo, que no sea éste.

*CUMPLIDERO.—No se conoce con el significado de la Academia, sino con el de fiel apto, trabajador, honrado, cumplidor del deber.

D

DIAÑE.—Demonio.

DIBURA.—El agua que desprende la leche al natarse.

*DUERNA.—Artesa, donde se echa la comida al cerdo. Generalmente la hacen de un tronco de árbol, al que quitan la madera del centro.

E

ENCHIVARSE.—Enfadarse, incomodarse pasajeramente.

ENSOBERAR.—Apretar la yerba en los vértices de los ángulos que forma el armazón del tejado con el piso de la tenada. Únicamente se *ensobera*, cuando es mucha la recolección de la yerba, y ya no cabe en la tenada. De aquí la frase: «Bien le fué. Este año *ensoberó*».

ESBORREGARSE.—Caer rodando por un precipicio; despeñarse. Pereda afirma que en la provincia de Santander, donde se dice *desborregarse*, significa caer deslizándose. Por lo tanto aparte de la distinta pronunciación de la palabra,

la diferencia entre Santander y León está en que allí desboregarse puede ser y más bien se indica que es acción voluntaria, y de ningún mal resultado, mientras que en León es acto forzoso, o contra la voluntad, y siempre de graves consecuencias. La significación que Pereda da a la palabra desboregarse, se expresa en León con la palabra *guindar*.

ENTELAR.—Hincharse el ganado vacuno a causa del exceso de gases acumulados en la panza por la difícil digestión del pasto. Es enfermedad muy frecuente y de pronta curación o muerte.

*ENTORNAR.—Volcarse un carro, un coche, caer dando la vuelta una escalera de mano, un madero, un tonel, un hombre, etc., etc.

ESCAECIDO.—Famélico, esmirriado.

*ESCOSAR.—Dejar seca una presa o el río. También se usa como reflexivo, significando entonces como dice la Academia cesar de dar leche una vaca, cabra, oveja, etc.

*ESTACARSE.—La Academia dice que el reflexivo anticuado es «quedarse yerto y tieso a manera de estaca». En León actualmente es de uso cotidiano y significa no quedarse yerto, sino clavado como una estaca. Y así «ten cuidado no te estaques en la cuadra, en el prao, en el pântano, etc.

ESTALLETE.—Flor de la digital, llamada así por el chasquido, que produce, al estallarla contra la palma de la mano, o contra la frente.

*ESTURARSE.—La Academia dice que es provincialismo de Andalucía y Extremadura, lo usa como activo y dice que es secar una cosa a fuerza de fuego o calor, lo que se dice con más propiedad de las viandas y guisados, cuando se les consume el jugo. Esto en provincialismo riojano es *socarrarse*, y en castellano *requemarse*. *Esturarse*, reflexivo, no activo, es provincialismo muy común en toda la provincia de León, y tiene una significación muy distinta de la que la Academia dice tener en Andalucía y Extremadura. Ni remotamente se *esturan* las viandas, ni las cosas secas a fuerza de fuego o calor. *Esturarse* se aplica solo a las telas, sogas, etc., y significa comenzar a quemarse, irse recalentando por la acción sólo del fuego o del calor que el fuego y sólo él despiden, hasta el extremo de que la tela comienza a amarillear y está a punto de soltar la llama.

F

FADION.—Apelativo de cariño, que significa molesto, cansado, pesado, fastidioso *fastidiosón*. ¡Qué bien forma el pueblo las palabras!

***FECHORIA.**—Pequeño destrozo o mala acción. No se toma en tan mala parte como dice el Diccionario.

FILANDON.—Reunión, o tertulia invernal nocturna en las cocinas montañesas. Se llama así porque en la tertulia las mujeres se dedican, mejor dicho, se dedicaban a hilar o sea a *filar*, y de aquí *filandón*.

FINCA.—Jugada nula en los bolos, por no entrar la bola en el *castro*.

FUYASCO.—Rama pequeña y seca de un arbusto o árbol.

FUYASCAZO.—Golpe dado con el fuyasco.

G

GACHAPO.—Recipiente de madera o cuerno, en el que, mediado de agua, entre hierbas se mete la piedra de afilar la guadaña. Es lo mismo que en Santander llaman la *culodra*. El gachapo suele ser de forma plana y alargada con un gancho en la parte exterior para llevarlo colgado al cinto.

GOCHA.—(Juego de la). Diversión infantil consistente en meter una bola en varios agujeros.

***GLORIA.**—Entre las muchas acepciones que la Academia da a esta palabra falta la de la Montaña, que tan bien expresa y explica las frases: «estar uno en la gloria», «con las glorias se olvidan las memorias», «estar uno en su gloria».

Gloria es el espacioso rectángulo, que en las cocinas montañesas hay encima del hogar. Calentado el piso que arriba forma la *gloria*, por el fuego de los troncos, que arden debajo de ella, es el sitio más *amoroso* de la cocina, por lo cual sobre este piso están los bancos para sentarse. Cuán distinta y más exacta es esta definición que no la que se da diciendo que es «el hornillo en que por falta de leña, queman paja, para cocer las ollas y calentarse». Ese hornillo no es gloria: ese hornillo a lo sumo es infierno.

GUALDRAPAS.—(Estar en). Están en gualdrapas las aves, que ni siquiera tienen plumón. En el Bierzo se dice gollarapos.

GUA'E.—Apelativo de cariño, que significa chiquillo, rapaz.

***GUINDAR.**—Al final de la explicación de esta palabra dice el Diccionario de la Academia que es reflexivo anticuado. En León ni es reflexivo, ni está anticuado, sino todo lo contrario.

Afirma la Academia que es descolgarse de alguna parte por medio de cuerda, sogá, u otro artificio. En León es caer desliziéndose. Véase esborregarse. Se aplica no solo a las personas, sino a las cosas. Por ejemplo: «guindó el madero por el monte abajo»; «¿a que no guindas de la cuesta abajo por cima de la nieve?». Por lo tanto se puede guindar sin sogá, ni ayuda de otro artificio. Lo que no se puede decir a uno que se descuelga de una ventana, es que baja guindando. Estas y otras son las diferencias entre la acepción del Diccionario y el uso de la Montaña.

GURRIATO.—Gorrión.

GUTIR.—Chistar. Es un verbo sumamente expresivo. «Le dió tal puñalada que ni *gutió*».

H

***HACHERO.**—Candelero, blandón, que sirve para poner el hacha, dice la Academia. Eso es y además principalmente artefacto de madera, usado para colocar las hachas. Se compone de dos tablas horizontales, la de arriba con cuatro agujeros, la de abajo sin ellos, sujetas ambas a otras dos laterales y verticales. Generalmente los hacheros están pintados de negro; se usan solo en la Iglesia para alumbrar a los difuntos de cada familia, y los más lujosos tienen un cajón para guardar la cera. Cuidan de ellos las mujeres en la misa parroquial, y cada una tiene el suyo.

HOM.—Contracción de hombre.

HORCONADA.—Cantidad de hierba que se levanta de una vez con la horca.

HUMIAZO.—Humo pestífero y molesto, producido por trapos, raspaduras de cuerno, pimiento, etc., etc., echados en el fuego. El inservible cacharro, donde por juego se lleva todo

preparado para colocarlo escondidamente en los filandones y tertulias es el humiazo y de aquí la frase: «en cá del tí Juanón pusieron un humiazo».

HUMORES.—Reuma, parálisis.

I

IJUJU.—Ijujú o rijujú es el grito de alegría y triunfo, con que se suelen finalizar las canciones, llamarse los mozos, exteriorizar la alegría, etc., etc.

ITE.—Quid. Dió en el ite. Acertó. Ese es el ite. Así es.

J

JUJEAR.—Lanzar ijujús.

L

LAMBRO.—Lambrotón. Ratero de golosinas, aficionado al dulce.

LATILLAS.—Largas tablas horizontales, que, sujetas en tres agujas de madera, alargan por los costados el carro para que quepa más yerba.

***LATIR.**—Formar el perro cierto género de ladrido, cuando ve o va siguiendo la caza. Esto dice el Diccionario. En la Montaña es o el ladrido muy débil, o el gemido del perro, de muy mal agüero, por creer que cuando ladra así está cercana la muerte de alguna persona.

LENGUATERO.—Parlanchín, cuentero, chismoso.

LONTANO.—Lejano.

M

***MACHORRA.**—«Hembra estéril» dice el Diccionario. Esto en la montaña se llama *horra*. Machorra es precisamente la oveja que se destina para comerla.

MALPOCADO.—Desgraciado, desventurado.

*MANCARSE.—Lisiar, estropear, herir a uno en las manos, imposibilitándole el libre uso de ambas. Así lo define el Diccionario. En León no es eso, tiene una acepción más general. La *mancadura* no es tan grave; es cualquier golpe ligero en cualquier parte, generalmente sin herida, ni señal alguna exterior. Es simplemente hacerse daño. Lo aplican a casos graves interiores, por ejemplo: «está mancada del pecho» por estar tísico. «Se mancó una costilla». Algo que no está a la vista.

MARALLO.—La línea de yerba segada, que va dejando la guadaña sobre la pradera, donde permanece hasta que, seca ya, se rastrea y se hacina.

MOR.—Por mor de... Por causa de.

MORUGO.—Huraño, hosco.

MOSCAR.—Huir corriendo el ganado, picado por las moscas o tábanos, etc., a guarecerse bajo techado, o en sitio fresco, o a la sombra del monte.

MUELDA.—Bloque de nieve, que se desliza pendiente abajo, no como el alud, que rueda y va aumentando. La muela es el gran trozo de nieve, no circular, que corre unos metros sin deshacerse.

PREAGUIA.—Cadena de hielo, que en el centro del lago, sirve para colgar el cadáver, donde se hace la comida al caldo o se calienta el agua. Preaguias son las cadenas que en las cocinas de humo, lo son las que en el centro de la habitación tienen el fuego sin chimenea y sólo con el Tundir, zurrar.

*PARVA.—La Academia dice: «corta porción de alimento, que se toma por la mañana en los días de ayuno». En la Montaña y en toda la provincia leonesa no es eso. Es el desayuno con vino o aguardiente, y mejor aún el trago de aguardiente, que se toma en ayunas, pues nadie considera desayuno la parva.

*PATENTE.—«Dar la patente de mozo», es admitir a uno como mozo, supuesta la edad y el pago de lo estipulado. «Pagar la patente» es abonar cierta cantidad el mozo forastero, que es novio de una moza del lugar, y en virtud de cuyo pago ya puede cortejar con ella. En otras comarcas se llama a esto pagar el *piso*, sin duda por el permiso para *pisar* en la calle de la amada.

PEME.—Contracción de *paréceme*.

PERDONES.—Usado en plural. Las avellanas, dulces, peras, golosinas, etc., etc., que los que han ido a una romería, regalan a los que no han ido.

***PERTIGA.**—Lanza o vara del carro. La Academia llama a la lanza pértigo, y dice que pértiga es una vara larga.

PETAR.—Agradar, complacer, Así es; pero también significa hacer uno su gusto, su capricho. En el Bierzo llamar a la puerta.

***PINTAR.**—Entre las ocho acepciones de la Academia no están las dos de Lillo. Pintar bien a uno, es irle bien. Ejemplo: ¿Qué tal te pintó? «Le pintó bien la feria». Pintarla, es darse tono, importancia.

PORRACA.—Cacha, cayado.

***PORTILLERA.**—Es lo que la Academia llama cancilla. En cambio la cancilla de León no es lo que dice la Academia, es la puerta partida por el centro horizontal en dos. La cancilla es la puerta de las casas: la portillera es la entrada del cierre de los prados o fincas.

PUNTOS.—Troncos rectos, que subrepticamente venden para la entibación de las minas.

PREGANCIN.—Cadena de hierro, que empotrada en el centro del hogar, sirve para colgar el caldero, donde se hace la comida al cerdo, o se calienta el agua. Pregancias son las cadenas, que en las cocinas llamadas de humo, (o sea las que en el centro de la habitación tienen el fuego sin chimenea y sólo con un boquete arriba en el centro de la habitación), las cadenas, repetimos, que cuelgan desde el techo, porque estos hogares no tienen nada más que el suelo.

Es el pregancín lo que el Diccionario llama gramallera, dándolo como provincialismo gallego, o llares como provincialismo asturiano y santanderino.

PRIVADO.—Desmayado, sin sentido.

***PINAR.**—Poner derecha una cosa. Pina los bolos.

PINGAR.—Gotear.

R

RABERA.—Parte supletoria del carro de madera, compuesta de dos largos palos horizontales y curvos, en los que

se sujetan travesaños, colocado todo en la parte posterior del carro, para cargar más cantidad de heno.

REBECO.—Macho cabrio montés.

REBUNDIO.—Barullo, confusión, griterío.

*REMONTA.—La Academia dice que es la compostura de las botas cuando se les pone de nuevo el pie, o simplemente las suelas. Y ¿por qué ha de ser sólo la compostura de las botas? Precisamente en la Montaña, y no sólo allí, la palabra *remonta* se aplica *principalmente* a la compostura de los pantalones, consiste en echar paño nuevo en la culera y horcajadura, y se aplica también a la misma compostura en los codos, brazo y antebrazo, advirtiendo que muchas prendas, aún nuevas del todo, se estrenan con remonta de pana o terciopelo en los brazos y perneras, siendo esto señal de lujo.

S

*SALERA.—Una de las piedras de que se compone el salregar, dice el Diccionario de la Academia. En la Montaña la salera es un tronco largo y estrecho con una hendidura todo a lo largo en la que se echa la sal para las ovejas.

SEN.—Dirección, lado. A este sen: al otro sen: al mismo sen.

*SAJAR.—Según la Academia hacer cortaduras en la carne. En Lillo sajar es arrancar las malas hierbas de un sembrado.

*SEPULTURAS.—Además de la acepción conocida, tiene en la Montaña y en muchos más sitios de la provincia de León, el significado de el lugar señalado en la iglesia parroquial, para colocar los hacheros, donde arden las luces por los difuntos.

*SUELTA.—Cadena empotrada al pesebre y que sirve para sujetar a él el ganado.

T

TARUCOS.—Los tres clavos grandes de madera, que se ponen en el piso de las madreñas, para que éstas levanten más del suelo y no se mojen los pies calzados de escarpines.

*TEERO.—Tedero dice el Diccionario, y lo define «pieza de hierro sobre la cual se ponen las teas para alumbrar». En la montaña se dice *teero*, y parece mejor así, puesto que viene de tea. Es el candelero grande de madera donde se pone la tea de pino para alumbrar.

*TENADA.—Lo supone la Academia provincialismo de Asturias, y lo define muy bien diciendo que es «el piso alto de las casas de ganado en Asturias y otras partes, donde se hacina la hierba hasta el techo». Ponemos el reparo de que tenada es más bien provincialismo de León que de Asturias.

TESTON.—Testarudo, terco, porfiado.

*TRABAR.—Además de las conocidas tiene las siguientes acepciones: Engancharse. Atar. Echarse al hombro. Ejemplos: No te trabes en esa zarza. Traba el burro a ese piorno. Los cuatro trabaron del muerto.

TRABES.—Montones de nieve reunida en un punto por el vendabal.

TROLA.—Mentira.

*TREBEDE.—Además de artefacto de hierro, que sirve para sostener sobre el fuego las sartenes, se usa en la Montaña la palabra *trébede*, para significar la *gloria* o sea el piso, que hay sobre el fuego del hogar.

TROMPICADA.—Caída rodando.

TAQUERA.—El tronco hueco del sauco silvestre.

V

*VARDASCAZO.—Golpe dado con la vardasca, dice la Academia y agrega que vardasca es vara o ramo delgado. En la Montaña aunque es vardascazo lo mismo que dice el Diccionario, se aplica más bien, cuando el ramo está adherido al tronco y tropieza uno con él, al pasar.

VENCEJAS.—Pajas largas anudadas en el centro, que sirven para atar los haces del centeno, o colmatos.

Z

ZAPAR.—Lamer.

*ZARRIAS.—Trastos sin valor, objetos rotos y sucios, enseres usados, que estorban.



Prec.

EDITORIAL

LUZ

Precio: Ptas. 50

JOSE M.^a

- GOY -

Z

0

R

A

S

D

S

-1945-